

La Estrella del Sur

Por

Julio Verne

***Free*editorial** 

I.

¡Ah, cuán terribles son esos franceses!

—Os escucho, señor.

—Caballero, tengo el honor de solicitar la mano de miss Watkins, vuestra hija.

—¿De Alice?...

—De Alice, señor. Mi demanda parece, sorprenderos. Dispensadme pues si no acierto a explicarme en qué puede pareceros extraordinaria. Como sabéis, me llamo Méré. Bien, actualmente, cuento veintiséis años y soy ingeniero de minas, salido con el número dos de la Escuela Politécnica. Mi familia es sumamente honrada, si bien carece de fortuna. El cónsul de Francia en el Cabo podrá confirmar cuanto os digo, si así lo deseáis, lo mismo que mi amigo Barthés, el valiente cazador que ya conocéis, como todos en Griqualandia. Estoy aquí con una misión científica por cuenta de la Academia de Ciencias y del Gobierno francés. En este último año he conseguido el premio Houdart, en el Instituto, por mis trabajos sobre la formación química de las rocas volcánicas de la Auvèrnia. Mi memoria acerca de la cuenca diamantífera del Vaal, que casi he concluido, no puede menos de ser bien acogida por el mundo ilustrado. Al dar término a mi misión, seré nombrado profesor adjunto de la Escuela de Minas de París, y he ordenado que alquilaran para mí un piso en la calle de la Universidad, 104, piso tercero. Mi sueldo se elevará a comienzos de enero próximo a cuatro mil ochocientos francos. No es una riqueza, bien yo lo sé; pero con el producto de otros trabajos personales, con visitas periciales, con premios académicos y colaboración en revistas científicas, este sueldo casi ha de doblarse. Agregaré que siendo mis gustos bastante modestos, no se necesita más para ser feliz. Caballero, os lo repito: tengo el honor de pedir os la mano de vuestra hija.

Fácil era ver con sólo considerar este breve discurso, que Cyprien tenía la costumbre, ante todo, de marchar directamente hacia su objeto y de hablar con entera franqueza.

Su fisonomía no desmentía la impresión que causaba su lenguaje; era la de un joven ocupado habitualmente en las altas concepciones científicas, que no da a las vanidades mundanas más tiempo que el estrictamente necesario.

Sus cabellos castaños, bien cortados, la sencillez de su traje de viaje, de cutis gris, el sombrero de paja de diez sueldos, que había colocado al entrar sobre una silla, a pesar que su interlocutor permanecía imperturbablemente cubierto, con esa poca aprensión habitual a los tipos de la raza anglosajona,

todo en Cyprien Méré denotaba un espíritu serio, como su mirada límpida revelaba un corazón puro y una conciencia recta.

Es menester agregar también, que este joven francés hablaba el idioma inglés con perfección, como si hubiese vivido largo tiempo en los condados más británicos del Reino Unido.

Mister Watkins le escuchaba fumando una larga pipa, sentado en un sillón de madera, la pierna izquierda extendida sobre un taburete de paja, el codo en el extremo de una mesa rústica, frente a un frasco de ginebra y de un vaso lleno de este licor alcohólico.

Este personaje aparecía vestido con pantalón blanco, una chaqueta de gruesa tela azul, una camisa de franela amarilla, sin chaleco ni corbata. Bajo el gran sombrero de fieltro, que parecía atornillado sobre su cabeza gris, se redondeaba un rostro rojo y abotagado, que se hubiera podido creer inyectado con jalea de grosella. Esta cara poco atractiva, sembrada a intervalos de una barba seca, color de grama, estaba perforada por dos ojillos grises que no respiraban seguramente paciencia ni bondad.

Fuerza es decir, en descargo de míster Watkins, quien sufría terriblemente de la gota, lo que le obligaba a tener su pie izquierdo envuelto en trapos; y la gota, lo mismo en el África meridional que en los demás países, no se ha hecho para dulcificar el carácter de aquéllos cuyas articulaciones muerde.

La escena pasaba en la planta baja de la granja de míster Watkins, situada hacia el 29 grado de latitud Sur y los 22 grados de longitud Este del meridiano de París, en la frontera occidental del Estado libre de Orange, al Norte de la colonia británica del Cabo, en el centro del África austral o anglo-holandesa. En este país, del que la orilla derecha del río Orange forma el límite hacia los confines meridionales del gran desierto de Kalahari, que lleva en las antiguas cartas el nombre de país de los Griquas, es llamado con justicia desde hace unos dos lustros, el Diamondsfield, o sea, campo de diamantes.

La habitación donde se celebraba esta entrevista diplomática, era también notable por el lujo extemporáneo de algunas piezas de su moblaje, cuanto por la pobreza de otros detalles en el interior. Por ejemplo, el suelo era simplemente de tierra batida, pero en cambio, estaba cubierto a trozos con espesas alfombras y pieles preciosas. En aquellas paredes, que jamás habían sido empapeladas, había colgadas una magnífica péndola de cobre cincelado, armas de precio de diversas fabricaciones, láminas inglesas encuadradas en magníficos bordados. Un sofá de terciopelo aparecía junto a una mesa de madera blanca, buena a lo sumo, para las necesidades de una cocina.

Sillones venidos en línea recta de Europa, tendían en vano sus brazos a míster Watkins, que prefería un viejo sitial, labrado en otro tiempo por sus

propias manos. Finalmente, la acumulación de objetos de valor, y sobre todo la mezcla de pieles de panteras, leopardos, jirafas, gato-tigres, que estaban arrojadas sobre todos los muebles, daban a esta sala un aspecto de bárbara opulencia.

La forma del techo evidenciaba que aquella casa no tenía unos pisos superiores, componiéndose sólo de la planta baja. Como todas las del país, estaba construida, parte de tablas y parte de tierra arcillosa, y cubierta por hojas de zinc acanaladas, sentadas sobre su ligera armadura.

Se advertía además que la habitación acababa apenas de terminarse. En efecto, bastaba asomarse a una de las ventanas para percibir a derecha e izquierda cinco o seis construcciones abandonadas, todas del mismo orden, pero de edad diferente y en un estado de decrepitud cada vez más avanzado.

Eran otras tantas casas que míster Watkins había construido sucesivamente, habitadas o abandonadas según el estado de su fortuna, y que marcaban, por decirlo así, los escalones. La más lejana estaba hecha solo con terrones de césped, y no merecía sino el nombre de choza. La siguiente estaba hecha con arcilla. La tercera, con arcilla y planchas; la cuarta, con arcilla y zinc. He aquí la escala ascendente que el incremento de la industria de míster Watkins le había permitido subir.

Todos estos edificios, más o menos arruinados, se levantaban sobre un montículo situado cerca de la confluencia del Vaal y del Modder, los dos principales tributarios del Orange en esta región del África austral. Y hasta donde alcanzaba la vista, en todo el contorno, es decir hacia el Sudoeste y el Norte sólo se veía la llanura triste y desnuda.

El Veld, como dicen en el país, lo forma un suelo rojizo; seco, árido, polvoriento, apenas sembrado de trecho en trecho de una hierba escasa y de algunos ramilletes de arbustos espinosos. La absoluta falta de árboles es el rasgo característico de este triste cantón. Desde luego, teniendo en cuenta el que tampoco existe hulla, así como las comunicaciones con el mar son pocas y difíciles, no se extrañará entonces que falte el combustible y que haya precisión de quemar el estiércol de los ganados para los usos domésticos.

Sobre este fondo monótono, de casi lamentable aspecto, se establece la corriente de los dos ríos, tan anchos, tan poco encajonados, que apenas se comprende cómo no esparcen sus aguas a través de toda la llanura.

Tan sólo hacia el Oriente el horizonte está cortado por los lejanos picos de dos montañas, el Peatberg y el Paardeberg, al pie de las cuales una vista privilegiada puede llegar a distinguir el humo, el polvo, pequeños puntos blancos, que son casas o tiendas, y alrededor de ellas un hormigueo continuo de seres animales de varias clases.

Allí, en el Veld, es donde hallan los placeres de diamantes en explotación, el Du Toit's Pan, el New Rush, el más rico tal vez de todos ellos, y el Vandergaart Kopje. Estas diversas minas a cielo abierto y casi a flor de tierra, que están comprendidas bajo el nombre general de dry-diggings, o minas en seco, han producido desde 1870 unos cuatrocientos millones de diamantes y piedras finas. Se encuentran reunidas en una circunferencia cuyo radio mide aproximadamente dos o tres mil kilómetros. Se las veía muy distintamente con el antejo desde las ventanas de la granja Watkins, que no estaba separada de ellas más de cuatro millas inglesas.

La palabra granja es un término impropio si se aplica a un establecimiento de este género, porque era imposible percibir en los alrededores ninguna clase de cultivo. Como todos los pretendidos granjeros de esta región del Sur de África, míster Watkins era más bien un pastor, propietario de rebaños de bueyes, cabras y carneros, que el verdadero gerente de una explotación agrícola.

Entre tanto míster Watkins no había aún respondido a la demanda tan política y a la vez tan claramente formulada por Cyprien Méré.

Luego de haberse consagrado por lo menos tres minutos a reflexionar, se decidió por fin a retirar la pipa de sus labios y emitió la opinión siguiente, que evidentemente no tenía sino una relación muy lejana con la cuestión.

—¡Creo que va a cambiar el tiempo, amigo mío! ¡Jamás mi gota me ha hecho sufrir tanto como desde esta mañana!

El joven ingeniero frunció el entrecejo, volvió un instante la cabeza, y se vio obligado a hacer un esfuerzo sobre sí mismo para no demostrar su descontento.

—Tal vez haría bien en renunciar a la ginebra, míster Watkins —respondió secamente, mostrando la vasija de gres que los ataques del bebedor con presteza vaciaba.

—¡Renunciar a la ginebra! ¡Por Júpiter! ¡Buena es ésa! —gruñó el granjero—. ¿Acaso la ginebra ha hecho daño jamás a un hombre honrado?... Sí ¡ya sé lo que queréis decir!... ¡Vais a citarme la receta de ese médico a un lord corregidor que padecía de la gota! ¿Cómo se llamaba ese médico? ¡Albernethy, creo! «¿Queréis estar bueno? —le decía a su enfermo— vivid a razón de un chelín día por día, ganadle por un trabajo personal». ¡Todo eso es muy hermoso, muy bueno! Pero ¡por nuestra vieja Inglaterra, si para encontrarse bien fuese preciso vivir a razón de un chelín diario! ¿De qué serviría haber hecho fortuna?... Ésas son tonterías indignas de un hombre de mucho talento como vos, monsieur Méré. ¡No me habléis más de eso, os lo suplico!... ¡Por mi parte prefiero que me entierren! Comer bien, beber bien,

fumar uña buena pipa siempre que tenga ganas; no tengo otra alegría en el mundo: ¿y queréis que renuncie a ella?

—¡Oh! ¡No tengo gran interés! —aseguró Méré con toda franqueza.

—Os recuerdo solamente un precepto de salud que creo justo. Pero dejemos este asunto, si os parece, míster Watkins, y volvamos al objeto especial de mi visita.

Mister Watkins, tan prolijo hacía poco, había vuelto a caer en su mutismo y arrojaba silenciosamente bocanadas de humo de tabaco.

En este momento fue abierta la puerta y una bella joven entró, llevando un platillo cargado con un vaso.

Esta bonita joven, encantadora bajo su gran cofia al estilo de las granjeras del Veld, estaba sencillamente vestida con un vestido cuya tela tenía un dibujo de lindas florecillas. De edad de diecinueve a veinte años, de blanquísima tez, con hermosos cabellos rubios y finos, grandes ojos azules y fisonomía dulce y alegre, era la imagen de la salud, de la gracia, del buen humor.

—Buenos días, monsieur Méré —saludó al entrar. Habló en francés, pero con ligerísimo acento británico.

—Buenos días, miss Alice —respondió Cyprien que se había levantado al entrar la joven, e inclinado ante ella.

—Os he visto llegar, monsieur Méré —hizo saber miss Watkins, dejando ver sus bonitos dientes a través de una amable sonrisa—, y como sé que no sois aficionado a la detestable ginebra de mi padre, os traigo limonada, deseando que la encontréis fresca y agradable.

—¡Cuánta amabilidad, señorita!

—¡Bah! Hablando de otra cosa: no podéis imaginaros lo que Dada, mi avestruz, se ha tragado esta mañana... ¡La bola de marfil que me servía para reparar las medias!... ¡Si, mi bola de marfil!... Es de buen tamaño, ya la conocéis, monsieur Méré, y procedía en línea recta de New Rush... ¿Qué os parece?... Esa glotona de Dada la ha tragado como si fuese una píldora. Estoy segura de que esa pícara bestia me hará morir de un disgusto, tarde o temprano.

Al contar su historia, miss Watkins mostraba en sus azules ojos una expresión tan alegre, que no indicaba un deseo extraordinario de realizar este lúgubre pronóstico, ni aun en mucho tiempo. Pero, de pronto, con la intuición tan viva de las mujeres, observó el obstinado silencio que guardaban su padre y el joven ingeniero, y el embarazo que les causaba su presencia.

—¡Se diría, señores, que os molesto! —manifestó—. Si tenéis secretos que

no pueda escuchar, voy a retirarme... Por otra parte, no tengo tiempo que perder. Precisa que estudie mi sonata antes de ocuparme de la comida... ¡Vamos, decididamente no tenéis hoy gana de hablar!... ¡Os dejo, pues, entregados a vuestras maquinaciones!

Se dirigía ya hacia la puerta, pero de pronto, volvió sobre sus pasos y dijo con graciosa gravedad:

—Monsieur Méré, cuando queráis usted interrogarme sobre el oxígeno, yo estoy enteramente a vuestra disposición. He leído ya tres veces el capítulo de química que me habéis dado como lección y este «cuerpo gaseoso, incoloro, inodoro e insípido», no tiene ya secretos para mí.

Miss Watkins hizo una linda reverencia y desapareció como un ligero meteoro.

Un momento después, los acordes de un excelente piano, resonando en una de las habitaciones más alejadas del gabinete hicieron saber que la joven se entregaba por completo a sus ejercicios musicales con toda brillantez.

—Y bien, míster Watkins —manifestó Méré, a quien esta amable aparición le había recordado sus pretensiones, en el caso de que hubiera podido olvidarlas—; ¿queréis darme una respuesta a la demanda que he tenido el honor de haceros?

Mister Watkins quitóse la pipa de los labios, escupió majestuosamente, levantó bruscamente la cabeza, y lanzando sobre el joven una mirada inquisitorial:

—¿Por casualidad, monsieur Méré, habéis hablado de eso con ella? preguntó.

—¿Hablando de qué?... ¿A quién?

—A mi hija. ¡De lo que me habéis dicho!

—¿Por quién me tomáis, míster Watkins? —protestó el joven ingeniero, con un calor que no podía dejar duda sobre su sinceridad—. ¡Soy francés, caballero! ¡No lo olvidéis! Esto es decir que jamás me hubiera permitido hablar de casamiento a vuestra hija sin vuestro consentimiento.

La mirada de míster Watkins se había dulcificado, y, por consecuencia, desatado su lengua.

—¡Tanto mejor, excelente muchacho! No esperaba menos de vuestra discreción para con Alice —aseguró en un tono casi cordial—. Pues bien, puesto que se puede tener confianza en vos, vais a darme palabra de no hablar de ello en lo sucesivo.

—¿Se puede saber por qué, caballero?

—Porque ese casamiento es imposible, y lo mejor que podéis hacer, es tacharlo de vuestros proyectos —decidió míster Watkins—. Monsieur Méré, sois un joven honrado, un perfecto caballero, un excelente químico y un profesor distinguido, y aun de porvenir, no lo dudo; pero no poseeréis a mi hija, por la sencilla razón de que he formado para ella planes completamente diferentes.

—No obstante, míster Watkins...

—¡No insistáis!... ¡Sería inútil! —atajó el granjero—. No me convendríaís aunque fueseis duque y par de Inglaterra. Pero no sois ni siquiera un súbdito inglés, y acabáis de declarar, con una perfecta franqueza, que carecéis de fortuna. Veamos, de buena fe, ¿creéis seriamente que he educado a Alice como lo he hecho dándole los mejores maestros de Victoria y de Bloemfontein, para enviarla al tener veinte años a morar en París, calle de la Universidad, piso tercero, con un señor del que ni aun el idioma conozco? Reflexionad, monsieur Méré, poneos en mi lugar... Suponed que vos sois el granjero John Watkins, propietario de la mina Vandergaart Kopje, y yo monsieur Méré, un joven sabio francés encargado de una misión científica en el Cabo... Imaginaos también en medio de esta habitación, sentado en este sillón, paladeando vuestro vaso de ginebra y fumando una pipa de tabaco de Hamburgo: ¿admitiríaís un momento... por uno solo siquiera, la idea de darme vuestra hija en matrimonio?

—Desde luego, míster Watkins —contestó monsieur Méré—, y sin titubear, si creyese encontrar en vos las cualidades que podían asegurar su felicidad.

—Pues bien, no tendríaís razón, querido mío, ningún a razón —aseguró el granjero; obraríaís como un hombre que no es digno de poseer la mina de Vandergaart Kopje, o más bien no habríaís llegado a poseerla. Porque ¿acaso creéis que me ha caído de las nubes a las manos? ¿Creéis que no he tenido necesidad de inteligencia ni de actividad, primero para descubrirla y después para asegurarme de su propiedad? Pues bien, monsieur Meré, esta inteligencia, de la que he dado prueba en esta circunstancia memorable y decisiva, la aplico a todos los actos de mi vida, y especialmente a todo lo que se relacione con mi hija. Por esto os lo repito: ¡tachad eso de vuestros planes!... ¡Alice no es para vos!

Con esta triunfante conclusión, míster Watkins tomó su vaso y apuró de un trago su contenido.

El joven ingeniero no sabía qué responder, lo que, visto por su interlocutor, le dio nuevos bríos para continuar charlando sin cesar.

—¡Los franceses sois realmente admirables! No dudáis de nada, palabra de

honor. ¡Cómo! Llegáis como si cayeseis de la luna al fondo del Griqualandia, a casa de un buen sujeto que tres meses atrás ni había oído hablar de vos, y que no os ha visto diez veces en estos noventa días; os dirigís a él y le decís: «John Stapleton Watkins, tenéis una hija tan encantadora, perfectamente educada, universalmente reconocida como la perla del país, lo que nada perjudica, vuestra única heredera para la propiedad del más rico kopje de diamantes de los dos mundos. Yo soy monsieur Cyprien Méré, de París, ingeniero; tengo cuatro mil ochocientos francos de sueldo... Vais, si gustáis, a darme esa joven por esposa a fin de que me la lleve a mi país y que no volváis a oír hablar más de ella sino de tarde en tarde, por el correo o el telégrafo...». ¿Y encontráis todo eso natural? ¡Yo... yo lo encuentro el colmo de la locura!

Cyprien se puso en pie muy pálido. Había tomado su sombrero, y se preparaba a salir.

—Sí... ¡de la locura! —repitió el granjero—. ¡Ah! ¡No!... ¡No doro la píldora! ¡Yo soy un inglés de vieja raza, caballero! Tal como me veis, he sido más pobre que vos, sí, ¡mucho más pobre!... He practicado todos los oficios: he sido grumete a bordo de un buque mercante, cazador de búfalos en el Dacota, minero en el Arizona, pastor en el Transvaal!... He conocido el calor, el frío, el hambre, la fatiga... ¡Por espacio de veinte años he ganado con el sudor de mi frente la galleta que me servía de comida!... Cuando me casé con la difunta mistress Watkins, la madre de Alice, una hija de bóer de origen francés —como vos, dicho sea de paso— no teníamos entre los dos con que alimentar una cabra. Pero he trabajado; ¡no he perdido el valor!... ¡Ahora soy rico y pienso aprovecharme del fruto de mis trabajos!... Pienso conservar a mi hija, sobre todo para cuidar mi gota y hacerme oír buena música por la noche, cuando más fastidio. Si algún día se casa, se casará aquí mismo, con un hijo del país tan rico como ella, granjero o minero como nosotros, y que no hable: de irse a vivir a un tercer piso en un país donde jamás he deseado poner los pies. Ella se casará con James Hilton, por ejemplo, o algún otro mocetón de su temple... Los pretendientes no faltan, os lo aseguro. En fin, un buen inglés que no tenga miedo a un vaso de ginebra y que me haga compañía cuando se trate de fumar una pipa.

Méré tenía ya la mano sobre el pomo de la puerta para abandonar esa habitación en que se ahogaba.

—Sin rencor, ¿eh? —le gritó míster Watkins—. Ya sabéis que os aprecio, monsieur Méré, y que siempre tendré el mayor gusto en veros como locatario y como amigo. Y a propósito, esta noche aguardamos a comer a varias personas. Si queréis ser de los nuestros os...

—No, gracias, caballero —respondió fríamente Méré al tiempo que se disponía a salir de la estancia—. Tengo que dejar lista mi correspondencia

para antes de la hora del correo.

—¡Ah, cuán terribles son esos franceses! ¡Atroces! —repitióse m^íster Watkins encendiendo su pipa con una mecha que se hallaba siempre al alcance de su mano.

Y se echó al colete un gran vaso de ginebra.

II.

En los yacimientos diamantíferos

En la respuesta que recibiera de m^íster Watkins, lo que más le dolía a nuestro joven francés, era que no podía menos de reconocer un gran fondo de razón bajo la rudeza excesiva de la forma.

Al reflexionar sobre ello, se admiraba de que no se le hubieran ocurrido las objeciones que el granjero acababa de hacerle, y haberse expuesto a semejante sofión. Pero lo cierto es que nunca, hasta entonces, había pensado en la distancia que la diferencia de fortuna, de raza, de educación y de estado ponía entre la joven y él. Acostumbrado como estaba, desde cinco o seis años, a considerar los minerales bajo un punto de vista puramente científico, los diamantes no eran a sus ojos más que simples ejemplares de carbono, buenos para figurar en el Museo de la Escuela de Minas. Además, como tenía en Francia una existencia social mucho más elevada que la de los Watkins, no había considerado apenas el valor mercantil del rico placer que poseía el granjero. Ni por un momento se le había ocurrido que pudiera existir desproporción entre la hija del viejo propietario de Vandergaart Kopje y un ingeniero francés. Si esta consideración se hubiera ofrecido a su espíritu, es probable que con sus ideas de parisiense y de antiguo alumno de la Escuela Politécnica, se hubiera creído más bien en peligro de hacer lo que se ha convenido en llamar un mal casamiento.

La agria amonestación de m^íster Watkins era un doloroso despertar de sus ilusiones. Cyprien tenía bastante buen sentido para no apreciar las razones sólidas, y demasiada honradez para irritarse por una sentencia que, en el fondo, consideraba justa.

Pero el golpe no por eso resultaba menos doloroso y ahora que era preciso renunciar a Alice, comprendía de repente lo muy querida que se había hecho para él en menos de tres meses.

Porque solamente tres meses hacía que Cyprien la conocía, esto es, desde su llegada a Griqualandia.

¡Cuán lejano le parecía ya todo aquello! Él se consideraba llegando, en un terrible día de calor y de polvo, al término de su largo viaje del uno al otro hemisferio.

Desembarcando con su amigo Pharamond Barthés —un antiguo compañero de colegio que venía ya por tercera vez a cazar por afición en el África austral— Cyprien se había separado de él en el Cabo. Pharamond Barthés había partido para el país de los basutos, donde contaba reclutar un pequeño cuerpo de guerreros negros que le sirviese de escolta durante sus expediciones cinegéticas. Cyprien había tomado sitio en el pesado vagón de catorce caballos que sirve de diligencia en los caminos del Veld, y se había puesto en camino para el campo de los diamantes.

Cinco o seis grandes cajas —un verdadero laboratorio de química y mineralogía, del que hubiera deseado no separarse— formaban el material del joven sabio. Pero el coche sólo admitía cincuenta kilos de equipaje por cada viajero, y se vio precisado a confiar estas preciosas cajas a una carreta de bueyes que debía conducir las al Griqualandia con una lentitud completamente merovingia.

Esta diligencia, de doce asientos, cubierta de una baca de tela, estaba montada sobre cuatro enormes ruedas, incesantemente mojadas por el agua de los ríos que atravesaba por sus vados. Los caballos, enganchados de dos a dos y con frecuencia reforzados por mulas, son conducidos con gran habilidad por una pareja de cocheros, sentados el uno al lado del otro en el pescante; el primero tiene las riendas, mientras el otro maneja un largo látigo de bambú, que recuerda a la gigantesca caña de pescar, del que se sirve, no solamente para excitar, sino también para dirigir los tiros.

El camino pasa por Beaufort, bonita villa construida al pie de los montes Nieuweveld, franquea esta cadena, llega a Victoria y conduce por último a Hopetown en la orilla del río Orange, de allí a Kimberley y a los principales campos de diamantes situados a algunas millas de distancia.

Es un viaje monótono y molesto de ocho a nueve días a través del Veld, árido y desnudo. El paisaje presenta casi siempre un aspecto entristecedor: rojas llanuras, piedras esparcidas en montones, rocas grises a flor de tierra, hierba amarilla y rara, matorrales hambrientos. Ni cultura ni bellezas naturales. De cuando en cuando una granja miserable, cuyo poseedor, al obtener del gobierno colonial su concesión de tierras, ha recibido mandato de dar hospitalidad a los viajeros. Pero esta hospitalidad es llevada a cabo de la manera más elemental. No se encuentra en estas singulares posadas ni lechos para los hombres ni camas de paja para los caballos. Apenas solo algunas cajas de conservas alimenticias que han dado ya unas cuantas vueltas en torno del mundo y que se pagan a peso de oro.

De aquí se sigue que para las necesidades de su alimento, los tiros se dejan en la llanura, donde se ven reducidos a buscar la hierba entre los guijarros. Luego, cuando se trata de volverse a poner en marcha, cuesta un triunfo reunirlos y se pierde un tiempo considerable.

¡Y qué de tumbos hace dar al viajero este coche primitivo marchando sobre estos caminos más primitivos todavía!

Los asientos son simplemente las tapas de cofres de madera usadas para los pequeños bagajes, y sobre las cuales el infortunado a quien llevan durante una interminable semana hace el oficio de martillo pilón. Imposible leer, dormir, y ni siquiera hablar. En revancha, la mayor parte de los viajeros fuma noche y día como las chimeneas de una fábrica, beben hasta perder el aliento, y escupen al transeúnte.

Cyprien Méré se encontraba allí, entre la más genuina representación de esa población flotante que acude de todos los puntos del globo a los placeres del oro o de diamantes en cuanto son señalados. Había un napolitano alto, desgarbado, con largos cabellos negros, rostro apergaminado, ojos poco tranquilizadores, que decía llamarse Annibal Pantalacci; un judío portugués llamado Nathan, gran conocedor en diamantes, que se mantenía muy tranquilo en un rincón y miraba la humanidad como un filósofo; un minero de Lancashire, Thomas Steel, mocetón de barba roja, de riñones vigorosos, que desertaba de la hulla para probar fortuna en Griqualandia; un alemán, Herr Friedel, que hablaba como un oráculo y sabía ya todo lo que se refiere a la explotación diamantífera, sin haber visto jamás un solo diamante en su ganga. Un yanqui de delgados labios, que sólo hablaba con su botella de cuero, y que venía, sin duda, a establecer sobre las concesiones una de esas cantinas que consumen la mayor parte de los beneficios del minero; un granjero de las orillas del Hart; un bóer del Estado libre de Orange; un corredor de marfil, que se dirigía al país de los Namaquas; dos colonos del Transvaal, y un chino llamado Li —como conviene a un chino—, completaban la compañía más heterogénea, la más desarrapada y estruendosa con la que hubiese sido dado encontrarse a un hombre.

Después de haberse distraído un instante con sus fisonomías y sus maneras, Cyprien se cansó pronto. Tan sólo continuaron interesándole Steel, con su naturaleza poderosa, y el chino Li, con sus maneras dulces y felinas. En cuanto al napolitano, sus bufonadas siniestras y su cara patibularia, le inspiraban un invencible sentimiento de repulsión.

Una de las bufonadas más apreciadas de este personaje, consistió durante dos o tres días en atar a la trenza de cabellos que el chino llevaba sobre la espalda, según uso entre sus compatriotas, gran número de raros objetos, bolas de hierba, tronchos de berza, una cola de vaca, un omóplato de caballo

recogido en la llanura y otras cosas más a cual más extrañas.

Li, sin conmoverse, desataba el apéndice que había sido añadido a su larga trenza, pero no demostraba ni por una palabra, ni por un gesto, ni aun por una mirada, que la burla le pareciese traspasar los límites permitidos. Su cara amarilla y sus ojillos oblicuos conservaban una calma inalterable, como si fuese extraño a cuanto pasaba a su alrededor.

Hubiérase podido creer verdaderamente que no comprendía una palabra de cuanto se decía en aquella arca de Noé, en camino para el Griqualandia.

Así es que Annibal Pantalacci no dejaba de agregar en su jerga inglesa, variados comentarios a sus invenciones de burlón de baja estofa.

—¿Creéis —preguntaba en alta voz a su vecino— que su ictericia será contagiosa? —y dirigía una mirada a la amarilla tez del chino.

O bien:

—¡Me gustaría tener unas tijeras para cortarle la trenza! ¡Veríais qué cabeza!

Los viajeros reían, redoblándose su hilaridad por la circunstancia de que, invirtiendo los bóers algún tiempo en acabar de comprender lo que decía el napolitano, se entregaban a una estrepitosa risa con un retardo de dos o tres minutos.

Por fin Méré se irritó con esta persistencia en tomar por monigote al pobre Li, y dijo a Pantalacci que su conducta no era generosa. El otro iba tal vez a responder una insolencia; pero unas palabras de Thomas Steel fueron suficientes para que se tragara prudentemente su sarcasmo.

—¡No, no es leal obrar de esa manera con un pobre diablo que ni aun comprende lo que decís! —agregó el bravo joven, reprochándose haber tomado parte en aquella burla con los demás.

El altercado quedó sin consecuencias. Pero unos instantes después, Méré se sorprendió al ver la mirada fina y algo burlona, una mirada evidentemente llena de reconocimiento que el chino le dirigía.

Entonces se le ocurrió que tal vez Li sabía más inglés de lo que parecía.

Pero en vano, a la parada siguiente trató Cyprien de trabar con él conversación. El chino permaneció impasible y mudo. Desde ahí, este raro individuo continuó interesando al joven ingeniero como un enigma cuya palabra no se conoce, estudiando con atención aquel rostro amarillo e imberbe, aquella boca hendida que se abría sobre sus blancos dientes, aquella nariz corta y abierta, aquella ancha frente, aquellos ojos oblicuos y casi siempre entornados, como para ocultar una expresión maliciosa.

¿Qué edad contaría Li? ¿Quince años, o sesenta? Era imposible decirlo. Si sus dientes, su mirada, sus cabellos de un negro hollín, hacían decidirse por la juventud, las arrugas de su frente, de sus mejillas y de su misma boca, parecían indicar una edad ya avanzada. Era de baja estatura, delgado y ágil en apariencia.

¿Era rico o pobre? Otra cuestión dudosa. Su pantalón de tela gris, su blusa de fular amarillo, su bonete de cuerda trenzada, sus zapatos de suela de fieltro, de los que salían unas medias de inmaculada blancura, podían pertenecer lo mismo a un mandarín de primera clase que a un hombre del pueblo.

Su equipaje se componía de una sola caja de madera roja, con estas señas marcadas con tinta negra:

H. LI

from Cantón to the Cape

lo que significaba: H. Li, de Cantón, hacia El Cabo.

Este chino era limpio hasta el extremo, no fumaba, no bebía nada más que agua, y aprovechaba todas las paradas para afeitarse la cabeza con el mayor cuidado.

Cyprien no pudo saber más, y renunció a ocuparse de este problema viviente.

A todo esto, los días iban pasando, y las millas se sucedían a las millas. A veces los caballos marchaban de prisa; otras, por el contrario, parecía imposible hacerles apretar el paso. Pero poco a poco acortóse la distancia, y cierto hermoso día, el vagón diligencia llegó a Hopetown. Una etapa después a Kimberley, y por último, unas casas de madera se dibujaron en el horizonte.

Era New Rush.

Allí el campo de mineros no difería de lo que son en todos los países recientemente abiertos a la civilización, esas villas provisionales que surgen de la tierra como por encanto.

Casas de madera, en su mayor parte muy pequeñas, y semejantes a las chozas de los camineros de Europa, algunas tiendas, una docena de cafés o cantinas, una sala de billar, una Alhambra o salón de baile, Stores o almacenes generales de artículos de primera necesidad: he aquí lo que saltaba a la vista desde luego.

En tales tiendas había de todo; vestidos y muebles, zapatos y vasos de cristal, libros y sillas, armas y telas, escobas y municiones de caza, mantas y cigarros, legumbres frescas y medicamentos, carretes y jabones de tocador, cepillos para las uñas y leche concentrada, sartenes y litografías, en fin, de

todo, excepto compradores, porque la población del campo estaba aún ocupada en la mina distante trescientos o cuatrocientos metros de New Rush.

Nuestro francés, como todos los recién llegados, se apresuró a dirigirse, mientras le preparaban la comida, a aquella casa pomposamente decorada conocida con el nombre de «Hotel Continental».

Eran aproximadamente las seis de la tarde. Ya el sol se envolvía en el horizonte en un ligero vapor de oro. El joven ingeniero observó una vez más el diámetro enorme que el astro del día, como el de la noche, presenta bajo estas latitudes australes, fenómeno que aún no ha podido ser explicado de una manera satisfactoria. Este diámetro parecía ser, por lo menos, el doble de ancho que en Europa.

Pero un espectáculo más nuevo aguardaba a Cyprien Méré en el kopje, es decir, en el yacimiento de diamantes.

Al principio de los trabajos, la mina formaba un montículo rebajado que levantaba en aquel punto la pradera, llana en los demás sitios, como la mar tranquila. Pero en el momento de nuestra historia una inmensa sima de paredes inclinadas, una especie de circo de forma elíptica de unos cuarenta metros cuadrados de superficie, la agujereaba en aquel lugar.

Esa superficie no contenía menos de trescientos o cuatrocientos claims o concesiones de treinta y un pies de lado, cuyos poseedores hacían valer a su capricho.

El trabajo consistía simplemente en extraer con ayuda del pico y de la pala, la tierra de aquel suelo, que generalmente lo compone una mezcla de arena rojiza y grava. Una vez conducida al borde de la mina, aquella tierra era transportada a las mesas de apartado para ser lavada, cernida, y finalmente, examinada con el mayor cuidado a fin de reconocer si contenía piedras preciosas.

Todos estos claims, para ser abiertos independientemente los unos de los otros, constituían naturalmente fosos de diferentes profundidades. Los unos descendían cien y más metros, los otros tan sólo quince, veinte o treinta.

Para las necesidades del trabajo y la circulación, cada concesionario quedaba obligado, por los reglamentos oficiales, a dejar sobre uno de los lados de su pozo una anchura de siete pies intacta por completo. Este paso, con otro, igual en latitud, reservado por el medianero, establecen una especie de calzada a nivel con el terreno primitivo. Sobre esta banqueta se colocaba de través una continuación o serie de durmientes de madera que volaban un metro por cada lado, y le daban la anchura necesaria para pasar dos carretones sin rozarse.

Desgraciadamente para la solidez de esta vía colgante, y para la seguridad

de los mineros, los concesionarios no dejaban nunca de vaciar gradualmente el pie del muro a medida que los trabajos descendían; de suerte que la calzada, colgada a veces a una altura doble de la de las torres de Nuestra Señora de París, concluía por afectar la forma de una pirámide invertida, apoyada sobre su vértice. La consecuencia de esta mala disposición es fácil de prever: el hundimiento frecuente de estas murallas, bien en la estación de las lluvias, bien por un cambio brusco de temperatura, que determina anchas grietas en el espesor de estas tierras, Pero la continuidad de semejantes catástrofes no impedía a los imprudentes mineros seguir horadando su claim hasta el extremo límite de la pared.

Cyprien Méré, al acercarse a la mina, no vio sino carretones cargados o vacíos que circulaban sobre estos caminos colgantes. Pero cuando estuvo lo bastante cerca de la orilla para poder llegar con su mirada hasta las profundidades de esta especie de cantera, percibió una muchedumbre de mineros de todas razas, colores y trajes que trabajaban con ardor en el fondo de los claims. Veíanse negros, blancos, europeos, africanos, mongoles y celtas, la mayor parte en un estado de desnudez casi completa, o vestidos simplemente con pantalones de paño, camisas de franela, blusas de algodón y cubiertos con sombreros de paja, a menudo adornados con plumas de avestruz.

Todos aquellos hombres llenaban de tierra los cubos de cuero, que subían en seguida hasta el borde de la mina a lo largo de cables de alambre gracias a la tracción de cuerdas hechas con correas de piel de vaca, arrolladas sobre tambores de madera. Una vez allí los cubos, eran vertidos rápidamente en las carretas, y en el acto volvían al fondo del claim, para volver a subir con una nueva carga.

Estos cables de hierro, tendidos diagonalmente en la profundidad de los paralelepípedos formados por los claims, le daban a los dry-diggings, o minas de diamantes en seco, un aspecto especial. Hubiéraseles creído los hilos de una gigantesca tela de araña, en cuya fabricación hubiese quedado repentinamente interrumpida.

Cyprien se divirtió durante un rato contemplando este hormiguero humano. Luego regresó a New Rush, donde sonó bien pronto la campana de la mesa redonda. Allí, durante toda la tarde, escuchó a placer a los unos hablar de hallazgos prodigiosos, de mineros pobres como Job, súbitamente enriquecidos por un solo diamante, en tanto que otros, por el contrario, se lamentaban de su «mala sombra», de la rapacidad de los corredores, de la infidelidad de los cafres empleados en las minas, que robaban las más hermosas piedras, y otros motivos de conversación técnica, Únicamente se hablaba de diamantes, quilates y centenares de libras esterlinas.

Lo cierto era que toda aquella gente tenía un aire bastante miserable, y para

un digger feliz que pedía ruidosamente una botella de champaña con el fin de celebrar su buena suerte, se veían veinte caras largas, cuyos entristecidos propietarios no bebían más que cerveza común.

A veces, una piedra circulaba de mano en mano alrededor de la mesa para sopesada, examinada y, finalmente, volver a encerrarse en el cinturón de su propietario. Aquel guijarro gris y opaco, sin más brillo que un pedazo de canto rodado, era el diamante dentro de su ganga u obroque.

Al llegar la noche, los cafés se llenaron, y las mismas conversaciones, las mismas discusiones que animaron la comida, continuaron a más y mejor alrededor de los vasos de ginebra y de brandy.

Cyprien se había acostado temprano en un lecho que le habían asignado bajo una tienda próxima al hotel. Pronto quedó dormido a los sones de un baile al aire libre que se daban los mineros cafres de los alrededores, y de las estrepitosas tocatas de un cornetín de pistón que dirigía en un salón público las diversiones coreográficas de los blancos.

III.

La ciencia y la amistad

Es menester afirmar en honor a nuestro joven ingeniero francés, que no había venido a Griqualandia para perder su tiempo en aquel ambiente de rapacidad, embriaguez y humo de tabaco. Había sido encargado del levantamiento de los planos topográficos y geológicos de ciertos lugares del país, de recoger ejemplares de rocas y de tierras diamantíferas y de llevar a cabo sobre el terreno delicados análisis. Su primera atención había sido, pues, el procurarse una habitación tranquila donde montar su laboratorio y que sirviese, por decido así, de centro a sus exploraciones a través del distrito minero.

El montecillo sobre el que se alzaba la granja Watkins llamó en seguida su atención, como un lugar que podía ser muy favorable a sus trabajos. Bastante alejado del campo de los mineros para no sufrir gran molestia por tan ruidosa vecindad, Cyprien se encontraría próximamente a una hora de marcha de los kopjes más lejanos, porque el distrito diamantífero no tiene más de diez o doce kilómetros de circunferencia. Sucedió, pues, que elegir una de las casas abandonadas por John Watkins, negociar su alquiler, e instalarse, fue para el joven ingeniero asunto de medio día.

El granjero, por su parte, se mostró de buena disposición; se fastidiaba bastante en su soledad y vio con verdadero placer instalarse a su lado al joven,

que sin duda había de proporcionarle alguna distracción.

Pero si míster Watkins había contado con encontrar en su locatario un compañero de mesa o un bebedor asiduo para dar frecuentes asaltos a la vasija de ginebra, estaba equivocado. Apenas establecido con todo su contingente de retortas, hornillos y reactivos en la casa abandonada en su provecho, y aun antes que las principales piezas de su laboratorio hubiesen llegado, Cyprien Méré había ya comenzado sus excursiones geológicas en el distrito. Así es que, cuando por la noche entraba tendido de fatiga, cargado de fragmentos de rocas en, su caja de zinc, en su morral, en sus bolsillos, y hasta en su sombrero, tenía más ganas de tenderse sobre su lecho y de dormir, que de escuchar las viejas narraciones de míster Watkins. Además, fumaba poco y bebía menos. Todo esto no constituía precisamente el alegre compañero que el granjero había deseado.

Sin embargo, Cyprien Méré era tan leal, tan bueno, tan sencillo de maneras y de sentimientos, tan modesto y tan sabio, que era imposible verle con frecuencia y no poder simpatizar con él. Mister Watkins, tal vez sin darse cuenta de aquello, le guardaba más respeto que a nadie había tenido hasta entonces. ¡Si siquiera este muchacho hubiese sabido beber seco! Pero ¿qué queréis hacer de un hombre que no se echa jamás una gota de gin en la garganta? He aquí cómo se terminaban regularmente los juicios que el granjero hacía sobre su locatario.

En cuanto a miss Watkins, había fraternizado pronto con el joven sabio. Encontrando en él un sello de distinción, una superioridad intelectual— que no veía en su sociedad habitual, había acogido con avidez la ocasión que se le ofrecía para completar, por medio de nociones de química experimental, la muy sólida y variada instrucción que ya tenía por la lectura de algunas obras de ciencia.

El laboratorio del ingeniero, con sus extraños aparatos, le interesaba, poderosamente. Era, sobre todo, muy curiosa por conocer todo lo que se refería a la naturaleza de los diamantes, esta preciosa piedra que jugaba en las conversaciones y en el comercio del país un papel tan importante. Verdaderamente, Alice estaba muy predispuesta a no considerar esta gema sino como un feo guijarro. Cyprien, ella lo sabía bien, tenía sobre este punto desdenes muy semejantes a los suyos, y esta comunión de sentimientos no fue extraña a la amistad que tan rápidamente se había anudado entre ellos. Solos en el Griqualandia, puede decirse, no creían que el objeto único de la vida fuese el buscar; tallar y vender esas pequeñas piedras tan ardientemente deseadas.

El diamante —le explicó un día el joven ingeniero— es simplemente carbono puro. No es otra cosa que un fragmento de carbón cristalizado. Se le

puede quemar como una brasa común; y esta misma propiedad de combustibilidad que tiene, ha sido la causa que ha hecho sospechar su verdadera naturaleza. Newton, que observaba tantas cosas, había notado que el diamante tallado refracta la luz más que cualquier otro cuerpo transparente; y como sabía que este carácter pertenece a la mayor parte de las sustancias combustibles, dedujo de este hecho, con su acostumbrado atrevimiento, la conclusión de que el diamante «debía ser combustible», y la experiencia le dio la razón.

—Pero, monsieur Méré, si el diamante no es más que carbón, ¿por qué lo venden tan caro? —inquirió la joven.

—Porque es muy raro, miss Alice —explicó Cyprien—, y no se le ha encontrado en la Naturaleza sino en pequeñas cantidades. Durante largo tiempo se ha sacado tan sólo de la India, del Brasil y de las islas de Borneo. Y sin duda recordaréis, pues debíais tener entonces siete u ocho años, la época en que por primera vez se señaló la presencia de los diamantes en esta provincia del África austral.

—Sí que lo recuerdo —afirmó miss Watkins—. Todo el mundo estaba como loco en el Griqualandia; no se veía sino gentes armadas de picos y palas, explorando todas las tierras, desviando el curso de los arroyos para examinar sus lechos, no soñando ni hablando más que de diamantes. Pequeña y todo como era, os aseguro, monsieur Méré, que había momentos en que me molestaba todo aquello. Pero decíais que el diamante es caro porque escasea... ¿Es ésa su única cualidad?

—No precisamente, miss Watkins. Su transparencia, su brillo cuando ha sido tallado de manera que refracte la luz, la dificultad misma de esta talla y, por último, su extremada dureza, hacen de él un cuerpo en realidad muy interesante para el sabio, y aun añadiré que muy útil para la industria. Ya sabéis que no se le puede pulir sino con su propio polvo, y esta preciosa dureza ha permitido utilizarle, desde hace algunos años, para la perforación de las rocas. Sin el socorro de esta gema, no sólo sería muy difícil trabajar el vidrio y otras muchas sustancias duras, sino que el perforar los túneles y las galerías de las minas sería también mucho más penoso.

—Ahora comprendo —manifestó Alice, que se sintió de repente dominada de cierta estimación hacia esos pobres diamantes que tanto habían desdeñado hasta entonces. Pero, monsieur Méré, ese carbón, del que afirmáis que está compuesto el diamante en su estado cristalino, ¿qué es, en resumen?

—Es un cuerpo simple, no metálico, y no de los más extendidos en la Naturaleza —contestó Cyprien—. Todos los compuestos orgánicos, sin excepción, la madera, la carne, el pan, la hierba, encierran una fuerte proporción. A la presencia del carbón o carbono entre sus elementos, deben el

grado de afinidad que se observa entre ellos.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó miss Watkins—. ¿Así, pues, esos arbustos, la hierba de estos pastos, el árbol que nos abriga, la carne de mi avestruz Dada, y yo misma, y vos, monsieur Méré, estamos en parte formados por carbón... como los diamantes? ¿Es todo carbón en este mundo?

—A fe mía, miss Alice, hace mucho tiempo que este hecho se había presentido; pero la ciencia contemporánea tiende, de día en día, a demostrarlo más claramente, o por mejor decir, tiende a reducir cada vez más el número de los cuerpos simples elementales, número considerado largo tiempo como sacramental. Los procedimientos espectroscópicos de observación han arrojado recientemente, desde este punto de vista, una nueva luz sobre la química, así es que las sesenta y dos sustancias clasificadas hasta aquí como cuerpos simples elementales o fundamentales, podrían muy bien no ser más que una sola y única sustancia atómica (quizá hidrógeno), bajo formas eléctricas, dinámicas y caloríficas diferentes.

—¡Ah! —exclamó miss Watkins—. Me dais miedo con esas huecas palabras. Habladme más bien del carbón. ¿Acaso vosotros, los señores químicos, no podríais cristalizarle, como lo hacéis con el azufre, del que me habéis enseñado el otro día tan bonitas agujas? Algo más cómodo sería esto que ir agujereando la tierra para encontrar los diamantes.

—Muchas veces se ha ensayado realizar lo que decís —le aseguró Cyprien — y también intentado fabricar el diamante artificial por la cristalización del carbono puro, y aun debo añadir que algo se ha conseguido. Despretz, en 1853, y recientemente en Inglaterra otro sabio, han producido polvo de diamante aplicando una corriente eléctrica muy poderosa en el vacío a cilindros de carbón libres de toda sustancia mineral y preparados con azúcar cande. Pero hasta ahora el problema no ha tenido solución industrial, aun cuando creo que la tendrá con el tiempo. Pronto, un día u otro, y tal vez a la hora en que yo os hablo, el procedimiento de la fabricación del diamante será descubierto.

Así, o de forma parecida, hablaban paseándose por la enarenada plataforma que se extendía a lo largo de la granja, o bien por la noche sentados en la galería mirando brillar las estrellas del cielo austral.

Después Alice abandonaba al joven ingeniero para volver a la granja, cuando no le llevaba consigo a ver su pequeño rebaño de avestruces que tenía en un cercado, al pie de la altura sobre la que se elevaba la habitación de John Watkins. Su pequeña cabeza blanca, erguida sobre un cuerpo negro, sus gruesas patas rígidas, los ramilletes de plumas amarillas que adornan sus alones y su cola, todo interesaba a la joven que se divertía en criar, desde un par de años antes, todo un corral de estas zancudas gigantescas.

Generalmente no se procura domesticar estos animales, y los granjeros del Cabo las dejan vivir en un estado casi salvaje.

Se contentan con soltarlas en grandes cercados de vasta extensión, defendidos por altas barreras de alambre, semejantes a las que se colocan en ciertos países a lo largo de las vías férreas. Las avestruces, debido a estar mal constituidas para el vuelo, no pueden franquear estos cercados. Allí viven todo el año en una cautividad que éstas ignoran, alimentándose de lo que encuentran, y buscando rincones apartados donde poner sus huevos, que leyes severas protegen de los merodeadores.

Tan sólo en la época de la muda, y cuando se trata de despojarlos de esas plumas tan apreciadas por las mujeres de Europa, debe procederse por los ojeadores a cazar lentamente las avestruces en una serie de cercados cada vez más pequeños, hasta que sea fácil cogerlas y arrancarles su adorno.

Esta industria ha tomado desde hace algunos años, en las regiones del Cabo, una extensión prodigiosa, siendo muy extraño que se halle aún tan poco aclimatada en la Argelia, donde no sería menos fructuosa. Cada avestruz que vive así, en cautividad, produce a su propietario, sin gastos de ninguna especie, una renta anual que varía entre doscientos y trescientos francos. En apoyo a esta afirmación, baste saber que una pluma grande de avestruz, cuando es de buena calidad, se vende en sesenta y ochenta francos, tipo corriente en el comercio, y que las plumas medianas y pequeñas también se cotizan a buen precio.

Pero miss Watkins criaba una docena de estos grandes pájaros, pero tan sólo por distracción.

Ella se divertía en verles cubrir sus huevos enormes, o correr a tomar su alimento con sus pollitos, como hubieran podido hacerlo las gallinas o pavos. Cyprien la acompañaba algunas veces, y se complacía en acariciar una de las más bonitas de la manada; un avestruz hembra de cabeza negra y ojos dorados, Dada, la que se había tragado la bola de marfil de que Alice se servía habitualmente para repasar las medias.

Entre tanto, Cyprien había sentido nacer en él, poco a poco, un sentimiento más profundo y más tierno hacia la joven. Se había confesado que jamás encontraría, para compartir su vida de trabajo y meditación, una compañera de corazón más sencillo, de inteligencia más despierta, más amable, más perfecta. En efecto, miss Watkins, privada de su madre desde niña, obligada a conducir la casa paternal, era ama de casa consumada, a la vez que una mujer de sociedad.

Esta misma mezcla singular de perfecta distinción y atractiva sencillez, era lo que le daba tanto encanto.

Sin tener las tontas pretensiones de tantas jóvenes elegantes de Europa, no temía introducir sus blancas manos en la pasta para preparar un pudding, cuidar de la comida y asegurarse de que la ropa de la casa se hallaba en debida forma. Eso no le impedía ejecutar las sonatas de Beethoven, tan bien y tal vez mejor que tantas otras, de hablar perfectamente dos o tres idiomas, de saber apreciar los modelos de todas las literaturas y, por último, de tener mucho éxito en las pequeñas asambleas mundanas que se celebraban en ciertas ocasiones en las casas de los ricos granjeros del distrito.

No porque fuesen escasas las mujeres distinguidas en estas reuniones. En Transvaal como en América, en Australia y en todos los países en que los trabajos materiales de una civilización que surge absorben la actividad de los hombres, la cultura intelectual es, mucho más que en Europa, el monopolio casi exclusivo de las mujeres. Así es que, por lo común, resultan muy superiores a sus maridos y a sus hijos en instrucción general y refinamiento artístico. A todos los viajeros ha sucedido hallar, no sin alguna extrañeza y admiración, en la mujer de un minero australiano o de un squarther del Far-West, un talento musical de primer orden, asociado a los mayores conocimientos literarios o científicos. La hija de un tendero de Omaha o de un carnicero de Melbourne se sonrojaría al pensar que pudiese ser inferior en instrucción, en buenos modales, en cualquier clase de conocimiento, a una princesa de la vieja Europa. En el Estado libre de Orange, en el que la educación de las jóvenes está ya hace mucho tiempo al nivel que la de los muchachos, pero en donde éstos dejan quizá demasiado pronto los bancos de la escuela, este contraste entre los dos sexos es más marcado que en cualquier otra parte. El hombre es, en el hogar doméstico, el breadwinner, el que gana el pan; guarda toda su natural rudeza, toda la que le imprimen sus ocupaciones al aire libre, la vida de fatigas y peligros.

Por el contrario, la mujer toma para su dominio además de los quehaceres domésticos, la cultura de las artes y las letras, que desdeña o descuida su marido. Y resulta con frecuencia que una flor de belleza, de distinción y de encanto, se desarrolla al borde del desierto: éste era el caso de la hija del granjero John Watkins.

Cyprien se había dicho todo esto, y como siempre iba derecho al asunto, no había vacilado en presentar su demanda. ¡Ay! Ahora caía de lo alto de su ensueño y advertía por primera vez la barrera casi infranqueable que le separaba de Alice.

Así es que entró en su casa con el corazón lleno de tristeza, después de esta entrevista decisiva. Pero no era hombre que se entrega a una vana desesperación; estaba resuelto a luchar en este terreno, y entre tanto buscó en el trabajo un derivativo seguro contra su pena.

Luego de haberse sentado ante su pequeña mesa, el joven ingeniero acabó, con una escritura rápida y firme, la larga carta confidencial que había comenzado por la mañana, dirigida a su querido maestro M. J., miembro de la Academia de Ciencias y profesor titular de la Escuela de Minas.

«... Lo que no he creído deber consignar en mi Memoria oficial —le decía—, porque no es aún para mí más que una hipótesis, es la opinión a que me veo bastante inclinado, en vista de mis observaciones geológicas, acerca de la verdadera manera de formarse el diamante.

»Ni la hipótesis de que proviene de un origen volcánico, ni la que atribuye su presencia en los yacimientos actuales a la acción de violentas ráfagas, llegan a satisfacerme, como a vos tampoco, mi querido maestro, por causas que no tengo necesidad de recordarlas. La formación del diamante en plaza, debida al fuego, es también una explicación demasiado vaga y que no llega a convencerme.

»¿Cuál debió ser la naturaleza de este fuego, y cómo no modificó las calcáreas de todas clases que se encuentran regularmente en los lechos diamantíferos? Esto me parece simplemente pueril y digno de las teorías de los torbellinos, o de los átomos ganchudos.

»La única explicación que me satisface, si no completamente, a lo menos en cierto modo, es la del transporte por las aguas, de los elementos de la gema, y de la formación posterior del cristal en plaza. Me siento grandemente admirado del perfil especial, casi uniforme, de los diversos lechos que he reconocido y medido con el mayor cuidado. Todos afectan más o menos la forma general de una especie de copa, de cápsula, e incluso, teniendo en cuenta la costra que los recubre, una calabaza de caza tendida sobre su flanco. Es una especie de depósito de treinta o cuarenta mil metros cúbicos, en el cual hubieran venido a derramarse todo un conglomerado de arenas, lodo y tierras de aluvión, aplicado sobre las rocas primitivas. Este carácter está especialmente muy marcado en el Vandergaart Kopje, uno de los yacimientos diamantíferos más recientemente descubiertos, y que pertenece al mismo propietario de la casa en que os escribo.

»Si se vierte en una vasija un líquido que contiene cuerpos extraños se depositan más especialmente en el fondo y alrededor de los bordes de la vasija.

»Pues bien, esto es precisamente lo que acontece en el kopje. En el fondo y hacia el centro del depósito, como igualmente en su límite extremo, es sobre todo donde se hallan los diamantes.

»El hecho está tan comprobado, que los claims intermediarios descienden rápidamente a un precio inferior, mientras que las concesiones centrales o

vecinas a los bordes, llegan rápidamente a adquirir un gran valor cuando la forma del yacimiento ha sido determinada. La analogía está, pues, en favor del transporte de los materiales por la acción de las aguas.

»Por otro lado, un gran número de circunstancias que encontraréis enumeradas en mi Memoria, tienden a indicar la formación en plaza de los cristales con preferencia a su transporte en el estado perfecto.

»Para no repetir más que dos o tres, diré que los diamantes se hallan casi siempre reunidos por grupos de la misma naturaleza y de idéntico color, lo que no sucedería ciertamente si hubiesen sido arrastrados, ya formados, por las aguas de un torrente.

»A menudo se encuentran dos reunidos que se separan al menor choque... ¿Cómo habrían resistido a los frotamientos y aventuras de un acarreo por las aguas? Además, los diamantes gruesos son hallados casi siempre bajo el abrigo de una roca, lo que tiende a indicar que la influencia de esta roca, su radiación calórica u otra causa cualquiera, ha facilitado su cristalización. En fin, es muy raro que los gruesos y los pequeños diamantes se hallen juntos. Siempre que se ha descubierto una hermosa piedra, está aislada, como si todos los elementos diamantinos del nido se hubieran concentrado en un solo cristal bajo la acción de causas particulares:

»Estos motivos y otros muchos más hacen que me incline hacia la formación en plaza y después el transporte por las aguas de los elementos de la cristalización.

»Pero ¿de dónde proceden las aguas que acarrear los detritus orgánicos destinados a transformarse en diamantes? Esto es lo que no he podido determinar, pese al atentísimo estudio que he hecho de diversos terrenos.

»El descubrimiento tendría seguramente su importancia. En efecto; si se lograra descubrir o reconocer el camino seguido por las aguas, ¿por qué no se había de llegar al punto inicial de donde parten los diamantes? Quiero decir al lugar donde indudablemente existe una cantidad mucho mayor que en los pequeños depósitos actualmente conocidos y explotados. Esto sería una demostración completa de mi teoría, y me consideraría dichoso con alcanzarla; pero seguramente no he de ser yo quien lo logre, porque he me aquí casi al término de mi misión y me ha sido imposible formular desde este punto de vista, una conclusión seria.

»En mis análisis de rocas he sido más afortunado...»

Y el joven ingeniero, prosiguiendo su relato, entraba, con motivo de sus trabajos, en detalles técnicos, que eran sin duda de gran interés para él y para su corresponsal, pero sobre los cuales el lector profano podría muy bien no opinar de la misma manera. Por eso creemos prudente no reproducirlos.

A media noche, después de haber terminado su extensa misiva, Cyprien apagó su lámpara, se tendió sobre su hamaca, y se entregó confiadamente al reposo.

El trabajo se había sobrepuesto al disgusto, por lo menos durante unas horas; pero una graciosa visión aparecióse en los sueños del joven sabio, pareciendo recomendarle que no desesperase tan pronto.

IV.

Vandergaart Kopje

Al siguiente día Cyprien Méré decidió:

—Es preciso partir. Debo abandonar el Griqualandia. ¡Después de lo ocurrido con ese buen hombre, si me quedaba aquí un día más sería una debilidad! ¡No quiere darme a su hija! Quizá tiene razón. En todo caso no puedo presentar en mi abono circunstancias atenuantes. Debo aceptar varonilmente este veredicto, por doloroso que sea, y contar con los cambios que produce el porvenir.

Y sin más titubeos, Cyprien se ocupó de empaquetar sus aparatos en las cajas que había guardado para servirse a guisa de bufetes y armarios.

Se había entregado con ardor a tal cosa, y trabajaba activamente después de una o dos horas, cuando, por la ventana abierta, y a través de la atmósfera matinal, una voz fresca y pura, subiendo como el canto de una alondra al pie de la terraza, llegó hasta él, interpretando una de las más encantadoras melodías del poeta Moore:

Es la última rosa del estío,
La única que quedó en flor;
Todas sus amables compañeras
Muertas o marchitas están ya...

Cyprien corrió a la ventana y apercibió a Alice, que se dirigía hacia el cercado de sus avestruces con el delantal rebosante de golosinas de su gusto. Ella era la que cantaba.

Yo no te abandonaré.
No he de dejar que sola
Languidezcas sobre tu tallo.

Puesto que las otras bellas duermen,

¡Ve y duerme con ellas!

El joven ingeniero francés no se había creído jamás muy sensible a la poesía, pero ésta le conmovió profundamente. Se situó muy cerca de la ventana conteniendo el aliento, escuchando, o por mejor decir, bebiendo estas dulces palabras. La canción se detuvo. Miss Watkins distribuía la comida a sus avestruces y daba gusto verles alargar sus largos cuellos y sus torpes picos hacia la pequeña mano que los alimentaba.

Después que hubo terminado la distribución, volvió Alice a la casa, siempre cantando:

Es la última rosa del estío,

La única que quedó en flor.

¡Oh! ¿Quién va a habitar solo

Este sombrío mundo?...

El joven ingeniero francés no se había creído jamás muy sensible a la poesía, pero ésta le conmovió profundamente. Se situó muy cerca de la ventana conteniendo el aliento, escuchando, o, por mejor decir, bebiendo ésta; dulces palabras. La canción se detuvo.

Miss Watkins distribuía la comida a sus avestruces y daba gusto verles alargar sus largos cuellos y sus torpes picos hacia la pequeña mano que los alimentaba.

Meré estaba de pie en el mismo sitio, los ojos húmedos, como sujeto por un encanto. La voz se alejaba; Alice iba a entrar en la finca; ella no se hallaba a veinte metros de distancia, cuando el ruido de unos pasos precipitados le hizo volver la cabeza y detenerse súbitamente. Cyprien Méré, con un movimiento irreflexivo, había salido de su casa, con la cabeza desnuda, y corriendo hacia ella.

—¿Miss Alice?...

—¿Monsieur Méré?

Hallábanse frente a frente, en pleno sol, sobre el camino que rodeaba la granja. Sus sombras elegantes se dibujaban fuertemente sobre la empalizada de madera blanca en el desnudo paisaje. Al verse Cyprien junto a la joven, pareció admirado de su acción, y se quedó indeciso.

—¿Tenéis algo que decirme, monsieur Méré? —repitió ella con sincero interés.

—Vengo a despedirme de vos, miss Alice... ¡Parto hoy mismo! concluyó

el joven con voz insegura.

El ligero tinte rosáceo que animaba el delicado cutis de miss Watkins desapareció de pronto.

—¿Partir?... ¿Queréis partir?... ¿Y para...? —quiso saber muy conmovida.

—Para mi país... para Francia —declaró Cyprien—. ¡Mis trabajos han terminado aquí!... Mi misión toca a su fin... Nada más tengo que hacer en el Griqualandia, y debo volver a París...

Al hablar así, entrecortadamente, empleaba el tono de un culpable que se excusa.

—¡Ah!... ¡Sí!... ¡Es cierto!... ¡Debía suceder!... —balbuceaba a su vez Alice sin saber lo que decía.

La joven se sentía herida por el estupor.

Esta nueva le sorprendía en plena felicidad inconsciente, como un golpe de maza, De pronto sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas, que quedaron suspendidas de las largas pestañas que las sombreaban. Y como si esta explosión de dolor la hubiese vuelto a la realidad encontró alguna fuerza para sonreír.

—¡Partir! —exclamó—. Pero ¿y vuestra discípula? ¿Queréis abandonarla sin que haya terminado su curso de química? ¿Queréis que me quede en el oxígeno y que no llegue a conocer los misterios del ázoe? ¡Esto está muy mal hecho, caballero!

Alice procuraba mostrarse serena y bromear; pero el tono de su voz desmentía sus palabras.

Bajo esta apariencia de ligereza, había un reproche profundo, que iba derecho hacia el corazón del joven. Le decía en lenguaje vulgar:

—¡Os vais!... ¿Y yo? ¿No me contáis por nada? ¡Habréis venido aquí a mostraras entre estos bóers y estos ávidos mineros como un ser superior y privilegiado, sabio, fiero, desinteresado; me habréis asociado a vuestros estudios, a vuestros trabajos; me habréis abierto vuestro corazón y hecho tomar parte de vuestras altas ambiciones, vuestras preferencias literarias, vuestros gustos artísticos...; me habréis revelado la distancia que hay entre un pensador como vos y los bimanos que me rodean; habréis puesto todo en juego para haceros admirar y amar... lo habréis conseguido... y después venís a anunciarme de buenas a primeras que partís, que vais a volver a París y apresuraras a olvidarme!... ¿Y creéis que voy a tomar este desenlace con filosofía?

Sí; todo esto había en las palabras de Alice, y sus ojos húmedos lo decían tan bien, que Cyprien estuvo a punto de responder a este reproche tácito, pero elocuente:

—¡Es necesario!... Ayer os he pedido por esposa a vuestro padre y me ha rechazado sin dejarme la más remota esperanza... ¿Comprendéis ahora por qué parto?

Pero el recuerdo de su promesa se presentó a su mente.

Se había comprometido a no hablar jamás a la hija de John Watkins del sueño que se había forjado, y se hubiera juzgado despreciable si no hubiese cumplido su palabra.

Pero al mismo tiempo comprendía cuán brutal y casi salvaje era este proyecto de su inmediata marcha, concebido de pronto bajo el golpe de su desventura. Le parecía pues imposible abandonar así, sin preparación, sin tregua, a aquella encantadora niña a quien amaba, y que le devolvía, bien se estaba viendo, una afección sincera y profunda.

Esta resolución que se había impuesto a sí mismo no hacía aún hace dos horas, con el carácter de la necesidad más imperiosa, le causaba horror.

No se atrevía el joven ni aun a confesarlo...

—Cuando hablo de partir, miss Alice —explicó—, no es que piense hacerla esta mañana... ni aun tal vez hoy... Aún tengo varias notas que tomar... preparativos que hacer... En todo caso, antes tendré el honor de volver a veros y de hablar con vos... sobre vuestro plan de estudios.

Dicho esto, giró bruscamente sobre sus talones, huyó como un loco, entró en su casa, arrojándose sobre su sillón de madera, y se puso a reflexionar profundamente. El curso de sus pensamientos estaba cambiado.

—¡Renunciar a tanta gracia por falta de un poco de dinero! ¡Abandonar la partida al primer obstáculo! ¿Es esto tan valeroso como imagino? ¿No sería mejor sacrificar algunas preocupaciones y procurar hacerme digno de ellas? ¡Hacen fortuna tantas gentes en algunos meses buscando diamantes! ¿Por qué no había yo de hacer lo mismo? ¿Quién me impide a mí desenterrar una piedra de cien quilates, como ha sucedido a otros; mejor aún, descubrir algún nuevo yacimiento? Yo tengo seguramente más conocimientos teóricos y prácticos que la mayor parte de todos estos hombres. ¿Por qué la ciencia no habrá de ofrecerme lo que el trabajo, ayudado por un poco de suerte, les ha dado? Después de todo, poco pierdo con ensayar... Aun desde el punto de vista de mi misión, tal vez no me sea inútil agarrar el pico y probar el oficio de minero... y si salgo bien, si logro hacerme rico por este medio primitivo, ¡quién sabe si John Watkins se dejará convencer y se retractará de su decisión

primera!... Bien vale el premio que se pruebe la aventura.

Cyprien se puso a pasear por el laboratorio; pero esta vez sus brazos permanecieron inactivos; el pensamiento sólo trabajaba...

De repente se detuvo, tomó su sombrero y salió.

Luego de haber tomado el sendero que descendía a la llanura, su decisión primera... Bien vale el anhelado premio que se pruebe sin demora la aventura.

Llegó en menos de una hora.

En este momento los mineros entraban en el campo para tomar su segundo desayuno. Cyprien Méré, pasando revista a todos aquellos rostros, se preguntaba a quién se dirigiría para obtener los datos que le eran necesarios, cuando reconoció en un grupo la fisonomía leal de Thomas Steel, el exminero de Lancashire. Dos o tres veces ya había tenido ocasión de encontrarle desde su llegada simultánea al Griqualandia, y de observar que el bravo muchacho prosperaba visiblemente, como lo indicaban su firme rostro fresco y lúcido, sus flamantes vestidos nuevos, y sobre todo, aquel ancho cinturón de cuero que le cubría sus costados.

Cyprien se decidió a abordarle y darle cuenta de sus proyectos, lo que hizo en pocas palabras.

—¿Alquilar un claim? Nada más fácil si tenéis dinero —le contestó Thomas—. Hay uno justamente al lado del mío. Cuatrocientas libras esterlinas. ¡Es regalado! Con cinco o seis negros que lo exploten por tu cuenta, es seguro que harás por lo menos setecientos u ochocientos francos de diamantes por semana.

—Pero no tengo los diez mil francos, y no poseo ni un solo negro —dijo Cyprien.

—Pues bien: comprad una parte del claim. Una octava y aun una dieciseisava parte bastará, y trabajadla vos mismo. Un millar de francos basta para esa adquisición.

—Eso está más al alcance de mis recursos —admitió el joven ingeniero—. Pero vos, míster Steel, ¿cómo os las habéis compuesto? ¿Habéis llegado aquí con un capital?

—Yo he llegado con mis brazos y tres monedas de oro en mi bolsillo —explicó el otro. Pero he tenido suerte. He trabajado primero a medias en un octavo, cuyo propietario gustaba más de quedarse en el café que ocuparse de negocios. Habíamos convenido en repartir los hallazgos, y yo los hacía bastante buenos, particularmente una piedra de cinco quilates que vendimos en doscientas libras esterlinas. Pero me harté de trabajar para aquel holgazán, y compré un dieciseisavo, que he explotado yo mismo. Como no recogía sino

piedrecitas, me desprendí de él hace diez días. Hoy trabajo de nuevo a medias con un australiano en su claim; pero no hemos hecho para los dos más que cinco libras en la primera semana.

—Si encontrase para comprar una buena parte de claim, no muy cara, ¿os avendríaís a explotada conmigo, como socio? —preguntó Cyprien.

—Desde luego —contestó al punto Thomas Steel—, pero a condición de que cada uno guarde para sí lo que encuentre. No es que tenga desconfianza, señor Meré, sino que desde que estoy aquí pierdo casi siempre en el reparto, porque el pico y la pala me conocen, y hago dos o tres veces más obra que los otros.

—Me parece justo —afirmó Cyprien.

—¡Ah! —exclamó el de Lancashire interrumpiéndose— Una idea, y tal vez buena... ¿Si tomásemos para los dos uno de los claims de John Watkins?

—¿Cómo uno de sus claims? ¿Acaso no es suyo todo el suelo del kopje?

—Desde luego, monsieur Méré; pero, como sabéis, el Gobierno colonial se apodera de él tan pronto como queda reconocido un yacimiento de diamantes. Él es quien le administra, catastra y divide los claims, reteniendo la mayor parte del precio de la cesión y no pagando al propietario sino un canon determinado. En verdad, que este canon, cuando el kopje es tan vasto como éste, resulta una buena renta, y por otra parte, el propietario tiene siempre la preferencia para quedarse con tantos claims como pueda trabajar. Éste es precisamente el caso de John Watkins. Tiene muchos en explotación, aparte de la propiedad absoluta de la mina; pero no puede explotarlos tan bien como él quisiera, porque la gota le impide visitarlos, y pienso que si le propusieseis tomar uno, os lo cedería en buenas condiciones.

—Más me agradecería que la negociación se hiciese entre vos y él decidió Cyprien.

—Que no quede por eso —replicó Thomas Steel—. Pronto podemos salir de dudas.

Tres horas después, la mitad del claim numerado con el 924, debidamente marcado con piquetes y reconocida sobre el plano, se hallaba adjudicada en debida forma a los socios Meré y Steel; mediante el pago de noventa libras y entrega hecha en manos del receptor de los derechos de patente.

Además, se había estipulado en el contrato, que los concesionarios dividirían con John Watkins los productos derivados de su explotación y le entregarían a título de royalty los tres primeros diamantes que encontrasen, cuyo peso excediese de diez quilates. Nada indicaba que esta eventualidad se presentase; pero en suma, era posible, todo era posible.

—El negocio podía ser considerado como excepcionalmente bueno para Cyprien Méré, y míster Watkins lo declaró con su franqueza ordinaria, brindando con él, después de la firma del contrato.

—Habéis tomado el buen camino, hijo mío —le aseguró, golpeándole la espalda—. Hay en vos buena madera. No me sorprendería que llegaseis a ser uno de los mejores mineros de Griqualandia.

Cyprien no pudo menos de ver en estas palabras un feliz presagio para el porvenir.

Y miss Watkins, que se hallaba presente en la entrevista, despedía de sus azules ojos rayos tan brillantes, que nadie se hubiera figurado que había pasado acongojada y llorando toda la mañana.

Por acuerdo tácito, fue evitada toda explicación sobre la triste escena anterior. Cyprien se quedaba; esto era lo evidente, y sobre todo lo esencial.

El joven ingeniero salió de allí con el corazón alegre, a fin de hacer sus preparativos para trasladarse, llevando solamente unas cuantas ropas en una pequeña maleta, pues contaba establecerse bajo una tienda en Vandergaart Kopje, y no regresar a la granja sino para distraerse un poco.

V.

Primera explotación

A partir del siguiente día, ambos asociados se pusieron al trabajo. Su claim se hallaba cerca de la orilla del kopje y debía ser rico; si la teoría de Cyprien Méré era fundada. Por desgracia, aquel claim había sido ya explotado con mucha intensidad, y se hundía en las entrañas de la tierra, a una profundidad de más de cincuenta metros.

No obstante, bajo determinados aspectos, esto era una ventaja, porque encontrándose así a un nivel más bajo que los claims vecinos, se beneficiaba, de acuerdo con la ley del país, de todas las tierras, y por lo tanto, de todos los diamantes que pudieran caer de los inmediatos.

El trabajo era sumamente sencillo. Los dos asociados comenzaban por desmontar con el pico cierta cantidad de tierra. Hecho esto, uno de ellos subía al borde de la mina e izaba a lo largo del cable los cubos de tierra que le enviaban desde abajo.

La tierra entonces era transportada en carretas hacia la casa de Thomas Steel. Allí, después de haber sido toscamente triturada con gruesas estacas,

desembarazada después de los guijarros sin valor, se la hacía pasar por una criba de mallas de 15 milímetros de lado, para separar las piedras más pequeñas, que se examinaban atentamente antes de tirarlas al desecho. Por último, la tierra, cernida por un tamiz muy fino para separar el polvo, quedaba en buenas condiciones para ser examinada.

Cuando había sido vertida sobre una mesa, ante la cual se hallaban sentados ambos mineros, armados de una especie de raedera hecha con un pedazo de hoja de lata, la revistaban con el mayor cuidado y la arrojaban debajo, desde donde era transportada al exterior y abandonada cuando había terminado el examen.

Todas estas operaciones perseguían descubrir si se encontraba algún diamante, grueso a veces como la mitad de una lenteja. Aun los dos asociados se consideraban dichosos cuando transcurría el día sin haber hallado ni uno siquiera. Se entregaban con ardor a este trabajo y rebuscaban minuciosamente en la tierra del claim; pero en resumen, durante los primeros días los resultados fueron casi negativos.

Cyprien, sobre todo, parecía tener muy poca suerte.

Cuando se encontraba en su tierra un pequeño diamante, casi siempre era Thomas Steel quien lo descubría. El primero que tuvo la satisfacción de percibir no pesaba, incluida su ganga, más de un sexto de quilate.

El quilate es un peso de cuatro gramos, o sea, aproximadamente la quinta parte de un gramo.

Un diamante de primera, es decir, bien puro, límpido y sin color, vale, una vez tallado, unos doscientos cincuenta francos cuando pesa un quilate. Pero si los diamantes más pequeños tienen un valor proporcionalmente muy inferior, el precio de los más gruesos aumenta rápidamente. Por regla general, el valor mercantil de una piedra de hermosas aguas, es igual al cuadrado de su peso, expresado en quilates, multiplicado por el precio corriente de dicho quilate. Por consiguiente, si se supone que el precio de éste es de doscientos cincuenta francos, una piedra de diez quilates valdrá cien veces más, es decir, veinticinco mil francos.

Pero las piedras de diez quilates, y aun de uno solo, son muy raras. Es debido a esto precisamente que son tan caras. Por otra parte, los diamantes de Griqualandia están casi todos teñidos de amarillo, lo que disminuye considerablemente su valor en joyería.

El hallazgo de una piedra de un sexto de quilate de peso después de seis u ocho días de trabajo era, pues, una bien débil compensación a todas las penas y fatigas que había costado. Más hubiera valido, por este precio, labrar la tierra, guardar rebaños o machacar pedernal para os caminos.

Esto es lo que Cyprien se decía interiormente. Sin embargo, la esperanza de encontrar un bello diamante que recompensase de un solo golpe el trabajo de muchas semanas y aun de varios meses, le sostenía, como sostiene a todos los mineros, aun a los menos confiados. En cuanto a Thomas Steel, trabajaba como si fuera una máquina, sin pensar, a causa de la velocidad adquirida.

Los dos asociados almorzaban diariamente juntos, contentándose con emparedados y cerveza, que compraban en un almacén al aire libre. Pero comían en una de las numerosas mesas redondas que se repartía la clientela del campo. Por la noche, después de haberse separado para irse cada uno por su lado, Thomas Steel se dirigía a la sala de billar. Cyprien entraba en la granja, donde pasaba una o dos horas.

El joven ingeniero tenía frecuentemente el disgusto de encontrar a su rival James Hilton, un joven alto, de cabellos rojos, de tez blanca y rostro sembrado de esas manchas que se llaman efélides. Que este rival hizo evidentemente progresos en el favor de John Watkins bebiendo aún más gin y fumando aún más tabaco de Hamburgo que él, no era dudoso.

Alice, en verdad, no parecía tener sino el más perfecto desdén para la elegancia de aldea y conversación de Hilton. Pero su presencia no por eso era menos insoportable para Cyprien. Así es que a veces, incapaz de sufrida y sintiéndose impotente para dominarla, daba las buenas noches a la compañía y se retiraba.

—El Frenchman no está contento —comentaba entonces John Watkins guiñando un ojo a su compadre—; parece que los diamantes no se vienen solos a su pala.

Y James Hilton reía en la forma más estúpida del mundo.

A menudo en estas noches de tedio, Cyprien entraba a terminar su velada en casa de un honrado y viejo bóer establecido cerca del campo, que se llamaba Jacobus Vandergaart.

De este nombre venía el del kopje, del cual había ocupado el suelo en los primeros tiempos de la concesión. De creérsele, se había visto desposeído de él por una injusticia hecha en provecho de John Watkins. Ahora, arruinado por completo, vivía en una antigua casa de tierra y ejercía el oficio de tallador de diamantes, que en otro tiempo lo había ejercido en su pueblo natal.

Sucedía bastante a menudo, en efecto, que los mineros, curiosos por conocer el peso exacto que guardarían sus piedras una vez talladas, se las llevaban, bien para exfoliarlas, ya para someterlas a operaciones más delicadas. Pero este trabajo exige una mano segura y una buena vista, y el viejo Jacobus Vandergaart, excelente obrero en otro tiempo, tenía hoy gran dificultad en ejecutar sus encargos.

Cyprien, que le había dado a montar en sortija su primer diamante, se había bien pronto aficionado a él.

Se complacía en venir a sentarse en el modesto taller para hablar con él un rato, o sencillamente con la intención de hacerle compañía en tanto efectuaba en su tienda su labor de lapidario. Jacobus Vandergaart, con su barba blanca, su calva frente recubierta con un casquete de terciopelo, su larga nariz, armada de un par de anteojos redondos, tenía todo el aire de un alquimista del siglo VX en medio de sus útiles extraños y sus redomas de ácidos.

En una gran artesa sobre un banco colocado delante de la ventana se encontraban los diamantes en bruto que habían confiado a Jacobus Vandergaart, y cuyo valor era a veces considerable. Quería exfoliar uno cuya cristalización no le parecía perfecta; comenzaba por comprobar bien, con ayuda de una lente, la dirección de las fracturas que dividen todos los cristales en láminas de caras paralelas; después hacía con el corte de un diamante ya tallado una incisión en el sentido deseado, introducía una pequeña hoja de acero en esta incisión, y daba un golpe seco.

El diamante se hallaba entonces exfoliado por una cara, y la operación se repetía sobre las otras.

¿Quería, por el contrario, tallar la piedra, o, para hablar más claramente, desgastarla según una forma determinada? Iniciaba por marcar la figura que deseaba darle, dibujando con yeso sobre la ganga las facetas proyectadas. Después colocaba sucesivamente cada una de estas caras en contacto con otro diamante y las sometía, una contra otra, a una fricción prolongada. Las dos piedras se desgastaban mutuamente, y la faceta se formaba poco a poco. Jacobus Vandergaart lograba de este modo dar a la gema una de las formas hoy día consagradas por el uso, y que entran todas éstas en las tres grandes divisiones siguientes: el «brillante doble talla», el «brillante sencillo» y la «rosa».

El brillante doble está formado por sesenta y cuatro facetas, una tabla y una culata.

El brillante sencillo figura únicamente la mitad del brillante doble. La rosa tiene la parte inferior plana y la superior bombeada con facetas.

Raras veces Jacobus Vandergaart tenía el encargo de tallar una briolette, es decir, un diamante que, no teniendo ni cara superior ni inferior, afecta la forma de una pequeña pera. En la India se traspasan estas piedras con un agujero hacia su extremo afilado, para pasar un cordón.

En cuanto a las arracadas que este viejo lapidario tenía ocasión de tallar con mayor frecuencia, afectaban la forma de la mitad de una pera con tabla y culata, cargadas de facetas por su lado anterior; tallado muy difícil.

Luego de tallado el diamante, faltaba pulirle para terminar el trabajo.

Esta operación se efectuaba con la ayuda de una muela, especie de disco de acero de unos veintiocho centímetros de diámetro, colocado horizontalmente sobre la mesa, y que giraba sobre un eje bajo la acción de una gran rueda y una manivela, a razón de dos o tres mil revoluciones por minuto. Contra este disco, mojado en aceite y espolvoreado con polvo de diamantes procedentes de las tallas anteriores, Jacobus Vandergaart apretaba una después de otra las caras de su piedra hasta que habían adquirido un pulimento perfecto. La manivela era puesta en movimiento unas veces por un pequeño hotentote que alquilaba por día, cuando era necesario, y otras por un amigo como Cyprien, que no se rehusaba a prestarle este servido por pura complacencia.

Trabajando se hablaba, y a menudo Jacobus Vandergaart, levantando sus anteojos sobre la frente, se detenía para contar alguna historia del tiempo pasado. Él sabía todo cuanto concernía a esta África austral, que habitaba desde hacía cuarenta años. Y lo que daba mayor encanto a su conversación era precisamente que reproducía la tradición del país, tradición aún fresca, hasta el extremo de que todavía era viviente. Ante todo, el viejo lapidario no ocultaba el motivo de sus agravios patrióticos y personales.

Los ingleses eran, en su concepto, los más abominables expoliadores que hubiesen existido jamás sobre la faz de la tierra. Hay que dejarle la responsabilidad de sus opiniones y perdonárselas tal vez.

—Nada de extraño —afirmaba— que los Estados Unidos de América se hayan declarado independientes, como no tardarán mucho en hacerlo la India y la Australia. ¿Qué pueblo querría tolerar semejante tiranía?... ¡Ah, monsieur Méré! Si el mundo supiera todas las injusticias que esos ingleses, tan fieros con sus guineas y con su gran poder naval, han sembrado en el mundo, no habría en la lengua humana bastantes ultrajes para arrojárselos a la cara.

Cyprien, ni aprobando ni desaprobando, escuchaba sin responder nada.

—¿Queréis que os cuente lo que me han hecho a mí? —prosiguió Jacobus Vandergaart, animándose cada vez más—. Escuchadme, y me diréis si sobre este punto puedo tener dos opiniones.

Y habiéndole asegurado Cyprien que en nada le daría más placer, el buen hombre continuó de esta manera:

«—He nacido en Amsterdam en 1806, durante un viaje que habían hecho mis padres. Después volví para aprender mi oficio; pero toda mi infancia se pasó en el Cabo, a donde mi familia había emigrado hacía unos cincuenta años. Éramos holandeses, y nos sentíamos muy orgullosos de serlos, cuando Gran Bretaña se apoderó de la colonia a título provisorio, según decía. Pero John Bull no suelta lo que una vez ha agarrado, y en 1815 fuimos

solemnemente declarados súbditos del Reino Unido por la Europa reunida en Congreso. Y yo querría saber por qué Europa se mezclaba en los asuntos de las provincias africanas.

»¡Súbditos ingleses! Pero era el caso, monsieur Méré, que nosotros no queríamos serlo, pensando que el África era lo suficientemente extensa para darnos una patria que fuera nuestra, sólo nuestra. Dejamos la colonia del Cabo para sepultamos en las tierras aún salvajes que rodean el país hacia el Norte. Nos llamaban los bóers, es decir, paisanos, y también Voortrekkers, o sea gastadores avanzados.

»Apenas habíamos desmontado estos nuevos territorios, apenas nos habíamos creado a fuerza de trabajo una existencia independiente, cuando el Gobierno británico los reclamó como suyos, siempre bajo el pretexto de que éramos súbditos ingleses.

»Entonces tuvo lugar nuestro gran éxodo. Era en 1833. De nuevo emigramos en masa. Después de haber cargado sobre carretas tiradas por bueyes nuestros muebles, nuestras herramientas y nuestros granos, nos sepultamos aún más en el desierto.

»En aquella época, el territorio de Natal estaba casi en su totalidad despoblado. Un conquistador sanguinario, llamado Tchaka, verdadero Atila Negro de la raza de los zulúes, había exterminado más de un millón de personas de 1812 a 1828. Su sucesor, Dingaan, reinaba aun por el terror. Este reyezuelo salvaje nos autorizó para establecernos en el país donde hoy se elevan las villas de Durbán y de Port Natal. El traidor Dingaan nos había concedido la autorización con la idea oculta de atacarnos cuando nuestro Estado estuviese floreciente.

»Así es que todos nos armamos para la resistencia, y merced a esfuerzos desesperados y, puedo decirlo, a prodigios de valor durante más de cien combates, en los que nuestras mujeres y nuestros hijos luchaban a nuestro lado, pudimos quedar dueños de aquellas tierras, regadas con nuestro sudor y nuestra sangre.

»Apenas habíamos definitivamente triunfado del déspota negro y destruido su poder, el gobernador del Cabo envió una columna británica en comisión de ocupar el territorio de Natal, en nombre de su majestad, la Reina de Inglaterra... Ya lo veis, seguíamos siendo súbditos ingleses. Esto pasaba en 1842.

»Otros emigrantes compatriotas nuestros habían de la misma manera conquistado el Transvaal y aniquilado, sobre el río Orange, el poder del tirano Moselekatze, pero también se vieron confiscar por una simple orden del día, de la nueva patria que habían pagado con tantos sufrimientos.

»No quiero detenerme en los detalles. Esta lucha duró veinte años. Siempre nos íbamos más lejos, y siempre la Gran Bretaña alargaba sobre nosotros su mano rapaz, como sobre Otros siervos que pertenecían a la posesión aún después de haberla abandonado. Finalmente, luego de tantas penas y sangrientas luchas, pudimos hacer reconocer nuestra independencia en el Estado libre de Orange. Una proclamación real, firmada por la reina Victoria con fecha 8 de abril de 1854, nos garantizaba la libre posesión de nuestras tierras y el derecho de gobernarnos a nuestro gusto. Quedamos constituidos definitivamente en República, y puede decirse que nuestro Estado, fundado sobre el respeto escrupuloso de la ley, sobre el libre desarrollo de las energías individuales y sobre la instrucción extendida a manos llenas en todas las clases, podría aún servir de modelo a muchas naciones que deben creerse más civilizadas que un pequeño Estado del África austral.

»El Griqualandia formaba parte de él. Entonces me establecí como granjero en la misma casa en que nos hallamos en este momento, con mi mujer y mis dos hijos. Entonces tracé mi kraal o parque para animales sobre el emplazamiento mismo de la mina en la que trabajáis. Diez años después John Watkins llegó al país y construyó su primera habitación.

»Entonces se ignoraba que hubiera diamantes en estos terrenos, y por mi parte, había tenido tan pocas ocasiones, después de treinta años de practicar mi antiguo oficio, que apenas si recordaba la existencia de piedras preciosas.

»De repente, hacia el año 1867, se extendió el rumor de que nuestras tierras eran diamantíferas. Uno de los bóers de las orillas del Hart había encontrado diamantes hasta en las deyecciones de sus avestruces, hasta en los muros de arcilla de su granja.

»Inmediatamente, el Gobierno inglés fiel a su sistema de acaparamiento, con desprecio de todos los tratados y de todos los derechos, declaró que el Griqualandia le pertenecía.

»Vanamente protestó nuestra República. En vano ofreció someterse al arbitraje del jefe de un Estado europeo. Inglaterra rehusó el arbitraje y ocupó nuestro territorio.

»A lo menos se podía esperar que los derechos privados serían respetados por nuestros injustos amos. Por mi parte, viudo ya y sin hijos a causa de la terrible epidemia de 1870, no me sentía con valor para ir en pos de una nueva patria, para crearme un nuevo hogar, el sexto o séptimo de mi larga carrera. Me quedé, pues, en Griqualandia. Casi solo en el país, permanecí indiferente a la fiebre de diamantes que se apoderaba de todo el mundo, y me dediqué al cultivo de mis campos como si el yacimiento de Du Toit's Pan no hubiese sido descubierto a un tiro de fusil de mi habitación.

»Pero ¡cuál no fue un día mi sorpresa cuando vi que el muro de mi kraal, construido con piedras en seco, de acuerdo con la costumbre, había sido demolido durante la noche y conducido a trescientos metros más lejos, en el centro de la llanura! En el sitio del mío, John Watkins, con ayuda de un centenar de cafres, había levantado otro que empalmaba con el suyo, encerrando en su dominio un montículo de tierra roja y arenisca, hasta ese entonces absolutamente mío.

»Me quejé a este expoliador... ¡No hizo más que reírse! Dije que le demandaría... ¡Él mismo me aconsejó que lo hiciera!

»Tres días más tarde tenía la explicación del enigma. Este montículo de tierra que me pertenecía, era pues una mina de diamantes. John Watkins, después de haber adquirido la certidumbre, se había apresurado a operar el traslado de mi cerramiento; después había corrido a Kimberley a declarar oficialmente la mina a su propio nombre.

»¡Pleiteé!... ¡Permita Dios, monsieur Méré, que jamás sepáis lo que cuesta pleitear en país inglés!...

»Uno a uno fui perdiendo a mis bueyes, mis caballos, mis carneros. Vendí hasta mi mobiliario, hasta mis ropas, para alimentar a esas sanguijuelas humanas que tienen por nombre solicitors, attorneys, sheriffs, etc. Por último, después de un año de marchas, de dilaciones, de esperanzas sin cesar desvanecidas, de ansiedades y disgustos, la cuestión de propiedad quedó definitivamente arreglada sin recurso ni casación posible.

»Había perdido mi proceso y además me encontraba arruinado. Una sentencia en firme declaraba que mis pretensiones carecían de fundamento, denegaba mi demanda y decía que era imposible al tribunal reconocer el derecho recíproco de las partes demandantes, pero que importaba para el porvenir determinar una línea de límite invariable, señalando en el 25 grado de longitud al Este del meridiano de Greenwich, la que debía separar en adelante ambos dominios.

»El terreno que estaba situado a occidente de este meridiano quedaba adjudicado a John Watkins, quedando yo en posesión de la parte situada a Oriente.

»Lo que por lo visto había dictado a los jueces tan singular decisión era que, en efecto, el grado 25 de longitud cruza por los planos del distrito, a través del territorio que mi kraal había ocupado.

»Pero como la mina estaba al occidente, correspondió a míster John Watkins.

»No obstante, como para marcar con un sello indeleble, la opinión de que

el país ha conservado de este juicio inicuo, esta mina continúa llamándose Vandergaart Kopje.

»Y bien, monsieur Méré, ¿no tengo derecho para decir de que los ingleses son unos bandidos? —terminó el anciano bóer como broche de su dolorosa y verídica historia».

VI.

Costumbres mineras

Fácil es imaginar que tal conversación debía resultar muy poco agradable para el joven ingeniero. No podían agradarle tales referencias respecto a la honorabilidad del hombre a quien tenía empeño en considerar como a su futuro suegro. Así es que miraba la opinión de Jacobus Vandergaart, con respecto al asunto del kopje, como una idea fija de litigante, de la que habría mucho que discutir.

John Watkins, a quien había un día dicho algo sobre este negocio, luego de echarse a reír, por toda respuesta, se había tocado la frente con su dedo índice, como queriendo indicar que la razón del viejo Vandergaart andaba muy trastornada.

Y realmente era posible que el anciano, bajo la impresión del descubrimiento de la mina diamantífera, hubiese pensado que era propiedad suya, sin motivo para ello. Después de todo, los tribunales le habían desposeído de la razón, y parece poco creíble que los jueces no hubiesen adoptado la teoría mejor justificada.

Estas y otras razones se decía el joven ingeniero francés para excusarse a sí mismo de sostener relaciones con John Watkins después de conocer lo que de él pensaba Jacobus Vandergaart.

Otro vecino del campo, en cuya casa gustaba Cyprien entrar algunas veces, porque encontraba en ella retratada la vida de bóer en todo su color original, era un granjero llamado Mathys Pretorius, bien conocido por todos los mineros del Griqualandia.

Aunque contaba escasamente cuarenta años de edad, Mathys Pretorius, había también errado largo tiempo por la vasta cuenca del río Orange, antes de venir a establecerse en este país.

Pero aquella existencia nómada no había tenido por efecto, como para el viejo Jacobo Vandergaart, el enflaquecerle e irritarle. Mas bien le había aburrido y engordado hasta tal punto que le costaba trabajo andar. Se le podía

comparar con un elefante.

Casi siempre sentado en un gran sillón de madera construido especialmente para recibir sus formas majestuosas, Mathys Pretorius no salía sino en carruaje, una especie de cochecillo de mimbres, tirado por un gigantesco avestruz. La facilidad con la que esta zancuda arrastraba la enorme masa humana, daba seguramente una muy alta idea de su potencia muscular.

Mathys Pretorius venía habitualmente al campo para concluir con los cantineros algún negocio de legumbres. Era muy popular, aunque en verdad de una popularidad poco envidiable, porque estaba basada en su gran timidez. Así, los mineros se divertían con infundirle miedos terribles, diciéndole mil locuras.

Unas veces le anunciaban una invasión inminente de basutos o de zulúes. Otras, en su presencia, fingían leer en un periódico un proyecto de ley condenando a la pena de muerte, en toda la extensión de las posesiones británicas, a todo individuo convicto de pesar más de trescientas libras, o bien le anunciaban que se había recibido el aviso de la existencia de un perro rabioso en el camino de Driesfotein, y el pobre Mathys Pretorius, que tenía necesariamente que pasar por él para volver a su casa, buscaba mil pretextos para quedarse en el campamento.

Se hacía por adelantado, una pintura horrible de lo que sucedería entonces, si hombres ávidos, invadiendo sus campos, destrozando sus plantaciones, viniesen por remate de cuentas a expropiarle.

Porque ¿cómo dudar que la suerte de Jacobus Vandergaart no sería la suya? Los ingleses sabían muy bien encontrar razones para demostrar que aquella propiedad les pertenecía. Estos sombríos pensamientos, cuando se apoderaban de su imaginación, le ponían la muerte en el alma. Si por desgracia divisaba un prospectur errando en torno a su finca, perdía las ganas de comer y de beber, y, a pesar de esto, engordaba cada vez más.

Uno de sus encarnizados perseguidores era ahora Annibal Pantalacci. Ese perverso napolitano, que, entre paréntesis, parecía prosperar, pues empleaba tres cafres en su claim y lucía un enorme diamante en la pechera de su camisa, había descubierto la debilidad del desgraciado bóer, y lo menos una vez por semana se permitía el gusto, medianamente gracioso de practicar sondajes o escarbar la tierra de los alrededores de la granja Pretorius.

Este dominio se extendía sobre la orilla izquierda del Vaal, próximamente a dos millas hacia arriba del campo, y comprendía terrenos de aluvión, que realmente podían ser diamantíferos, aun cuando hasta el día nada hubiese venido a indicarlo.

Annibal Pantalacci, para representar bien esta estúpida comedia, cuidaba

de colocarse muy a la vista delante de las ventanas de Mathys Pretorius, y la mayor parte de las veces llevaba consigo algunos compadres para darles el placer de esta mixtificación.

Entonces podía verse al pobre hombre medio oculto detrás de las, cortinas de algodón, seguir con ansiedad todos sus movimientos, espiar sus gestos, siempre dispuesto a correr al establo y enganchar su avestruz para escapar si se veía amenazado de una invasión su dominio. Porque había tenido la impresión de confiar a uno de sus amigos que tenía día y noche preparado su pájaro de tiro, y el cajón de su charabán provisto de provisiones de boca para escapar al primer síntoma decisivo.

—Me iré al país de los Bushmen, al Norte del Limpopo —afirmaba—. Diez años hace que comerciaba con ellos en marfil, y valdría cien veces más, os lo juro, encontrarse en medio de salvajes leones y chacales, que permanecer entre estos insaciables ingleses.

El confidente del infortunado granjero se apresuró, según la invariable costumbre de los confidentes, a hacer estos proyectos del dominio público. Inútil es decir si Annibal Pantalacci se aprovecharía de esto para mayor divertimento de los obreros del kopje.

Otra víctima habitual de las pesadas bromas del napolitano era, como antes lo había sido el chino Li. Él también se había establecido en Vandergaart Kopje, donde había abierto un lavadero, y ya se sabe si los del Celeste Imperio son diestros en este oficio.

En efecto, aquella famosa caja roja, que tanto había llamado la atención de Cyprien durante los primeros días de su viaje desde el Cabo a Griqualandia, sólo encerraba cepillos, sosa, jabón y añil. No hacía falta más a un chino inteligente para hacer fortuna en este país.

Cyprien Méré no podía menos de reírse, cuando encontraba a Li, siempre silencioso y reservado, cargado con una gran cesta repartiendo ropa de sus parroquianos. Pero lo que le exasperaba es que Annibal Pantalacci era verdaderamente feroz con el pobre diablo. Le tiraba botellas de tinta en su barreño de lejía, tendía cuerdas a través de su puerta para hacerle caer, le clavaba sobre su banco atravesando con un cuchillo los faldones de su blusa. Especialmente, jamás desperdiciaba la ocasión, cuando se le presentaba, de darle un puntapié en las piernas, llamándole «perro pagano»; y si le había concedido su clientela había sido expresamente para poderse entregar semanalmente a este ejercicio. Siempre hallaba su ropa mal dispuesta, aun cuando Li se esmeraba en lavarla y repararla a la maravilla. A la menor falta se entregaba a furiosas cóleras y golpeaba al desgraciado chino como si hubiese sido su esclavo.

Tales eran los groseros placeres del campamento; pero a veces tomaban un carácter más trágico. Si por ejemplo, un negro, empleado en la mina, era acusado del robo de un diamante, todo el mundo creía tener el deber de escoltar al culpable ante el magistrado, sacudiéndole previamente fuertes puñetazos, de modo que si por acaso el juez absolvía al acusado, éste había recibido ya los golpes a buena cuenta. Preciso es decir que en semejante caso las absoluciones eran rarísimas. El juez pronunciaba una sentencia con mayor facilidad que si se comiese un cuarto de naranja con sal, uno de los platos favoritos del país. La sentencia era ordinariamente una condena de quince días de trabajos forzados y veinte golpes de cat of nine tails o «gato de nueve colas», especie de látigo de nudos que aún se usa en Gran Bretaña y en las posesiones inglesas para azotar a los prisioneros.

Pero había otro crimen de encubrimiento. Ward, el yanqui, llegado al Griqualandia al mismo tiempo que el joven ingeniero, sufrió un día la cruel experiencia por haberse dejado vender diamantes por un cafre. Un cafre no puede poseer diamantes legalmente; la ley les impide comprarlos en el claim o trabajarlos por su cuenta.

No bien se tuvo conocimiento del hecho, cuando una furiosa muchedumbre se dirigió hacia la cantina del culpable, la saqueó por completo, incendiándola después, y hubiera indudablemente colgado al pobre yanqui en la horca que habían levantado ya algunos hombres de buena voluntad, si, felizmente para él, no hubiese llegado a tiempo una docena de agentes de policía a caballo, que le salvaron conduciéndole a la cárcel.

Las escenas de violencia eran frecuentes en medio de esta población heterogénea, fogosa, semisalvaje. Allí todas las razas se chocaban en una confusión disparatada. Allí la sed del oro, la embriaguez, la influencia de un clima tórrido, las decepciones y disgustos, concurrían a inflamar los cerebros y turbar las conciencias. Tal vez si todos aquellos hombres hubiesen sido afortunados en sus trabajos, hubieran guardado más calma, más paciencia. Mas para uno que de tiempo en tiempo tenía la suerte de encontrar una piedra de gran valor, había centenares que vegetaban penosamente, ganando apenas con que poder atender a sus necesidades, si no es que caían en la más sombría miseria. La mina era una especie de mesa de juego, sobre la cual se arriesgaba, no solamente su capital, sino también su salud. Y bien reducido era el número de los jugadores dichosos cuyo pico guiaba la casualidad en la exploración de los claims de Vandergaart Kopje. Cyprien Méré comenzaba a ver esto mismo más claramente cada día y se preguntaba si debía o no seguir ejerciendo un oficio tan poco remunerador, cuando se vio obligado a modificar su género de vida.

Una mañana se encontró frente a frente de una banda de doce cafres que llegaban al campo para buscar ocupación.

Estas pobres gentes venían desde las lejanas montañas que separan a la Cafrería propiamente dicha, del país de los basutos. Habían hecho más de ciento cincuenta leguas a pie, a lo largo del río Orange, caminando en fila india, viviendo de lo que podían encontrar en su camino, es decir, raíces, bayas, langostas. Éstos se hallaban en un espantoso estado de delgadez, semejando esqueletos más que seres vivientes. Con sus piernas demacradas, sus largos torsos desnudos, su piel apergaminada, que parecía recubrir una armazón vacía, sus costillas salientes, sus mejillas hundidas, parecían más dispuestos a devorar un bistec de carne humana que a ocuparse de cualquier género de trabajo. Así, que nadie parecía dispuesto a emplearlos, y permanecían agrupados al borde del camino, indecisos, taciturnos, embrutecidos por la miseria.

Cyprien se sintió profundamente conmovido por su aspecto. Les hizo señas de que esperasen; regresó al hotel en que tomaba sus comidas y encargó un enorme caldero de harina de maíz disuelta en agua hirviendo que hizo llevar a los pobres diablos con algunas cajas de carne en conserva y dos botellas de ron.

Después se tomó el placer de verlos entregarse a este festín sin precedente para ellos.

Se les hubiera tomado por náufragos recogidos en una balsa después de quince días de angustias y de ayuno. Comieron tanto, que en menos de un cuarto de hora hubieran podido estallar como morteros. Fue necesario, en interés de su salud, poner un término a este festín, bajo pena de ver una sofocación general concluir con todos los convidados.

Tan sólo uno de los negros, de fisonomía inteligente y fina, el más joven de todos, en cuanto podía juzgarse había mostrado algún comedimiento en la satisfacción de su apetito, y lo que es más raro, procuró dar gracias a su bienhechor, en lo que los demás ni pensaron siquiera, se acercó a Cyprien Méré, tomó su mano con un movimiento sencillo y gracioso, y la colocó sobre su lanuda cabeza.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber el joven ingeniero, conmovido por esta prueba de gratitud.

El cafre, quien por casualidad comprendía algunas palabras del inglés, respondió al instante.

—Matakit.

Su mirada pura y confiada agradó a Cyprien, y le ocurrió la idea de ocupar a aquel muchacho tan bien formado para trabajar en su claim.

Después de todo —murmuró— esto es lo que hace todo el mundo en el

distrito. Más vale que este pobre cafre me tenga por patrón, y que no que caiga en manos de cualquier Pantalacci.

Así que habló al negro de este modo:

—¿De modo, Matakít, que vienes a buscar trabajo, no es así? El cafre hizo un signo afirmativo.

—¿Quieres trabajar conmigo? Yo te alimentaré, te proporcionaré los útiles necesarios y te daré veinte chelines por mes.

Ésta era la tarifa, y Cyprien sabía que no hubiera podido ofrecerle más sin levantar contra él las cóleras del campo. Pero se reservaba compensar tan mezquina remuneración por medio de regalos, vestidos, utensilios y todo lo que sabía era preciso para un cafre.

Por toda respuesta, Matakít mostró sonriendo sus dos filas de blancos dientes y colocó, como anteriormente, sobre su cabeza la mano de su protector. El contrato estaba firmado.

Cyprien llevó inmediatamente a su casa al nuevo servidor, tomó dentro de su maleta un pantalón de tea, una camisa de franela, un viejo sombrero, y los dio a Matakít, que no podía creer a sus ojos.

Verse apenas llegado al campamento, vestido con un traje tan espléndido, traspasaba con muchos los más atrevidos sueños del pobre diablo. No sabía cómo expresarle su reconocimiento y su alegría.

Saltaba, reía y lloraba a la vez.

—Matakít, me parece que eres buen muchacho —declaró Cyprien—. Veo que comprendes algo el inglés: ¿sabes hablar algunas palabras?

El cafre hizo un signo negativo.

—Pues bien, ya que es así, me comprometo a enseñarte el francés —decidió Meré.

Y sin más tardanza, dio a su discípulo la primera lección, indicándole el nombre de los objetos usuales, y haciéndoselos repetir.

No solamente Matakít era un bravo muchacho, sino que también tenía un espíritu inteligente; dotado de una memoria verdaderamente excepcional, en menos de dos horas había aprendido más de cien palabras, pronunciándolas bastante correctamente.

El joven ingeniero; maravillado de semejante facilidad, se prometió sacar de ella el mayor partido.

Siete u ocho días de reposo y alimentación sustancial fueron necesarios para el joven cafre para rehacerse de las fatigas de su largo viaje y hallarse en

estado de poder trabajar. Estos ocho días fueron tan bien empleados por su profesor y por él, que al fin de semana, Matakít se hallaba ya en estado de enunciar sus ideas en francés, de una manera incorrecta, es verdad, pero en resumen perfectamente inteligible. Cyprien se aprovechó de esto para hacerle contar toda su historia.

Era muy sencilla.

Matakít no sabía ni aun el nombre de su país, que estaba en las montañas hacia el lado por donde se elevaba el sol. Sólo podía decir que era muy miserable. Había querido hacer fortuna como otros muchos guerreros de su tribu que se habían expatriado, y, como ellos, había venido al campo de los diamantes.

¿Qué esperaba ganar? Sencillamente un capote rojo, y diez veces diez monedas de plata.

Es de advertir que los cafres desdeñan las monedas de oro. Esto se debe a un prejuicio imposible de cambiar, que les han hecho obligar los primeros europeos que comerciaron con ellos.

¿Y qué haría con esas monedas de plata el ambicioso Matakít?

¡Ah!... Pues se compraría un capote rojo, un fusil pólvora, y se volvería a su kraal. Allí compraría una mujer que trabajaría por él, cuidaría su vaca y cultivaría su campo de maíz. En estas condiciones sería un hombre considerable, un gran jefe. Todo el mundo envidiaría su fusil y su gran fortuna, y moriría cargado de años y de consideración. Esto no era complicado.

Cyprien quedó pensativo al escuchar este programa tan sencillo. ¿Era necesario modificarle? ¿Ensancha el horizonte de este pobre salvaje? ¿Mostrar por objetivo de su actividad, conquistas más importantes que un capote rojo y un fusil de chispa? ¿O valía más dejarle en su tranquila ignorancia, a fin de que fuese a acabar en paz, en un kraal, la vida que deseaba? Grave cuestión que el joven ingeniero no se atrevía a resolver, pero que Matakít se encargó bien pronto de decidir.

En efecto, apenas en posesión de los primeros rudimentos del idioma francés, el joven cafre demostró una avidez extraordinaria para aprender; preguntaba sin cesar, quería saberlo todo, el nombre de cada cosa, su uso, su origen. Después la lectura, la escritura, el cálculo. ¡En verdad, era insaciable!

El joven ingeniero tomó bien pronto su partido, ante una vocación tan evidente; no había de titubear.

Se decidió, pues, a dar todas las noches una lección de una hora a Matakít, que, después de los trabajos de la misma, consagró a su instrucción todo el tiempo de que podía disponer.

Miss Watkins, conmovida también por este ardor tan poco común, decidió tomar a su cargo repasar al joven cafre sus lecciones. Él, por su parte, se las recitaba a sí mismo todo el día, mientras cavaba en el fondo del claim o cuando izaba los cubos de tierra, o cuando escogía y limpiaba los guijarros. Su afición al trabajo era tan comunicativa, que obraba como un contagio sobre todo el personal, y parecía que las operaciones se hacían con más cuidado y diligencia.

Además, por recomendación del mismo Matakít, Cyprien había contratado a otro cafre de su tribu, llamado Bardik, cuyo celo e inteligencia merecían igualmente ser apreciados.

Contra lo ocurrido hasta entonces, Cyprien tuvo la suerte de encontrar una piedra de siete quilates, que inmediatamente vendió, aún en bruto, en cinco mil francos al corredor Nathan.

Era un bonito negocio, y cualquier minero que no hubiese buscado en el producto de su trabajo más que una remuneración normal, se habría manifestado satisfecho. ¡Sí, sin duda! Pero Cyprien estaba lejos de estado.

—Aun cuando cada dos o tres meses tuviera una suerte semejante —calculaba— ¿habría adelantado algo? No es un diamante de siete quilates lo que necesito, son mil o mil quinientas piedras semejantes... Si no, perderé a miss Watkins, que caerá en poder de James Hilton o algún otro rival que no valdrá más que él.

Nuestro joven francés, entregado a estas tristes reflexiones, marchaba hacia el kopje cierto día sofocante por el calor y por el polvo —ese polvo rojo y deslumbrador que flota casi constantemente en la atmósfera de las minas de diamantes— cuando de repente retrocedió horrorizado al volver la esquina de un edificio aislado. Un lamentable cuadro se ofrecía a sus ojos.

Un hombre aparecía colgado de la lanza de una carreta apoyada sobre el muro de la casa, la trasera en tierra y levantada la parte anterior. Inmóvil, con los pies colgando, las manos inertes, este cuerpo caía a plomo, formando un ángulo de 20 grados con la lanza, en medio de una tabla de luz deslumbradora.

¡El espectáculo era siniestro!

Cyprien, que quedara de momento estupefacto, se sintió dominado por un violento sentimiento de piedad cuando reconoció al chino Li suspendido por el cuello por medio de su larga trenza de cabellos entre cielo y tierra.

El joven ingeniero no vaciló en tomar inmediatamente su partido. Encaramarse hasta el extremo de la lanza, agarrar el cuerpo del paciente colocándole debajo de su brazo, levantarlo para detener los efectos de la estrangulación y cortar la trenza con su cuchillo de bolsillo, fue para él asunto

de medio minuto.

Hecho esto, se deslizó a tierra con precaución y depositó su carga a la sombra del edificio.

¡Era tiempo! Li aún no estaba frío. Su corazón lada débilmente, pero latía. Bien pronto entreabrió los ojos y ¡cosa singular! pareció recobrar el conocimiento al mismo tiempo que distinguía la luz.

Sobre la fisonomía impasible del pobre diablo, aun al salir de esta terrible prueba, no había ni terror ni admiración apreciable. Hubiérase dicho que acababa de despertar de un ligero sueño.

Cyprien le hizo tragar algunas gotas de agua, mezcladas con vinagre, que llevaba en la calabaza.

—¿Podéis hablar ya? —inquirió maquinalmente, olvidando que Li no debía comprenderle.

El otro, sin embargo, hizo un gesto afirmativo.

—¿Quién os ha colgado así?

—Yo —contestó el chino, sin pensar que hubiese hecho nada de extraordinario o de reprehensible.

—¿Vos?... ¡Habéis intentado suicidaros, desgraciado!... ¿Y por qué?

—¡Li tenía demasiado calor!... ¡Li se hastiaba!... —hizo saber aquel ser extraordinario.

Y cerró de pronto los ojos como para escapar de nuevas interrogaciones.

Cyprien se apercibió en este momento de que la conversación había tenido lugar en francés.

—¿Habláis también el inglés?

—Sí —afirmó Li levantando los párpados.

Hubiérase dicho que eran dos ojales oblicuos abiertos a los lados de su roma nariz.

Cyprien creyó sorprender en esta mirada un poco de ironía que a veces había creído notar durante el viaje del Cabo a Kimberley.

—Vuestras razones son absurdas —declaró severamente—. ¡Nadie se suicida por tener demasiado calor! Habladme seriamente. Apuesto a que hay de por medio alguna mala pasada de Pantalacci.

El chino bajó la cabeza.

—¡Quería cortarme la trenza! —confesó bajando la voz—. ¡Y tengo la

seguridad de que lo hubiera hecho antes de uno o dos días!

En el mismo instante Li apercibió la famosa trenza en las manos de Cyprien, y se convenció que la desgracia que temía sobre todas las demás, estaba consumada.

—¡Oh, señor! ¡Cómo!... ¡Vos me la habéis cortado! —exclamó con acento desgarrador.

—Preciso era para descolgaras, amigo mío —exclamó Cyprien—. Pero ¡qué diablo!, no valdréis por eso un sueldo menos en este país. ¡Tranquilizaos! ...

El chino parecía tan desolado por aquella amputación, que Cyprien, temiendo verle buscar otro procedimiento de suicidio, se decidió volver a su casa llevándose consigo.

Li le siguió dócilmente, se sentó a la mesa junto a su salvador, se dejó sermonear, prometió no renovar su tentativa y bajo la influencia de una taza de té hirviendo, le dio algunas vagas noticias sobre su propia vida.

Li, nacido en Cantón, había sido educado para el comercio en una casa inglesa. Luego pasó a Ceilán, de allí a Australia, y finalmente a África.

En ninguna parte había tenido suerte. El lavado de ropas no le producía en el distrito minero más que otros veinte oficios que había probado. Pero su peor enemigo era Annibal Pantalacci. Este ser le hacía miserable. Sin él tal vez se hubiera acomodado a la precaria existencia del Griqualandia.

En concreto podía decirse que había querido concluir con su vida por escapar a sus persecuciones.

Cyprien alentó al pobre muchacho, le prometió protegerle contra el napolitano, le dio a lavar la ropa que pudo hallar y le despidió, no solamente consolado, sino curado para toda la vida de su superstición acerca de su apéndice capilar.

¿Qué medios empleó el joven ingeniero para conseguirlo?

Había afirmado gravemente a Li que la cuerda de un ahorcado hace dichoso a quien la posee y que su triste suerte iba a tener fin, ahora que guardaba la trenza en su bolsillo.

Sobre todo, lo que acabó de curarle, fue este razonamiento, genuinamente chino: «¡De cualquier forma, Pantalacci ya no podría cortársela!»

VII.

El hundimiento

Desde cincuenta días antes, Cyprien no había encontrado en su mina un solo diamante. El oficio de minero le disgustaba más cada día que pasaba, pues le parecía una ocupación tonta, especialmente cuando se carece de un capital suficiente para comprar un claim de primera clase y sostener una docena de cafres capaces de trabajarlo.

Cierta mañana, permitiendo a Matakít y Bardik partir con Thomas Steel, Cyprien se quedó solo en su tienda. Debía contestar a una carta en que su amigo Pharamond Barthés le daba noticias suyas por medio de un comerciante de marfil en camino para el Cabo.

Pharamond Barthés estaba encantado con su vida de cazas y aventuras. Había ya muerto tres leones, diecisiete elefantes, siete tigres, y un número incalculable de jirafas y antílopes, sin contar con la caza menuda.

Afirmaba que, como los conquistadores antiguos, alimentaba la guerra por la guerra. No solamente había llegado a sostener en el producto de su caza todo el pequeño cuerpo expedicionario que había levantado, sino que le habría sido fácil, de haber querido, realizar beneficios considerables con la venta de pieles y marfil, o por el cambio con las tribus cafres en medio de las cuales se encontraba.

Termina diciendo:

«¿No vas a venir a dar una vuelta conmigo por el Limpopo? Estaré por allí a últimos del próximo mes, y me propongo bajar hasta la bahía de Delagoa, para volver por mar a Durbán, donde me he comprometido a conducir mis basutos... Abandona, pues, tu horrible Griqualandia por unas cuantas semanas, y ven a reunirme conmigo...»

Cyprien releía esta carta, cuando una detonación formidable, seguida de un gran rumor en todo el campo, le hizo ponerse en pie a toda prisa y precipitarse fuera de la tienda.

La muchedumbre de mineros, en gran desorden y emoción, corría hacia la mina.

—¡Un hundimiento! —vociferaban de todas partes.

La noche había sido, en efecto, muy fresca, casi glacial, mientras que el día anterior podía contarse entre los más cálidos que se habían sufrido desde hace mucho tiempo; ordinariamente, después de estos cambios tan bruscos de temperatura, las retracciones consiguientes en medio de estas tierras dejadas al descubierto, era lo que producía este género de cataclismo.

El ingeniero se apresuró, a dirigirse hacia el kopje.

Le bastó una sola ojeada al llegar para comprender lo ocurrido.

Un enorme banco de tierra, alto por lo menos de setenta metros y de doscientos de largo, se había hundido verticalmente, formando una grieta que parecía la brecha de una muralla desmantelada. Muchos miles de quintales de grava se habían desprendido, rodando hasta los claims, llenándolos de arena, escombros y guijarros.

Todo cuanto se hallaba en aquel momento sobre la cresta, hombres, bueyes, carretas, habían bajado al abismo de un solo salto, y yacían en el fondo.

Por fortuna, el mayor número de trabajadores no había descendido a la parte inferior de la mina, sin lo cual, la mitad del campo hubiese quedado enterrada bajo los escombros.

El primer pensamiento de Cyprien Méré fue para su asociado Thomas Steel; pero tuvo pronto el placer de verlo entre los hombres que procuraban darse cuenta del desastre, a la orilla de la cortadura. Inmediatamente corrió hacia él.

—¡De buena hemos escapado! —aseguró el de Lancashire, apretándole la mano.

—¿Y Matakít? —demandó entonces Cyprien.

—¡El pobre muchacho está allí debajo! —contestó Thomas Steel señalando los escombros que estaban amontonados sobre su propiedad común—. Acababa de bajar, y yo estaba aguardando que llenase su primer cubo para izarle, cuando se produjo el hundimiento.

—¡Pero no podemos permanecer así, sin hacer nada para intentar salvarle! —protestó Cyprien—. Quizá viva aún.

—¡Que viva debajo de quince o veinte toneladas de tierra, es poco probable! —exclamé—. Además, sería preciso un trabajo de diez hombres durante dos o tres días para vaciar la mina.

—¡No importa! —determinó resueltamente el ingeniero—. No se dirá que hemos dejado una criatura humana sepultada en esa tumba sin haber intentado sacarle de ella.

Después, dirigiéndose a uno de los cafres por medio de Bardik, que se encontraba allí anunció que ofrecía una paga de cinco chelines diarios a todos los que quisieran trabajar a sus órdenes para desescombrar su claim.

Unos treinta negros se ofrecieron, en el acto, y sin perder un instante se pusieron a la obra.

No faltaban picos, palas ni azadones. Los cubos y los cables estaban dispuestos, los carretones también.

Un gran número de mineros blancos, viendo que se trataba de desenterrar a un pobre diablo sepultado bajo el hundimiento, ofrecieron benévola­mente su concurso. Thomas Steel, electrizado por el ardor de Cyprien, no se mostraba menos activo para dirigir esta operación de salvamento.

A mediodía habían ya retirado muchas toneladas de arena y de piedras depositadas en el fondo del claim.

A las tres, Bardik lanzó un ronco grito; acababa de percibir bajo su azadón, un pie negro que salía de la tierra.

Se redoblaron los esfuerzos, y algunos minutos más tarde, el cuerpo entero de Matakít estaba exhumado. El desgraciado joven cafre se hallaba tendido de espaldas, inmóvil, y con la apariencia de un muerto.

Por una singular casualidad, uno de los cubos de cuero que le servían para su trabajo, había caído sobre su rostro y le cubría como lo hubiera hecho una careta.

Esta circunstancia, que Cyprien advirtió en seguida, le hizo pensar que tal vez podría volver a la vida al desgraciado pero en realidad, esta esperanza — era bien débil, pues el corazón no latía, la piel estaba fría, los miembros rígidos, las manos crispadas por la agonía; y el rostro, de esa palidez lívida que es la de los negros, estaba espantosamente contraído por la asfixia.

El ingeniero no perdió el valor. Hizo transportar a Matakít a la casa de Thomas Steel, que era la más próxima. Le tendieron sobre la mesa que de ordinario —servía para el apartado de los guijarros y fue sometido a esas fricciones sistemáticas, a esos movimientos de la caja torácica, destinados a establecer una especie de respiración artificial, que comúnmente se emplea para reanimar a los ahogados. Cyprien sabía que ese tratamiento es igualmente aplicable a todos los géneros de asfixia y en el presente caso no había otra cosa que hacer, porque no aparecían ni herida, ni fractura, ni aun conmoción seria.

—Fijaos, monsieur Méré, aprieta en su mano un puñado de tierra —hizo notar Thomas Steel, que, como mejor podía, friccionaba aquel gran cuerpo negro.

Y trabajaba con ahínco el bravo hijo de Lancashire.

Si hubiese estado puliendo el eje de una máquina de vapor de doscientos caballos, no hubiera podido aplicar a su operación un puño más enérgico.

Tantos esfuerzos no tardaron en dar un resultado apreciable; la rigidez cadavérica del cafre pareció aflojarse poco a poco. La temperatura de su piel

se modificó sensiblemente; Méré, que espiaba la menor señal de vida, creyó percibir bajo su mano, colocaba sobre el corazón del negro, un débil estremecimiento de buen augurio.

Bien pronto se acentuaron estos síntomas. El pulso empezó a latir, una inspiración ligera levantó de una manera casi insensible el pecho de Matakít; después, una aspiración más fuerte indicó una vuelta manifiesta a las funciones vitales.

De pronto, un par de fuertes estornudos vigorosos conmovieron de los pies a la cabeza aquella gran armazón negra, poco antes tan completamente inerte. Matakít abrió los ojos, respiró, y recobró el conocimiento.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡El camarada está fuera de peligro! —exclamó Steel, que, reluciente de sudor, suspendió sus fricciones—. Pero, mirad, monsieur Méré, no suelta esa mota de tierra que tiene apretada entre sus crispados dedos.

El joven ingeniero tenía otros cuidados para detenerse en observar este detalle. Hacía tragar una cucharada de ron al enfermo y le levantó para facilitarle el trabajo respiratorio. Cuando le vio volver definitivamente a la vida, le envolvió entre mantas, y con ayuda de tres o cuatro hombres de buena voluntad, le transportó a su propia habitación en la granja Watkins.

Allí el pobre cafre fue acostado sobre su lecho.

Bardik le hizo tomar una taza de té hirviendo.

Al cabo de un cuarto de hora, Matakít se dormía con un sueño tranquilo y apacible. Ya estaba salvado.

Cyprien sintió en su corazón esa alegría incomparable que el hombre experimenta cuando ha logrado arrancar una vida humana de las garras de la muerte. En tanto que Thomas Steel y sus auxiliares, sedientos por tantas maniobras terapéuticas, iban a celebrar su éxito en la cantina más cercana, regándolo con olas de cerveza, Cyprien, no queriendo separarse del lado de Matakít, tomó un libro, no interrumpiendo su lectura sino de cuando en cuando, para mirarle dormir, como un padre que vela el sueño de un hijo convaleciente.

Durante las seis semanas que Matakít había estado a su servicio, Cyprien sólo había tenido motivos para estar satisfecho y aun maravillado de él. Su inteligencia, su docilidad, su ardor para el trabajo, eran incomparables. Era valiente, bueno, servicial, de un carácter singularmente dulce y alegre. No rechazaba ninguna tarea; ninguna dificultad parecía estar por encima de su valor. ¡Y estos dones tan preciosos habían venido a albergarse bajo la negra piel y el lanudo cráneo de un simple cafre!

No obstante, Matakít tenía un defecto muy grave, que provenía evidentemente de su educación primitiva y de las costumbres por demás lacedemonias que habían adquirido en su kraal. Es menester decir que Matakít era ladrón, pero casi inconscientemente. Cuando veía un objeto que le convenía, encontraba muy natural el apropiárselo. En vano su maestro, alarmado al ver esta tendencia le hacía sobre este punto las reflexiones más severas. En vano le había amenazado con despedirle si volvía a pillarle en falta. Matakít prometía corregirse, lloraba, imploraba el perdón, y al día siguiente volvía a empezar si se le presentaba la ocasión.

Sus latrocinios no eran en general importantes. Lo que excitaba más particularmente su deseo, no tenía gran valor era un cuchillo, un látigo, un portalápiz o cualquier bagatela semejante. Pero Cyprien no por eso estaba menos disgustado al observar una mancha semejante en una naturaleza tan simpática.

—Aguardemos —decía—. Tal vez logre hacerle comprender lo que encierra de malo el robar así.

Y Cyprien, mirándole dormir, pensaba en estos contrastes tan bizarros que explicaba el pasado de Matakít en medio de los salvajes de su raza.

Hacia la caída de la noche, el joven cafre se despertó tan fresco y tan corriente como si nada hubiese sucedido, después de una suspensión casi completa de sus funciones respiratorias de cerca de tres horas. Ahora podía contar lo que había sucedido.

El cubo con que accidentalmente se había cubierto, y una larga escala formando un arco por encima de él, le habían desde luego protegido contra los efectos mecánicos del hundimiento, y salvado después de— una asfixia completa, habiéndole, en el fondo de su prisión subterránea, conservado una pequeña provisión de aire. Él se había dado cuenta perfectamente de esta feliz circunstancia, y la había aprovechado respirando solamente a largos intervalos.

Pero poco a poco el aire se había alterado. El joven cafre había sentido oscurecerse gradualmente sus facultades. Por fin, había caído en una especie de pesado sueño, lleno de angustia, del que no salía por instantes, sino para intentar un supremo esfuerzo de inspiración. Después todo se había borrado. No tenía conciencia de lo que le ocurría; estaba muerto, porque en realidad había resucitado.

Cyprien le dejó hablar un momento, le hizo comer y beber, y le obligó, a pesar de sus protestas, a permanecer aquella noche en el lecho sobre el que le habían colocado. En fin, bien seguro ya de que había pasado todo peligro, lo dejó solo con el objeto de hacer su visita habitual a la familia Watkins.

El ingeniero tenía necesidad de contar a Alice sus impresiones del día, el

disgusto con que miraba la mina, disgusto que el deplorable accidente de la mañana había acentuado todavía más. La idea de exponer la vida de Matakít por la probabilidad, muy problemática, de conquistar malos diamantes, le mortificaba.

—Hacer yo mismo ese oficio, pase —se dijo—; pero imponerlo por un miserable salario a ese desgraciado cafre, que nada me debe, es sencillamente odioso.

Comunicó a la joven sus sinsabores y escrúpulos. Le habló de la carta que había recibido de Pharamond Barthés. En realidad, ¿no haría mejor en seguir el consejo de su amigo? ¿Qué perdería con partir para las márgenes de Limpopo y probar fortuna con la caza? Más noble sería, de seguro, que escarbar la tierra como avaro o hacerla escarbar en su provecho por algunos pobres diablos.

—¿Qué pensáis de ello, miss Watkins? —dijo—, vos que tenéis tan fina sensatez y sentido práctico. Dadme un consejo. Tengo gran necesidad. He perdido el equilibrio moral. Me hace falta una mano amiga para recobrar mi aplomo.

Hablaba así con toda sinceridad, encontrando un placer que se explicaba, él tan reservado de ordinario, en patentizar ante aquella dulce y hermosa confidente, la miseria de su indecisión.

La conversación se proseguía en francés, después de algunos minutos, tomando con esta sola circunstancia un gran carácter de intimidad, aunque Watkins, dormido hacía algunos instantes, después de su tercera pipa, no hubiese jamás parecido ocuparse de lo que decían los jóvenes en inglés o en cualquier otro idioma. Alice escuchaba a Cyprien con profunda simpatía.

—Todo lo que me decís —declaró—, hace ya mucho tiempo que lo tengo pensado por vos, monsieur Méré. Me cuesta trabajo comprender cómo un ingeniero, un sabio como vos, habéis podido resolveros, con alegría de corazón, a llevar una vida semejante. ¿No es un crimen contra vos mismo y contra la ciencia? Dar vuestro precioso tiempo a un trabajo de maniobra que un simple cafre o un vulgar hotentote hace mejor que vos, está mal hecho, os lo aseguro.

Cyprien sólo hubiera tenido que pronunciar una sola palabra para explicar a la joven este problema que le chocaba y admiraba tanto. ¿Y quién sabe si ella no exageraba un poco su disgusto para arrancarle una confesión? Pero esta declaración había jurado guardarla y se habría considerado despreciable si por cualquier motivo salía de sus labios.

Miss Watkins prosiguió diciendo:

—Si tanto interés tiene en hallar diamantes, monsieur Méré, ¿por qué no buscarlos más bien donde tendríais más probabilidades de hallarlos, en vuestros crisoles? Como sois químico, conocéis mejor que nadie lo que son esas miserables piedras, a las que se le da tanto valor y las pedís a un trabajo ingrato y maquinal. Si yo estuviese en vuestro lugar, procuraría hacer los diamantes, antes que encontrarlos ya hechos.

Alice hablaba con tal animación, tal fe en la ciencia y en Cyprien mismo, que el corazón del joven estaba como bañado en un rocío bienhechor.

Pero por desgracia, John Watkins salió en aquel momento de su sopor para pedir noticias de Vandergaart Kopje y fue preciso volver al idioma inglés y abandonar este aparte tan interesante y atractivo. El encanto estaba roto.

Pero la simiente había caído en buena tierra, y debía germinar. El joven ingeniero, al regresar a su casa, pensaba en aquellas palabras tan vivas y tan justas que le había oído decir tan razonadamente a miss Watkins.

Lo que podían tener de quiméricas, desaparecía a sus ojos para no dejar ver sino lo que tenían de generosas, confiadas y verdaderamente tiernas.

—¿Y por qué no? —se preguntó—. La fabricación del diamante, que podía parecer utópica hace un siglo, es hoy en cierto modo un hecho real y efectivo. Frémy y Peil, en París, han producido rubíes, esmeraldas y zafiros, que no son sino cristales de alúmina diversamente coloreados. Mac-Tear, de Glasgow, J. Ballantine Hannay, de la misma ciudad, han obtenido en 1880 cristales de carbono que tenían todas las propiedades del diamante, y cuyo solo defecto era costar terriblemente caros —mucho más caros que los diamantes naturales de Brasil, de la India, o del Griqualandia— y por consiguiente no responder a las necesidades del comercio. Pero cuando la solución científica de un problema se ha encontrado, no puede estar lejos la solución industrial. ¿Por qué no tratar de hallarla? Todos estos sabios que hasta ahora no la han conseguido, son teóricos, hombres de gabinete y laboratorio. No han estudiado el diamante en plaza, en su terreno natural, en su cuna, por decirlo así. Yo puedo beneficiarme de los trabajos que han realizado, de su experiencia, y también de la mía. ¡Yo he extraído el diamante con mis propias manos y he analizado, estudiado bajo todos aspectos los terrenos en que se encuentra! Si alguno puede llegar con un poco de suerte a vencer las últimas dificultades, soy yo... ¡Debo ser yo!...

Su resolución quedó prontamente tomada. Desde la mañana siguiente hizo saber a Thomas Steel que no pensaba —a lo menos momentáneamente—, ni trabajar, ni hacer trabajar su claim. Hasta convino con él que si hallaba medio de deshacerse de su parte, quedaría libre de todo compromiso; luego se encerró en su laboratorio para cavilar en sus nuevos proyectos.

VIII.

El gran experimento de Cyprien Méré

En el curso de las notables averiguaciones sobre la solubilidad de cuerpos sólidos en los gases —averiguaciones que le habían ocupado todo el año precedente— Cyprien no había dejado de advertir que ciertas sustancias, la sílice y la alúmina, por ejemplo, insolubles en el agua, quedan disueltas por el vapor de agua a una alta presión y a una temperatura muy elevada.

En esto se basaba su determinación de examinar, desde luego si no podía hallar de igual modo un fundente gaseoso del carbono, a fin de conseguir luego una cristalización.

Pero todas sus tentativas sobre el particular le resultaron infructuosas, y después de algunas semanas de inútiles ensayos, se vio obligado a cambiar sus baterías.

Baterías era en verdad la expresión apropiada, porque según hemos de ver, un cañón debía jugar un importante papel.

Diversas analogías inclinaban al joven ingeniero a admitir que el diamante podría muy bien formarse en los kopjes de la misma manera que el azufre en las solfataras. No ignoramos que el azufre resulta de la semioxidación del hidrógeno sulfurado; después que una parte se ha cambiado en ácido sulfuroso, el resto se deposita en cristales sobre las paredes de la solfatara.

—¡Quién sabe, se decía Cyprien, si los yacimientos de diamantes no son sino verdaderas carbonataras! Puesto que una mezcla de hidrógeno y carbono se verifica necesariamente con las aguas y depósitos aluviales, bajo la forma del gas de las lagunas, ¿por qué la oxidación parcial del carbono, no había de producir la cristalización del carbono en exceso?

De esta idea a ensayar que un cuerpo cualquiera en una reacción análoga, pero artificial, ejerciese la función teórica del oxígeno, no había gran distancia para un químico.

Cyprien se decidió definitivamente por la ejecución inmediata de este programa.

Ante todo, se trataba de imaginar un dispositivo experimental que se acercase cuanto fuera posible a las condiciones de producción del diamante natural. Este dispositivo debía ser muy sencillo.

Todo lo que resulta grande en la Naturaleza o en el Arte, ofrece este carácter. ¿Qué hay menos complicado que los más bellos descubrimientos conquistados por el hombre: la gravitación, la brújula, la imprenta, la máquina

de vapor, el telégrafo eléctrico?

Cyprien marchó a las profundidades de la mina a hacer por sí mismo provisión de tierras de una calidad que creía particularmente favorable a su experimento. Luego preparó con esta tierra un mortero espeso, con el que cubrió cuidadosamente el interior de un tubo de acero de medio metro de largo, cinco centímetros de espesor y ocho centímetros de calibre.

Este tubo era simplemente un segmento de cañón fuera de servicio, que había podido comprar en Kimberley a una compañía de voluntarios que acababa de licenciarse después de una campaña contra las vecinas tribus de catres.

Dicho cañón, debidamente aserrado en el taller del viejo Jacobus Vandergaart, había proporcionado precisamente el aparato que necesitaba, esto es, un recipiente de una resistencia suficiente para resistir una enorme presión en su interior.

Después de haber colocado en este tubo, previamente cerrado por una de sus dos extremidades, fragmentos de cobre, y próximamente dos litros de agua, Cyprien lo llenó de gas de las lagunas; después lo embetunó con cuidado y aseguró sus dos extremos con obturadores metálicos de una solidez a toda prueba. El aparato estaba construido. Sólo restaba someterle a un calor intenso.

Se le colocó en un gran horno de reverbero, cuyo fuego debía ser continuo, noche y día, a una temperatura de rojo blanco, que debía durar dos semanas.

El tubo y el horno estaban además rodeados por una espesa capa de tierra refractaria, destinada a conservar la mayor cantidad de calor, y no enfriarse sino muy lentamente, cuando llegase la ocasión.

El conjunto semejaba bastante una colmena o una choza de esquimales.

Matakit estaba ya en estado de prestar algunos servicios a su amo. Había seguido todos los preparativos del experimento con una atención extrema, y cuando supo que se trataba de proceder a la fabricación de un diamante, no se mostró el menos ardiente en coadyuvar al éxito de la empresa.

Aprendió pronto a alimentar el fuego, y pudo confiársele el cuidado de entretenerle.

Con dificultad podrá nadie imaginarse cuán largas y difíciles de establecer fueron estas disposiciones tan poco complicadas. En París, en un gran laboratorio, el experimento hubiera estado en marcha a las dos horas de haber sido concebido, y no fueron precisas a Cyprien Méré menos de tres semanas, en medio de este país semisalvaje, para realizar imperfectamente su concepción, y eso que las circunstancias le ayudaron grandemente,

encontrando, no sólo el viejo cañón, sino también el carbón que era necesario. En efecto, este combustible era tan raro en Kimberley que fue preciso, para procurarse una tonelada, dirigirse a tres negociantes a la vez.

Por fin fueron vencidas todas las dificultades, y una vez encendido el fuego, se encargó a Matakít el cuidado de no dejarle extinguirse.

El joven cafre estaba orgulloso con sus funciones.

Éstas no debían ser absolutamente nuevas para él, y sin duda las había ejercido ya en su tribu, en alguna cocina más o menos infernal.

En efecto, Cyprien había observado más de una vez, desde que Matakít había entrado a su servicio, que éste gozaba entre los demás cafres de una verdadera reputación de hechicero. Algunos secretos de cirugía elemental, dos o tres suertes de prestidigitador que había aprendido de su padre, constituían todo su bagaje nigromántico.

Pero venían a consultarle para enfermedades reales o imaginarias, para la explicación de los sueños y para el arreglo de las cuestiones que surgían entre ellos.

Jamás era cogido en renuncio; Matakít tenía siempre una receta que prescribir, algún presagio que hacer, alguna sentencia que pronunciar.

Las recetas eran a veces extrañas, y las sentencias absurdas; pero sus compatriotas estaban satisfechos.

¿Qué más era necesario?

Hay que añadir que las retortas y frascos de que ahora se encontraba rodeado en el laboratorio del joven ingeniero, sin hablar de las operaciones misteriosas a que estaba admitido a colaborar, no contribuyeron poco a realzar su prestigio.

Méré no podía menos de sonreírse, algunas veces, por el aire de solemnidad que el avispado muchacho tomaba para llenar sus modestas funciones de fogonero y preparador, renovando el carbón del horno, atizando la brasa y limpiando los probetas y crisoles. Sin embargo, había algo de conmovedor en esta misma gravedad; la expresión sencilla del respeto que la ciencia inspira a una naturaleza ruda, pero inteligente y ávida de saber.

Matakít tenía, además, sus horas de distracción y de alegría, especialmente cuando se hallaba en compañía de Li. Una estrecha amistad se había establecido entre los dos seres de tan diferente origen durante las visitas, ahora bastante frecuentes, que el chino hacía a la granja Watkins.

Ambos hablaban suficientemente el francés; los dos habían sido salvados por Cyprien de una muerte inminente, y le guardaban un vivo reconocimiento.

Era, pues, natural que se sintieran atraídos el uno hacia el otro por una simpatía sincera, y esta simpatía se había cambiado pronto en afección. Li y Matakít, estando solos, le daban al joven ingeniero un nombre cariñoso y sencillo, que expresaba perfectamente la naturaleza del sentimiento que les animaba. Le llamaban padrecito, y cuando hablaban de él, lo hacían en términos que revelaban la admiración y el rendimiento más exaltado.

Esta consideración se manifestaba, de parte de ti, por la atención escrupulosa que ponía en lavar y repasar la ropa del ingeniero; por parte de Matakít, en el religioso cuidado que tenía en ejecutar con puntualidad todas las instrucciones de su amo.

Pero a veces, los dos camaradas se dejaban ir un poco más lejos en su ardor por satisfacer al «padrecito». Sucedió, por ejemplo, que Cyprien encontraba sobre su mesa frutos o golosinas que no había encargado y cuyo origen quedaba sin explicación, porque no se les veía figurar en la cuenta de los proveedores. O bien eran camisas que al volver del lavado ostentaban botones de oro de procedencia desconocida. Otras veces, de tiempo en tiempo, un asiento elegante y cómodo, un cojín bordado, una piel de pantera, un juguete de precio, venían misteriosamente a aumentar el moblaje de la casa.

Y cuando el joven interrogaba con este motivo a Li o a Matakít, no podía sacar de ellos más que respuestas evasivas.

—Yo no sé... No soy yo... Nada tengo que ver en eso...

Cyprien hubiera fácilmente tomado su partido respecto a estos agasajos; pero lo que les hacía molestos era el pensar que la procedencia no era muy honrada. Estos presentes, ¿habían costado sólo la pena de tomarlos? Sin embargo, nada venía a confirmar estas suposiciones, y las pesquisas más minuciosas hechas con este motivo, no producían el menor resultado.

Y por detrás de él Matakít y Li intercambiaban fugitivas sonrisas, miradas socarronas y signos cabalísticos que significaban evidentemente:

—¡Eh! El padrecito busca, busca...

Otros cuidados, infinitamente más graves, ocupaban además el espíritu de Cyprien, John Watkins parecía decidido a casar a Alice, y con esta intención, desde hacía algún tiempo, había transformado su casa en un verdadero museo de pretendientes. No sólo James Hilton estaba permanentemente todas las noches, sino todos los mineros solteros a quienes el éxito de su explotación parecía dotar en opinión del granjero, de las condiciones o cualidades indispensables al yerno que había soñado, eran atraídos a su casa, invitados a comer y, finalmente, ofrecidos a la elección de su hija.

El alemán Friedel y el napolitano Pantalacci también formaban parte.

Ambos se contaban entre los mineros más felices del campo de Vandergaart. La consideración que en todas partes se concede al éxito, no les faltaba ni en el kopje ni en la granja. Friedel era más pedante e insoportable desde que su dogmatismo se atrincheraba tras algunos millares de libras esterlinas. En cuanto a Annibal Pantalacci, transformado en dandy colonial, resplandeciente de cadenas de oro, de sortijas y alfileres de diamantes, llevaba trajes de tela blanca que hacían aparecer su rostro más amarillo y más terroso. Pero a pesar de sus bufonadas, sus canzonetas napolitanas y sus pretensiones de gracioso, este ridículo personaje procuraba en vano divertir a Alice, que le mostraba un desdén particular en cuanto conoció el motivo que le traía a la granja. Se contentaba con no escucharle, y no se reía jamás ni de sus chistes ni de sus actitudes.

Aunque ignorante de su fealdad moral para suponer el triste fondo que se ocultaba bajo tan brillante ramaje, ella no veía en él más que un transeúnte cualquiera, no menos enojoso que la mayor parte de los demás. Esto era evidente a los ojos del joven francés y hubiera sufrido cruelmente al ver en íntima conversación con aquel ser despreciable a la que colocaba tan alta en su respeto y su ternura.

Hubiera sufrido tanto más porque su dignidad le impedía demostrar nada, encontrando demasiado humillante intentar un esfuerzo para envilecer a los ojos de miss Watkins a un rival tan despreciable.

¿Qué derecho tenía? ¿Sobre qué basar sus acusaciones? Nada sabía en concreto de Annibal Pantalacci, y si le juzgaban desfavorablemente, era sólo guiado por una repulsión instintiva. Querer presentarle bajo un aspecto trágico, era sencillamente ridículo. He aquí lo que Cyprien comprendía claramente, y se hubiera desesperado si Alice hubiese aparentado prestar alguna atención a semejante hombre.

Había vuelto a entregarse encarnizadamente a un trabajo que le absorbía día y noche. No era un proceso de fabricación de diamante, sino diez, veinte experiencias las que tenía en estudio, proponiéndose intentarlas sucesivamente, cuando su primer ensayo hubiera llegado a término. No se contentaba con datos teóricos ni con fórmulas con las que llenaba, durante horas enteras, sus cuadernos de anotaciones. A cada momento iba al kopje, recogía nuevos ejemplares de rocas y tierra, empezaba de nuevo análisis cien veces hechos, pero con un rigor y una precisión que no permitía deslizarse ningún error. Cuanto más inminente se le ofrecía el peligro de perder a miss Watkins, más decidido se hallaba a no perdonar nada por vencerle.

Y no obstante, era tal su desconfianza en sí mismo, que no había querido comunicar nada a la joven del experimento que estaba ejecutando. Miss Watkins estaba enterada solamente de que, siguiendo su consejo, había vuelto

a dedicarse a la Química, y esto bastaba para hacerla feliz.

IX.

Magnífica sorpresa

Grande fue el día en que se dio por terminado el experimento. Dos semanas hacía ya que el fuego estaba apagado, lo que permitió al aparato irse enfriando lentamente.

Cyprien, juzgando que la cristalización del carbono debía estar ya hecha, si es que tal cosa era posible en las condiciones con que había operado, se decidió a levantar la capa de tierra que formaba costra alrededor del horno.

Aquella especie de costra fue preciso atacarla a piquetazos, pues se había endurecido como un ladrillo en el horno de un tejero. Finalmente cedió a los esfuerzos de Matakít, y bien pronto se descubrió la parte superior del horno, llamada capitel y por último el horno entero.

El corazón del joven ingeniero latía a razón de ciento veinte pulsaciones por minuto, en el momento en que el joven cafre, ayudado de Li y de Bardik, levantaba este capitel.

Que el experimento hubiera tenido buen éxito, no lo creía, ¡era de los que dudan siempre de sí mismos! Pero, después de todo, era posible. ¡Y qué alegría si era así! Todas sus esperanzas de dicha, de gloria de fortuna, se hallaban encerradas en aquel negro cilindro que reaparecía a sus ojos después de tantas semanas de expectación.

¡Oh, dolor! El cañón había reventado.

Sí; bajo la formidable presión del vapor de agua y del gas de los pantanos, elevados a una temperatura de las más altas, el acero mismo no había podido resistir. El tubo, a pesar de que medía cinco centímetros de espesor había estallado como una simple probeta. En uno de sus lados, casi en su centro, presentaba una hendidura profunda, como una ancha boca ennegrecida, retorcida en llamas y que parecía reírse en las narices del desafortunado sabio.

Era tener mala suerte. ¡Tantas penas para llegar a este resultado negativo! Cyprien se habría sentido menos humillado si, gracias a las precauciones tomadas, su aparato hubiera podido resistir a la prueba del fuego. Que el cilindro se encontrase vacío de carbono cristalizado, conforme; preparado estaba para esta decepción. Pero haber calentado, enfriado, digamos la palabra, haber halagado por espacio de un mes aquel viejo cilindro de acero, bueno ya para arrojarle a la alcantarilla, era el colmo de la mala suerte. De buena gana le

hubiera enviado hasta la costa de un puntapié, si aquel tubo no hubiese sido demasiado pesado para dejarse tratar con tan pocos miramientos.

«Seguramente —pensó—, la tierra con que he recubierto el interior, se ha transformado en ladrillo como la cubierta exterior del horno».

Cyprien iba, pues, a abandonarle en el horno, y se preparaba ya a salir, cuando su curiosidad de químico le impulsó a aproximar una cerilla a la rotura del tubo, a fin de examinar el interior.

La suposición tenía fundamento; sin embargo, por un fenómeno bastante singular y que Cyprien no se explicó en el momento, una especie de bola de arcilla parecía hallarse desprendida de este revestimiento de tierra, luego de haberse endurecido separadamente en el tubo.

Esta bola, de un rojo negruzco, próximamente del diámetro de una naranja, podía pasar con facilidad por la rotura. El joven ingeniero la sacó y se puso a examinarla con indiferencia. Después, reconociendo que era un pedazo de tierra separado de la pared, que había sufrido la cocción aisladamente, iba a arrojarlo a un lado, cuando advirtió que sonaba a hueco, como una pieza de porcelana, y que afectaba la forma de una pequeña cántara cerrada, dentro de la cual bailaba una especie de cascabel muy pesado.

—¡Una verdadero alcancía! —murmuró Cyprien.

Pero si bajo pena de muerte hubiera tenido que dar la explicación de este misterio, hubiera sido imposible. No obstante, para tranquilidad de su conciencia, cogió un martillo y rompió la hucha.

Tal era, en efecto, y que contenía un valor inestimable. No, no era posible equivocarse sobre la naturaleza de aquel guijarro que apareció entonces a los maravillados ojos del joven ingeniero. Este guijarro era un diamante envuelto en una ganga absolutamente semejante a la de los diamantes ordinarios, pero ¡un diamante de dimensiones colosales, inverosímiles, sin precedente!

¡Imagínese! ¡Aquel diamante era más grueso que un huevo de gallina, muy semejante en su forma a una patata, y debía pesar por lo menos trescientos gramos!

—¡Un diamante, un diamante artificial! —murmuró Cyprien, estupefacto—. Así, pues, he encontrado la solución del problema de esta fabricación, a despecho del accidente ocurrido al tubo. ¡Luego soy rico!... ¡Alice, mi querida Alice, es mía!...

Después, no queriendo creer a sus ojos.

—¡Pero es imposible!... ¡Es una alucinación!... —afirmaba ganado por la duda—. ¡Ah! Pronto sabré a qué atenerme.

Y sin perder ni aun el tiempo necesario para ponerse el sombrero, desatinado, loco de alegría, como Arquímedes al salir del baño en el que estaba sumergido cuando descubrió su famoso principio, Cyprien recorrió velozmente el camino de la granja y cayó como un proyectil en casa de Jacobus Vandergaart. Encontró al viejo lapidario ocupado en examinar las piedras que acababa de entregarle el corredor Nathan.

—¡Ah, míster Nathan, os encuentro a punto! —gritó Cyprien—. ¡Ved!... y vos también, míster Vandergaart, ved lo que os traigo y decidme lo que es.

Había colocado su guijarro sobre la mesa y estaba cruzado de brazos. Nathan, el primero, tomó este guijarro, palideció de sorpresa, y los ojos fijos, la boca abierta, lo pasó a Jacobus Vandergaart. Éste, después de haber levantado el objeto delante de sus ojos bajo la luz de la ventana, lo consideró a su vez por encima de los anteojos. Después lo puso sobre la mesa, y mirando a Cyprien, respondió simplemente:

—Éste es el diamante más grande que hay en el mundo.

—Sí... ¡el más grande! —confirmó Nathan—. ¡Cuatro o cinco veces mayor que el Koh-i-noor, La Montaña de luz, orgullo del Tesoro Real de Inglaterra, que pesa ciento setenta y nueve quilates!

—¡Dos o tres veces más grande que el Gran Mogol, la mayor piedra conocida, que pesa doscientos ochenta quilates! —agregó el viejo lapidario.

—¡Cuatro o cinco veces como el diamante del Zar, que pesa ciento noventa y tres quilates! —repuso Nathan cada vez más estupefacto.

—¡Siete u ocho veces el Regente, que pesa, ciento treinta y seis quilates! —dijo aún Jacobus Vandergaart.

—¡Veinte o treinta veces como el diamante de Dresde, que no pesa más que treinta y uno! —terminó Nathan.

Y añadió:

—¡Estimo que después de la talla, éste pesará por lo menos cuatrocientos quilates! Pero ¿quién se atrevería a arriesgar una valoración para una piedra semejante? ¡Este valor escapa a todo cálculo!

—¿Por qué no? —manifestó Jacobus Vandergaart, que era el más tranquilo de los dos—. El Koh-i-noor está estimado en treinta millones de francos; el Gran Mogol en doce millones; el diamante del Zar en ocho millones; el Regente, en seis. Pues bien: éste debe ciertamente valorarse en un centenar por lo menos.

—¡Bah, bah! ¡Todo depende de su color y de su calidad! —repuso Nathan que empezó a volver en sí y juzgaba sería útil el poner sus miras para el

porvenir en vista de un negocio posible—. Si es incoloro y de primera agua, su valor será inestimable Pero si es amarillo, como la mayor parte de nuestros diamantes del Griqualandia, este valor será infinitamente menos elevado... No sé, sin embargo, si preferiría para una piedra de estas dimensiones una hermosa tinta azul zafiro como la del diamante de Hope, o rosa como la del Gran Mogol, o el mismo verde esmeralda, como la del diamante de Dresde.

—¡No, no!... —exclamó el viejo lapidario—. ¡Estoy por los diamantes incoloros! ¡Habladme del Koh-i-noor o del Regente! ¡He ahí ver del diamante de Hope, o rosa como la del Gran Mogol, o el mismo de fantasía!

Cyprien no escuchaba ya.

—Señores, dispensadme —dijo con precipitación—, pero me veo obligado a dejaros por el momento.

Y después de haber recogido su precioso guijarro, subió, siempre corriendo, el camino de la granja.

Sin pensar siquiera en llamar, abrió la puerta del locutorio y se encontró en presencia de Alice, y antes de haber reflexionado el arrebato de su conducta, la había tomado en brazos y besado en ambas mejillas.

—¡Qué es eso!... ¡Qué es eso!... —gritó míster Watkins, escandalizado de estas demostraciones inesperadas.

Estaba sentado a la mesa enfrente de Annibal Pantalacci, dispuesto a comenzar con este bromista de mal género una partida de piqué.

—¡Miss Watkins, dispensadme! —se excusó el joven sorprendido de su propia audacia, pero radiante de alegría—. ¡Soy demasiado dichoso!... ¡Estoy loco de felicidad!... ¡Mirad!... ¡He aquí lo que os traigo! ...

Y echó, más bien que depositó, su diamante sobre la mesa entre los dos jugadores.

Al igual que Nathan y Jacobus Vandergaart, éstos comprendieron en seguida de lo que se trataba. Mister Watkins, que no había atacado más que muy moderadamente su ración cotidiana de ginebra estaba en un estado suficientemente lúcido.

—¿Habéis encontrado esto... vos... en vuestro claim? —exclamó vivamente.

—¿Encontrado esto? —contestó Cyprien triunfante—. ¡Bah!... He hecho una cosa mejor... Lo he fabricado yo mismo en todas sus partes... ¡Ah, míster Watkins! La química tiene algo de bueno, después de todo.

Y se reía y apretaba entre sus manos los finos dedos de Alice, que estaba sorprendida por estas demostraciones apasionadas, aunque sonreía

dulcemente, encantada por la inenarrable felicidad de su amigo.

—Sin embargo, es a vos a quien debe Cyprien este descubrimiento, miss Alice —aseguró Cyprien—. ¿Quién me ha aconsejado volverme a ocupar de la química? ¿Quién ha exigido que busque la fabricación del diamante artificial, sino vuestra hermosa, vuestra adorable hija, míster Watkins?... ¡Oh! Yo puedo rendirle homenaje, como los antiguos paladines a su dama, y proclamar que en ella se refleja todo el mérito de la invención... ¡Jamás hubiera pensado en ello sin su consejo!

Mister Watkins y Annibal Pantalacci observaban el diamante; luego se miraban el uno al otro.

—¿Decís que lo habéis fabricado vos?... ¿Vos mismo?... —repitió John Watkins—. ¿Luego es una piedra falsa?

—¿Una piedra falsa? —exclamó Cyprien—. Sí. ¡Una piedra falsa! Pero Jacobus Vandergaart y Nathan la valúan en cincuenta millones por lo menos, y puede valer los ciento. Si éste no es más que un diamante artificial, obtenido por un procedimiento de que soy inventor, no por eso es menos auténtico... ¡Mirad, nada le falta... ni su ganga!

—¿Y os encargaríais de hacer otros diamantes semejantes? —le preguntó John Watkins, insistiendo.

—¿Si me encargo? Desde luego, míster Watkins. ¡Os daré diamantes a paletadas!... ¡Os los haré diez veces, cien veces más grande que éste, si lo deseáis!... ¡Os haré un número tan grande para empedrar vuestra terraza, para macadamizar los caminos del Griqualandia, si lo queréis!... El primer paso es el que cuesta, y la primera piedra, una vez obtenida, el resto no es más que un detalle, un simple asunto de disposiciones técnicas que arreglar.

—¡Pues si es así —gritó el granjero que se había vuelto lívido—, esto será la ruina para los propietarios de minas, para mí, para todo el país de Griqualandia!

—¡Evidentemente! —reconoció Cyprien—. ¿Qué interés queréis que se encuentre todavía en escarbar la tierra para buscar pequeños diamantes casi sin valor, desde el momento que es tan fácil fabricarlos industrialmente de todas dimensiones hasta el tamaño de panes de cuatro libras?

—¡Pero es monstruoso!... —clamó John Watkins—. ¡Una infamia!... ¡Una abominación!... Si lo que decís es fundado, si realmente poseéis ese secreto...

Se contuvo sofocado.

—Ved —declaró fríamente Cyprien— que no os hablo tontamente, puesto que os he traído mi primer producto... ¡Y pienso que es de bastante talla para

convenceros!

—Entonces —manifestó por último míster Watkins, que había acabado de tomar aliento—; si esto es verdad, deberían fusilaros al momento, monsieur Méré... ¡He aquí mi opinión!

—¡Y es la mía también! —creyó deber exclamar Annibal Pantalacci con un gesto de amenaza.

Miss Watkins se había levantado sumamente pálida.

—¿Fusilarme porque he resuelto un problema de física planteado luego de cincuenta años? —exclamó el joven ingeniero encogiéndose de hombros—. ¡La verdad es que esto sería un poco fuerte!

—¡No hay para qué reírse, caballero! —gritó el granjero furioso—. ¿Habéis pensado en las consecuencias de lo que llamáis vuestro descubrimiento, en todo el trabajo de las minas parado... en el Griqualandia desposeído de su más gloriosa industria... y en mí, yo que os hablo, reducido a la mendicidad?

—¡A fe mía, os confieso que no he reflexionado absolutamente en todo eso! —declaró francamente Cyprien—. Éstas son las consecuencias inevitables del progreso industrial, y la ciencia pura no por eso se inquieta... Además, por vuestra parte, míster Watkins, estad sin temor. ¡Lo que es mío, es vuestro, y bien sabéis qué motivo me ha inclinado a dirigir mis indagaciones en esta vía!

John Watkins vio de pronto el partido que podía sacar del descubrimiento del joven ingeniero, y a pesar de lo que pudiera pensar el napolitano, no dudó, como se dice vulgarmente, en cambiar su fusil de hombro.

—Después de todo —admitió— puede que tengáis razón. Lo cierto es que habláis como excelente muchacho, monsieur Méré. ¡Sí... reflexionándolo bien, creo que habrá medio de entendernos! ¿Por qué habéis de hacer una cantidad excesiva de diamantes? ¡Éste será el medio más seguro de perjudicar vuestro descubrimiento! ¿No sería mejor guardar el secreto con cuidado, usar de él con moderación, fabricar solamente una o dos piedras semejantes a ésta, por ejemplo, o limitarlas a vuestro primer éxito, puesto que os asegura de un golpe un capital considerable y hace de vos el hombre más rico del país?... ¡De esta manera, todo el mundo estará contento, las cosas seguirán como en el pasado, y no habréis venido a ponerlos en medio de nuestros intereses!

Éste era un nuevo aspecto de la cuestión en el que Cyprien Méré no había pensado todavía. Pero se presentaba súbitamente ante sus ojos con implacable rigor: o bien guardar para sí el secreto de su descubrimiento, dejarle ignorar al mundo y engañarle para enriquecerse, o bien, como decía John Watkins con

razón, desprestigiar de un solo golpe todos los diamantes naturales y artificiales, y, por consecuencia, renunciar a la fortuna para llegar... ¿a qué? a arruinar a todos los mineros del Griqualandia, de la India y del Brasil.

Colocado en esta alternativa, Cyprien Méré vaciló, pero por un solo momento. Y sin embargo, comprendía que elegir el partido de la sinceridad, del honor, de la fidelidad a la ciencia, era renunciar a la esperanza misma que había sido el principal móvil de su descubrimiento.

Su dolor era tan amargo, tan punzante cuanto inesperado, pues le precipitaba de lo alto de tan hermoso sueño.

—Mister Watkins —dijo—; si guardase para mí el secreto de mi descubrimiento, no sería más que un falsario. ¡Vendería a falso peso y engañaría al público acerca de la cualidad de la mercancía! ¡Los resultados obtenidos por un sabio no son jamás de su propiedad! Forman parte del patrimonio de todos. ¡Reservar para sí con un interés egoísta y personal la más pequeña partícula, sería hacerse culpable del acto más vil que un hombre puede llevar a cabo! ¡Yo no lo haré... no! ¡No aguardaré una semana, ni un día para entregar al dominio público la fórmula que la casualidad, ayudada por un poco de reflexión, ha llevado hasta mis manos! Mi sola restricción será, como es conveniente y justo, entregar esta fórmula desde luego a mi patria, a Francia, que me ha permitido servirla. Mañana haré saber a la Academia de Ciencias el secreto de mi procedimiento. ¡Adiós, caballero; os soy deudor de haber comprendido un deber en el que ni aun recordaba! Miss Watkins, había forjado un hermoso sueño... ¡Pero me es preciso renunciar a él!

Antes de que la joven hubiese podido dar un paso hacia él, Cyprien Méré había recogido su diamante y salido, tras saludarla, al igual que a míster Watkins.

X.

John Watkins reflexiona

Cyprien se fue de nuevo a la morada de Jacobus Vandergaart. Tenía el corazón destrozado, pero el joven francés estaba resuelto a hacer lo que consideraba como un deber profesional. Jacobus se hallaba solo. El corredor Nathan se había apresurado a marcharse para ser el primero en esparcir la noticia que tan directamente le iba a interesar a los mineros.

—Esta noticia produjo gran sensación, aunque se ignoraba todavía que el enorme diamante del Monsieur, como llamaban a Cyprien fuese un diamante artificial. Pero el Monsieur se preocupa poco por las habladurías del kopje.

Tenía prisa de verificar con el viejo Vandergaart la calidad y el color de la piedra antes de proceder al redactado de su Memoria.

—Mi querido Jacobus —empezó, sentándose junto a él—, hacedme el favor de tallarme una faceta sobre esta joroba, a fin de que podamos ver algo de lo que se oculta bajo la ganga.

—Es cosa bien sencilla —aseguró el viejo lapidario tomando el pedernal de las manos de su joven amigo—. Habéis elegido perfectamente el sitio —añadió comprobando la presencia de un ligero abultamiento sobre uno de los lados de la gema, que, aparte de este defecto, era un óvalo casi perfecto—. Tallando de este lado nada arriesgamos para el porvenir.

Sin más tardanza, Jacobus Vandergaart puso manos a la obra, y después de haber escogido en el artesón una piedra bruta de cuatro o cinco quilates, que fijó fuertemente al extremo de una especie de mango, se puso a frotar una contra otra las dos películas exteriores.

—Esto se haría más pronto exfoliando; pero ¡quién se atreve a dar un martillazo sobre una piedra de este precio!

Este largo y monótono trabajo duró casi dos horas. Cuando la faceta fue bastante ancha para permitir juzgar cuál era la naturaleza de la piedra, fue preciso pulida con la muela, lo cual invirtió mucho tiempo.

Sin embargo, aún era día claro cuando quedaron terminados los preliminares. Cyprien y Jacobus Vandergaart, cediendo por fin a su curiosidad, se acercaron para verificar el resultado de la operación.

Una bella faceta, color de azabache, pero de una limpidez y un brillo incomparable, se ofreció a sus miradas.

¡El diamante era negro! Singularidad casi única, casi excepcional, que aumentaba aún, si era posible, su valor.

Las manos de Jacobus temblaban, presas por la emoción haciéndole resplandecer al sol poniente.

—Es la gema más extraordinaria, la más hermosa que ha reflejado jamás los rayos de la luz —decía con una especie de respeto religioso—. ¡Qué será pues, cuando pueda refractarlos después de estar tallada en todas sus caras!

—¿Os encargaríais de acometer ese trabajo? —preguntó Cyprien.

—¡Ciertamente, hijo! ¡Esto sería un honor y el coronamiento de mi larga carrera!... ¡Pero tal vez haríais mejor en elegir una mano más joven y más fuerte que la mía!

—No —declaró afectuosamente el joven—. Nadie, estoy seguro, pondrá en esta obra más cuidado y más habilidad que vos. Guardad este diamante, mi

querido Jacobus, y talladle a vuestro gusto. ¡Haréis una obra maestra! Es asunto concluido.

El anciano volvía y revolvía la piedra entre sus dedos, y parecía vacilar en formular su pensamiento.

—Una cosa me inquieta —acabó por decir—. ¿Sabéis que no me hago el pensamiento de tener en mi casa una joya de semejante valor? ¡Son cincuenta millones, por lo bajo, y tal vez más, lo que tengo en la palma de la mano! ¡No es prudente cargarse con semejante responsabilidad!

—Nadie sabrá nada, si vos no lo decís, míster Vandergaart; y por mi parte os garantizo el secreto.

—¡Hum! ¡Se lo figurarán! Pueden haberos seguido cuando veníais aquí... Se supondrán lo que no sepan con certeza. El país está poblado con tal gente... ¡No dormiría tranquilo!

—¡Tal vez tengáis razón! —convino Cyprien comprendiendo la vacilación del anciano—. Pero ¿qué hacer?...

—Es en lo que estoy pensando —replicó Jacobus Vandergaart, que permaneció silencioso durante algunos instantes.

—Escuchad, hijo mío —dijo finalmente—. Lo que vaya proponeros es delicado; y supone que tenéis en mí una absoluta confianza. ¡Pero me conocéis lo bastante para no extrañar que tenga la idea de tomar tantas precauciones!... Es preciso que al momento parta con esta piedra y con mis herramientas para refugiarme en cualquier rincón donde no sea conocido, en Bloemfontein u Hope Town, por ejemplo. Tomaré una modesta habitación, me encerraré para trabajar con el mayor secreto y no volveré hasta después que haya terminado mi obra. Tal vez de esta manera logre despistar a los malhechores. Pero, lo repito, casi estoy avergonzado de proponeros semejante plan...

—Que encuentro muy acertado —afirmó Cyprien— y os pido que lo realicéis.

—Contad con que será largo, que necesitaré un mes por lo menos, y que pueden ocurrirme varios accidentes en el camino.

—No importa, míster Vandergaart, si creéis que es el mejor partido que puede tomarse. ¡Y después de todo, si el diamante se extravía, el mal no será muy grande!

Jacobus Vandergaart miró a su joven amigo con cierto asombro. ¿Si habrá perdido la razón con este inesperado golpe de fortuna? —se preguntó.

Cyprien comprendió su pensamiento y se sonrió.

Entonces le explicó la procedencia del diamante, y cómo podría en 10

sucesivo fabricar cuantos quisiera. Pero sea que el viejo lapidario no dio entero crédito a esta narración, o que tuviese un motivo personal para no querer permanecer solo en aquella casa aislada, frente a frente con una piedra que valía cincuenta millones, insistió en partir en el acto.

Después de haber encerrado en un viejo saco de cuero sus herramientas y sus ropas, Jacobus Vandergaart colgó en la puerta de su casa una pizarra sobre la que escribió: Ausente por negocios, metió la llave en su bolsillo, guardó el diamante en su chaleco, y partió.

El ingeniero lo acompañó durante dos o tres millas por el camino de Bloemfontein, y no le abandonó sino a fuerza de reiteradas instancias.

Ya había cerrado la noche cuando el joven ingeniero entró en su casa, pensando tal vez más en miss Watkins que en su famoso descubrimiento.

Sin hacer honor a la comida preparada por Matakít, se sentó ante su mesa de trabajo, y se puso a redactar la nota que por el próximo correo pensaba dirigirle al Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias.

Era una descripción minuciosa y completa y de su experimento, seguido de una teoría muy ingeniosa sobre la reacción que había debido dar origen a ese magnífico cristal de carbono.

La característica más notable de este producto —mencionaba entre otras cosas—, es su completa igualdad con el diamante natural, y sobre todo, en la presencia de una ganga exterior.

En efecto; Cyprien no vacilaba en atribuir este efecto tan curioso al cuidado que había tenido en recubrir las paredes interiores del recipiente con una capa de tierra elegida con cuidado en el Vandergaart Kopje. La manera con que una parte de esta tierra se había desprendido de la pared para formar alrededor del cristal una verdadera envoltura, no era fácil de explicar, y constituía un punto que experimentos ulteriores dilucidarían sin duda. Podría muy bien suponerse que había tenido lugar, allí, un fenómeno enteramente nuevo de afinidad química, y el autor se proponía hacer sobre ello un estudio profundo. No tenía la pretensión de dar del primer golpe la teoría completa y definitiva de su descubrimiento. Lo que quería era comunicarla sin tardanza al mundo sabio, y después por medio de la discusión, esclarecer algunos de los hechos inexplicables y oscuros aun para él mismo.

Empezada su Memoria, esperando poderla completar por nuevas observaciones antes de dirigirla a quien correspondía, el joven ingeniero tomó algún alimento, y se acostó.

A la mañana siguiente abandonó su estancia, y se paseó pensativo por diversos puntos de las minas.

Ciertas miradas, claramente hostiles, le acogían a su paso. Si no se apercebía de ello, era porque había olvidado todas las consecuencias de su gran descubrimiento, tan duramente explanadas la víspera por John Watkins, es decir, la ruina, en un plazo más o menos largo, de los concesionarios y de las concesiones de Griqualandia.

Esto, sin embargo, debía inquietarle al encontrarse como se hallaba en un país semisalvaje, en donde no se vacila en hacerse la justicia por sus propias manos, en la que la garantía del trabajo, y por consecuencia la del comercio, es la ley suprema. Que la fabricación del diamante artificial llegase a ser una industria práctica, y todos los millones encerrados, tanto en las minas del Brasil como en las del África austral, sin contar con los millares de existencias sacrificadas, estaban irremisiblemente perdidos. Sin duda, el joven ingeniero podía guardar el secreto de su experimento; pero en este asunto su declaración había sido bien clara: estaba decidido a no hacerlo.

Por la otra parte, durante la noche —una noche de pesadilla— durante la cual John Watkins no soñó sino con diamantes inverosímiles, de un valor de muchos billones, el padre de Alice había podido meditar y reflexionar en esto. Que Annibal Pantalacci y otros mineros viesan con inquietud y cólera la revolución que el descubrimiento de Cyprien iba a causar en la explotación de los terrenos diamantíferos, nada más natural, puesto que los explotaban por su propia cuenta; pero él, simple propietario de la granja Watkins, no se encontraba en la misma situación.

Indudablemente, si los claims eran abandonados de resultas de la baja de las gemas, si toda esa población de mineros concluía por abandonar los campos del Griqualandia, el valor de su finca menguaría en una notable proporción, sus productos no tendrían fácil salida, sus casas y barracas no se alquilarían por falta de inquilinos, y tal vez se vería un día obligado a abandonar el país improductivo.

«¡Bah! —se decía John Watkins—. Antes de llegar a esto han de transcurrir muchos años. La fabricación de diamantes artificiales no ha llegado al estado práctico ni aun con los procedimientos de monsieur Méré. Tal vez en el resultado obtenido ha tomado gran parte la casualidad. Pero entre tanto, casualidad o no, el hecho es que ha obtenido una piedra de un valor enorme, y si en las condiciones de un diamante natural vale una cincuentena de millones, valdrá todavía muchos, aunque haya sido producida artificialmente. ¡Sí, es preciso retener a este joven a toda costa! ¡Es menester, por lo menos, durante algún tiempo, impedirle publicar su gran descubrimiento! ¡Es preciso que esa piedra entre definitivamente en posesión de la familia Watkins, y no salga si no a cambio de un número respetable de millones! En cuanto a retener a quien la ha fabricado es harto fácil, aun sin comprometerse de una manera definitiva. ¡Alice está ahí, y con Alice sabré retardar su partida a Europa!... ¡Sí... aun

cuando tuviese que prometerle su mano!... ¡Aun cuando tuviese que dársela!»

¡Seguramente John Watkins, bajo la presión de su voraz deseo, habría llegado hasta tal cosa! En todo este asunto no veía ni pensaba más que en sí mismo. Y si el viejo egoísta pensó en su hija, fue para decirse:

«Después de todo Alice no tendrá por qué quejarse. Este joven, loco de sabio, es simpático. ¡La ama, e imagino que ella no es insensible a su amor! ¡Qué mejor que unir dos corazones formados el uno para el otro... o por lo menos, hacerles esperar esta unión hasta el momento en que todo quede bien aclarado!... ¡Bien! ¡Al diablo Annibal Pantalacci y sus camaradas y cada uno para sí, aun en el país del Griqualandia!»

Así razonaba John Watkins, maniobrando esta balanza ideal, en la que colocaba, para establecer el equilibrio, el porvenir de su hija, contra un pedazo de carbono cristalizado, juzgándose dichoso al pensar que los platillos se mantenían en una misma línea horizontal y en su provecho.

Así es que al día siguiente había adoptado su resolución: no precipitaría nada, dejaría venir los acontecimientos, no dudando del camino que seguirían para llegar.

Lo que más importaba era volver a ver a su locatario, lo que era fácil, pues el joven ingeniero no faltaba un solo día a la granja; pero también quería contemplar de nuevo el famoso diamante que había tomado en sus sueños proporciones fabulosas.

Mister Watkins se dirigió a la habitación de Cyprien, quien, dada la hora matinal, no había salido todavía.

—Y bien mi joven amigo —le saludó amablemente—; ¿cómo habéis pasado la noche... esta primera noche que ha seguido a vuestro gran descubrimiento?

—¡Muy bien, míster Watkins, muy bien! —respondió el joven fríamente.

—¡Qué! ¿Habéis podido dormir?

—Como siempre.

—¿No han turbado vuestro sueño todos los millones que han salido de este horno? —insistió míster Watkins.

—En absoluto —afirmó Cyprien—. Comprended, míster Watkins, que este diamante no vale tantos millones, sino a condición de ser la obra de la Naturaleza, y no la de un químico.

—Ya, ya, monsieur Méré. ¿Pero estáis seguro de hacer otro u otros? ¿Responderíais de ello?

Cyprien Méré vaciló, sabiendo cuántos fracasos podían ocurrir en un experimento de este género.

—¿Lo veis? —dijo triunfalmente John Watkins—. No responderíais. Luego hasta nuevo ensayo y nuevo éxito, vuestro diamante conservará un valor enorme. Por tanto, ¿por qué decir, a lo menos por ahora, que es una piedra artificial?

—Os repito —insistió Cyprien—, que no puedo ocultar un secreto científico de esta importancia.

—Sí, sí, ya sé... —apresuróse a decir míster Watkins, haciendo signos al joven de que hablara bajo, como si temiera ser oído desde afuera—. Por supuesto. Ya volveremos a hablar de eso... Pero no os preocupéis de Annibal Pantalacci y demás... Nada dirán de vuestro descubrimiento, porque su interés está en callarlo... Creedme, aguardad... y sobre todo pensad que mi hija y yo somos muy felices por vuestro éxito... Sí... muy felices... Pero ¿no podría ver ese famoso diamante? Apenas si tuve ayer tiempo de examinarlo. ¿Querríais permitirme volver a verlo?

—No lo tengo ya —manifestó el ingeniero.

—¡Lo habéis enviado a Francia! —dijo John Watkins anonadado con el pensamiento.

—No, aún no; en bruto no podrían juzgar de su belleza. Tranquilizaos.

—¿A quién lo habéis entregado? Por todos los santos de Inglaterra, ¿a quién?

—Lo he dado a tallar a Jacobus Vandergaart, e ignoro dónde lo ha llevado.

—¿Habéis confiado semejante joya a ese viejo? —gritó John Watkins, verdaderamente furioso—. ¡Eso es una locura, caballero, una locura!

—¡Bah! —dijo Cyprien—. ¿Qué queréis que Jacobus, o quien quiera que sea, haga con un diamante cuyo valor para los que desconocen su origen, es por lo menos de cincuenta millones? ¿Os figuráis que sea fácil venderlo secretamente?

Mister Watkins pareció sorprendido por este argumento. Evidentemente, no sería fácil desprenderse de un diamante de tal precio. Sin embargo, el granjero no estaba tranquilo, y hubiera dado mucho, sí, mucho, porque el imprudente Cyprien no lo hubiese confiado al viejo lapidario, o por lo menos, porque éste hubiera vuelto ya al Griqualandia con su preciosa gema.

Pero Jacobus Vandergaart había pedido un mes para terminar su trabajo, y por muy impaciente que fuera John Watkins, no había más remedio que esperar. No hay que decir que los días siguientes, sus habituales comensales,

Annibal Pantalacci, Herr Friedel y el judío Nathan, no dejaron de injuriar al honrado lapidario. Muchas veces hablaban en ausencia de Cyprien y siempre para hacer observar a Watkins que el tiempo transcurría y que Jacobus Vandergaart no estaba de vuelta.

—¿Y por qué ha de volver al Griqualandia —preguntaba Friedel—, puesto que tan fácil le es guardar este diamante de tan enorme valor, del cual nada revela su origen artificial? Porque no encontraría facilidades para venderlo —contestó míster Watkins, reproduciendo el argumento del joven ingeniero, que ya no bastaba para tranquilizarle.

—¡Buena razón! —burlóse Nathan.

—Sí, ¡valiente razón! —confirmó Annibal Pantalacci—. Creedme, a estas horas está ya lejos el viejo cocodrilo. Nada más fácil, sobre todo para él, que desfigurar la piedra, haciéndola imposible de reconocer. Ni sabemos qué color tiene. ¿Quién le impide cortarla en cuatro o seis y hacer muchos diamantes de dimensiones aún muy respetables?

Estas discusiones llevaban la intranquilidad al ánimo de míster Watkins, que empezaba a creer que Jacobus Vandergaart no volvería a aparecer.

Sólo Cyprien creía firmemente en la probidad del viejo lapidario, y afirmaba que él volvería el día señalado. Tenía razón.

Jacobus Vandergaart volvió cuarenta y ocho horas antes del plazo que pidiera.

Tal había sido su diligencia y su ardor en el trabajo, que en veintisiete días había concluido de tallar el diamante. Entró durante la noche para pasarlo por la muela y concluir de pulirlo, y en la mañana del vigésimo noveno día, Cyprien vio al anciano presentarse en su casa.

—Ahí está el pedrusco —dijo simplemente, colocando en la mesa una cajita de madera.

El joven ingeniero abrió el estuche y quedó deslumbrado ante la presencia de aquella maravilla.

Sobre un lecho de algodón blanco, un cristal negro de forma romboidedodecaédrico arrojaba fuegos prismáticos y de un resplandor tal, que el laboratorio parecía iluminado. Esta combinación, de un color de tinta, de una transparencia diamantina absolutamente perfecta, de un poder refringente sin igual, producía el efecto más maravilloso y más perturbador. Se sentía uno en presencia de un fenómeno verdaderamente único, de un juego de la Naturaleza probablemente sin precedente. Dejando aparte toda idea de valor, el esplendor de la joya se manifestaba por sí mismo.

—¡Es, no solamente el más grueso, sino el más hermoso diamante que hay

en el mundo! —afirmó gravemente Jacobus Vandergaart, con sus ribetes de orgullo paternal—. ¡Pesa cuatrocientos treinta y dos quilates! ¡Podéis envaneceros de haber hecho una obra notable, mi querido hijo, y vuestro ensayo ha sido un golpe de maestro!

Cyprien nada contestó a los cumplimientos del viejo lapidario. Considerábase sólo como el autor de un descubrimiento curioso que había tenido la suerte de vencer allí donde otros muchos, encarnizados en este terreno de la química inorgánica, nada habían podido conseguir. Pero ¿qué consecuencias útiles para la humanidad tendría esta fabricación del diamante artificial? Inevitablemente arruinaría en un tiempo dado a todos los que vivían del comercio de piedras preciosas, y, en resumen, no enriquecería a nadie.

Reflexionando en esto, el joven ingeniero volvía en sí de la embriaguez a que se había abandonado durante las primeras horas que siguieron a su descubrimiento. ¡Sí! Ahora este diamante, por admirable que fuese al salir de las manos de Jacobus Vandergaart, no le parecía más que una piedra sin valor, a la cual faltaría bien pronto todo su prestigio, aun el de la escasez.

El joven francés tomó el estuche dentro del cual resplandecía la incomparable gema y después de estrechar la mano del anciano, se dirigió a la quinta de míster Watkins.

El granjero estaba en su habitación, siempre inquieto, siempre turbado, aguardando la vuelta, que tan improbable le parecía, de Jacobus Vandergaart. Su hija estaba a su lado calmándole, lo mejor que podía.

Cyprien empujó la puerta y permaneció un instante inmóvil junto al umbral.

—¿Y bien?... —preguntó vivamente John Watkins levantándose en un rápido movimiento.

—¡Pues que el honrado Jacobus Vandergaart ha llegado esta misma mañana! —declaró Cyprien.

—¿Con el diamante?

—¡Con el diamante admirablemente tallado, y que pesa aún cuatrocientos treinta y dos quilates!

—¡Cuatrocientos treinta y dos quilates! —repitió John Watkins—. ¿Y le habéis traído?

—Aquí está.

El granjero cogió el estuche, lo abrió y sus ojos brillaban casi tanto como el diamante, que miraba con el aire entontecido de un extático.

Después, cuando tuvo entre sus dedos bajo esta forma ligera y portátil,

material y suntuosa a la vez, el valor colosal que representaba la gema, su arrobamiento se expresó en acentos tan enfáticos, que se tornaron risibles.

Mister Watkins se expresaba con voz llena de ternura, y hablaba al diamante como a un ser animado.

—¡Oh, hermosa, soberbia y espléndida piedra! —decía—. ¡Hete ya de vuelta!... ¡Qué brillantez!... ¡Qué pesada eres! ¡Cuántas guineas contantes podrás valer! ¿Qué van a hacer de ti, querida mía? ¿Enviarte al Cabo y de allí a Londres para hacerte admirar?... Pero ¿quién será lo suficientemente rico para comprarte? ¡La misma Reina no podría permitirse lujo semejante!... ¡Su renta de dos o tres años se consumiría! ¡Sería necesario un voto del Parlamento, una suscripción nacional! ¡Ya la harán, ya! ¡Está tranquila! ¡Tú irás también a dormir en la Torre de Londres, al lado del Koh-i-noor, que aparecerá junto a ti como un pigmeo! ¿Cuánto podrás valer, hermosa mía?

Y después de haberse entregado a un cálculo mental, continuó:

—¡Catalina II ha pagado por el diamante del Zar un millón de rublos al contado y noventa y seis mil francos de renta vitalicia! Luego no sería exagerado pedir por éste un millón de libras esterlinas y quinientos mil francos de renta perpetua.

Después, como sorprendido por una idea repentina:

—Monsieur Méré, ¿no pensáis que debería ser nombrado par de Inglaterra el propietario de una piedra semejante? Todos los méritos tienen derecho a ser representados en la alta Cámara, y poseer un diamante de esta talla no es seguramente un mérito vulgar. ¡Mira, hija mía, mira!... ¡No hay ojos bastantes para admirar semejante alhaja!

Miss Watkins, por primera vez en su vida, miró un diamante con algún interés.

—¡Verdaderamente es bellísimo! ¡Brilla como un pedazo de carbón que es, pero como un carbón incandescente! —dijo tomándolo delicadamente de su lecho de algodón.

Después, por un movimiento instintivo, que toda joven hubiera tenido en su lugar, se acercó al espejo colocado encima de la chimenea y puso la maravillosa joya sobre su frente, en medio de sus rubios cabellos.

—¡Una estrella engarzada en oro! —afirmó galantemente Cyprien, dejándose ir contra su costumbre, hasta hacer un madrigal.

—¡Es verdad!... ¡Diríase que era una estrella! —dijo Alice batiendo alegremente palmas-o ¡Pues bien, hay que conservarle ese nombre! Bauticémosla: ¡La Estrella del Sur! ¿Queréis, monsieur Méré? ¿No es negra como las bellezas indígenas del país, y brillante como las constelaciones de

nuestro cielo austral?

—¡Vaya por La Estrella del Sur! —concedió John Watkins, que sólo daba al nombre relativa importancia—. Pero ten cuidado con dejarla caer —exclamó al ver hacer a su hija un brusco movimiento—. ¡Se rompería como un cristal!

—¿De veras?... ¿Tan frágil es? —preguntó Alice, volviendo a colocar, con bastante desdén la gema en su estuche—. ¡Pobre Estrella, que sólo eres un astro de pega, un vulgar tapón de botella!

—¡Un vulgar tapón de botella!... —protestó John Watkins sofocado—. ¡Estos chicos no respetan nada!

—Miss Alice —declaró entonces el joven ingeniero—, vos sois quien me habéis animado a buscar la fabricación artificial del diamante. ¡A vos, pues, debe esta piedra el derecho de existir hoy!... ¡Pero a mis ojos es una joya que no tendrá ningún valor comercial en cuanto se conozca su origen!... ¡Vuestro padre me permitirá, sin duda, ofrecérsola en recuerdo de vuestra bienhechora influencia en mis trabajos!

—¡Qué!... —exclamó míster Watkins no pudiendo disimular lo que experimentaba ante esta proposición tan inesperada.

—Miss Alice —repitió Cyprien—, este diamante es vuestro! ¡Os lo ofrezco! ¡Os lo regalo!...

Y la joven, por toda respuesta, tendió al joven una mano, que él oprimió dulcemente.

XI.

La Estrella del Sur

Rápidamente habíase esparcido la noticia de la vuelta de Jacobus Vandergaart. Así es que no tardó en afluir a la granja un crecido número de visitantes para ver la maravilla del kopje. No se tardó tampoco en saber que el diamante, había sido regalado a miss Watkins y que su padre, más que ella misma, era el verdadero poseedor. De aquí una sobre excitación de la curiosidad pública acerca de aquel diamante, obra del hombre, y no de la Naturaleza.

Es necesario hacer observar aquí que nada se había traslucido aún sobre el origen artificial del diamante en cuestión. Por una parte, los mineros de Griqualandia no habían sido tan indiscretos para divulgar un secreto que

podría atraer su inmediata ruina. Por la otra, Cyprien, no queriendo confiar nada a la casualidad, no había dicho una palabra, y estaba decidido a no enviar su Memoria relativa a La Estrella del Sur, antes de haber comprobado su éxito por un segundo experimento. Lo que había hecho la primera vez, quería estar seguro de poderlo hacer una segunda.

La curiosidad pública estaba, pues, vivamente excitada, y John Watkins no hubiera podido decentemente rehusarse a satisfacerla, tanto más cuanto que aquélla halagaba su vanidad. Colocó, pues, La Estrella del Sur sobre un ligero lecho de algodón, en la parte superior de una pequeña columna de mármol blanco que se levantaba en medio de la chimenea de su locutorio, y todo el día se mantuvo enfrente de ella, sentado en su sillón, custodiando la incomparable joya y mostrándola al público.

James Hilton fue el primero que le hizo observar cuán imprudente era su conducta. ¿Se daba exacta cuenta de los peligros que llamaba sobre su cabeza, exhibiendo así a todos los ojos el enorme valor que encerraba bajo su techo? Hilton aconsejó se pidiese a Kimberley una guardia especial de agentes de policía, o la noche próxima podría no pasarla sin algún acontecimiento.

Mister Watkins, espantado por esta perspectiva, se apresuró a seguir el consejo de su huésped, y no respiró hasta que vio llegar, antes de la tarde, una escuadra de policía a caballo. Estos veinticinco hombres fueron alojados en las dependencias de la granja.

La afluencia de curiosos fue creciendo en los días siguientes, y la celebridad de La Estrella del Sur traspasó muy pronto los límites del distrito, para extenderse hasta las villas más lejanas. Los periódicos de la colonia consagraron artículos sobre artículos a describir sus dimensiones, forma, color y su brillo. El cable telegráfico de Durbán se encargó de transmitir estos detalles por Zanzíbar y Adén, a Europa y Asia, desde luego; después a las dos Américas y a Oceanía. Todos los fotógrafos solicitaron el honor de hacer el retrato del maravilloso diamante. Dibujantes especiales vinieron en nombre de periódicos ilustrados para reproducir la imagen. En fin, fue un acontecimiento para el mundo entero.

Se mezcló la leyenda. Circularon entre los mineros cuentos fantásticos sobre las propiedades misteriosas que se le atribuían. ¡Se decía en voz baja que una piedra negra no podía menos de «traer desgracia»! Las gentes de experiencia, meneando la cabeza, decían que quedan mejor ver esta piedra del diablo en casa de Watkins, que en la suya. En fin, las maledicciones; y también las calumnias, que son parte inherente de la celebridad, no faltaron para La Estrella del Sur, la cual naturalmente no se inquietó gran cosa.

Pero no sucedía lo mismo a John Watkins, al que estas habladurías tenían el don de exasperar. Le parecía que disminuía algún tanto el valor de la piedra,

y se resentía de ellas tanto como de ultrajes personales. Después que el gobernador de la colonia, oficiales de las guarniciones vecinas, magistrados, funcionarios, todos los cuerpos constituidos, habían llegado a rendir homenaje a su joya, veía casi un sacrilegio en los libres comentarios que se permitían expresar sobre ella.

Así es que, tanto para defenderla contra estas habladurías cuanto para satisfacer su gusto de ostentación, resolvió dar un gran banquete en honor de este querido diamante, que contaba bien pronto convertir en especies acuñadas, dijese lo que dijese Cyprien, fuese el que fuese el deseo de su hija de guardarle bajo la forma de gema.

Tal es la influencia del estómago sobre las opiniones de un gran número de hombres, que el anuncio de esta comida bastó para modificar de la noche a la mañana la opinión pública en el campo de Vandergaart.

Se les vio a las gentes que se habían mostrado más hostiles por La Estrella del Sur, cambiar súbitamente de tono, decir que, después de todo, esta piedra era inocente de la mala influencia que se le atribuía, y solicitar humildemente una invitación en casa de John Watkins.

Largo tiempo se hablará de este festín en el valle del Vaal. Este día había allí ochenta convidados sentados a la mesa, bajo una tienda levantada en uno de los lados del locutorio, cuyo muro había sido derribado para esta solemnidad. Un barón real o asado colosal compuesto de un lomo de buey ocupaba el centro de la mesa, rodeado de carneros enteros, y de muestras de todas las cazas del país. Montañas de legumbres y de frutos, toneles de cerveza y de vino, engavillados de distancia en distancia y todos abiertos, completaban la ordenanza de esta comida verdaderamente pantagruélica. La Estrella del Sur, colocada sobre su zócalo, rodeada de bujías encendidas, presidía detrás de la espalda de John Watkins la fiesta popular dada en su honor.

El servicio se hacía por veinte cafres, alistados con aquel motivo, bajo la dirección de Matakít, que se había ofrecido para mandados, con el permiso de su amo.

Estaban, además de la brigada de policía, a quien míster Watkins daba de este modo las gracias por su vigilancia, todos los principales personajes del campo y de las cercanías, Mathys Pretorius, Nathan, James Hilton, Annibal Pantalacci, Friedel, Thomas Steel y otros cincuenta. Hasta los animales de la granja, bueyes, perros, y sobre todo los avestruces de miss Watkins, tomaban parte en la fiesta, viniendo a mendigar algunos restos del festín. Alice, colocada enfrente de su padre en la extremidad de la mesa, haciendo los honores de su gracia acostumbrada, pero no sin profundo disgusto interior, por más que comprendía el motivo de su abstención: ni Cyprien Méré ni Jacobus

Vandergaart asistían a esta comida.

El joven ingeniero había procurado evitar en todo lo posible la sociedad de Friedel, Pantalacci y sus consortes. Además, después del descubrimiento, conocía sus intenciones poco caritativas en cuanto a él, y aun sus amenazas respecto al descubrimiento de esta fabricación artificial, que podía arruinarles por completo. Se había, pues, abstenido de asistir a la comida. En cuanto a Jacobus Vandergaart, acerca del que John Watkins había hecho dar activos pasos para obtener una reconciliación, había rechazado con altivez todas estas comunicaciones.

El banquete tocaba a su fin. Se había pasado con el más completo orden, fuese esto porque la presencia de miss Watkins había impuesto un decoro suficiente a los más rudos convidados, a pesar de que Mathys Pretorius hubo, como siempre, servido de blanco a las malas chanzas de Annibal Pantalacci, que hacía pasar al infortunado bóer las advertencias más terribles. ¡Un fuego artificial iba a ser echado debajo de la mesa!... ¡No se esperaba más que la retirada de miss Watkins, para condenar al hombre más grueso de la reunión a beber trago a trago doce botellas de ginebra! ¡La cuestión era la de coronar la fiesta por un gran pugilato y un comba te general de tiros!...

Pero fue interrumpido por John Watkins que, en su calidad de presidente del banquete, acababa de dar sobre la mesa con el mango de su cuchillo, para anunciar los brindis tradicionales. Reinó silencio. El anfitrión, enderezando su alta talla, apoyó sus dos pulgares sobre el borde del mantel y comenzó su brindis con voz algo embarazada, por demasiado numerosas libaciones.

Dijo que este día quedaría como un gran recuerdo en su vida de colono y minero... Después de haber pasado por las pruebas que había conocido en su juventud, verse ahora en este rico país del Griqualandia, rodeado de ochenta amigos, reunidos para festejar el diamante más grande del mundo, era una de esas alegrías que nunca se olvidan... Es verdad que el día de mañana uno de los honrados compañeros que le rodeaban podía encontrar una piedra más grande todavía... ¡Ésa era la parte picante y la poesía de la vida del minero!... (Viva aprobación) ¡Esta dicha les deseaba sinceramente a sus huéspedes!... (Sonrisas y aplausos) ¡Creía poder afirmar que esto era difícil de satisfacer y, que en su lugar no se declararía satisfecho!... Para terminar, invitó a sus huéspedes a beber por la prosperidad del Griqualandia, por la firmeza del precio en los mercados de diamantes, a despecho de toda la concurrencia cualquiera que fuese, en fin, en el dichoso viaje que La Estrella del Sur iba a emprender por las tierras para llevar al Cabo primero, a Inglaterra en seguida, el esplendor de sus rayos.

—Pero —preguntó Thomas Steel—, ¿no se correrá algún riesgo en expedir al Cabo una piedra de ese precio?

—¡Oh, irá muy bien escoltada! —afirmó míster Watkins—. Bastantes diamantes han viajado en estas condiciones y llegado a buen puerto.

—Incluso el de Durieux de Sancy —recordó Alice—; aunque sin la abnegación de su criado...

—¡Eh! ¿Qué le pasó de extraordinario? preguntó James Hilton.

—He aquí la anécdota —respondió Alice sin hacerse rogar.

»El señor Sancy era un gentil hombre francés de la corte de Enrique III. Poseía un famoso diamante, hoy día llamado con su nombre. Este diamante, entre paréntesis, había ya pasado numerosas aventuras. Había pertenecido especialmente a Carlos el Temerario, que lo llevaba encima cuando fue muerto bajo los muros de Nancy. Un soldado suizo encontró la piedra sobre el cadáver del duque de Borgoña y la vendió en un florín a un pobre sacerdote, que la cedió por cinco o seis a un judío. En la época en que estaba entre las manos del señor de Sancy, el Tesoro real se encontró en gran apuro, y Sancy consintió en empeñar el diamante para entregar su valor al rey. El prestamista se encontraba en Metz. Fue, pues, necesario confiar la joya a un servidor, a fin de que la llevase.

»—¿No teméis que este hombre haya huido a Alemania? —dijeron al señor de Sancy.

»—Estoy seguro de él —respondió.

»Pese a esta seguridad, ni el hombre ni el diamante llegaron a Metz, Así que la corte se burlaba del señor de Sancy con chistes y bromas de mala ley.

»—Estoy seguro de mi criado —repetía—. Es necesario que haya sido asesinado.

»En efecto; su cadáver acabó por ser encontrado en la zanja de un camino.

»¡Abridle! —dijo el señor de Sancy—. El diamante debe estar en su estómago.

»Se obró como mandaba, y la afirmación se encontró justificada. El humilde héroe, del que la historia no ha guardado el nombre había sido fiel hasta en la muerte, al deber y al honor, “borrando por el brillo de su acción —ha dicho un antiguo cronista—, el brillo y el valor de la joya que llevaba”.

—Mucho me sorprendería —agregó Alice, terminando su historia—, si el caso lo requiere, que La Estrella del Sur no inspire una abnegación parecida durante su viaje.

Una aclamación unánime saludó estas palabras de Alice: ochenta brazos levantaron un número igual de vasos, y todos los ojos se volvieron instintivamente hacia la chimenea para rendir un homenaje efectivo a la

incomparable gema.

¡Pero la Estrella del Sur no estaba ya sobre el zócalo en donde hacía un momento centelleaba detrás de John Watkins!

El asombro de estas ochenta caras era tan manifiesto, que el anfitrión se volvió en el momento para ver la causa.

Apenas lo hubo notado, cuando se le vio hundirse sobre su sillón como si le hubiera herido un rayo.

Apresuráronse a ponerse a su alrededor, se le quitó la corbata, se le echó agua por el rostro. Volvió por fin de su anonadamiento.

—¡El diamante!... —gritó con voz de trueno—. ¡El diamante!... ¿Quién me ha cogido el diamante?

—¡Señores, de aquí nadie sale! —hizo saber el jefe de la brigada de policía, haciendo ocupar las salidas de la sala.

Todos los convidados se miraban con estupor, o se cambiaban sus impresiones en voz baja. No había cinco minutos que la mayoría de ellos había, o por lo menos pensaban, haber visto el diamante. Pero era preciso rendirse ante la evidencia: el diamante había desaparecido.

—Pido que todas las personas presentes sean registradas antes de salir —propuso con su franqueza habitual Thomas Steel.

—¡Sí, sí!... —confirmó la concurrencia con una voz que fue en realidad unánime.

Esta determinación pareció dar algunas esperanzas a John Watkins. El oficial de policía empezó por colocar a todos los convidados en uno de los lados de la sala, y por someterse él mismo a la operación solicitada. Sacó sus bolsillos, quitó sus zapatos, hizo tentar sus vestidos a quien quiso hacerla. Después procedía a un examen análogo sobre la persona de cada uno de los hombres. En fin, los convidados desfilaron uno a uno delante de él, y fueron sucesivamente sometidos a un registro minucioso.

Estas investigaciones no dieron el menor resultado.

Todos los ángulos y rincones de la sala del banquete fueron entonces pasados en revista con el mayor cuidado. No se encontró la menor huella del diamante.

—Quedan los cafres encargados del servicio —advirtió el oficial de policía, que no quería darse por vencido.

—¡Cierto! —dijeron todos—. ¡Ellos serán! ¡Los cafres! ¡Son bastantes ladrones para haber dado el golpe!

Los pobres diablos habían salido un poco antes del brindis de John Watkins, en el momento en que no había ya necesidad de su cargo. Estaban fuera, agrupados alrededor de un gran fuego encendido al aire libre, y después de haber hecho honor a los manjares que quedaban del festín, preludiaron un concierto de su gusto, al estilo de la Cafrería. Guitarras compuestas de una calabaza, flautas en las que se sopla con la nariz, platillos sonoros de todas variedades, comenzaban ya esta cacofonía ensordecedora, que precede a grandes manifestaciones musicales de los indígenas del Sur de África.

Estos cafres no sabían exactamente lo que se quería de ellos, cuando se les hizo entrar para registrarles hasta en sus escasos vestidos. Comprendieron solamente que se trataba del robo del diamante de gran precio.

Como las averiguaciones precedentes, éstas no fueron útiles y fructuosas.

—Si el ladrón se encuentra entre los cafres, debe haber tenido diez veces tiempo de poner su robo en Jugar seguro —advirtió muy justamente uno de los convidados.

—Es evidente —dijo el oficial de policía—, y no hay otro medio de hacerle denunciarse, que el de dirigirse a un adivino de su raza. Este expediente a veces tiene buen resultado...

—Si me permitís —terció entonces Matakít, que se encontraba aun con sus compañeros—, puedo probar la experiencia.

Este ofrecimiento fue bien pronto aceptado, y los convidados se colocaron alrededor de los cafres: después Matakít, acostumbrado a este papel de adivino, se preparó a comenzar su información.

Ante todo, empezó por aspirar dos o tres tomas de tabaco, sacado de una tabaquera de cuerno que no abandonaba nunca.

—¡Vaya proceder a la prueba de las varitas! —dijo, después de esta operación preliminar.

Fue a buscar en un zarzal veinte varitas, que cortó de igual largo, o sea doce pulgadas inglesas, distribuyéndolas entre los cafres, formados en línea, después de haber tomado una para sí.

—Vais a retiraros durante un cuarto de hora —dijo con tono solemne a sus compañeros y no vengáis hasta que oigáis tocar los platillos. Si el ladrón se encuentra entre vosotros, su varita habrá alargado tres dedos.

Los cafres se dispersaron, visiblemente muy impresionados por este pequeño discurso, sabiendo bien que con los procedimientos de la justicia del Griqualandia estaban pronto cogidos, y, sin tener tiempo de defenderse, todavía más pronto ahorcados.

En cuanto a los convidados, que habían seguido con interés los detalles de este aparato, se apresuraron, naturalmente, a comentar cada uno en sentido diverso.

—El ladrón se guardará de volver si se encuentra entre esos hombres — aseguraba uno.

—Pues bien, eso mismo le designará —contestó otro.

—¡Bah! Será más listo que Matakít y se contentará con cortar tres dedos de su varita, a fin de conjurar en absoluto el alargamiento que teme.

—Esto es probablemente lo que espera el adivino, y este torpe acortamiento bastará para denunciar al culpable.

Cuando al fin los quince minutos hubieron pasado, Matakít, golpeando bruscamente los platillos, llamó a sus sometidos.

Vinieron todos, hasta el último, se formaron delante de él y dejaron sus varitas.

Matakít las tomó, formó con ellas un haz, y las encontró perfectamente iguales. Iba, pues, a colocarlas a un lado y declarar la prueba concluyente para el honor de sus compañeros, cuando se detuvo y midió las varitas que acababan de traerle, comparándolas con la que se había guardado.

¡Todas eran tres dedos más cortas!

Los pobres diablos habían juzgado prudente tomar esta precaución en contra de una prolongación que, en sus ideas supersticiosas, podía muy bien producirse. Eso no indicaba precisamente en ellos la conciencia perfectamente pura, y sin duda habían todos robado algún diamante en la jornada.

Una carcajada general acogió la comprobación de este resultado inesperado. Matakít, bajando los ojos, parecía hallarse completamente humillado por haber empleado un medio cuya eficacia le había sido demostrada a menudo en su kraal, pero que resultaba tan inútil en la vida civilizada.

—¡Señor, no nos queda más que reconocer nuestra impotencia! —declaró entonces el oficial de policía saludando a John Watkins, que había quedado en su sillón sumido en la desesperación—. Quizá seamos mañana más felices, prometiendo una fuerte recompensa al que nos pueda poner sobre la pista del ladrón.

—¡El ladrón! —saltó en aquel momento Annibal Pantalacci—. ¿Y por qué no ha de serlo el mismo que se ha encargado de juzgar a sus compañeros?

—¿Qué queréis decir? —preguntó el oficial de policía.

—Pues, ¡ese Matakit, que, representando el papel de adivino ha esperado alejar de sí las sospechas!

Si en ese momento se hubiese puesto atención en él, se hubiera podido ver a Matakit hacer un gesto singular, irse con presteza de la sala y ganar al momento el camino de su choza.

—Sí —continuó el napolitano—. Estaba con los compañeros que han hecho el servicio durante la comida... ¡Es un pícaro, un embustero, en quien monsieur Méré ha puesto su afecto, sin razón alguna!

—¡Matakit es honrado, respondo por él! —terció miss Watkins tomando la defensa del servidor de Cyprien.

—¿Y qué sabes tú? —rebatió John Watkins—. Si... ¡Es capaz de haber puesto la mano sobre La Estrella del Sur!

—No puede estar lejos —determinó entonces el oficial de policía—. En un instante le tendremos cogido. Si el diamante está en su poder, recibirá entonces tantos latigazos como quilates pesa, y si no muere de eso, será colgado después del cuatrocientos treinta y dos...

Miss Watkins temblaba de terror. Todas aquellas gentes brutales y medio salvajes, acababan de aplaudir la abominable sentencia del oficial de policía.

Momentos después, míster Watkins y sus huéspedes se hallaban ante la casa de Matakit, cuya puerta fue derribada. Matakit no estaba allí en vano se buscó al cafre durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente no había vuelto y fue necesario admitir que el negro había abandonado el Vandergaart Kopje.

XII.

En pos de Matakit

Cuando Cyprien Méré se enteró al día siguiente de lo que había pasado la noche anterior en la comida, su primer propósito fue protestar contra la grave acusación de que era objeto su criado. No podía admitir que Matakit fuese el autor de semejante robo. Más bien hubiera sospechado de Annibal Pantalacci, Herr Friedel, Nathan u otro cualquiera, que le inspiraban escasísima confianza.

Cyprien se repetía una y otra vez:

—Es imposible que sea Matakit.

Pero entonces se presentaban a su memoria algunas dudas a propósito de

ciertos latrocinios de que el cafre se había hecho culpable varias veces, aun estando a su servicio. A pesar de todas las amonestaciones de su amo, éste, obedeciendo a su naturaleza, muy elástica en la cuestión de lo propio y lo de los demás, no había podido jamás desprenderse de estos reprobables hábitos.

El ingeniero aguardó en vano durante toda la mañana que Matakít apareciese, no queriendo convencerse de la culpabilidad de su servidor; pero el servidor no volvió. Pudo comprobar igualmente, que el saco que contenía sus economías, varios objetos o útiles necesarios al hombre que va a penetrar en las regiones casi desiertas del África austral, había desaparecido de la cabaña. La duda era imposible.

A cosa de las diez, el joven ingeniero, mucho más apesadumbrado de la conducta de Matakít que por la pérdida del diamante, se dirigió a la granja de John Watkins.

Allí encontró en magna conferencia al granjero, Annibal Pantalacci, James Hilton y Friedel. En el momento en que se presentó, Alice, que le había visto venir, entraba también en la sala en que su padre y sus asiduos comensales, discutían con estrépito sobre el partido que había que tomar para recobrar el diamante robado.

—¡Que se persiga a Matakít! —bramaba John Watkins en el colmo del furor—. Que se apoderen de él, y si no le encuentran el diamante, que le abran el vientre para ver si se lo ha tragado. ¡Ah, hija mía, qué bien has hecho en contar ayer aquella historia!... ¡Se le registrará hasta en las entrañas a ese bribón!

—Pero —intervino Cyprien con un tono bromista que no agradó mucho al granjero para tragarse una piedra de ese tamaño, es preciso que Matakít tuviese un estómago de avestruz.

—¿Acaso el estómago de un cafre no es capaz de todo, monsieur Méré? —replicó John Watkins—. ¿O encontraréis conveniente reír en este momento y con este motivo?

—Yo no río, míster Watkins —respondió muy seriamente Cyprien—. Pero si siento la pérdida de ese diamante, es únicamente porque me habíais permitido ofrecérselo a vuestra hija.

—A lo que os estoy tan reconocida, monsieur Cyprien —dijo miss Watkins—, como si lo tuviese aún en mi poder.

—¡He aquí la cabeza de las mujeres! —exclamó el granjero—. ¡Tan reconocida como si lo tuviese aún en su poder!... ¡Ese diamante que no tiene igual en el mundo!

—¡En verdad que no es lo mismo! —advirtió James Hilton.

—Seguramente que no —agregó Friedel.

—Por el contrario, es lo mismo —declaró Cyprien—, puesto que si ha fabricado ese diamante, no será difícil fabricar otro.

—¡Oh, señor ingeniero! —exclamó Pantalacci con acento lleno de amenazas—. Creo haréis perfectamente en no repetir esa experiencia... En interés del Griqualandia... y también en el vuestro.

—¿De veras, caballero? —contestó Cyprien—. Creo no tendré necesidad de vuestra autoridad para hacerla.

—¡Buena hora habéis elegido para semejantes discusiones! —terció John Watkins—. ¿Acaso monsieur Méré está seguro de salir airoso en un nuevo ensayo? Un segundo diamante que saliese de su aparato, ¿tendría el color, el peso, y por consiguiente el valor del primero? ¿Puede él mismo responder de lograr hacer otra nueva piedra, aun cuando sea de un precio muy inferior? Y aun suponiendo que la obtuviese, ¿él se atrevería a afirmar que no había entrado por mucho la casualidad?

Lo que decía John Watkins era sumamente razonable para no impresionar al joven ingeniero; por otra parte, respondía a las mil objeciones que se había hecho. Su experimento se explicaba perfectamente con los datos de la química moderna. ¿Pero no había intervenido grandemente la casualidad, en este primer éxito? Y si probaba otra vez, ¿estaba seguro de lograr su intento?

En estas condiciones, lo que importaba era atrapar al ladrón a toda costa y, lo que era más útil aún, el objeto robado.

—¿Hasta ahora no se ha encontrado ninguna huella de Matakít? —preguntó John Watkins, volviendo a lo que le interesaba, en vista de que el ingeniero no contestaba.

—Ninguna —respondió Cyprien.

—¡Ah! —exclamó m^íster Watkins—. Gustosamente entregaría quinientas, y hasta mil libras, por poderle echar la mano.

—Lo entiendo, m^íster Watkins —dijo Annibal Pantalacci—. Pero mucho me temo que no volveremos a ver ni al diamante ni a quien lo ha robado.

—¿Por qué?

—Porque una vez en marcha —explicó el napolitano— Matakít no será tan tonto que se detenga en el camino. Pasará el Limpopo, penetrará en el desierto, llegará al Zambese o hasta el lago Tanganika, hasta el país de los Bushmen, si es preciso.

Pero m^íster Watkins no era hombre que abandonara la partida bajo pretexto de ser difícil de jugar. Hubiera con gusto sacrificado toda su fortuna por volver

a entrar en posesión de aquella incomparable piedra, y a través de su abierta ventana, sus ojos impacientes y llenos de ira, se dirigían a las verdes orillas del Vaal, como si aún tuviese esperanza de percibir al fugitivo en el horizonte.

—¡No! —gritó—. Esto no puede quedarse así. Necesito mi diamante. Hay que atrapar a ese bribón. ¡Ah! Si no sufriese de la gota, no tardaría mucho en conseguirlo. ¡Yo le aseguro!...

—¡Padre mío! —exclamó Alice, procurando calmarle.

—Veamos, ¿quién se encarga de hacerlo por mí? —dijo Watkins arrojando una mirada en torno suyo—. ¿Quién se encarga de la persecución del cafre?... La recompensa será crecida; doy mi palabra.

Y como nadie respondiese, continuó:

—Señores, aquí estáis cuatro jóvenes que ambicionáis la mano de mi hija. Pues bien: atrapadme a ese hombre con mi diamante —ya decía mi diamante—, y a fe de Watkins, mi hija será de quien me lo traiga.

—¡Aceptado! —gritó James Hilton.

—¡Conformes! —declaró Friedel.

—¿Quién no querrá probar a ganar un premio tan precioso? —manifestó a su vez Annibal Pantalacci.

Alice, avergonzada, profundamente humillada al verse convertida en la apuesta de semejante partida, y esto en presencia del joven ingeniero, procuraba inútilmente ocultar su confusión.

—Miss Watkins —le dijo Cyprien Méré a media voz, inclinándose respetuosamente ante ella— si me lo permitierais.

—Le tenéis y con mis mejores deseos, monsieur Cyprien —respondió vivamente Alice.

—Entonces, estoy dispuesto a ir hasta el fin del mundo —declaró el joven ingeniero, volviéndose hacia John Watkins.

—A fe mía que podéis no estar muy lejos de lo cierto —exclamó Annibal Pantalacci—. Por lo menos creo que Matakít nos hará hacer bastante camino. Al paso que debe llevar mañana estará en Potchefstrom, y habrá llegado al alto país antes aun de que nosotros hayamos abandonado nuestras chozas.

—¿Y quién nos impide partir en el momento? —inquirió Cyprien.

—No seré yo —afirmó Pantalacci—. Pero por mi parte, no me pondré en marcha sin hacer mis preparativos. Una buena carreta con su docena de bueyes de tiro y dos caballos de silla, es lo menos que es preciso procurarse para una expedición como la que preveo. Y todo eso sólo se encuentra en Potchefstrom.

¿Hablaba seriamente el napolitano? ¿Era su objeto desanimar a sus rivales? La afirmativa hubiera sido dudosa. Pero forzoso era reconocer que tenía razón.

Sin tales medios de locomoción, sin aquellos recursos, hubiera sido una locura internarse hacia el Norte del Griqualandia.

Sin embargo, un equipaje de bueyes, Cyprien no lo ignoraba, costaba de ocho a diez mil francos por lo menos, y, por su parte, no poseía cuatro mil.

—Una idea —propuso repentinamente James Hilton, que en su calidad de africaner de origen escocés, tenía sus tendencias a la economía—, ¿por qué no asociarnos los cuatro para esta expedición? Las probabilidades de cada uno no cambiarán por eso, y los gastos podrán repartirse.

—Me parece muy bien —declaró Friedel.

—Acepto —contestó Cyprien sin titubear.

—En ese caso —advirtió Pantalacci—, habrá que convenir en que cada uno conservará su independencia, y quedará libre de abandonar a sus compañeros en el momento en que lo juzgue conveniente para capturar al fugitivo.

—Queda convenido —aceptó James Hilton.

—Nos asociamos para la compra del vagón, de los bueyes, de las provisiones; pero cada uno podrá separarse cuando crea necesario hacerla, y tanto mejor para aquel que sea el primero en conseguir lo que nos proponemos.

—Convenido —dijeron a una Cyprien Méré, Pantalacci y Friedel.

—¿Cuándo partiréis? —terció John Watkins, a quien esta combinación cuadruplicaba las probabilidades que podía tener de rescatar su diamante.

—Mañana, por la diligencia de Potchefstrom —le contestó Friedel—. No hay que pensar en llegar antes que ella.

—Convenido.

Entretanto, Alice hablaba aparte con Cyprien y le preguntaba si creía que Matakít fuese el autor de semejante robo.

—Miss Watkins —repuso el joven ingeniero—, me veo obligado a confesar que todas las presunciones están contra él, puesto que ha huido. Pero lo que me parece cierto es que el tal Annibal Pantalacci tiene todas las trazas de ser un caballero que podría decir bastante sobre la desaparición de la joya. ¡Qué rostro más patibulario! ¡Valiente asociado!... Pero, en fin, después de todo, vale más tenerle a la mano para vigilar todos sus movimientos, que dejarle obrar separadamente a su capricho...

Los tres pretendientes se despidieron de John Watkins y de su hija. Como era natural, en semejantes circunstancias, las despedidas fueron breves y se limitaron a cambiar algunos apretones de manos. ¿Qué hubieran podido decirse aquellos rivales que partían juntos y que cada uno de ellos hubiera dado al diablo a los demás?

Al entrar en su casa Cyprien encontró a Li y a Bardik.

Este joven cafre se había mostrado muy diligente desde que le tomó a su servicio. El chino y él estaban hablando en el umbral de la puerta. El ingeniero les anunció que iba a partir en compañía de Friedel, de James Hilton y de Pantalacci para perseguir a Matakít.

Los dos cambiaron entonces una mirada, una sola; después, acercándose, sin decir una palabra de lo que pensaban del fugitivo:

—Padrecito —pidieron a la vez—, llévanos contigo. Te lo rogamos.

—¿Llevaros conmigo?... ¿Y para qué?

—Para preparar tu café y tus comidas —empezó Bardik.

—Para lavar tu ropa —añadió Li.

—Y para impedir que los malvados te hagan daño —concluyeron al unísono, como si hubieran dado una consigna.

Cyprien les dirigió una mirada de reconocimiento.

—Sea —concedió—; os llevo a los dos, ya que lo deseáis. Luego marchó a despedirse de Jacobus Vandergaart, quien, sin aprobar ni desaprobado que Cyprien tomase parte en aquella expedición, le estrechó cordialmente la mano, deseándole un feliz viaje.

Cuando al otro día, seguido de sus fieles, se dirigió hacia Vandergaart para tomar la diligencia de Potchefstrom, el joven ingeniero dirigió los ojos hacia la granja Watkins, que parecía estar aún sumida en un profundo sueño.

¿Fue una ilusión? Lo cierto es que creyó ver tras de la cortina de blanca muselina de una de las ventanas, una forma ligera que, en el momento en que se alejaba, le hizo una postrera señal de despedida.

XIII.

Transvaal

En cuanto llegaron a Potchefstrom todos los viajeros, tuvieron noticia de

que un cafre, cuyas señas parecían ser las de Matakít, había pasado la víspera por aquella población. Era una feliz circunstancia para el éxito de su empresa. Sin embargo, también supieron que la persecución iba a alargarse, pues el fugitivo se había procurado allí un ligero carruaje, arrastrado por un avestruz, lo que haría más difícil alcanzarle.

Porque realmente no hay mejores andarines que estos animales, que a la vez son sufridos y rápidos. Es preciso hacer notar que los avestruces de tiro son muy raros en el mismo Griqualandia, pues no son fáciles de instruir. Por esto, ni Cyprien, ni sus compañeros pudieron procurárselo en Potchefstrom.

Con estas condiciones, Matakít podía proseguir su camino al Norte con un equipaje que hubiera podido reventar a diez caballos de posta.

No quedaba, pues, más recurso que prepararse a seguirle lo más rápidamente posible. A la verdad, el fugitivo tenía, con una gran delantera, la ventaja de una celeridad muy superior a la del medio de locomoción que sus perseguidores iban a adoptar. Pero, en fin, las fuerzas de un avestruz tienen sus límites. Matakít se vería obligado a detenerse, y tal vez a perder tiempo. En último resultado, le alcanzarían al llegar al término de su viaje.

Cyprien tuvo bien pronto ocasión de felicitarse de haber llevado consigo a Li y a Bardik, aun cuando sólo se tratase de equiparse para aquella expedición. En semejante caso no es asunto de poca importancia el escoger con discernimiento los objetos que podrán ser verdaderamente útiles. Nada puede reemplazar a la experiencia del desierto. Cyprien podía ser de primera fuerza en el cálculo diferencial e integral, pero no conocía más que muy pobres rudimentos de la vida del Veld, de la vida sobre el trek, como allí se dice. Además, sus compañeros, no tan sólo no parecían dispuestos a aconsejarle en lo más mínimo, sino que más bien procuraban inducirle a error.

Para la carreta recubierta con una tela impermeable, para las parejas de bueyes y suministro de diversas provisiones, las cosas marcharon bastante bien. El interés común exigía elegir las juiciosamente, y James Hilton desempeñó su misión a maravilla. Pero no ocurrió lo mismo con lo que se había dejado a la iniciativa individual de cada uno, a la compra de un caballo, por ejemplo. Cyprien había reparado, en el mercado, un bonito potro de tres años, lleno de fogosidad que le cedían por un precio moderado; lo había probado con silla, y encontrándolo bien amaestrado, se preparaba a entregar al tratante la suma que le pedía, cuando Bardik, llevándole aparte habló así:

—¡Cómo, padrecito! ¿Vas a comprar ese caballo?

—Por supuesto, Bardik; es el más hermoso que he encontrado por semejante precio.

—No debes tomarle, aun cuando te lo regalen —le aseguró el joven cafre

—. Ese caballo no resistiría ocho días de viaje en el Transvaal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cyprien—. ¿Pretendes acaso echarte las de adivino conmigo?

—No, padrecito; pero Bardik conoce el desierto; y te advierte que ése caballo no está salado.

—¿Qué no está salado? ¿Quieres, por ventura, hacerme comprar un arenque?

—No, padrecito; esto quiere decir que aun no ha pasado la enfermedad del Veld, que forzosamente ha de sufrir muy pronto, y de la que, si no se muere, quedará inútil.

—¡Ah! —dijo ahora seriamente Cyprien, muy sorprendido de la advertencia que le hacía su servidor—. ¿Y en qué consiste esa enfermedad?

—Es una fiebre ardiente, acompañada de tos —le explicó Bardik—. Es indispensable no comprar caballos que no la hayan padecido, lo que se conoce fácilmente por su aspecto, porque es muy raro que vuelva a atacar a los que la han tenido ya una vez.

Ante semejante eventualidad no había que vacilar. Cyprien suspendió inmediatamente su negociación, y procuró informarse. Todo el mundo confirmó lo dicho por Bardik. Era un hecho tan notorio en el país, que ya ni aun de ello se hablaba.

Puesto de esta manera en guardia contra su inexperiencia, el joven ingeniero se volvió más prudente y se aconsejó de un veterinario de Potchefstrom. Gracias a la intervención de este especialista, le fue posible procurarse en algunas horas la montura que necesitaba para este género de viaje. Era un— viejo caballo gris, que sólo tenía la piel y los huesos y no poseía más que una pequeña fracción de la cola. Pero bastaba mirarle para asegurarse que por lo menos había estado salado, y aunque tenía un trote algo duro, valía mucho más de lo que prometía su estampa. «Templar» —éste era su nombre— gozaba en el país de una verdadera reputación como caballo de fatigas, y cuando Bardik, a quien se reconoció el derecho de ser consultado, le vio, se declaró plenamente satisfecho.

En cuanto a él, debía especialmente dedicarse a la dirección de la carreta y de los bueyes, función en la que debía ser auxiliado por su camarada Li. No había, pues, que inquietarse en procurar monturas ni al uno ni al otro, lo que Cyprien no hubiera podido hacer, dado el excesivo precio que hubo de desembolsar para la adquisición de su propio caballo.

La cuestión de armas no resultó menos delicada. Cyprien había escogido sus fusiles, un excelente rifle del sistema Martini Henry, y una carabina

Remington, que no brillaba por su elegancia, pero que era muy segura y se cargaba rápidamente. Pero lo que jamás hubiera hecho, si el chino no se indicaba, era el proveerse de cierto número de cartuchos de bala explosiva. También había creído llevar suficientes municiones con quinientas o seiscientas cargas de pólvora y plomo, y quedó muy sorprendido al saber que el mínimo exigido por la prudencia en este país de fieras y de indígenas no menos temibles, era el de cuatro mil tiros por fusil.

Cyprien debió también proveerse de dos revólveres de bala explosiva, y completó su armamento con la compra de un soberbio cuchillo de caza, que figuraba desde hacía cinco años antes en el escaparate del armero de Potchefstrom. Li fue quien le aconsejó esta adquisición, asegurándole que nada le sería más útil que ese cuchillo. Por otra parte, el cuidado que él mismo se tomó de limpiarle el filo y pulimento de aquella hoja corta y ancha, bastante semejante al sable-bayoneta de la infantería francesa, demostraba su confianza que compartía con todos los hombres de su raza.

La famosa caja roja acompañaba también al prudente chino Li. Colocó al lado de una multitud de cajas y de ingredientes misteriosos, unos sesenta metros de cuerda delgada y elástica, pero fuertemente trenzada, que los marinos llaman sedal, y preguntándose qué pensaba hacer con ella:

—¿No hay que tender la ropa en el desierto como en cualquiera otra parte?
—contestó evasivamente.

En doce horas quedaron terminadas todas las compras. Telas impermeables, cubiertas de lana, utensilios de cocina, abundantes provisiones de —boca en cajas soldadas, y jugos, cadenas, correas de repuesto, constituían a la trasera del vagón el fondo del almacén general. La delantera, rellena de paja, debía servir de lecho y de abrigo para Cyprien y sus compañeros de viaje. James Hilton había cumplido perfectamente su cometido y escogido convenientemente todo lo que podía ser necesario a la asociación. Estaba muy ufano con su experiencia de colono. Así es que, para mostrar superioridad más bien que por espíritu de compañerismo, hubiera llegado hasta iniciar a sus camaradas en todos los usos del Veld. Pero Annibal Pantalacci no dejaba de intervenir a tiempo, cortándole la palabra.

—¿Qué necesidad tenéis de hacer participar de vuestro conocimientos al Frenchman? —le preguntaba luego a media voz—. ¿Tenéis mucho interés en que gane el premio de la carrera? En vuestro lugar, guardaría pata mí lo que supiese, y no diría una palabra.

Y James Hilton, mirando al napolitano con una admiración sincera, respondía:

—Es muy cierto lo que me decís... muy cierto. He aquí una idea que no se

me hubiera ocurrido.

Cyprien no dejó de advertir realmente a Friedel de lo que había sabido respecto a los caballos del país; pero tropezó con una suficiencia y una terquedad sin límites. El alemán no quería oír nada, y pretendía obrar a su antojo; compró, pues, el caballo más joven y más fogoso que pudo encontrar, el mismo que Cyprien había rechazado, y se preocupó sobre todo en abastecerse de aparatos de pesca, bajo pretexto de que bien pronto estarían hartos de caza.

Por fin, terminados todos los preparativos, pusiéronse en camino con el orden que vamos a indicar.

La carreta, tirada por doce bueyes rojos y negros, avanzaba, desde luego, bajo la alta dirección de Bardik, que tan pronto marchaba junto a las robustas bestias con su aguijón en la mano, como saltaba a la delantera de la carreta para tomar algún descanso. Los cuatro caballeros marchaban de frente a retaguardia. Salvo los casos en que creyesen conveniente separarse para tirar a una perdiz o practicar un reconocimiento, tal debía ser por muchos días el orden casi inmutable que había de seguir la caravana.

Después de una rápida deliberación, se convino en dirigirse en línea recta hacia las fuentes de Limpopo. Todas las averiguaciones practicadas tendían a demostrar que Matakít había seguido este camino, En efecto no podía tomar otro si su intención era alejarse con la mayor premura de las posesiones británicas. La ventaja que el cafre tenía sobre los que le perseguían, estaba a la vez en su perfecto conocimiento del país y en la ligereza de su equipaje. Por una parte, sabía indudablemente a dónde iba, y tomaba el camino más corto; por otra, estaba seguro, gracias a sus relaciones en el Norte, de encontrar por doquiera ayuda, protección, alimento y abrigo hasta auxiliares de ser necesario. ¿Y podía asegurarse que no se aprovecharía de su influencia sobre los naturales para volverse contra los que le iban a los alcances y hasta hacerles atacar a mano armada? Cyprien y sus compañeros comprendían cada vez más la necesidad de marchar reunidos y sostenerse mutuamente en esta expedición si querían que alguno de ellos recogiese el fruto. El Transvaal, que iba a ser atravesado de Sur a Norte, es la vasta región del África meridional (por lo menos de treinta mil hectáreas), cuya superficie se extiende entre el Vaal y el Limpopo, al oeste de los montes Drakemberg, de la colonia inglesa de Natal, el país de los zulús y las posesiones portuguesas.

Completamente colonizado por los bóers, los antiguos ciudadanos holandeses del Cabo, que han sembrado, en quince o veinte años, una población agrícola de más de cien mil blancos, el Transvaal ha excitado naturalmente la codicia de Gran Bretaña, que le anexionó en 1877 a sus posesiones del Cabo.

Pero las constantes revueltas de los bóers, quienes se obstinan en ser independientes, hacen aún dudosa la suerte de esta bella comarca.

Es una de las más risueñas y más fértiles de África, y también de las más saludables, y esto explica, sin justificarla, la atracción que ejerce sobre sus temibles vecinos. Las minas de oro que acaban de ser descubiertas no han dejado de ejercer su influencia sobre la acción política de Inglaterra con respecto al Transvaal.

Desde el punto de vista geográfico, se la divide generalmente en tres regiones principales: el alto país, u Hooge Veld, el país de las colinas, o Banken Veld, y el país de los matorrales, o Bush Veld.

El alto país es el más meridional. Está formado por las cadenas de montañas que se separan del Drakemberg hacia el Oestey el Sur. Es el distrito minero del Transvaal, en que el clima es frío y seco como en el Oberland.

El Banken Veld es precisamente el distrito agrícola.

Extendiéndose al Norte del primero, abriga en sus profundos valles regados por cursos de agua y sombreados por árboles siempre verdes; la mayor parte de la población es holandesa.

En fin, el Bush Veld, o país de los matorrales, y por excelencia el país de la caza, se extiende en grandes llanuras hasta las márgenes del río Limpopo al Norte, prolongándose hasta el país de los cafres Betchuanas, hacia el Oeste.

Partidos de Potchefstrom, que está situado en el Banken Veld, los viajeros tenían que recorrer, primero en diagonal, la mayor parte de esta región antes de tocar el Bush Veld, y de allí, más al Norte, las orillas del Limpopo.

Esta primera parte del Transvaal fue naturalmente la más fácil de franquear. Aún se hallaban en un país medio civilizado. Los más grandes accidentes se redujeron a una rueda atollada y un buey enfermo. Los patos salvajes, las perdices, los corzos abundaban sobre el camino, y proporcionaban diariamente los elementos del almuerzo o de la comida. La noche se pasaba habitualmente en alguna granja, cuyos habitantes, aislados del resto del mundo durante tres cuartas partes del año, acogían con sincera alegría a los huéspedes que les llegaban.

En todo lugar los pobladores bóers resultaban los mismos, hospitalarios, obsequiosos, desinteresados. La etiqueta del país exige que se les ofrezca una remuneración por el abrigo que dan a los hombres y a las bestias en viaje; pero esta remuneración la rehúsan casi siempre, y aun insisten, a la partida, para que se acepten harina, naranjas y albérchigos secos. Por poco que se les entregue a cambio, un objeto cualquiera de equipo o de caza, un látigo, una barbada, un frasco de pólvora, se les ve encantados, por mínimo que sea su

valor.

Estas buenas gentes llevan, en sus vastas soledades, una existencia dulce y tranquila; viven sin esfuerzo ellos y sus familias, de los productos que les rinden sus rebaños, y cultivan, con ayuda de hotentotes o cafres, la tierra necesaria para conseguir una provisión suficiente de granos y de legumbres.

Sus casas están simplemente construidas de tierra y cubiertas de un espeso cañizo. Cuando la lluvia ha abierto brecha en los muros, lo que sucede con bastante frecuencia, el remedio está bajo la mano. Toda la familia se dedica a moler arcilla, de la que se prepara un gran montón; después, jóvenes y muchachas, tomándola a puñados, hacen caer, sobre la brecha una verdadera lluvia de proyectiles que la obstruye rápidamente.

En el interior de estas habitaciones apenas se ven muebles; escabeles de madera, mesas groseras, lechos para las personas mayores; los niños se contentan con acostarse sobre pieles de carnero.

Y sin embargo, el arte ocupa su sitio en estas existencias primitivas. Casi todos los bóers son músicos, tocan el violín o la flauta, son aficionadísimos por el baile, y no conocen ni los obstáculos ni las fatigas cuando se trata de reunirse, a veces en un radio de veinte leguas, para divertirse con su pasatiempo favorito.

Sus hijas son modestas, y a menudo muy bellas con sus sencillas galas de paisanas holandesas. Se casan jóvenes, llevan únicamente en dote a su prometido una docena de bueyes o de cabras, una carreta, o alguna otra riqueza de este género: El marido cuida de construir la casa, de desmontar varias fanegas de tierra en los alrededores, y ya está establecido el menaje.

Los bóers mueren a edad muy avanzada, y en ninguna parte del mundo se cuentan los centenarios en tan gran número.

Un fenómeno singular, no explicado aún, es la obesidad que invade desde la edad madura a todos ellos, y que alcanza proporciones extraordinarias.

Son de estatura muy alta, y este carácter se encuentra lo mismo en los colonos de origen francés o alemán, que en los de pura raza holandesa.

El viaje proseguía sin incidentes. Era raro que la expedición no encontrase en la granja donde se detenía cada noche, noticias de Matakít. Por todas partes le habían visto pasar rápidamente, arrastrado por su avestruz, primero con dos o tres días de delantera, luego con cinco o seis, más tarde con siete u ocho. Evidentemente, se estaba sobre la pista; pero más evidente aún, ganaba camino sobre los que marchaban en su persecución.

Todos los perseguidores tenían la seguridad de alcanzarle. El fugitivo concluiría por detenerse en alguna parte. Su captura sólo era cuestión de

tiempo. Por lo tanto, Cyprien y sus compañeros no se daban malos ratos; comenzaron poco a poco a entregarse a sus placeres favoritos. El joven ingeniero recogía ejemplares de rocas. Friedel herborizaba, y pretendía reconocer, tan sólo por sus caracteres exteriores, las propiedades de las plantas que coleccionaba. Annibal Pantalacci molestaba constantemente a Bardik y a Li, y se hacía perdonar sus jugarretas confeccionando en las paradas, platos de macarrones deliciosos. James Hilton se encargaba de proveer de caza a la caravana; no pasaba medio día sin matar su docena de perdices, codornices en abundancia, a veces un jabalí o un antílope.

Etapa sobre etapa, se llegó al Bush Veld.

Bien pronto las granjas fueron siendo más raras, y concluyeron por desaparecer. Se encontraban en los confines de la civilización.

A partir de este punto, fue menester acampar todas las noches, encender grandes fuegos en torno de los cuales, hombres y bestias se establecían para dormir, no sin hacer buena guardia en los alrededores.

El paisaje iba volviéndose cada vez más salvaje.

Llanuras de arena amarilla, matorrales de arbustos espinosos, de cuando en cuando un arroyo rodeado de pantanos, sucedían a los verdes valles de Banken Veld. A veces también había necesidad de dar un rodeo para evitar un verdadero bosque de thorn-trees, o árboles de espinas, arbustos de tres a cinco metros de altura, con muchas ramas casi horizontales y armadas todas de púas de dos a cuatro pulgadas de longitud, duras y aceradas como puñales.

Esta zona exterior del Bush Veld, que toma más generalmente el nombre de Lion Veld o Veld de los Leones, no parecía justificar esta terrible nombradía, porque después de tres días de viaje no se había visto aún ninguna de estas fieras.

—Esto es sin duda una tradición —decía Cyprien—, y los leones habrán retrocedido hacia el desierto.

Pero al emitir esta opinión ante James Hilton, éste se echó a reír:

—¿Creéis que no hay leones? Eso depende de que no sabéis verlos.

—¡Vaya! —repuso Cyprien, irónicamente—. ¡No ver un león en una llanura desnuda!

—Os apuesto diez libras —le replicó James Hilton—, a que antes de una hora os enseño alguno en que no hayáis reparado.

—Nunca apuesto, por principio —contestó Méré—, pero tendré mucho gusto en comprobar vuestra afirmación.

Caminaron durante veinticinco o treinta minutos, y nadie pensaba ya en los

leones, cuando James Hilton exclamó:

—¡Señor, mirad aquel nido de hormigas que se eleva a la derecha!

—¡Vaya una novedad! —dijo Friedel—. Hace dos o tres días que no vemos otra cosa.

En efecto, nada más frecuente en el Bush Veld que esos grandes montones de tierra amarilla levantados por innumerables hormigas, y que con algunos matorrales o algún grupo de mimosas enfermas, cortan de trecho en trecho la monotonía de las llanuras.

—Monsieur Méré —dijo a éste—; si queréis acercaros a aquel nido de hormigas que os señalo con el dedo, os aseguro que veréis lo que tanto deseáis. Sin embargo, no os acerquéis demasiado, pues podríais pasarlo mal.

Cyprien salió al galope, y se dirigió hacia el punto que James Hilton había llamado un hormiguero.

Allí está acampada una familia de leones —agregó el que antes hablara, así que se alejó Cyprien—. Por cada diez de esos montones amarillentos que tomáis por nidos de hormigas, uno por lo menos se encuentra en el mismo caso.

—¡Per Baco! —exclamó Pantalacci—. ¡Razón teníais en aconsejarle que no se acercase demasiado!

Pero apercibiéndose de que Bardik y Li le estaban escuchando, continuó dando otra dirección a su pensamiento:

—El Frenchman pasará un susto regular, y tendremos que reír.

El napolitano se engañaba. Cyprien no era hombre a propósito para tener miedo, como decía. A doscientos pasos del lugar que le había sido indicado, reconoció el terrible nido de hormigas con que tenía que habérselas. Era un enorme león, una leona y tres leoncitos agrupados en círculo sobre el suelo, como los gatos, y que dormían apaciblemente al sol.

Al ruido de los cascos de «Templar», el león abrió los ojos, levantó la cabeza y bostezó, mostrando, entre dos filas de dientes formidables, un abismo en el cual hubiera podido desaparecer entero un niño de diez años. Después miró al caballero que se había detenido a veinte pasos de él.

Por fortuna, el feroz animal no tenía hambre, sin lo cual no se hubiera mostrado tan indiferente.

El ingeniero, con la carabina en la mano, aguardó dos o tres minutos la decisión del león; pero viendo que no se hallaba de humor de empezar las hostilidades, no se sintió con ganas de perturbar la tranquilidad de aquella interesante familia, y volviendo bridas, se dirigió despacio hacia sus

compañeros.

Éstos, obligados a reconocer su sangre fría y su bravura, le acogieron con grandes aclamaciones.

—Hubiera perdido mi apuesta, míster Hilton —manifestó tranquilamente Cyprien.

En la misma noche se llegó a la orilla derecha del Limpopo, con objeto de hacer alto. Allí Friedel se obstinó en pescar una fritada, a pesar de las advertencias de James Hilton.

—Es muy malsano, camarada —le insistió una y otra vez—. Sabed que en el Bush Veld no hay que permanecer, después de la puesta del sol, junto a los cursos de agua, ni...

—¡Bah, bah! —menospreció el alemán, con la terquedad propia de su nación.

—¿Y qué mal puede haber —terció Pantalacci— en permanecer una o dos horas a la orilla del agua? ¿No me ha ocurrido a mí pasar días enteros, mojado hasta los huesos, cuando iba a cazar ánares?

—No es lo mismo —aseguró Hilton.

—Eso son tonterías —declaró el napolitano—. Querido Hilton, mejor haríais en buscar la caja del queso rayado para mis macarrones, que en impedir a nuestro camarada que vaya a procurarnos un plato de pescado. Esto variará nuestro menú ordinario.

Friedel partió sin querer prestar oído a Hilton, y se retardó tanto, que era ya bien de noche cuando volvió al campamento. Allí, el obstinado cazador comió con apetito, hizo honor, como todos los demás, a los pescados que había cogido, pero se quejó de violentos escalofríos cuando se acostó en la carreta junto a sus camaradas.

Al día siguiente, al amanecer, cuando se levantó para la partida, Friedel era presa de una fiebre ardiente, y se vio en la imposibilidad de montar en su caballo. Pidió, sin embargo, que se pusiesen en camino, afirmando que él iría muy bien sobre la paja en el fondo de la carreta. Hízose como pedía.

Al medio día deliraba ya. A las tres había muerto.

Su enfermedad había sido una fiebre perniciosa del carácter más fulminante.

En presencia de tan súbito fin, Cyprien no pudo menos de pensar en que Annibal Pantalacci, por sus malos consejos, tenía en este acontecimiento una responsabilidad de las más graves. Pero nadie, excepto él, parecía pensar en hacer tal observación de tanta gravedad.

—Mirad si tenía razón en decir que era peligroso pasarse por las noches a la orilla del agua —se limitó a repetir filosóficamente James Hilton.

Detuviéronse algunos instantes para inhumar el cadáver, que no podían dejar a merced de las fieras.

Era el de un rival, casi el de un enemigo, y a pesar de ello, Cyprien Méré se sintió profundamente conmovido al tributarle los últimos deberes. Y es que el espectáculo de la muerte, en todas partes tan impresionante y solemne, parecía recibir del desierto una nueva majestad. Ante la Naturaleza, el hombre comprende mejor que allí está el término inevitable. Lejos de la familia, lejos de todos cuantos ama; su pensamiento vuela hacia ellos con melancolía. Recuerda que él también puede caer mañana sobre la inmensa llanura para no volver a levantarse, que él también será sepultado bajo un pie de arena, con una piedra desnuda por toda señal, y que en su última hora no tendrá por compañía, ni las lágrimas de una madre o el de una hermana, ni el sentimiento de un amigo. Y aplicando a su propia situación una parte de la piedad que le inspira la suerte de, su compañero, le parece que algo de él mismo queda enterrado en aquella fosa.

Al día siguiente de esta fúnebre ceremonia, el caballo de Friedel, que seguía amarrado a la carreta, fue atacado de la enfermedad del Veld. Fue menester abandonarle.

¡El desgraciado animal sólo había sobrevivido unas cuantas horas a su dueño!

XIV.

Por el Limpopo

Con el fin de hallar un vado para cruzar el Limpopo, perdieron tres días investigando y sondeando y aun quizá no lo hubieran descubierto, de no ser algunos cafres macalaccas que rondaban a la orilla del río y que se encargaron de guiar la expedición.

Los macalaccas son unos pobres diablos de ilotas, que la raza superior de betchuanas tiene en servidumbre, obligándoles a trabajar sin remuneración alguna, tratándolos con extremada dureza y, lo que es peor aún, prohibiéndoles, bajo pena de muerte, el comer carne. Así que estos desgraciados cafres pueden con toda libertad matar la caza que topen en su camino, pero con la condición de llevársela a sus señores y dueños. Éstos sólo les dejan las entrañas, como hacen con sus perros los cazadores blancos.

Un macalacca no tiene nada de su propiedad, ni una choza, ni una calabaza. Va casi desnudo, flaco, descarnado, llevando a guisa de banderola intestinos de búfalo que podrían tomarse desde lejos por algunas varas de budín negro. Estos intestinos son en realidad los odres en los que llevan su provisión de agua.

El genio comercial de Bardik quedó evidenciado muy pronto en el arte consumado con que supo obligarles a declarar que, pese a su miseria, poseían unas cuantas plumas de avestruz cuidadosamente ocultas en un matorral vecino. Inmediatamente éste les propuso comprarlas, y quedaron citados para reunirse por la noche.

—¿Tienes dinero que darles a cambio? —inquirió Cyprien bastante sorprendido.

Y Bardik, entonces, a grandes carcajadas, le enseñó un puñado de botones de cobre, coleccionados por él— desde dos o tres meses antes y que llevaba guardados en una bolsa de tela.

—Eso no es una moneda seria —le hizo saber Cyprien—, y yo no puedo permitir que les pagues a esas gentes con algunas docenas de botones viejos.

Pero fue imposible hacer comprender a Bardik el por qué era reprehensible su proyecto.

—Si los macalaccas aceptan mis botones a cambio de sus pl1tunas, ¿quién puede hallar nada que decir? —preguntó—. Bien sabéis que nada les ha costado recoger las plumas, ni aun tienen el derecho de poseerlas, puesto que no pueden mostrarlas sino ocultamente. Un botón, por el contrario, es un objeto útil, más útil que una pluma de avestruz. ¿Por qué, pues se me ha de prohibir ofrecer una docena, y aun dos, a cambio de un número igual de plumas?

El razonamiento era especioso, pero no por eso valía menos. Lo que el joven cafre no veía era que los macalaccas iban a aceptar sus botones de cobre, no por el uso que de ellos pudieran hacer, puesto que no gastaban vestidos, sino por el supuesto valor que atribuían a aquellos redondeles de metal tan parecidos a piezas de moneda. Había, pues, en este hecho un verdadero engaño.

Cyprien reconoció que el distingo era demasiado sutil para no ser apreciado por aquella inteligencia de salvaje, muy ampliada en materia de transacción, y le dejó, en libertad de obrar a su gusto.

Por la noche, a la luz de las antorchas, se prosiguió la operación comercial de Bardik. Los macalaccas tenían indudablemente un gran temor de ser engañados por su vendedor, porque no se contentaron con los fuegos

encendidos por los blancos, y llegaron cargados de haces de maíz, que encendieron luego de haberlos colocado en el suelo.

Estos indígenas exhibieron luego las plumas de avestruz, y se pusieron en disposición de examinar los botones de Bardik.

En aquel momento dio comienzo entre ellos, con gran esfuerzo de gesticulaciones y de gritos, un debate de los más animados sobre la naturaleza y el valor de los redondeles de metal.

Nadie entendía una palabra de lo que se decían en su rápido lenguaje; pero bastaba ver sus rostros congestionados, sus gestos elocuentes, sus grandes enfados, para estar seguro de que el debate era para ellos del más alto interés.

Más, de pronto, esta discusión tan viva fue interrumpida por una aparición inesperada.

Un negro de elevada talla, envuelto con dignidad en un deteriorado manto de algodón rojo, ceñida la frente con un diadema de intestinos de carnero, que los guerreros cafres llevan habitualmente, acababa de salir del matorral junto al que se debatía la transacción, sacudiendo fuertes golpes con el astil de su lanza sobre los pobres macalaccas, cogidos en flagrante delito de operaciones prohibidas.

—¡Lopepe!... ¡Lopepe!... —exclamaron los salvajes huyendo por todas partes como una bandada de ratones.

Pero un círculo de guerreros negros, surgiendo de repente de la espesura que rodeaba el campamento, les impidió el paso.

Lopepe hizo que le fueran entregados los botones; los consideró con atención a la luz de las antorchas de maíz y los sepultó con una satisfacción evidente en el fondo de su escarcela de cuero. Después avanzó hacia Bardik, y tomando de sus manos las plumas de avestruz que ya le habían entregado, se las apropió como había hecho con los botones.

Los blancos habían sido hasta entonces silenciosos espectadores de esta escena, y no sabían si les convendría mezclarse en ella, cuando Lopepe cortó la dificultad avanzando hacia ellos. Se detuvo a los pocos pasos, y les dirigió con imperioso tono un largo discurso, perfectamente ininteligible.

James Hilton que entendía algunas palabras de betchuana, logró comprender el sentido general de la alocución, y la tradujo a sus compañeros. El fondo de este discurso era que el jefe cafre se quejaba de que le hubieran permitido a Bardik traficar con los macalaccas, quienes no podían disfrutar de nada en propiedad; concluyendo por declarar decomisadas las mercancías de contrabando y preguntar a los blancos qué tenían que objetar.

La opinión de éstos estaba dividida respecto al partido que era preciso

tomar. Annibal Pantalacci quería que se cediera al instante, para no enemistarse con el jefe betchuana. James Hilton y Cyprien Méré, reconociendo lo que de bueno tenía este sistema, temían, al mostrarse demasiados conciliadores, excitar la arrogancia de Lopepe, y tal vez, si llevaba más lejos sus pretensiones, hacer inevitable un encuentro.

En un rápido consejo tenido a media voz, se convino en entregar los botones al jefe betchuana, pero reclamar las plumas.

James Hilton se apresuró a manifestárselo por medio de gestos y con ayuda de algunas palabras cafres.

Lopepe adoptó al principio un aire diplomático, y pareció vacilar; pero el cañón de los rifles europeos, que veía brillar en la sombra, le decidió bien pronto, y devolvió las plumas.

A partir de este momento, Lopepe, hombre muy inteligente, se mostró más tratable. Ofreció a los tres europeos, a Bardik y a Li un polvo de su inmensa tabaquera, y se sentó en el vivac. Un vaso de brandy, ofrecido por el napolitano acabó por ponerle de buen humor, y cuando se levantó, después de una sesión de hora y media, que se pasó por una y otra parte en un silencio casi completo, invitó a la caravana a devolverle la visita, en su kraal al siguiente día.

Prometiéronlo así, y luego de cambiar algunos apretones de manos, Lopepe se retiró majestuosamente.

Poco tiempo después de su partida, todo el mundo estaba acostado, a excepción de Cyprien, que soñaba contemplando las estrellas, luego de haberse envuelto en su manta. Hacía una noche sin luna, pero brillante de astros. El fuego se había extinguido, sin que el joven ingeniero se apercibiese de ello.

Pensaba en su familia, que no podía imaginarse en aquel momento que una aventura semejante le hubiese arrojado al África austral, en pleno desierto; en la encantadora Alice, que tal vez como él contemplaba entonces las estrellas; en fin, en todos los seres que le eran queridos.

Y dejándose arrastrar por la dulce meditación que poetizaba el gran silencio de la llanura, iba a quedarse aletargado, cuando un pataleo, una agitación singular, procedente del sitio en que estaban apriscados los bueyes para pasar la noche, le despertaron e hicieron levantarse.

Cyprien creyó distinguir entre la sombra una forma más baja, más recogida que la de los bueyes, y que sin duda era la que causaba esta agitación.

Sin darse cuenta de lo que podía ser, Cyprien agarró el látigo que se hallaba al alcance de su mano, y se dirigió prudentemente hacia el aprisco de

las bestias... No se había engañado. Allí, entre los bueyes, había un animal que turbaba su sueño.

Medio dormido, y antes de haber reflexionado lo que hada, Cyprien levantó el látigo y, al azar, aplicó un fuerte golpe en el hocico del intruso.

Un rugido espantoso respondió de repente a este ataque.

¡Era un león a quien el joven ingeniero acababa de tratar como a un falderillo!

Pero apenas tuvo tiempo de echar mano de uno de los revólveres que llevaba a la cintura y dar un brinco de costado, cuando el león, después de haber saltado sin tocarle, se precipitó de nuevo sobre su brazo extendido.

Cyprien Méré sintió desgarradas sus carnes por aceradas uñas, y rodó por el polvo con la terrible fiera. Se oyó una detonación; el cuerpo del león se agitó en una convulsión suprema, y volvió a caer, quedando rígido e inmóvil.

Con la mano que le quedaba libre, Cyprien, sin perder nada de su sangre fría, había aplicado su revólver a la oreja de la fiera, y una bala explosiva acababa de destrozarle la cabeza.

Entre tanto, los que dormían, despertados por el rugido, seguido de una detonación, llegaban a toda prisa al lugar de la lucha. Retiraron a Cyprien, medio aplastado bajo el peso de la enorme bestia, y examinaron todas sus heridas, que por fortuna sólo eran superficiales. Le las vendó simplemente con algunas telas mojadas en brandy, le reservaron el mejor sitio en el fondo de la carreta, y bien pronto todo el mundo volvió a dormirse bajo la guardia de Bardik, que quiso velar hasta la madrugada.

Apenas amaneció, cuando la voz de James Hilton, suplicándoles a sus compañeros que viniesen en su ayuda, les anunció un nuevo accidente. James Hilton se hallaba acostado vestido en la delantera de la carreta, a través de la baca, y hablaba con el acento del más vivo espanto, sin atreverse a hacer un movimiento.

—Tengo una serpiente enroscada en torno a mi rodilla derecha, bajo el pantalón —hizo saber—. ¡No os mováis, o estoy perdido! Sin embargo, ved lo que es posible hacer.

Sus ojos parecían dilatados por el terror. Su rostro, cubierto de una lívida palidez. Al nivel de su rodilla derecha se distinguía, bajo la tela azul de su vestido, la presencia de un cuerpo extraño, una especie de cable arrollado a su pierna.

El momento era grave. Como decía muy bien James Hilton, al primer movimiento que hiciera, la serpiente no dejaría de morderle.

Pero entre la ansiedad e indecisión general, Bardik se encargó de obrar. Después de desenvainar sin ruido el cuchillo de caza de su amo, se acercó a James Hilton con un movimiento casi insensible, y en cierto modo vermicular. Colocando luego sus ojos casi al nivel de la serpiente, pareció durante algunos segundos, estudiar con cuidado la posición del peligroso reptil. Sin duda procuraba conocer la posición de su cabeza.

De repente, con un rápido movimiento se levantó, su brazo descendió vivamente, y el acero del cuchillo mordió, con un golpe seco, la rodilla de James Hilton.

—Ya podéis soltar la serpiente. ¡Está muerta!... —afirmó Bardik mostrando su dentadura en una amplia sonrisa.

James Hilton obedeció maquinalmente, y sacudió la pierna... El reptil cayó a sus pies.

Era una víbora de cabeza negra, apenas del diámetro de una pulgada, pero cuya mordedura habría bastado para causar la muerte. El joven cafre la había decapitado con una precisión maravillosa. El pantalón de James Hilton no mostraba sino una cortadura de seis centímetros apenas, y su epidermis no había sido ni aun rozada.

¡Cosa singular, y que sublevó profundamente a Cyprien Méré! James Hilton no pensó siquiera en dar las gracias a su salvador; al encontrarse libre de todo peligro, consideraba su intervención como muy natural.

Ni menos pensó en estrechar la negra mano de un cafre y decide: que le debía la vida.

—¡Bien afilado está tu cuchillo! —comentó solamente, mientras Bardik volvía a envainarle, sin parecer tampoco dar gran importancia a lo que acababa de hacer.

El almuerzo disipó bien pronto las impresiones de tan agitada noche.

Este día se componía de un solo huevo de avestruz frito con manteca, pero que bastó ampliamente para satisfacer el apetito de los cinco convidados.

Cyprien tenía una ligera fiebre, y sus heridas le hacían sufrir un poco; mas no por eso dejó de insistir en acompañar a Annibal Pantalacci y a James Hilton al kraal de Lopepe.

El campo quedó, pues, custodiado por Bardik y Li, que habían acometido la empresa de despojar al león de su piel. Se trataba de un verdadero monstruo de la especie llamada de hocico de perro.

Los tres caballeros se pusieron solos en camino. El jefe betchuana les aguardaba a la entrada de su kraal, rodeado de todos sus guerreros. Detrás de

ellos, en segundo término, las mujeres y los niños se habían agrupado con curiosidad para ver a los extranjeros. En cambio, algunas de estas negras amas de casa afectaban indiferencia. Sentadas a la puerta de sus cabañas semiesféricas, no descuidaban sus ocupaciones. Dos o tres hacían redes con largas hierbas textiles, que retorcían en forma de cuerda.

El aspecto general era miserable, aunque las chozas estuviesen bien construidas. La de Lopepe, más vasta que las demás, tapizadas interiormente de esterillas de paja, se elevaba próximamente en el centro del kraal.

El jefe hizo entrar a sus huéspedes, les designó tres escabeles y se sentó a su vez delante de ellos, mientras su guardia de honor formaba en círculo detrás de él.

Comenzóse por cambiar los habituales cumplimientos, si bien el ceremonial se redujo a apurar una taza de bebida fermentada, procedente de la manufactura misma del anfitrión; pero para indicar bien que esta cortesía no ocultaba pérfidos proyectos, éste comenzaba siempre por mojar sus gruesos labios antes de pasar la taza al extranjero. No beber de una invitación tan graciosa, hubiera sido una injuria mortal. Los tres blancos tragaron, pues, la cerveza cafre, no sin bastantes gestos por parte de Pantalacci que hubiera preferido, según decía, un vaso de *lacryma christi* a aquella repugnante tisana de los betchuanas.

Luego se habló de negocios. Lopepe hubiera querido comprar un fusil; pero ésta era una satisfacción que no se le podía dar, a pesar de haber ofrecido en cambio un caballo bastante regular y ciento cincuenta libras de marfil. En efecto, los reglamentos coloniales son sumamente rigurosos en este punto, y prohíben a los europeos toda cesión de armas a los cafres de la frontera, salvo autorización especial del gobernador. Para indemnizarle, los tres huéspedes de Lopepe habían llevado para él una camisa de franela, una cadena de acero y una botella de ron, que constituían un espléndido presente, y que le produjeron manifiesto placer.

El jefe de los betchuanas se mostró, pues, completamente dispuesto a dar todas las noticias que se le pidieran, por medio de James Hilton.

Desde luego se supo que un joven viajero que respondía por completo a las señas de Matakít, había pasado por el kraal cinco días antes. Era la primera noticia que la expedición obtenía respecto del fugitivo desde dos semanas. Por tanto, fue admirablemente acogida. El joven cafre había debido perder algunos días en buscar el vado del Limpopo, y ahora se dirigía hacia las montañas del Norte.

¿Había aún muchos días de marcha antes de llegar a aquellas montañas?

Todo lo más siete u ocho.

¿Era Lopepe amigo del soberano del país, en el cual Cyprien y sus compañeros iban a verse obligados a entrar? Lopepe se vanagloriaba de ello, Además, ¿quién no querría ser el amigo respetuoso y aliado del gran Tonaia, el invencible conquistador de los países de los cafres?

¿Tonaia acogía favorablemente a los blancos?

Por supuesto, ya que sabía, como todos los jefes del país, que los blancos no dejan nunca de vengar la injuria hecha a uno de los suyos. ¿Para qué querían luchar contra los blancos? ¿No son siempre los más fuertes, gracias a sus fusiles que se cargan solos? Lo mejor era, pues, estar en paz con ellos, acogerlos bien y trancar lealmente con sus mercaderes.

Tales fueron, en resumen, las referencias dadas por Lopepe. Una sola tenía, entre todas, verdadera importancia: que Matakít había perdido varios días de marcha antes de poder atravesar el río, y que estaban sobre su pista.

Al regresar al campamento, Cyprien, Annibal Pantalacci y James Hilton encontraron a Bardik y a Li muy alarmados.

Según manifestaron éstos, les había visitado un grupo de guerreros cafres de una tribu diferente a la de Lopepe, que les había cercado primero y sometido luego a un verdadero interrogatorio. ¿Qué venían a hacer a este país? ¿No era para espiar a los betchuanas, reunir informes, reconocer su número, su fuerza y hasta su armamento? ¡Hacían mal los extranjeros en acometer tamaña empresa! De momento, el gran rey Tonaia nada tenía que decir mientras no hubiesen penetrado en su territorio, pero podría mirar las cosas bajo otro aspecto si se determinaban a entrar en él.

Éste había sido el sentido general de sus intimaciones. Li no parecía más conmovido que de ordinario; pero Bardik, tan tranquilo generalmente, tan lleno de sangre fría en todas las ocasiones, parecía presa de un verdadero terror, que Cyprien no podía explicarse.

—¡Guerreros malvados! —decía moviendo los ojos de un lado a otro—. Guerreros que detestan a los blancos y les harán cuic.

Ésta es la expresión admitida entre todos los cafres semicivilizados, cuando quieren expresar la idea de una muerte violenta.

¿Qué hacer? ¿Debían atribuir gran importancia a este incidente?

Parecía que no, pues aquellos que sumaban unos treinta según afirmaban, no les habían hecho ningún daño, ni manifestado intenciones de robarles, a pesar de haberles sorprendido desarmados. Sus amenazas, sin duda, eran vanas palabras, de las que los salvajes gustan dirigir a los extranjeros. Bastarían unas cuantas atenciones tenidas con el gran jefe Tonaia, algunas explicaciones sinceras sobre las intenciones que llevaban a los tres blancos a aquel país, para

disipar todas sus sospechas, en caso de tenerlas, y obtener su amistad.

Decidieron ponerse de nuevo en marcha. La esperanza de apresar pronto a Matakít y recuperar el diamante robado hacía dejar a un lado toda otra preocupación.

XV.

Pérfida maquinación

Luego de una semana de marcha, la expedición entró en una comarca, que resultaba completamente distinta de los países anteriormente atravesados desde la frontera del Griqualandia. Estaban muy cerca ahora de la cadena de montañas que todos los datos recogidos sobre Matakít señalaban como punto probable a que quería llegar. La proximidad de las tierras altas, así como los numerosos torrentes que de ellas descienden para ir a arrojarse en el Limpopo, eran anunciadas por una flora y una fauna totalmente distintas a la de las llanuras.

Uno de los primeros valles que se ofreció a la vista de los viajeros, era un escenario de lo más fresco y riente que imaginarse pueda, poco antes de la puesta del sol.

Un arroyo de aguas tan claras que por todas partes se veía el fondo de su lecho, corría entre dos praderas de un verde esmeralda. Árboles frutales de las más variadas hojas tapizaban el talud de las colinas que encerraban la cuenca. Sobre el fondo, aún alumbrado por el Sol, a la sombra de enormes baobabs, pacían tranquilamente rebaños de antílopes rojos, cebras y búfalos. Más distante, un rinoceronte blanco, atravesando pesadamente una ancha pradera, se dirigía con lentitud hacia la orilla del agua y roncaba de placer ante la idea de enturbiarla al sumergir en ella su cornuda masa. Oíase alguna fiera invisible que bostezaba de tedio oculta entre la espesura. Relinchaba un onagro, y legiones de monos se perseguían a través de los árboles. Cyprien y sus dos compañeros se habían detenido en la cima de una colina para contemplar mejor el espectáculo, tan nuevo para ellos. Veíanse, por fin, en una de aquellas vírgenes regiones en que el animal salvaje, dueño incontestable del suelo, todavía vive tan feliz y libre, que ni aun sospecha el peligro. Lo sorprendente era, no sólo el número y la tranquilidad de aquellos animales, sino la admirable variedad de la fauna que representaban en esta parte del África. Hubiérase creído contemplar uno de esos lienzos extraños en el que un pintor se hubiera gozado en reunir, en un estrecho espada, todos los principales tipos del reino animal.

Los habitantes eran escasos. En medio de estos inmensos países, no pueden hallarse los cafres sino muy diseminados en su superficie. Aquello es el desierto, o poco menos.

Cyprien, satisfecho en sus instintos de sabio artista, se hubiera creído transportado a la edad prehistórica del megaterio y otras bestias antediluvianas.

—Sólo faltan elefantes para que la fiesta sea completa —exclamó.

Luego Li, extendiendo el brazo, mostró, en medio de una vasta pradera, varias masas grises. De lejos, hubiéranse creído otras tantas rocas, no sólo por su inmovilidad, sino también por el color. En realidad, era un rebaño de elefantes. La llanura estaba como moteada en una extensión de muchas millas.

—¿Conoces los elefantes? —preguntó Méré al chino mientras hadan alto para pasar la noche.

—He habitado dos años en la isla de Ceilán, en calidad de ayudante de caza —respondió sencillamente con la marcada reserva que guardaba en todo lo concerniente a su biografía.

—¡Ah, si pudiéramos derribar uno o dos! —dijo James Hilton—. Es una caza muy divertida.

—Sí, y en la que la pieza vale bien la pólvora que cuesta —afirmó Annibal Pantalacci—. Dos colmillos de elefante constituyen un bonito botín, y fácilmente nos sería posible colocar tres o cuatro docenas en la trasera de la carreta... Sabed, camaradas, que no necesitaríamos más para cubrir los gastos del viaje.

—¡Vaya idea estupenda! —agregó James Hilton—. ¿Por qué no ponerla en práctica mañana temprano, antes de continuar nuestro camino?

Discutióse la cuestión, y quedó decidido levantar el campamento a las primeras luces del día, e ir a probar fortuna por el lado del valle en que acababan de verse los elefantes.

Convenido esto, y despachada rápidamente la comida, todo el mundo se retiró a la baca de la carreta, a excepción de James Hilton, que, de guardia aquella noche, debía quedarse junto al fuego.

Hacía cerca de dos horas que se encontraba solo y comenzaba a aletargarse, cuando se sintió ligeramente tocado por el codo. Abrió los ojos y vio a Pantalacci sentado junto a él.

—No puedo dormir —se excusó el napolitano—, y he pensado de que valía más que dejaras solo, venir a haceros compañía.

—Es una amabilidad de vuestra parte, tanto más cuanto que a mí no me

disgustaría gozar de algunas horas de sueño —manifestó James Hilton estirando los brazos—. Si queréis, podemos arreglamos fácilmente; yo iré a ocupar vuestra plaza bajo la baca, y vos guardaréis aquí la mía.

—No, quedaos, tengo que hablaras —dijo entonces Annibal Pantalacci, ya sin rodeos, y continuó con voz sorda:

—¿Habéis cazado ya alguna vez el elefante?

—Sí —afirmó James Hilton—, dos veces.

—Pues bien, ya sabéis que es una caza peligrosa. El elefante es tan inteligente, tan astuto, y está tan bien armado... Es raro que el hombre no lleve desventaja contra él.

—¡Bueno! Sin duda habláis de los que son torpes —objetó James Hilton—, pues con una buena carabina cargada con balas explosivas, no hay gran cosa que temer.

—Estoy de acuerdo con vos —dijo el napolitano—. Sin embargo, ocurren accidentes... Suponed que mañana sufre uno el Frenchman, lo que sería una verdadera desgracia para la ciencia...

—¡Una verdadera desgracia! —confirmó James Hilton. Y se echó a reír malignamente.

—Para nosotros la desgracia no sería tan grande —agregó Pantalacci, animado por la risa de su compañero—. No seríamos más que dos para perseguir a Matakít y a su diamante... Y... entre dos fácil es entenderse amigablemente.

Los dos hombres se quedaron silenciosos, con la mirada fija sobre los tizones y el pensamiento perdido en su criminal maquinación.

—Sí... Entre dos siempre es fácil entenderse —repitió el napolitano—. Entre tres es más difícil.

Volvió a haber un instante de silencio.

De repente, Annibal Pantalacci levantó bruscamente la cabeza, y sondeó con la vista las tinieblas que le rodeaban.

—¿No habéis advertido nada? —preguntó en voz baja—. Me ha parecido percibir una sombra detrás de ese boabab.

James Hilton miró a su vez; pero por penetrante que fuese su mirada, no distinguió nada sospechoso en los alrededores del campamento.

—¡No es nada! Es la ropa que el chino ha puesto a blanquear al rocío.

Pronto volvieron los dos cómplices a entablar la conversación; pero esta

vez a media voz.

—Yo podré quitar los cartuchos de su fusil sin que lo note —afirmó Pantalacci—. Luego en el momento de atacar a un elefante, haré un disparo detrás de él, de manera que la bestia le distinga al instante... y la cosa no será larga.

—Muy grave es lo que decís —objetó débilmente James Hilton.

—¡Bah! Dejadme hacer, y veréis como todo marcha —replicó el napolitano.

Una hora más tarde, cuando volvió a ocupar su sitio debajo la baca, Pantalacci encendió una cerilla, a fin de asegurarse que ninguno de sus compañeros se había movido. Esto le permitió asegurarse de que Méré, Bardik y Li estaban profundamente dormidos.

Tal parecía por lo menos. Pero si el napolitano hubiera sido más avisado, hubiese podido reconocer en el ronquido sonoro de Li, algo de artificial y de burlón.

Al amanecer Annibal Pantalacci supo aprovechar el momento en que Cyprien se dirigió hacia el vecino arroyo para entregarse a sus abluciones matinales, y operó la sustracción de los cartuchos de su fusil. Fue cuestión de veinte segundos. Estaba solo. En aquel momento, Bardik hacía el café, el chino recogía la ropa que había puesto al rocío nocturno sobre su famosa cuerda tendida entre los baobabs. Con seguridad, nadie le había visto.

Luego de tomado el café, se partió a caballo, dejando el vagón y las bestias al cuidado de Bardik.

Li había solicitado seguir a los caballeros, y se había armado sólo con el cuchillo de caza de su amo.

En menos de media hora, los cazadores llegaron al punto en que, la víspera por la tarde, se habían visto los elefantes. Pero este día fue preciso avanzar un poco para encontrarlos y tocar un ancho claro que se abría entre el pie de la alta montaña y la orilla derecha del caudaloso río.

En la atmósfera transparente y fresca iluminada por el sol naciente, sobre la alfombra de un inmenso prado de fino gazon, húmedo todavía de rocío, una tribu entera de elefantes —doscientos o trescientos por lo menos— se disponía a empezar su desayuno. Los pequeños brincaban locamente alrededor de sus madres, o mamaban silenciosamente. Los grandes, vuelta su cabeza al sol, agitando cadenciosamente su trompa, pacían la espesa hierba de la pradera... Casi todos se abanicaban con sus vastas orejas, semejantes a unas capas de cuero, que removían como punkas indios.

Había en la calma de esta felicidad doméstica algo tan sagrado por decirlo

así, que Méré se conmovió profundamente y solicitó de sus compañeros que renunciaran al proyectado destrozo.

—¿Para qué matar a esos inofensivos animales? —comentó—. ¿No valdría más dejarlos en paz en su soledad?

Pero la proposición, por más de un motivo, no era del agrado de Pantalacci.

—¿Para qué? —repitió burlescamente—. Para llenar nuestros bolsillos, procurándonos algunos quintales de marfil. ¿Acaso esas grandes bestias os causan miedo, monsieur Méré?

Cyprien levantó los hombros sin responder a aquella impertinencia.

Sin embargo, cuando vio que el napolitano y su camarada avanzaban hacia el prado, hizo como ellos.

Sólo se hallaban ya a distancia de unos trescientos metros de los elefantes. Si estas bestias, con su oído tan fino, tan alerta siempre, no habían notado aún la presencia de los cazadores, era porque éstos se encontraban bajo el viento, protegidos además por un espeso macizo de baobabs.

Sin embargo, uno de los elefantes comenzó a dar señales de inquietud, y levantaba su trompa como signo de interrogación.

—Éste es el momento —declaró Annibal Pantalacci a media voz—. Si queremos obtener un resultado serio, es preciso separarnos y elegir cada uno nuestra pieza, después tirar juntos a una señal convenida, porque al primer disparo todo el rebaño emprenderá la fuga.

Adoptado este partido, James Hilton se destacó hacia la derecha; al mismo tiempo que Annibal Pantalacci se dirigió hacia la izquierda, quedando Cyprien en el centro. Después los tres volvieron a emprender silenciosamente su marcha hacia la pradera.

En aquel momento, Cyprien Méré, muy sorprendido, sintió que dos brazos rodeaban su cintura con un vigoroso abrazo, mientras que la voz de Li murmuraba a su oído:

—Soy yo, que acabo de saltar a la grupa, no digáis nada. ¡Pronto sabréis por qué!

El francés llegaba entonces al límite del macizo, y sólo se encontraba a unos treinta metros de los elefantes. Ya preparaba su fusil para estar dispuesto a todo evento, cuando el chino le dijo en voz baja:

—¡Vuestro fusil está descargado!... Pero no os inquietéis. ¡Todo va bien! ¡Todo va bien!

En aquel instante resonó un silbido, que debía servir de señal para el ataque general, y casi al mismo tiempo, un disparo —uno sólo— partió de detrás de Cyprien.

Al volverse éste vivamente, percibió a Annibal Pantalacci, que procuraba esconderse detrás del tronco de un árbol.

No pudo, sin embargo, prestarle mayor atención, pues casi al mismo tiempo, un hecho más grande llamó su interés.

Uno de los elefantes, herido sin duda, y furioso por su herida, acababa de precipitarse sobre él. Los otros, según había previsto el napolitano, emprendieron la fuga al galope terrible, que conmovía el suelo en dos leguas a la redonda.

—¡Atención! —advirtió Li, siempre agarrado a Cyprien—. En el momento en que el animal se arroje sobre vos, haced que «Templar» se separe a un lado... Después girad alrededor de este matorral y dejaos perseguir por el elefante... Yo me encargo de lo demás.

Méré sólo tuvo tiempo para ejecutar maquinalmente estas instrucciones. La trompa en alto, los ojos inyectados de sangre, la boca abierta, los colmillos en ristre, el enorme proboscidio llegaba sobre él con una increíble rapidez.

«Templar» se condujo como un veterano. Obedeciendo con una precisión admirable a la presión de las rodillas de su caballero, ejecutó en el momento preciso un violento salto hacia la derecha. El elefante, lanzado a la carrera, pasó, sin tocarles por el mismo sitio que caballo y caballero acababan de abandonar.

Entretanto el chino, después de haber desenvainado, sin decir una palabra, el cuchillo, se había deslizado a tierra y rápido, se arrojó detrás del matorral que había mostrado a su amo.

—¡Así!... ¡así!... ¡Girad alrededor!... ¡Dejad que os persiga! —aconsejó de nuevo.

El elefante volvía sobre ellos, aún más furioso por no haber triunfado en su primer ataque. Cyprien, aunque no comprendía bien el objeto de la maniobra por Li, la ejecutó puntualmente. Giró alrededor del matorral, seguido del animal jadeante, y por dos veces todavía se libró de su ataque por un repentino desvío de su caballo.

¡Pero podía esta táctica prolongarse mucho tiempo! ¿Esperaba Li fatigar al animal?

Esto se preguntaba Méré sin poder encontrar una respuesta satisfactoria, cuando de repente, con gran sorpresa suya, el elefante se acostó sobre las rodillas.

Li, aprovechando con incomparable destreza el momento propicio, se había deslizado entre la hierba, y de un solo golpe de su cuchillo de caza, le había cortado el tendón del talón, que en el hombre se llama el tendón de Aquiles.

Digamos de paso que así proceden ordinariamente los indígenas de la India, en sus cacerías de elefantes, y el chino debía haber practicado a menudo esta maniobra en Ceilán, pues acababa de ejecutarla con una sangre fría y una precisión admirables.

Derribado e impotente el animal, quedó inmóvil, con la cabeza oculta entre la espesa hierba. Un arroyo de sangre corría de su herida debilitándole visiblemente.

—¡Hurra!... ¡Bravo! —vociferaron Annibal Pantalacci y James Hilton, apareciendo en el teatro de la lucha.

—Hay que rematarle de un balazo en uno de sus ojos —dijo James Hilton, que parecía experimentar una necesidad irresistible de agitarse y desempeñar un papel activo en este drama.

Dicho esto, se encaró con el fusil e hizo fuego. En el momento se oyó en el gigantesco cuerpo del cuadrúpedo la explosión de la bala. Tuvo una convulsión suprema, después se quedó inmóvil, semejante a una roca gris derribada en el suelo.

—¡Ya está listo! —exclamó Hilton, adelantando su caballo junto al cuerpo del animal, para verle mejor.

—¡Esperad!... ¡Esperad!... —parecía decir la fina mirada del chino, dirigiéndose a su amo.

No hubo tiempo que esperar para ver el horrible, pero inevitable epílogo de la escena.

En efecto, apenas James Hilton se halló junto al elefante, se inclinó sobre un estribo, y por irrisión, ensayó a levantar una de sus enormes orejas, cuando el animal, levantando su trompa con un movimiento súbito, la dejó caer sobre el imprudente cazador, le rompió la columna vertebral y le aplastó la cabeza antes de que los estupefactos testigos de este espantoso desenlace tuviesen tiempo de prevenirle.

James Hilton sólo pudo arrojar un grito postrero.

En tres segundos no era más que un informe montón de carne sangrienta, sobre el cual volvió a caer el animal para no levantarse nunca más.

—¡Estaba seguro que se hacía el muerto! —declaró sentenciosamente el chino, moviendo la cabeza—. Los elefantes nunca dejan de hacer eso cuando

se les presenta la ocasión.

Tal fue la oración fúnebre de James Hilton. El joven ingeniero, aún bajo la presencia de la traición de que había estado a punto de ser víctima, no podía menos de ver en esto el justo castigo de uno de aquellos miserables, que habían querido entregarle sin defensa a la rabia de tan terrible animal.

En cuanto al napolitano, cualquiera que fuera su pensamiento, estimó guardarle para sí.

Mientras tanto, Li se estaba ocupando en abrir con su cuchillo de caza, bajo el césped de la pradera, una fosa en la cual, con ayuda de Cyprien, depositó los restos informes de su enemigo.

En todo esto hubo de emplearse algún tiempo, y ya el sol estaba bastante alto sobre el horizonte cuando emprendieron el regreso al campamento.

Otra gran sorpresa les aguardaba en él: ¡Bardik había desaparecido!

XVI.

Traición

¿Qué había pasado en tanto estuvieron ausentes los cazadores? Difícil hubiera sido decirlo mientras el joven cafre no hubiera aparecido.

Se dedicaron a llamar y a buscar a Bardik por todas partes. No pudo descubrirse la menor huella de él. El desayuno, que había comenzado a preparar, hallábase cerca del hogar extinguido, y parecía indicar que su desaparición sólo se remontaba a tres o cuatro horas.

Cyprien no encontraba nada que le ayudase en sus conjeturas. Que el joven cafre hubiese sido atacado por alguna fiera, era difícil; en los alrededores no se observaba el menor desorden, ni indicio de lucha sangrienta. Que hubiese desertado para regresar a su país, como a menudo hacen los cafres, era aún menos admisible, dada la abnegación de aquel muchacho, y el joven ingeniero rechazó en absoluto esta hipótesis, presentada por Annibal Pantalacci.

En resumen, después de medio día de investigaciones, el joven cafre no había sido aún encontrado, y su desaparición fue considerada como un hecho absolutamente inexplicable.

Annibal Pantalacci y Cyprien Méré se reunieron en consejo. Después de una discusión convinieron en aguardar hasta la mañana del día siguiente antes de levantar el campo. Tal vez en este intervalo volvería Bardik, si se había simplemente extraviado, siguiendo alguna pieza que hubiese podido excitar su

instinto de cazador.

Pero, recordando la visita que una partida de cafres les había hecho en uno de sus últimos campamentos, teniendo en cuenta las preguntas dirigidas a Li y a Bardik, el temor que habían demostrado de ver que unos extranjeros, espías tal vez, se aventurasen en el país de Tonaia, podían preguntarse, no sin razón, si Bardik, caído entre las manos de estos indígenas, no habría sido conducido hasta su capital.

El día concluyó tristemente, y la noche fue más lúgubre todavía.

Un viento de desgracia parecía soplar sobre la expedición. Pantalacci permanecía mudo y sombrío. Sus dos cómplices, Friedel y James Hilton, habían muerto, y ahora quedaba él solo ante al joven rival pero más que nunca decidido a desembarazarse de un pretendiente a quien no podía tolerar ni en el negocio del diamante ni en el del matrimonio. Y para él éstos no eran sino verdaderos negocios.

En cuanto a Cyprien —al cual Li había contado todo lo que había oído a propósito de la sustracción de los cartuchos— le era entonces necesario velar de día y de noche sobre su compañero de viaje. Verdad es que el chino contaba tomar sobre sí una buena parte en este cuidado.

Méré y Annibal Pantalacci pasaron la noche fumando silenciosamente junto al fuego y se retiraron bajo la baca del vagón sin cambiar siquiera un saludo.

Li quedó a su vez encargado de velar cerca del fuego encendido para espantar las bestias feroces.

Al amanecer del día siguiente el joven cafre no había vuelto al campamento.

Cyprien hubiera voluntariamente aguardado otras veinticuatro horas para dar a su servidor la última probabilidad; pero el napolitano insistió en partir al momento.

—Podemos muy bien pasarnos sin Bardik —afirmó—, y retardarse es exponer a no hallar a Matakít.

Méré cedió, y el chino se puso en disposición de reunir los bueyes para la partida.

Nueva contrariedad, y de las más graves. Los bueyes tampoco se encontraban.

¡La víspera en la noche estaban acostados sobre la hierba alrededor del campamento! Ahora era imposible percibir ni uno solo.

¡Entonces pudo medirse la extensión de la pérdida que los expedicionarios

habían sufrido en la persona de Bardik! Si este inteligente servidor hubiese estado en su puesto, no habría dejado, él que conocía las costumbres de la raza bovina en el África austral, de atar a los árboles o a unos postes aquellas bestias que habían reposado durante todo el día. Ordinariamente al llegar a las paradas, después de un largo día de marcha, la precaución era inútil; los bueyes extenuados de fatiga, no piensan entonces más que en pacer por los alrededores del vagón; después se acuestan y no se separan, al despertar, sino una centena de metros. Pero no sucede lo mismo después de un día de reposo y de abundancia.

Sin duda alguna, el primer cuidado de estos animales al despertar, había sido el de buscar hierbas más finas que las que habían comido la víspera; deseosos de esparcirse, se habían ido separando poco a poco hasta perder de vista el campamento, y excitados luego por el instinto que les atrae hacia el establo, era probable que, uno tras otro, habían ido tomando el camino del Transvaal.

Éste era un desastre que no por ser frecuente en las expediciones de la baja África, deja de ser de los más graves, porque sin yuntas, el vagón es inútil, y el vagón para el viajero africano es a la vez la casa el almacén y la fortaleza.

Grande fue la contrariedad de Cyprien y de Annibal Pantalacci cuando, después, de una encarnizada carrera de dos o tres horas sobre las huellas de los bueyes, tuvieron que reconocer que era preciso renunciar a toda esperanza de encontrarlos.

La situación se había agravado. Hubo que reunirse en consejo. Sólo había una solución práctica que adoptar: abandonar el vagón, cargar con las provisiones de boca y municiones pudieran llevar, y continuar el viaje a caballo. Si las circunstancias les favorecían, tal vez podrían encontrar ocasión de negociar con algún jefe cafre la compra de un nuevo atalaje de bueyes, contra un fusil o cartuchos. En cuanto a Li, tomaría el caballo de James Hilton.

Pusiéronse, pues, a cortar gran número de ramas grandes con que cubrir el vagón para que quedase oculto bajo una especie de matorral artificial. Después, cada cual cargó con lo que pudo encerrar en sus bolsillos, y en su saco, de ropa, cajas de conservas y municiones. Con mucha pena, el chino tuvo que renunciar a llevarse su caja roja, que era demasiado pesada; pero fue imposible decidirle a abandonar su cuerda, que arrolló a su cuerpo, bajo su blusa, como un cinturón.

Terminados estos preparativos, después de echar la última mirada a este valle en el que habían tenido lugar tan trágicos acontecimientos, los tres caballos volvieron a tomar el camino de las alturas.

Este camino, como todos los de la región, era sencillamente un sendero

abierto por las fieras, que siguen casi siempre la línea recta para dirigirse a sus abrevaderos.

Era más del mediodía, y, bajo un sol abrasador, Cyprien, Pantalacci y Li marcharon a buen paso hasta la noche; después cuando hubieron acampado en una garganta profunda, al abrigo de una roca, convinieron en que la pérdida del vagón no era irreparable.

Durante dos días aun avanzaron de este modo, sin dudar de que se hallaban sobre la pista de aquél a quien perseguían. En efecto, la noche del segundo día, un poco antes de ponerse el sol, al dirigirse lentamente hacia un grupo de árboles bajo el cual debía pasar la noche, Li lanzó de repente una exclamación gutural, al tiempo que señalaba con el dedo un punto negro que se movía en el horizonte entre las últimas luces del crepúsculo.

Las miradas de Cyprien y Pantalacci siguieron naturalmente la dirección indicada por el dedo del chino.

—¡Un hombre! —exclamó el napolitano.

—¡Es el mismo Matakít! —agregó Cyprien, que se había apresurado a observar con el anteojo—. ¡Distingo perfectamente su carrito y su avestruz!... ¡Es él!...

Y pasó el anteojo a Pantalacci, que pudo a su vez convencerse de la verdad del hecho.

—¿A qué distancia creéis que se encuentra en este momento? inquirió Cyprien Méré.

—A siete u ocho millas por lo menos, tal vez a diez —calculó el napolitano.

—¿Entonces hay que renunciar a la esperanza de poderle alcanzar hoy?

—Por supuesto —respondió Annibal Pantalacci—. Dentro de media hora habrá cerrado la noche, y no hay que pensar en dar un paso en aquella dirección.

—Bien; no importa. Mañana le alcanzaremos con seguridad, partiendo temprano.

—Ésa es mi opinión.

Los jinetes habían llegado a un macizo de árboles y echaron pie a tierra. Según su costumbre constante, comenzaron desde luego por ocuparse de los caballos, que frotaron y almohazaron con cuidado antes de atarlos a los piquetes para dejarlos pacer. Durante esta operación, el chino se ocupaba en encender el fuego.

Entretanto llegó la noche. La comida fue más alegre que en los tres días anteriores; pero apenas se terminó, los tres viajeros arrollándose en sus mantas, después de alimentar debidamente el fuego para que durase toda la noche, colocaron sus cabezas sobre las sillas y se prepararon a pasada durmiendo.

Importaba estar en pie antes de amanecer, con el fin de ganar el camino y reunirse a Matakít.

Cyprien y el chino tardaron poco en quedar completamente dormidos, lo que no era muy prudente por su parte.

No sucedió lo mismo al napolitano. Durante dos o tres horas se agitó bajo su manta como un hombre dominado por una alguna idea fija.

Una tentación criminal se había apoderado de él.

Por fin, —no pudiendo más, se levantó con el mayor silencio, se acercó a los caballos y ensilló el suyo; después, atando a «Templar» con el del chino, y tirando de la brida, se los llevó entrillados.

La hierba fina de que estaba tapizado el suelo apagaba el ruido de los pasos de los tres caballos, que se dejaban conducir con fácil resignación, dado la sorpresa que les produjera tan brusco despertar.

Annibal Pantalacci les hizo entonces bajar hasta el fondo del valle, los ató a un árbol y se volvió al campamento. Ni uno ni otro de los durmientes se habían despertado.

El napolitano recogió su manta, su fusil, sus municiones y algunas provisiones de boca; y fría y deliberadamente, abandonó a sus compañeros en medio del desierto.

La idea que le había dominado desde la puesta del sol, era que llevándose los caballos iba a poner a Méré y a Li en la imposibilidad de alcanzar a Matakít, lo cual era asegurarse la victoria. El odioso carácter de esta traición, la cobardía que revelaba al despojar así a unos compañeros de los cuales no había recibido sino beneficios, nada detuvo al miserable. Se colocó en la silla, y tirando hacia sí de las dos bestias, que resoplaban ruidosamente en el lugar que las había dejado, se alejó al trote, bajo la luz de la luna.

El francés y Li siguieron durmiendo hasta las tres de la mañana, hora en que el chino abrió los ojos y contempló las estrellas que palidecían en el horizonte del Este.

—Ya es tiempo de hacer el café —murmuró.

Y sin más tardanza, arrojando la manta con que estaba cubierto, se puso de pie, y procedió a su tocado matinal, que nunca descuidaba, ni en el desierto ni

en la ciudad.

—¿Dónde está Annibal Pantalacci? —se preguntó de pronto. Empezaba a apuntar el alba, y los objetos se hacían más distintos alrededor del campamento.

—¡Tampoco están allí los caballos! —advirtió Li—. Acaso ese canalla habrá...

Y sospechando lo ocurrido, corrió hacia los piquetes en que había visto atados los caballos el día anterior, dio la vuelta al campamento y se aseguró con una mirada de que todo el bagaje del napolitano había desaparecido con él. La cosa era evidente.

Un hombre de raza blanca no hubiera resistido probablemente a la necesidad muy natural de despertar a Cyprien para comunicarle en el momento aquella noticia tan grave.

Pero el chino era hombre de raza amarilla y pensaba que nunca es tarde cuando se trata de anunciar una desgracia, por lo cual se puso tranquilamente a preparar su café.

—Aún debemos de agradecer a ese bribón por habernos dejado nuestras provisiones comentó.

Pasado debidamente el café por una manga de tela que había fabricado expresamente, Li llenó dos copas, talladas en la cáscara de un huevo de avestruz, que hábilmente llevaba colgadas en un ojal de su blusa, y se aproximó al ingeniero, que continuaba durmiendo.

—Vuestro café está listo, padrecito —declaró, amablemente, al tiempo que le tocaba la espalda.

Cyprien abrió los ojos, estiró sus miembros, sonrió al chino, se sentó cómodamente y bebió el humeante brebaje.

Entonces observó la ausencia del napolitano, cuyo lugar estaba vacío.

—¿Dónde está Pantalacci? —inquirió.

—¡Partido, padrecito! —contestó Li con el tono más natural como si se hubiese tratado de una cosa convenida.

—¡Cómo!... ¿Se ha ido?

—Sí, padrecito, con los tres caballos.

Méré se desembarazó de su manta, y arrojó en torno suyo una mirada que le hizo comprenderlo todo.

Pero tenía un alma demasiado templada para demostrar su inquietud y su

indignación.

—Muy bien —manifestó—; pero no se imagine ese miserable que en este asunto se ha pronunciado ya la última palabra.

Cyprien dio cinco o seis pasos de un lado para otro, absorto en sus pensamientos y reflexionando sobre el partido que convenía tomar.

—Hay que ponerse en marcha al momento —comunicó al chino—. Vamos a dejar aquí esta silla, esta brida, todo lo que sea embarazoso o demasiado pesado, y no llevar más que los fusiles y los víveres que nos quedan. Marchando bien, podemos ir casi tan de prisa y aun tomar caminos más directos.

Li se apresuró a obedecerle. En algunos minutos quedaron arrolladas las cubiertas, y puestos los sacos a la espalda; después se hizo un montón con todo lo que se vieron obligados a abandonar, cubriéndolo con una espesa capa de ramas y de abrojos, y se pusieron en marcha.

Cyprien había tenido razón al decir que, bajo cierto aspecto, sería tal vez más cómodo ir a pie.

De esta manera pudo tomar el camino más corto, franqueando montañas abruptas, que ningún caballo hubiera sido capaz de escalar, ¡pero a cambio de cuántas fatigas!

Era aproximadamente la una de la tarde cuando llegaron a la vertiente norte de la cadena que seguían hacía tres días. Según las noticias dadas por Lopepe, no deberían hallarse lejos de la capital de Tonaia.

Desgraciadamente, las indicaciones del camino que debían seguir eran tan vagas, y las ideas de distancia tan confusas en la lengua betchuana, que era muy difícil saber de antemano si serían precisos dos o cinco días para llegar.

Al descender Cyprien y Li el talud del primer valle que se había abierto ante ellos, después de haber franqueado de hecho la línea, éste hizo su risita seca, y dijo:

—Jirafas.

El ingeniero, mirando a sus pies, percibió en efecto, una veintena de aquellos animales ocupados en pacer en el fondo del valle. Nada más gracioso de ver que sus largos cuellos, erguidos como mástiles o alargados como serpientes entre la hierba, a tres o cuatro metros de distancia de su cuerpo moteado de manchas amarillas.

—Podríamos coger una de esas jirafas y servimos de ella para reemplazar a «Templar» indicó Li.

—¡Montar una jirafa! ¿Quién ha visto jamás una cosa semejante? —

exclamó Cyprien.

—Yo no sé si se ha visto; pero si queréis, podéis verlo —aseguró el chino.

Cyprien, que nunca comenzaba por ver como imposible lo que era simplemente nuevo para él, se declaró dispuesto a ayudar a Li en su empresa.

—Nos encontramos bajo el viento de las jirafas —observó Li—, lo que es favorable, porque tiene un olfato muy fino, y nos hubieran olido ya. De modo que si queréis rodearlas por la derecha, espantándolas después con un disparo, para que tomen la dirección en que yo estoy, no hace falta más, y yo me encargo del resto.

Cyprien se apresuró a depositar en tierra todo lo que podía estorbar sus movimientos, y armado de su fusil, se dispuso a ejecutar la maniobra indicada por su servidor.

Éste no perdió el tiempo. Descendió corriendo el rápido talud del valle, hasta que llegó cerca de un sendero abierto que ocupaba el fondo. Éste debía ser el camino de las jirafas, a juzgar por las innumerables huellas que habían dejado sus cascos. Allí el chino tomó posesión detrás de un corpulento árbol; desarrolló la larga cuerda que no le abandonaba jamás, y cortándola en dos formó dos longitudes de treinta metros. Luego colocó un grueso guijarro a un extremo de cada una de las cuerdas, con lo que hizo un excelente lazo, y ató fuertemente el otro extremo a las ramas más bajas del árbol.

Por último, arrolló en su brazo izquierdo la extremidad libre de estos dos aparatos, se ocultó detrás del tronco, y esperó.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando sonó un disparo lejano. Bruscamente, un pataleo rápido, cuyo ruido, semejante al de un escuadrón de caballería, se aumentaba por momentos, anunciaba que las jirafas huían, según Li había previsto.

Venían rectas sobre él, siguiendo su sendero, pero sin sospechar la presencia de un enemigo que se encontraba bajo su viento.

Las jirafas resultaban verdaderamente soberbias, con su nariz al viento, sus pequeñas cabezas asustadas, sus lenguas pendientes. En cuanto a Li, no se inquietaba gran cosa; su puesto había sido escogido cuidadosamente, cerca de una angostura del camino, por la que los animales no podían pasar sino de dos en dos, y por tanto, nada tenía que hacer más que esperar.

Dejó primero que desfilasen tres o cuatro; luego, divisando una entre ellas que era de una talla extraordinaria, lanzó su primer lazo. La cuerda silbó, arrollándose alrededor del cuello de la bestia, que dio algunos pasos todavía; pero en el momento, la cuerda se estiró, le apretó la laringe, y la jirafa se detuvo.

El chino no perdió su tiempo contemplándola. Apenas vio que con el primer lazo había conseguido el objeto que se proponía, agarró el segundo y lo lanzó sobre otra jirafa.

El golpe no fue menos feliz. Todo esto había pasado en menos de treinta segundos. Ya el rebaño, espantado, se había dispersado en todas direcciones; pero las dos jirafas medio estranguladas, quedaban prisioneras.

—Venid, padrecito —gritó el oriental a Cyprien, que corría hacia él poco confiado en la maniobra.

Pero tuvo que rendirse a la evidencia; allí vio dos soberbias bestias, grandes, fuertes, robustas, de jarrete fino, de relucientes lomos. A pesar de su admiración, no le parecía realizable la idea de servirse de ellas como monturas.

—En efecto ¿cómo sostenerse sobre aquel espinazo que desciende hacia la parte posterior con una inclinación de sesenta centímetros por lo menos? —decía riéndose.

—Pues poniéndose a caballo sobre la espalda y no sobre los flancos de la bestia —exclamó—. Además, que no es tan difícil colocar una manta arrollada bajo la trasera de la silla.

—No tenemos silla.

—Yo iré a buscar la vuestra al campamento.

—¿Y qué bridas emplearemos para tales bocas?

—Ahora lo vamos a ver.

El chino Li tenía respuesta para todo, y con él los hechos seguían de cerca a las palabras.

Aún no había llegado la hora de comer, y ya, con un trozo de su cuerda, tenía formados dos fuertes cabestros, que puso en las cabezas de las jirafas; los extremos de la cuerda debían servir de riendas.

Las pobres bestias mostrábanse muy asustadas y eran además de un natural tan dulce, que no opusieron la menor resistencia.

Concluidos estos preparativos, nada más fácil que conducir entrailladas las dos cautivas. Cyprien y Li, tornando sobre sus pasos, se dirigieron al campamento de la víspera para recoger la silla y los restantes objetos que habían tenido que abandonar.

La noche se pasó en dar fin a estos arreglos.

El chino era realmente de una destreza maravillosa. No tan solo modificó en, un momento la silla de Cyprien, de tal modo que podía ser colocada

horizontalmente sobre la espalda de una de las jirafas, montando ya una ya otra, y demostrándoles con argumentos perentorios que era preciso obedecer.

XVII.

Una cacería africana

Verdaderamente el aspecto de ambos caballeros, cuando emprendieron la partida a la mañana siguiente, no dejaba de resultar sumamente extraño. Es dudoso que Cyprien hubiera consentido en presentarse con semejante cabalgadura a los ojos de miss Watkins, en la calle Mayor del campo de Vandergaart. Pero estaban en el desierto, y las jirafas no debían ser una montura mucho más extravagante que un dromedario. Hasta su marcha ofrecía cierto parecido con la de aquellos «barcos del desierto». Era horriblemente dura y afectada de un verdadero cabeceo, lo cual motivó el efecto, de un ligero mareo.

Pero al cabo de un par de horas, Cyprien y el chino se encontraron suficientemente aclimatados. Todo, pues, marchaba bien, las jirafas iban a buen paso y se mostraban dóciles, después de algunas tentativas de rebelión, que fueran inmediatamente reprimidas.

Ahora se trataba de ganar, a fuerza de actividad, todo el tiempo perdido en los tres o cuatro últimos días de viaje. Matakít debía haber adelantado mucho. ¿Le habría alcanzado ya Annibal Pantalacci? Sea como fuere, Cyprien estaba bien resuelto a no descuidar nada para llegar a su objeto.

Tres días de marcha habían conducido a los caballeros, o mejor dicho, a los jiraferos, a un país muy llano. Entonces seguían la orilla derecha de un curso de agua bastante sinuoso, que corría precisamente en dirección Norte, indudablemente uno de los afluentes secundarios del Zambese. Las jirafas, decididamente domadas, debilitadas además por sus largas jornadas, no menos que por la dieta a que Li las había sometido sistemáticamente, se dejaban guiar con entera facilidad. Cyprien podía ahora abandonar las largas riendas de cuerda de su montura y dirigirla sólo con la presión de sus rodillas.

Desembarazado así de esta preocupación, gozaba un verdadero placer al salir de las regiones salvajes y desiertas que acababa de franquear recientemente, y al reconocer por todos los lados las huellas de una civilización ya avanzada. Veíanse de vez en cuando campos de manioc o de taro, cuidados regularmente, regados por un sistema de bambúes, ajustados los unos a los otros, que conducían el agua del río; caminos anchos y bien afirmados; en fin, un aire general de prosperidad; más lejos, colinas que

limitaban el horizonte: cabañas blancas, de forma cónica, abrigaban una población muy repartida.

A pesar de esto, se sentían aún en el límite del desierto, aunque sólo fuese por el extraordinario número de animales salvajes, rumiantes y otras especies que llenaban la llanura. Aquí y allí, innumerables enjambres de volátiles de todas tallas y de toda especie; oscurecían el aire. Veíanse compañías de gacelas y antílopes que atravesaban el camino; a veces un hipopótamo monstruoso levantaba su cabeza fuera del río, roncaba ruidosamente y se volvía a sumergir en las aguas con el estrépito de una catarata.

Entregado por completo a este espectáculo, Cyprien Méré no esperaba la sorpresa que la casualidad le reservaba al revolver la colina que seguía con su compañero.

Annibal Pantalacci, siempre a caballo, perseguía a rienda suelta a Matakít en persona. Una milla, a lo sumo, separaba a uno del otro; pero cuatro, por lo menos, separaba de ellos a Cyprien y al chino.

Bajo este brillante sol, cuyos rayos caían casi a plomo en aquella llanura desnuda, inundada de una luz resplandeciente a través de esta atmósfera purificada por una violenta brisa del este que reinaba entonces, no podía haber ninguna duda.

Ambos quedaron tan encantados con este descubrimiento, que su primer movimiento fue celebrarlo con una verdadera fantasía árabe. Cyprien lanzó un alegre ¡hurra!, Li un gruñido, que tenía la misma significación. Después pusieron sus jirafas al galope.

Evidentemente, Matakít había apercebido al napolitano, que comenzaba a ganar terreno sobre él; pero no podía ver a su antiguo amo ni a su camarada del kopje; aun bastante alejados en la pradera.

El joven cafre, a la vista de Pantalacci, que no creía hombre capaz de darle cuartel, y que sin explicación de ningún género le mataría como a un perro, apresuraba cuanto le era posible la marcha de su carrito, tirado por el avestruz. La rápida bestia devoraba el espacio; y tanto le devoraba, que tropezó de pronto contra una gruesa piedra. Hubo una sacudida tan violenta, que el eje del vehículo, resentido sin duda por tan largo y penoso viaje, se partió por la mitad. Una de las ruedas se desprendió de su eje, con lo cual el carrito, con Matakít encima, fue a caer en medio del camino.

El desgraciado cafre quedó seguramente muy magullado por su caída; pero el terror que le dominaba resistió hasta un choque semejante, mejor dicho, redobló todavía. Bien convencido de que era hombre muerto si se dejaba alcanzar por el cruel napolitano, se levantó apresuradamente, desenganchó su avestruz, y lanzándose sobre él a horcajadas, partió al galope.

Entonces comenzó una steeple chase vertiginosa, y como no se ha visto en el mundo desde los espectáculos del Circo Romano, en que las carreras de avestruces y de jirafas formaban a menudo parte del programa.

En efecto, mientras que Pantalacci perseguía a Matakít, Cyprien y Li se lanzaron sobre las huellas del uno y del otro. ¿No tenían interés en apoderarse de los dos? ¿Del joven cafre para concluir con la cuestión del diamante robado, y del miserable napolitano para castigarle como merecía?

Así es que las jirafas, lanzadas a rienda suelta por sus jinetes, que habían visto el accidente, marchaban casi tan rápido como los caballos de pura sangre, tendidos adelante sus largos cuellos, la boca abierta, las orejas echadas atrás, espoleadas, castigadas con látigos, obligadas a desarrollar toda la velocidad de que eran susceptibles.

En cuanto al avestruz de Matakít, su velocidad era prodigiosa. No hay vencedor del Derby o del gran premio de París, que hubiese podido luchar con él.

Sus pequeñas alas inútiles para volar, le servían, sin embargo, para acelerar la carrera. Todo esto era tan arrebatado, que al cabo de algunos minutos el joven cafre había ganado ya una distancia considerable sobre el que le perseguía.

¡Ah! ¡Matakít había escogido bien su montura al tomar un avestruz! Si por un cuarto de hora solamente podía conservar esta marcha, se vería definitivamente fuera del alcance y salvado de las garras del napolitano.

Annibal Pantalacci comprendía bien que el menor retraso iba a hacerle perder toda ventaja. Ya se aumentaba la distancia entre el fugitivo y él. Más allá del campo de maíz, a través del cual se efectuaba esta caza, un espeso bosque de lentiscos y de higueras de Indias movido por el viento, alargaba su sombría silueta hasta perderse de vista. Si Matakít llegaba a él, sería imposible encontrarle.

Siempre galopando, Cyprien y Li seguían esta lucha con un interés que se comprenderá fácilmente. Habían llegado al pie de la colina, corrían a través de los campos; pero aún les separaban tres millas del cazador y de la pieza.

Pudieron ver, no obstante, que el napolitano por un esfuerzo desesperado, había vuelto a ganar algún terreno sobre el fugitivo. Sea que el avestruz estuviese ya rendido, sea que se haya herido contra una roca, ello es que su velocidad había disminuido notablemente. Annibal Pantalacci se encontró bien pronto a unos trescientos pasos del cafre.

Pero Matakít acababa por fin de tocar la linde del bosque y desapareció en el momento que Annibal Pantalacci, violentamente desazonado rodaba por el

suelo, mientras su caballo se escapaba a través de los campos.

—¡Matakit se nos escapa! —gritó Li.

—¡Sí, pero el bribón de Pantalacci es nuestro! —contestó Cyprien, y ambos apretaron la marcha de sus jirafas. Media hora después, habiendo franqueado enteramente el campo de maíz, se hallaban sólo a una distancia de quinientos pasos del lugar en que el napolitano acababa de caer. La cuestión para ellos era saber si Pantalacci había podido levantarse y llegar a la espesura de lentiscos, o si yacía en el suelo gravemente herido por su caída, tal vez muerto.

El miserable estaba allí. Cyprien y Li se pararon a cien pasos de distancia. He aquí lo que había sucedido.

El napolitano, en el ardor de su persecución, no había percibido una gigantesca red, tendida por los cafres para apresar a los pájaros que hacen a sus cosechas una guerra incesante. En esta red había venido a enredarse Annibal Pantalacci.

Y no era una red de pequeñas dimensiones. Medía por lo menos cincuenta metros de lado, y encerraba ya una infinidad de pájaros de todas clases, de todas tallas, de todos plumajes, y entre otros, una media docena de enormes gypaetos de una envergadura de un metro cincuenta centímetros, que no desdeñan las regiones del África austral. La caída del napolitano en medio de este mundo de volátiles, causó, como se comprenderá, una gran perturbación.

Pantalacci, aturdido al principio por su caída, había ensayado después a levantarse. Pero sus pies, sus piernas, sus manos estaban tan bien cogidas entre las mallas, que, no pudo por un momento desenredarse.

No había tiempo que perder. Daba terribles sacudidas, tirando de la red con todas sus fuerzas, levantándola, arrancándola de los postes que la mantenía en el suelo, mientras que los pájaros, grandes y pequeños, hacían el mismo trabajo para escapar.

Cuanto más luchaba el napolitano, más se enredaba entre las sólidas mallas de la inmensa red.

Le estaba reservada una humillación suprema.

Una de las jirafas, la montada por el chino, acababa de alcanzarle.

Li se arrojó a tierra, y con su fría malicia, pensando que el mejor medio de asegurar al prisionero era encerrarle definitivamente en la red, se apresuró a desatar la parte que se hallaba cerca de él, con la intención de amontonar unas sobre otras.

Repentinamente, se produjo un inesperado golpe teatral.

En aquel momento, el viento sopló con furia, encorvando los árboles de las cercanías, como si alguna espantosa tromba hubiese pasado al nivel del suelo.

Annibal Pantalacci, en sus esfuerzos desesperados, había arrancado ya un gran número de los piquetes que retenían la red por su apéndice inferior.

Viéndose entonces bajo amenaza de una captura inminente, comenzó a dar sacudidas más encarnizadas que nunca.

De pronto, un violento asalto del huracán arrancó la red.

Los últimos lazos que retenían en el suelo aquel inmenso tejido de cuerdas, fueron rotos, y la emplumada colonia que aprisionaba, tomó vuelo con un ruido atronador.

Los pájaros lograron huir, pero los grandes volátiles, enredadas sus garras en las mallas, en el momento en que sus vastas alas estuvieron libres, maniobraron con un conjunto formidable. Todos aquellos remos aéreos reunidos, todos aquellos músculos pectorales cuyos movimientos eran simultáneos, formaban, ayudados por la furia de la borrasca, una potencia tan colosal, que cien kilogramos no les pesaban más que lo que hubiera pesado una pluma.

De este modo la red, reducida, arrollada y desarrollada en sí misma, presentando presa a los asaltos del viento, se vio súbitamente levantada, con Annibal Pantalacci, cogido por los pies y, por las manos, a veinticuatro o treinta metros del suelo.

Cyprien llegó en aquel momento, y sólo pudo asistir a este rapto de su enemigo hacia la región de las nubes.

Entonces los gypaetos, fatigados por este primer esfuerzo, tendieron visiblemente a descender, describiendo una larga parábola.

En tres segundos bajó hasta las copas de los lentiscos y de las higueras de Indias que se extendían al oeste de los campos de maíz.

Luego de haber rasado la cima a tres o cuatro metros del suelo, volvió a levantarse por segunda vez en los aires.

El joven ingeniero y el chino contemplaban presas del mayor terror al desgraciado, suspendido en aquella red, que esta vez fue elevada a más de ciento cincuenta pies de altura, merced a un prodigioso esfuerzo de los volátiles, ayudados por la tormenta.

Inesperadamente se rompieron algunas mallas bajo los esfuerzos del napolitano. Viósele un instante colgado, procurar agarrarse a las cuerdas de la red... Pero sus manos se abrieron, soltó la presa y cayó como una masa, yendo a estrellarse luego en el suelo.

La red, aliviada de este peso, dio un último salto en el espacio, para caer luego a algunas millas más lejos, en tanto los gypaetos ganaban las altas zonas del espacio.

Cuando Cyprien corrió a socorrerle, su enemigo estaba muerto. Había ya dejado de existir en tan horribles condiciones.

De los cuatro rivales sólo él quedaba. Habían muerto los otros tres que con él se lanzaron en pos del mismo objetivo, a través de las llanuras del Transvaal.

XVIII.

El avestruz hablador

Una sola idea se apoderó de Cyprien y Li, luego que tuvo lugar la espantosa catástrofe: escapar del lugar en que había ocurrido.

Decidieron rodear el bosque hacia el Norte; marcharon en tal dirección por espacio de más de una hora, concluyendo por llegar al lecho de un torrente casi seco, que haciendo una brecha en el macizo de lentiscos, permitía rodearle.

Allí les aguardaba una nueva sorpresa. Este torrente vertía sus aguas en un lago bastante grande, en cuya orilla alzábase una zona de lujuriosa vegetación que hasta aquel momento permaneciera oculta a sus ojos.

Cyprien hubiera querido volver sobre sus pasos, siguiendo las orillas del lago; pero eran tan escarpadas en algunos puntos, que tuvo que renunciar a este proyecto. Por otra parte, volver atrás por el camino que acababa de seguir, le quitaba toda esperanza de encontrar a Matakít.

A la orilla opuesta del lago se elevaban colinas que uníanse mediante una serie de ondulaciones a otras montañas bastante altas.

Cyprien pensó que llegando a su cima tendría más probabilidades de obtener una vista de conjunto, y por consecuencia de formar un plan.

Li y él se pusieron, pues, en marcha con objeto de rodear el lago.

La ausencia de todo camino hacía esta operación penosa, sobre todo por la necesidad en que se veían a veces de llevar a las jirafas por la brida. Así fue que emplearon más de tres horas en franquear una distancia de siete u ocho kilómetros a vista de pájaro.

Por fin, cuando hubieron llegado casi al nivel de su punto de partida, sobre

la orilla opuesta, se acercaba la noche. Rendidos de fatiga se decidieron a acampar en aquel punto. Pero con los pocos recursos que tenían, esta instalación no podía ser confortable. Li, sin embargo, se ocupó, de ello con su celo habitual; hecho esto, se reunió con su amo.

—Padrecito —le dijo con su voz cariñosa e insinuante a la vez—, veo que estáis fatigado. ¡Nuestras provisiones están casi enteramente agotadas! Dejadme ir en busca de algún pueblo donde puedan prestarnos auxilio.

—¿Quieres abandonarme, Li? —preguntó Cyprien.

—¡Es forzoso, padrecito! —respondió el chino—. Tomaré una de las jirafas y marcharé hacia el Norte... La capital de ese Tonaia, de quien nos ha hablado Lopepe, no puede estar ya lejos; yo me arreglaré de modo que os hagan una buena acogida. Después nos volveremos al Griqualandia, donde nada tendréis ya que temer de esos miserables, puesto que los tres han sucumbido en esta expedición.

El joven ingeniero reflexionaba en la proposición que le hacía el adicto chino. Por un lado comprendía que si el cafre podía ser encontrado, era sobre todo en esta región donde le había entrevisto la víspera, y que por tanto convenía no abandonarla; por otra, veía la necesidad de renovar sus recursos, por el momento insuficientes. Cyprien se decidió, pues, aunque con disgusto, a separarse de Li, y se convino que aguardaría en aquel sitio durante cuarenta y ocho horas. En este tiempo el chino, montado sobre su rápida jirafa, podía haber reconocido gran parte de esta región y estar de vuelta en el campamento.

Convenido esto, Li quiso aprovechar el tiempo. En cuanto a la cuestión de reposo, le preocupaba poco. Ya sabría pasarse sin dormir. Despidióse, pues, de Cyprien, besándole la mano, cogió su jirafa, saltó sobre ella y desapareció en la oscuridad.

Por la primera vez, después de su partida de Vandergaart Kopje, Cyprien se encontró solo en pleno ardiente desierto. Se sentía profundamente entristecido, y no pudo menos de abandonarse a los más lúgubres pronósticos. Aislado, casi sin víveres y municiones, ¿qué iba a ser de él en aquel país desconocido, a muchos centenares de leguas de toda región civilizada? ¡Reunirse a Matakít era una probabilidad muy dudosa! ¿No podía encontrarse a menos de quinientos metros sin sospecharlo? ¡Decididamente la expedición había sido tan desastrosa, y se había distinguido por una multitud de trágicos acontecimientos! ¡Cada cien millas de camino hecho, había costado la vida a uno de sus miembros! ¡Uno sólo quedaba todavía!... ¡Él!... ¿Estaba destinado a concluir tan miserablemente como los otros?

Tales eran las tristes reflexiones de Cyprien, que, a pesar de ellas, logró, por último, conciliar el sueño.

La frescura de la mañana y el reposo que acababa de gustar, dieron a sus ideas, cuando se despertó, un carácter más confiado. Aguardando el regreso del chino, resolvió hacer la ascensión de la alta colina, al pie de la cual se había detenido. De este modo podía explorar con la mirada da una extensión más vasta del país y llegar tal vez, con ayuda de su antejo, a descubrir alguna huella del prófugo Matakít. Pero, para hacerla, era necesario separarse de su jirafa, pues ningún naturalista ha clasificado nunca a estos cuadrúpedos en la familia de los trepadores.

Cyprien comenzó por desembarazarla de la cabezada, tan ingeniosamente fabricada por Li; después la ató por una pierna a un árbol, rodeado de una hierba gruesa y fuerte, dando a la cuerda una longitud suficiente para que pudiese pacer a su gusto. Y en verdad que, añadiendo la medida del cuello a la de la cuerda, el radio de acción de esta graciosa bestia no dejaba de ser bastante extenso.

Terminados estos preparativos, el joven francés se echó el fusil sobre un hombro, su cubierta sobre el otro, y después de despedirse de su jirafa con una amistosa palmada, comenzó la ascensión de la montaña, que fue larga y penosa.

Se pasó todo el día en escalar abruptas pendientes, en rodear rocas infranqueables, en volver a comenzar por el Este o por el Sur una tentativa infructuosamente intentada por el Norte o el Oeste.

Al llegar la noche, Cyprien sólo había llegado a la mitad del camino, y tuvo que aplazar para el día siguiente la continuación de la ascensión.

Al despuntar el día luego de haberse asegurado que Li no había vuelto al campamento, prosiguió su marcha, llegando a la cima de la montaña a cosa de las once de la mañana.

Una cruel decepción le esperaba. El cielo estaba cubierto de nubes. Espesas nieblas flotaban sobre los flancos interiores.

En vano Cyprien intentó traspasar la densa cortina para sondear con la mirada los valles vecinos. Todo el país desaparecía bajo un amontonamiento de vapores informes que no dejaban distinguir nada detrás de ellos.

El ingeniero se obstinó, esperando que una claridad vendría a manifestarle los vastos horizontes que esperaba abarcar, pero inútilmente. A medida que avanzaba el día, las nubes parecían más espesas, y al llegar la noche el tiempo se fijó decididamente en lluvia.

—El joven ingeniero se halló pues, sorprendido por este prosaico meteoro, precisamente en la cima desnuda de todo árbol y sin una roca susceptible de servir de abrigo.

Nada más que el suelo pelado y reseco, y a su alrededor, la noche que avanzaba, acompañada de una lluvia fina y penetrante que poco a poco recaló la cubierta y los vestidos, llegando hasta la piel.

La situación se hizo crítica, pero no quedó más remedio que aceptarla. Efectuar la bajada en semejantes condiciones, hubiera sido una locura. Cyprien tomó, pues, el partido de dejarse calar hasta los huesos, contando con secarse al día siguiente a los benéficos rayos del sol.

Pasado el primer momento de emoción, Cyprien, para consolarse de su mala ventura, se dijo que aquella lluvia, ducha refrescante que neutralizaba la sequedad de los días anteriores no tenía nada de desagradable; pero una de sus más tristes consecuencias fue obligarle a comer sus provisiones, si no del todo crudas, por lo menos frías.

No había que pensar, con un tiempo semejante, en encender fuego, ni siquiera una cerilla.

Se contentó pues, con abrir una caja de conserva y comerla bajo esta forma elemental.

Una o dos horas después, entumecido por la frescura de la lluvia, el joven ingeniero logró dormirse, la cabeza apoyada sobre una gruesa piedra cubierta con su empapada manta. Cuando se despertó, se sintió presa de una ardiente fiebre.

Comprendiendo que estaba perdido si continuaba por más tiempo tomando una ducha semejante, pues la lluvia no cesaba de caer a torrentes; Cyprien hizo un esfuerzo, se levantó, y apoyado sobre su fusil como sobre un bastón, comenzó a descender la montaña.

¿Cómo llegó hasta abajo? Difícilmente hubiera podido decirlo él mismo. Tan pronto rodando sobre los húmedos taludes, como resbalando a lo largo de las mojadas rocas, magullado, jadeante, ciego, quebrantado por la fiebre, pero, no obstante, continuar su camino y llegar a mediodía al campamento en que había dejado la jirafa convenientemente resguardada.

El animal había partido impacientado sin duda por la soledad, y tal vez obligado por el hambre, pues la hierba estaba absolutamente consumida en todo el círculo de que su cuerda formaba el radio, había concluido por atacar el lazo que la retenía, y después de haberlo roído, recobró su libertad.

Cyprien hubiera sentido más vivamente este nuevo golpe de su mala suerte, si se hubiese hallado en su estado normal; pero su laxitud extrema y abatimiento, no le dejaron ni aún la fuerza necesaria para ello; sólo pensó en arrojar sobre su maleta impermeable; que encontró felizmente, ponerse vestidos secos, y después caer, rendido de fatiga, bajo el abrigo de un boabab

que daba sombra al desolado campamento.

Entonces comenzó para él un sorprendente periodo de letargo, de fiebre, de delirio, en que todas las nociones se confundían, en que el tiempo, el espacio, las distancias, no tenían realidad. ¿Era de día o de noche? ¿Llovía o hacía sol? ¿Se encontraba allí hacía doce horas o sesenta? ¿Vivía aún o estaba muerto? No sabía nada. Sueños graciosos y pesadillas espantosas se sucedían sin tregua en el teatro de su imaginación. París, la Escuela de Minas, el hogar paterno, la granja de Vandergaart Kopje, miss Watkins, Annibal Pantalacci, Hilton, Friedel y manadas de elefantes, Matakít y el vuelo de los pájaros recorriendo un cielo sin límites; todos los recuerdos, todas las sensaciones, todas las antipatías, todas las ternuras luchaban en su cerebro incoherente como en una batalla.

A estas creaciones de la fiebre venían a añadirse otras impresiones exteriores. Lo más espantoso de todo esto fue que en medio de una tempestad de ladridos de chacales, de maullidos de gato-tigres, de burlonas risas de las hienas, el enfermo inconsciente prosiguió laboriosamente la novela de su delirio, y creyó oír un disparo de fusil, al que siguió un gran silencio. Después, el infernal concierto volvió a empezar con más fuerza, para prolongarse hasta la llegada del día.

Sin duda, durante esta alucinación, Cyprien habría pasado, sin sentirlo, de la fiebre al reposo eterno, si el acontecimiento más raro, más extravagante en apariencia, no hubiese venido a trastornar el curso natural de las cosas.

Llegó la mañana, ya no llovía, y el sol estaba bastante alto sobre el horizonte. Cyprien acababa de abrir los ojos y miraba, pero sin curiosidad, un avestruz de enorme talla que, luego de haberse aproximado a él, acababa de detenerse a dos o tres pasos de distancia.

—¿Será el avestruz de Matakít? —preguntóse persiguiendo siempre su idea fija.

El animal en persona se encargó de contestarle y, lo que es más, de hacerlo en un excelente francés.

—¡No me engaño!... ¡Cyprien Meré!... Mi pobre camarada, ¿qué diablos haces aquí?

¡Un avestruz que habla francés!... ¡Un avestruz que conocía su nombre!... Ciertamente, había motivo para admirar a una inteligencia tranquila y reposada. Pues bien, a Cyprien no le chocó este fenómeno inverosímil, y le encontró muy natural. Ya lo había observado otras veces en sueños, durante la noche precedente. Le pareció simplemente la consecuencia de un desarreglo mental.

—No sois político, señor avestruz —contestó—. ¿Qué derecho tenéis para tutearme?

Hablaba con un tono seco, entrecortado, peculiar de los calenturientos, que no pueden dejar ninguna duda sobre su estado, con lo que pareció conmoverse vivamente el avestruz.

—¡Cyprien!... ¡Amigo mío!... ¡Estás enfermo y solo en este desierto! —exclamó cayendo de rodillas junto a él.

Éste era un fenómeno fisiológico, no menos anormal que el don de la palabra en las zancudas, porque la genuflexión es mi movimiento que les está ordinariamente prohibido por la Naturaleza. Pero el joven ingeniero en medio de su fiebre, persistía en no admirarse. Hasta encontró natural que el avestruz sacase de debajo de su alón izquierdo una vasija de cuero llena de agua fresca mezclada con coñac, y le pusiese el cuello entre sus labios.

Lo único que empezó a sorprenderle fue que el extraño animal se levantase para arrojar a tierra una especie de cubierta de marabut, que parecía ser su plumaje natural, y después un largo cuello coronado con una —cabeza de pájaro. Y entonces, despojado de aquellos adornos de pega, el avestruz se le apareció bajo la forma de un mocetón sólido, vigoroso, que no era otro que Pharamond Barthés, un gran cazador ante Dios y ante los hombres.

—¡Soy yo! —declaró aquel Pharamond—. ¿Acaso no has reconocido mi voz a las primeras palabras que te he dirigido?... ¿Estás admirado de mi traje?... Es un ardid de guerra que he tomado de los cafres para lograr poder aproximarme a los verdaderos avestruces y tirarles más fácilmente la azagala... Pero hablemos de ti, mi pobre amigo. ¿Cómo te encuentras aquí enfermo y abandonado?... Gran casualidad ha sido hallarte en este sitio, cuando hasta ignoraba que estuvieras en este país.

Cyprien, que no se encontraba en disposición de hablar, no pudo dar a su amigo sino indicaciones sumarias. Por otra parte, comprendiendo Pharamond Barthés que lo que más urgía era procurar al enfermo los socorros que le habían faltado hasta entonces, se dispuso a tratarlo lo mejor que le fuese posible.

Su experiencia del desierto era grande, y había aprendido de los cafres un tratamiento de extremada eficacia para la fiebre palúdica, de que estaba atacado su pobre camarada.

Pharamond Barthés empezó a cavar en el suelo una especie de fosa que llenó de leña, después de haber establecido una boca de tiro para que se introdujese el aire exterior. Esta leña, encendida y consumida, transformó bien pronto la fosa en un verdadero horno. Pharamond Barthés colocó en él a Cyprien Méré, luego de haberle arropado con cuidado y dejado libre solo la

cabeza. No habían pasado ni diez minutos, cuando una transpiración abundante empezó a darse; transpiración que el doctor improvisado cuidó de activar con la ayuda de cinco o seis tazas de una tisana que hizo con hierbas cuya virtud conocía.

El joven ingeniero no tardó en dormirse en esta estufa, con un sueño reparador.

Al ponerse el sol, cuando abrió los ojos, el enfermo se sintió tan aliviado, que pidió de comer. Su ingenioso amigo tenía respuesta para todo: le sirvió al acto un excelente potaje que había compuesto con los productos más delicados de su caza y unas raíces de varias clases. Un ala de avutarda asada, una taza de agua mezclada con coñac, completaron esta comida, que devolvió algunas fuerzas a Cyprien, y acabó de disipar de su cerebro aquellos vapores que le oscurecían.

Una hora después de esta comida de convalecientes, Pharamond Barthés, que también había comido convenientemente, estaba sentado cerca del joven ingeniero y le contaba cómo se encontraba allí, solo, y en tan extraño equipaje.

Ya sabes —le explicó—, de lo que soy capaz por intentar una nueva caza. He derribado, después de seis meses, tantos elefantes, cebras, jirafas, leones y otras especies de toda clase de pelo y pluma (sin dejar en olvido un águila caudal que es el orgullo de toda mi colección) que hace unos cuantos días se me ocurrió variar mis placeres cinegéticos. Hasta aquí no había viajado sino escoltado por mis basutos. Una centena de mozos resueltos que pago a razón de un saquito de cuentas de vidrio por mes, y que se arrojarían al fuego por su señor y amo. Pero últimamente he recibido hospitalidad en los dominios de Tonaia, gran jefe de este país, y deseando obtener de él el derecho de cazar en sus tierras —derecho del que es tan celoso como un lord escocés— he consentido en prestarle mis basutos con cuatro fusiles, para una expedición que meditaba contra uno de sus vecinos. Este armamento le ha hecho invencible, y ha conseguido sobre su enemigo el triunfo más señalado. De aquí una amistad profunda, sellada por un cambio de sangre, es decir, que nos hemos chupado mutuamente una picadura hecha en el antebrazo. A partir de esto Tonaia y yo somos amigos para siempre. Seguro ya de no ser inquietado en la extensión de sus dominios, anteayer he partido para cazar el tigre y el avestruz. En cuanto al tigre, he tenido el placer de matar uno en la noche última, y estoy seguro de que habrás oído el estrépito que ha precedido a esta proeza. Figúrate que había armado una tienda-abrigo cerca del armazón de un búfalo muerto ayer, con la fundada esperanza de ver llegar por la noche al tigre de mis sueños. En efecto, el tunante no ha faltado a la cita, atraído por el olor de la carne fresca; pero la desgracia ha querido que doscientos o trescientos chacales, hienas y gatotigres tuviesen la misma idea que él. De aquí un concierto de los más discordantes, que ha debido llegar hasta ti.

—¡Ya lo creo que lo he oído! —contestó Cyprien—, y hasta he creído que se daba en honor mío.

—¡Pues estabas equivocado, amigo mío! —afirmó Pharamond Barthés.

—Era en honor del armazón del búfalo, colocado en el fondo de ese valle que puedes distinguir a la derecha. Cuando ha llegado el día, no quedaba del enorme rumiante más que los huesos. ¡Ya te lo enseñaré!

¡Es un lindo trabajo de anatomía!... ¡Verás también mi tigre, la más hermosa bestia que he derribado desde que estoy cazando en África! La he despellejado ya, y su piel está en disposición de secarse sobre un árbol.

—Pero ¿por qué el singular disfraz que llevabas esta mañana? inquirió Cyprien.

—Era mi traje de avestruz. Según te he dicho ya, los cafres emplean frecuentemente este ardid para acercarse a estas zancudas, que son muy desconfiadas y difíciles de tirar sin emplearlo... ¡Me dirás que tengo mi excelente rifle!... Es verdad; pero ¡qué quieres!, he tenido el capricho de cazar al estilo cafre, y esto es lo que me ha procurado la ventaja de encontrarte, muy a propósito, ¿no es cierto?

—¡Tan a propósito, Pharamond, que sin ti no estaría en este mundo! —aseguró Cyprien apretando cordialmente la mano de su amigo.

Estaba ya fuera de su estufa y muellemente reclinado sobre un lecho de hojas que su compañero le había acomodado al pie del baobab.

El bravo muchacho no se contentó con esto; quiso ir a buscar al vecino valle la tienda abrigo que llevaba siempre en sus expediciones, y un cuarto de hora después, la había levantado encima de su querido enfermo.

—Y ahora, dijo, veamos tu historia, amigo Cyprien, si es que al contármela no te has de fatigar demasiado.

El joven ingeniero se sentía bastante fuerte para satisfacer la curiosidad comprensible de Pharamond Barthés. Contóle sumariamente los acontecimientos que le habían ocurrido en Griqualandia, por qué había abandonado este país en persecución de Matakít y de su diamante, cuáles habían sido los principales hechos de su expedición, la triple muerte de Annibal Pantalacci, de Friedel y de James Hilton, la desaparición de Bardik, y por último, cómo esperaba a su servidor Li, que debía venir a reunírsele en el campamento.

Pharamond Barthés escuchaba con atención. Interrogado sobre si había encontrado a un cafre cuyas señas le dio Cyprien, y que eran las de Bardik, respondió negativamente.

—Pero —advirtió—, he encontrado un caballo perdido, que muy bien podría ser el tuyo. Y de una tirada contó a Cyprien las circunstancias en que este caballo había caído en su poder.

—Hace precisamente tres días —explicó— que cazaba junto a tres de mis basutos en las montañas del Sur, cuando de repente veo desembocar por la garganta de un camino un excelente caballo gris, completamente en pelo, salvo una cabezada y un ramal que llevaba colgando. El animal parecía indeciso sobre lo que debía hacer; le llamé, le enseñé un puñado de azúcar, y vino hacia mí... Excelente bestia, lleno de valor y de fuego, curado como un jamón...

—¡Es el mío!... ¡Es «Templar»! —le interrumpió Méré.

—Pues bien, amigo mío, «Templar» es tuyo —declaró Pharamond Barthés—, y tendré un verdadero placer en devolvértelo. Vamos, buenas noches, descansa ahora; mañana al amanecer abandonarás este lugar de delicias.

Y juntando el ejemplo a la palabra, Pharamond Barthés se enrolló en su manta y se durmió junto a Cyprien.

Al otro día, el chino entraba en el campamento con algunas provisiones. Antes que Cyprien despertara, Pharamond Barthés, después de haberle puesto al corriente de cuanto había sucedido, le encargó que cuidase de su amo, mientras que él iba a buscar el caballo cuya pérdida había dolido tanto al joven ingeniero.

XIX.

La caverna maravillosa

Al despertarse Cyprien esa mañana, encontró a «Templar» delante de él. Se hubiera dicho que el caballo experimentaba tanto placer como su jinete en volver a ver a su fiel compañero de viaje.

Nuestro ingeniero se sintió bastante fuerte para desayunar, montar a caballo y partir inmediatamente. En vista de ello, Pharamond Barthés colocó todos los bagajes sobre la grupa de «Templar», tomó al animal por la brida y se pusieron en camino hacia el poblado de Tonaia.

En el camino, Cyprien contó a su amigo con mayores detalles los principales incidentes de la expedición desde su salida del Griqualandia. Cuando llegó a la última desaparición de Matakít, del cual le dio las señas, Pharamond Barthés se echó a reír.

—Creo —afirmó— que ahora sí que voy a poder darte noticias del ladrón,

si no de tu diamante.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Cyprien, muy sorprendido.

—Que mis basutos han traído prisionero a un joven cafre, errante por el país, que han entregado, atado de pies y manos, a mi amigo Tonaia. Creo que a éste le habrán jugado una mala partida, porque tiene mucho miedo de los espías, y el cafre, perteneciente sin duda a una raza enemiga de la suya, no podía ser acusado más que de espionaje. Pero hasta ahora, se ha respetado su vida. Por suerte para el pobre diablo, se ha descubierto que sabía algunos juegos de manos, y podía aspirar al rango de adivino.

—¡Ya no dudo de que sea Matakít! —afirmó Cyprien.

—Pues bien, puede vanagloriarse de haber escapado de una buena —aseguró el cazador. Tonaia ha inventado para sus enemigos una variedad de suplicios que no dejan nada que desear. Pero, te lo repito, puedes estar tranquilo por tu antiguo servidor. Está protegido por su cualidad de adivino, y le encontraremos esta misma noche con perfecta salud.

Inútil es insistir sobre lo satisfactoria que esta noticia debía de ser para Cyprien Méré. Seguramente había alcanzado su objeto, pues no dudaba de que Matakít le entregaría el diamante de John Watkins, si lo tenía aún en su poder.

Los dos amigos continuaron su conversación durante todo el día, atravesando la llanura que el joven ingeniero había recorrido montado en su jirafa algunos días antes.

Aquella misma noche se divisó el poblado de Tonaia, medio dispuesto en anfiteatro, sobre una ondulación que formaba el horizonte hacia el Norte. Era una verdadera ciudad de diez a quince mil habitantes, con unas calles bien trazadas, cabañas espaciosas y casi elegantes, presentando el aspecto de la prosperidad y de la abundancia. El palacio del rey, rodeado de altas empalizadas y guardado por los guerreros negros armados de lanzas, ocupaba él solo una cuarta parte de la superficie total de la ciudad.

Pharamond Barthés sólo tuvo necesidad de presentarse para que todas las barreras se bajasen delante de él, y fue inmediatamente conducido con Cyprien, a través de una serie de extensos patios, hasta la sala de ceremonias en donde se encontraba «el invencible conquistador» en medio de una nutrida concurrencia, en la que no faltaban ni los oficiales ni los guardias.

Tonaia debía contar unos cuarenta años. Era alto y robusto. Adornado cuidadosamente con una diadema de dientes de jabalí, su traje se componía de una túnica roja, sin mangas, y de un delantal del mismo color, ricamente bordado con perlas de vidrio. Llevaba en los brazos y en las piernas numerosos brazaletes de cobre. Su fisonomía era inteligente y fina, pero

cautelosa y dura.

Hizo una gran acogida al cazador, a quien no había visto hacía ya algunos días, y, por deferencia, a Cyprien Méré, el amigo de su fiel aliado. Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos —manifestó como lo hubiera hecho un burgués del Marais.

Y advirtiendo el cansancio de su nuevo huésped, Tonaia se apresuró a destinarle una de las mejores habitaciones de su palacio y hacerle servir una excelente cena.

Por iniciativa de Pharamond Barthés, no se abordó la cuestión de Matakít, que fue reservada para la mañana siguiente con la impaciencia de Cyprien.

Al otro día, en efecto, Cyprien, decididamente repuesto, se preparaba a reaparecer ante el rey. Toda la corte estaba reunida en el gran salón del palacio. Tonaia y sus dos huéspedes estaban en medio del círculo. Inmediatamente Pharamond Barthés abordó la negociación en el idioma del país, que hablaba bastante correctamente.

—Mis basutos te han traído recientemente un joven cafre que han hecho prisionero —recordó al reyezuelo—. Ese joven cafre resulta ser el servidor de mi compañero, el gran sabio Cyprien Méré, que viene a demandarte la generosidad de que se lo devuelvas. Por esto, yo, que soy su amigo y el tuyo, me atrevo a apoyar su justa petición.

Desde las primeras palabras, Tonaia creyó deber tomar un aire diplomático.

—¡El gran sabio blanco sea bienvenido! —manifestó—. Pero ¿qué ofrece por el rescate del prisionero?

—Un excelente fusil, diez veces diez cartuchos y un saquito de perlas de vidrio contestó Pharamond Barthés.

Un lisonjero murmullo corrió por todo el auditorio, vivamente impresionado con el esplendor de la oferta. Sólo Tonaia, siempre diplomático, fingió no quedar admirado.

—Tonaia es un gran príncipe —aseguró levantándose sobre su escabel real—, y los dioses le protegen. Hace un mes le han enviado a Pharamond con bravos guerreros y fusiles para ayudarle a vencer a sus adversarios. Por lo cual, si Pharamond Barthés tiene empeño en ello, el servidor será devuelto sano y salvo a su amo.

—¿Dónde se halla en este momento? —quiso saber el cazador.

—En la caverna sagrada, donde está guardado noche y día —contestó Tonaia con el énfasis de circunstancias, que convenía a uno de los más

poderosos soberanos de la Cafrería.

Pharamond Barthés se apresuró a transmitir estas respuestas a Cyprien y pidió al rey el favor de ir con su compañero a buscar al prisionero a dicha gruta.

A estas palabras, respondió un murmullo desaprobador en toda la asamblea. La pretensión de aquellos europeos parecía exorbitante. Jamás, bajo ningún pretexto, un extranjero había sido admitido en aquella caverna misteriosa. Una tradición respetada declaraba que el día en que los blancos conociesen el secreto, el imperio de Tonaia se derrumbaría convertido en polvo.

Pero el rey no gustaba de que su corte se mezclase en prejuzgar ninguna de sus decisiones, y este murmullo le decidió, por un capricho de tirano, a recordar lo que probablemente hubiera rehusado sin esta explosión del sentimiento general.

—Tonaia ha cambiado su sangre con su aliado Pharamond Barthés —manifestó— y nada tiene que ocultarle. Tu amigo y tú, ¿sabéis guardar un juramento?

Pharamond Barthés hizo un gesto afirmativo.

—¡Pues bien! —decidió el soberano negro—. ¡Jurad no tocar nada de lo que veáis en aquella caverna!... ¡Jurad conducirnos en toda ocasión cuando hayáis salido, como si no conociésemos su existencia!...

¡Jurad no procurar nunca penetrar de nuevo, ni intentar reconocer la entrada!... ¡Jurad, en fin, no decir a nadie lo que hayáis visto!...

Barthés y Méré, con la mano extendida, repitieron palabra por palabra la fórmula del juramento que se les había impuesto.

En seguida Tonaia dio algunas órdenes en voz baja, toda la corte se levantó, y los guerreros se formaron en dos filas. Algunos servidores llevaron tiras de fina tela, que sirvieron para vendar los ojos de los dos extranjeros; después el rey se colocó entre ellos, en el fondo de un gran palanquín de paja, que algunas docenas de cafres cargaron sobre sus espaldas, y el cortejo se puso en marcha.

El viaje fue bastante largo, dos horas de camino a lo menos. A juzgar por la naturaleza de las sacudidas que experimentaba el palanquín, Pharamond Barthés y Cyprien creyeron reconocer que iban atravesando un distrito montañoso.

Luego, una gran frescura en el rostro y el eco sonoro de los pasos de la escolta repercutiendo por murallas muy próximas una a otra indicaron que habían entrado en un subterráneo. Finalmente, unas bocanadas de humo

resinoso, cuyo olor les llenó al rostro, hicieron comprender a los dos amigos que habían encendido antorchas para alumbrar el camino.

La marcha duró un cuarto de hora, después del cual el palanquín fue depositado en tierra.

Tonaia hizo que fuesen bajados los huéspedes y ordenó que les quitasen las vendas.

Bajo la impresión del deslumbramiento que causa la vuelta repentina a la luz, después de una suspensión prolongada de las funciones visuales, Pharamond Barthés y Cyprien se creyeron, por el primer momento, presa de una alucinación extática: ¡tan espléndido e inesperado era el espectáculo que se ofrecía a sus ojos!

Ambos se encontraban en el centro de una caverna inmensa; el suelo estaba cubierto de una arena fina, mezclada con pepitas de oro.

Su bóveda, tan alta como la de una catedral gótica, se perdía a la vista, formando como una densa nube.

Las paredes de esta caverna natural estaban tapizadas de estalactitas de una variedad de tonos y una riqueza desconocidas, sobre las cuales el reflejo de las antorchas arrojaba los fuegos del arco iris, mezclados a las llamaradas de los tonos y a la radiación de las auroras boreales.

Los más variados colores, las más extrañas formaciones, las tallas más imprevistas, caracterizaban estas innumerables cristalizaciones.

No sucedía como en la mayor parte de las cavernas, en las que montones de lágrimas de cuarzo se reproducen con una uniformidad llena de monotonía. Aquí la Naturaleza, dando libre curso a su fantasía, parecía haberse complacido en agotar todas las posibles combinaciones de tintas y efectos, a los que tan maravillosamente se presta la vitrificación de las auroras boreales.

Rocas de amatista, murallas de sardónice, bancos de rubíes, agujas de esmeraldas, columnatas de zafiros, esbeltas y profundas como bosques de pinos o icebergs de aguas marinas, girándulas de turquesas, espejos de ópalo, florescencias de yeso rosa y de lapislázuli de venas de oro, todo lo que el reino cristalino puede ofrecer de más precioso y deslumbrador, había servido de materiales a esta sorprendente arquitectura. Todavía más; todas las formas, hasta las del reino vegetal, parecían haber contribuido a este trapajo superior a todas las concepciones humanas.

Tapices de musgos minerales, aterciopelados como el gazón más fino, arborizaciones cristalinas, cargadas de flores y frutos de pedrería, recordaban aquellos mágicos jardines que reproducen con tanta sencillez las láminas japonesas. Más lejos, un lago artificial, formado por un diamante de veinte

metros de longitud, engastado en la arena, parecía un palenque dispuesto para recreo de los patinadores. Palacios aéreos de caledonia, kioscos y campanarios de berilo o de topacios, se amontonaban de piso en piso, hasta el punto que la vista, cansada ya de tantos esplendores, se rehusaba a seguirlos. Por último, la descomposición de los rayos luminosos a través de aquellos millares de prismas, los fuegos de artificio de chispas que estallaban de todas partes y que caían en haces inflamados, constituían la más admirable sinfonía de luz y de color.

Cyprien Méré no dudaba ya; se encontraba transportado a uno de aquellos misteriosos depósitos cuya existencia había sospechado hacía ya tiempo, en cuyo fondo la avara Naturaleza ha podido atesorar y cristalizar en bloques esas gemas preciosas de las que no cede al hombre, y en los más favorecidos placeres, sino restos aislados y fragmentarios. Tentado por un momento de poner en duda lo mismo que tenía ante sus ojos, le había bastado, al pasar cerca de un enorme banco de cristal, haber frotado con la sortija que llevaba en el dedo para asegurarse de su dureza al ver que su diamante ¡no valía nada comparado con aquel cristal de cuatrillones de cuatrillones de billones de valor!

Eran, pues, diamantes, rubíes, zafiros lo que contenía aquella inmensa cripta; y en masas tan prodigiosas, que su valor, al precio que los hombres dan a estas sustancias minerales, debía escapar a todo cálculo.

Sólo los números o cantidades astronómicas hubieran podido dar una aproximación, difícilmente apreciable de todos modos. ¡En efecto, habían allí, enterrados bajo la tierra, ignorados e improductivos, trillones de cuatrillones de billones de valor!

¿Tonaia tenía conciencia de la prodigiosa riqueza que estaba a su disposición? No era probable, porque Pharamond Barthés, poco fuerte en estas materias, no parecía ni aun sospechar por un momento que aquellos maravillosos cristales fuesen piedras finas. Sin duda el soberano negro se creía simplemente el dueño y guardián de una caverna particularmente curiosa, de la que un oráculo o cualquier superstición tradicional le impedía confiar el secreto.

Lo que parecía confirmar esta opinión, fue la observación que inmediatamente hizo Cyprien, del gran número de osamentas humanas amontonadas en ciertos rincones de la caverna. ¿Era éste el sitio de sepultura de la tribu? O bien —suposición más horrible, y sin embargo verosímil— ¿había servido, o servía aún para celebrar algunos terribles misterios en los cuales se vertía la sangre humana, tal vez en interés de canibalismo?

Pharamond Barthés se inclinaba a esta última opinión, y le dijo en voz baja a su amigo:

—Tonaia me ha afirmado, sin embargo, que después de su advenimiento, no ha tenido lugar semejante ceremonia. Pero, lo confieso —agregó—, el espectáculo de este osario destruye singularmente mi confianza.

Y le enseñaba un enorme montón formado recientemente y en el cual se notaban signos evidentes de cocción.

Esta impresión debió quedar poco después plenamente confirmada. El reyezuelo y sus huéspedes acababan de llegar al fondo de la gruta, ante la abertura de una hondonada comparable a una de las capillas que se construyen en las naves laterales de las basílicas.

Detrás de la reja de palo de hierro que cerraba la entrada, un prisionero estaba encerrado en una caja de madera del ancho preciso para poderse mantener agachado, destinado, esto era evidente, a ser engordado para algún festín próximo. Era Matakít.

—¡Vos... padrecito! —exclamó el infortunado cafre en cuanto apercibió y reconoció a Cyprien—. ¡Ah! ¡Llebadme, libertadme!... Prefiero volver al Griqualandia, aun cuando deba morir ahorcado, a quedarme en este gallinero, aguardando el espantoso suplicio que el cruel Tonaia me reserva antes de devorarme.

Esto fue dicho por el pobre diablo con voz tan lamentable, que Cyprien se sintió conmovido.

—¡Sea Matakít! —le prometió—. Yo puedo obtener tu libertad, pero no saldrás de esta caja hasta que hayas restituido el diamante...

—¡El diamante, padrecito! —exclamó el cafre—. ¡El diamante! ¡Yo no lo tengo!... ¡No lo he tenido jamás!... ¡Os lo juro!... ¡Os lo juro!...

Dijo esto con tal acento de verdad, que Cyprien comprendió que no podía poner en duda su probidad.

Además, ya sabemos que le costó trabajo creer que Matakít fuese autor de semejante robo.

Sin embargo, le preguntó:

—Mas, en este caso, sino robaste el diamante, ¿por qué has huido?

—¿Por qué padrecito? —contestó Matakít—. Pues porque cuando mis compañeros han sufrido la prueba de las varitas, han dicho que nadie más que yo podía ser el ladrón, y que había echado mano de aquel ardid para distraer las sospechas. Y como en Griqualandia, cuando se trata de un cafre (no ignoráis eso) le condenan y cuelgan más pronto que le interrogan. He tenido miedo y he huido del Transvaal como un culpable.

—Lo que dice ese pobre diablo parece ser verdad —observó Pharamond

Barthés.

—Por lo menos yo sí le creo —declaró Cyprien—, y tal vez no se haya equivocado al sustraerse a la justicia del Griqualandia.

Después, dirigiéndose a Matakít, agregó:

—No dudo de que eres inocente del robo de que te acusan, pero en Vandergraart Kopje tal vez no nos crean cuando afirmemos tu inocencia. ¿Quieres correr el riesgo de volver allá?

—¡Sí, lo arriesgo todo... con tal de no permanecer aquí por más tiempo! —gritó Matakít presa del más vivo terror.

—Vamos a negociar este asunto —dijo entonces Cyprien—; ya se está ocupando de él mi amigo Pharamond Barthés.

Y, en efecto, el cazador, a quien no gustaba perder el tiempo, estaba ya en gran conferencia con Tonaia.

—¡Habla con franqueza!... ¿Qué quieres en cambio de tu prisionero? —preguntó al rey negro.

Éste reflexionó un instante, y concluyó por decir:

—Deseo cuatro fusiles, diez veces diez cartuchos para cada arma y cuatro saquitos de perlas de vidrio. No es demasiado, ¿eh?

—Es veinte veces más de lo justo; pero Pharamond Barthés es tu amigo y está dispuesto a complacerte...

A su vez se detuvo un instante, y añadió:

—Escucha, Tonaia; tendrás los cuatro fusiles, los cuatrocientos cartuchos y cuatro saquitos de perlas. Pero a tu vez me entregarás un tiro de bueyes para conducir toda esta gente a través del Transvaal con los víveres necesarios y una escolta de honor.

—¡Acepto! —declaró Tonaia con completa satisfacción.

Después añadió confidencialmente inclinándose hasta rozar el oído de Pharamond:

—Ya hemos encontrado los bueyes... Son dos de esas gentes que mis hombres han sorprendido disponiéndose a volver al establo y que han conducido a mi kraal... Eso es ardid bueno de guerra, ¿no es verdad?

El prisionero quedó inmediatamente libre, y después de una última mirada dirigida a los esplendores de la caverna, Cyprien, Pharamond Barthés y Matakít se dejaron dócilmente vendar los ojos, y regresaron al palacio de Tonaia, donde se dio un gran festín para celebrar la conclusión del tratado.

Por último, quedó convenido que Matakít no reaparecería de momento en Vandergaart Kopje, que se quedaría en las cercanías y no entraría al servicio del joven ingeniero hasta que éste estuviese seguro de que podía hacerlo sin tomar riesgo. Según podremos ver esta precaución no era inútil.

A la mañana siguiente, Pharamond Barthés, Cyprien, Li y Matakít partían con una buena escolta al Griqualandia. Pero ya no cabía hacerse ilusiones: La Estrella del Sur podía darse por irremisiblemente perdida, y míster Watkins no podría enviarla a brillar a la Torre de Londres, entre las más hermosas joyas de Inglaterra.

XX.

El regreso

Desde que los cuatro pretendientes salieron en pos de Matakít. John Watkins se había mostrado de un humor cada vez peor. Cada día, cada semana que pasaba, parecía agregar un obstáculo más disminuyendo las probabilidades que creía tener de recobrar el diamante. Además le faltaban sus comensales diarios, James Hilton, Friedel, Annibal Pantalacci, y hasta el propio Cyprien Méré, a quien se había acostumbrado a ver tan frecuentemente junto a él. Revolvíase pues, ante su botella de ginebra y, preciso es decir, los suplementos alcohólicos que ingería no eran los más a propósito para dulcificar su carácter.

Y no era esto solo. En la granja se tenían serios motivos de inquietud sobre la suerte de los que sobrevivían a la expedición. Esta inquietud la había traído Bardik. Éste, que, en efecto, había sido hecho prisionero por una partida de cafres, como pensaron desde luego sus compañeros, había logrado escaparse algunos días después. De vuelta al Griqualandia, había comunicado a míster Watkins la muerte de James Hilton y de Friedel. Mal augurio era éste para los sobrevivientes de la expedición. Cyprien Méré, Annibal Pantalacci y el chino.

Con estas noticias, Alice Watkins se sentía muy desgraciada. Ya no cantaba, y su piano permanecía invariablemente mudo; sus avestruces apenas lograban interesarla. La propia Dada no tenía ya el don de hacerla sonreír por su voracidad, y tragaba impunemente cuantos objetos encontraba, sin que nadie se cuidase de impedirlo.

Miss Watkins se veía presa de temores que se aumentaban no poco en su imaginación: el primero, que Cyprien no regresase jamás de aquella expedición maldita; el segundo, que Annibal Pantalacci, el más aborrecido de sus pretendientes, trajese La Estrella del Sur reclamando el pago de su triunfo.

La idea de que podía ser condenada a casarse con este napolitano malvado y traidor, le inspiraba un disgusto invencible, sobre todo después de haber podido ver de cerca y apreciar un hombre verdaderamente superior, tal como Méré.

Ella pensaba en el día, soñaba durante la noche, y sus frescas mejillas se descoloraban, y sus ojos azules se velaban con tina nube cada vez más sombría.

Hacía ya tres meses que aguardaba así, con silenciosa pena. Aquella noche estaba sentada bajo la pantalla de la lámpara, al lado de su padre que se hallaba aletargado pesadamente cerca de la vasija de ginebra.

Alice, con la cabeza inclinada sobre un trabajo de tapicería que había emprendido para suplir a la música abandonada, meditaba tristemente.

Un discreto golpe dado a la puerta vino de pronto a interrumpir sus cavilaciones.

—Entrad —invitó con cierta sorpresa, y preguntándose quién podría ser a esa hora.

—¡Soy yo!, miss Watkins —anunció una voz que la hizo estremecer, pues era la voz de Cyprien.

Desde luego era éste que volvía, pálido, flaco, tostado, con una gran barba, vestidos usados por largas manchas, pero vivo, siempre cortés, siempre los ojos alegres y la boca sonriente.

Alice se había levantado, al tiempo que dejaba escapar un grito de admiración y de alegría. Con una mano procuraba contener los latidos de su corazón, tendiendo la otra al joven ingeniero, que la estrechaba entre las suyas, cuando míster Watkins, saliendo de su letargo, abrió los ojos y preguntó qué había de nuevo.

Dos o tres largos minutos necesitó el granjero para darse cuenta de la realidad. Pero apenas fue dueño de un destello de inteligencia, cuando lanzó un grito, que salía del corazón.

—¿Y el diamante?

El diamante, ¡ay!, no había vuelto.

Cyprien contó entonces rápidamente las diversas peripecias de la expedición. La muerte de Friedel, la de Annibal Pantalacci y la de James Hilton, la persecución de Matakít y su cautiverio en los territorios de Tonaia, aunque sin hablar de su vuelta al Griqualandia; si bien hizo conocer los motivos de certidumbre que traía de la plena inocencia del joven cafre. No se olvidó de rendir homenaje de abnegación de Li y Bardik, a la amistad de

Pharamond Barthés, de manifestar todo lo que debía a este bravo cazador cómo, gracias a él, había podido retornar con sus dos servidores de un viaje tan fatídico para sus otros compañeros. Bajo la emoción que esta trágica narración le inspiraba, Cyprien Méré arrojó voluntariamente un velo sobre los criminales pensamientos de sus rivales, no queriendo ver en ellos más que las víctimas de una empresa intentada en común. De todo lo que había sucedido, no reservó más que lo que había jurado guardar secreto, es decir, la existencia de la gruta maravillosa y de sus riquezas minerales, frente a las cuales todos los diamantes del Griqualandia no eran sino guijarros sin valor.

—Tonaia —concluyó al fin— ha cumplido fielmente sus compromisos. Dos días después de mi llegada a la población en la que habita, todo estaba dispuesto para nuestra vuelta, las provisiones de boca, los atalajes y la escolta. Bajo el mando del rey en persona, unos trescientos o cuatrocientos negros cargados de harina y carne curada nos han acompañado hasta el campamento, que hemos vuelto a encontrar en buen estado, bajo el montón de ramaje con que había sido descubierto. Nos despedimos de nuestro huésped, después de haberle dado cinco fusiles en lugar de los cuatro con los que contaba, lo que le hace el potentado más terrible de toda la región comprendida entre la corriente del Limpopo y la del Zambese.

—Pero ¿y vuestro viaje de vuelta a partir del campamento? —quiso saber miss Watkins.

—Nuestro viaje de vuelta ha sido lento, aunque fácil y desprovisto de accidentes —contestó Cyprien—. La escolta no nos abandonó sino en la frontera del Transvaal, en que Pharamond Barthés y sus basutos se han separado de nosotros para dirigirse a Durbán. Por fin, después de cuarenta días de marcha a través del Veld, hemos aquí tan adelantados como en el momento de partir.

—¿Pero por qué, si esto es así, huyó Matakít? —quiso saber míster Watkins, que había escuchado esta narración con un vivo interés, sin manifestar, por otra parte, una emoción exagerada con motivo de aquellos tres hombres que no debían volver jamás.

—Matakít huyó porque tenía la enfermedad del miedo —aclaró el joven ingeniero.

—Pues qué ¿acaso no hay justicia en el Griqualandia? —protestó el granjero encogiéndose de hombros.

—¡Oh! Justicia sumaria, míster Watkins; y en verdad, no puedo censurar al pobre diablo, acusado injustamente de haber querido sustraerse a la primera emoción causada por la inexplicable desaparición del diamante.

—Ni yo —afirmó Alice.

—En todo caso, os lo repito, no era culpable, y cuento con que en lo sucesivo le dejarán tranquilo.

—¡Hum! —gruñó John Watkins sin mostrarse muy convencido de la validez de esta afirmación—. ¿No creéis más bien que ese hipócrita de Matakít haya fingido temor para ponerse fuera del alcance de los agentes de policía?

—¡No!... ¡Es inocente!... Mi convicción en este punto es absoluta —declaró Cyprien un poco secamente—, y creo que la he comprado bastante cara.

—¡Oh! Estáis en el derecho de conservar vuestra opinión —manifestó John Watkins—, pero yo tengo la mía.

Alice vio que la discusión amenazaba degenerar en disputa, por ello se apresuró a cambiar de conversación.

—A propósito, monsieur Cyprien Meré —dijo—, ¿sabéis que durante vuestra ausencia, vuestro claim ha llegado a ser excelente, y que vuestro asociado Thomas Steel está en camino de llegar a ser uno de los más ricos mineros del kopje.

—A fe mía que no —contestó francamente Cyprien—. Mi primera visita ha sido para vos, miss Watkins, y nada sé de lo que ha ocurrido durante mi ausencia.

—¡Y tal vez ni aun habréis comido! —indicó Alice, con el instinto de una perfecta ama de casa.

—¡Lo confieso! —admitió Cyprien Meré sonrojándose, aunque seguramente no había de qué.

—¡Oh! Pero no podéis marcharos así sin comer, monsieur Meré. ¡Un convaleciente... después de un viaje tan penoso! ¡Pensar que son ya las once de la noche!

Y sin escuchar sus protestas, corrió a la cocina, volviendo con un platillo cubierto de una blanca tela, y algunos platos de carne, fiambres y de una hermosa tima de melocotones que había hecho ella misma con todo cariño.

Bien pronto quedó servida la mesa delante de Cyprien Meré, que parecía vacilar en atacar un soberbio biltong, especie de conserva de avestruz.

—¿Habrás que serviros? —preguntó miss Watkins mirándole con una franca sonrisa.

Bien pronto el granjero entró en apetito al contemplar aquel aparato gastronómico, y reclamó un plato y una tajada de biltong. Alice no le hizo esperar, y únicamente para hacerles compañía, según decía, se puso a comer

algunas almendras.

Esta cena improvisada fue deliciosa. Jamás se había sentido el joven ingeniero con mejor apetito. Tres veces repitió el ataque a la tarta de melocotones, bebió dos vasos de vino Constance, y coronó sus hazañas consintiendo en probar el gin de míster Watkins.

Éste no tardó mucho en volverse a dormir.

—¿Y qué habéis hecho durante estos tres meses? —dijo Cyprien a Alice—. ¡Temo que hayáis olvidado completamente la química!

—No, señor, estáis equivocado —contestó ella con tono de reproche—. Yo he estudiado mucho, por el contrario, y aun me he permitido ir a vuestro laboratorio a hacer algunos experimentos. ¡Oh, no he roto nada, estad tranquilo, todo lo he vuelto a poner en orden! ¡Me gusta la química decididamente, y, si he de seros franca, no comprendo que podáis renunciar a tan hermosa ciencia para haceros minero o corredor del Veld!

—¡Pero, miss Watkins! ¿Cómo sois tan cruel? ¡Bien sabéis por qué he renunciado a la química!

—Yo no sé absolutamente nada —contestó Alice ruborizándose— y creo que está muy mal hecho. En lugar vuestro, procurada aún hacer diamantes: es mucho más elegante que buscarlos bajo la tierra.

—¿Es una orden que me dais? —inquirió Cyprien con voz un poco temblorosa.

—¡Oh, no! —apresuró a responder miss Watkins sonriendo—. ¡Todo lo más una súplica!... ¡Ah, monsieur Méré! —agregó para corregir el tono ligero de sus palabras—. ¡Si supieseis cuán desgraciada he sido viéndoos expuesto a todas las fatigas, a todos los peligros que acabáis de correr! Yo no conocía los detalles, pero creed que adivinaba el conjunto. Un hombre como vos, tan sabio, tan dispuesto a llevar a cabo hermosos trabajos, a realizar grandes descubrimientos ¿debe hallarse expuesto a perecer miserablemente en el desierto, de la mordedura de una serpiente, o de la zarpada de un tigre, sin ningún provecho para la ciencia ni para la humanidad? ¡Es un crimen haberos dejado partir!... ¡Y cuánta razón tenía!... Porque, en fin, ¿no es casi un milagro el que hayáis vuelto? Y sin vuestro amigo Pharamond Barthés, a quien Dios bendiga...

No terminó la frase, pero dos gruesas lágrimas que cayeron de sus ojos, completaron su pensamiento.

Cyprien estaba profundamente conmovido.

—He ahí dos lágrimas que son para mí más preciosas que todos los diamantes del mundo, y que me harían olvidar muchas más fatigas de las que

he sufrido —afirmó con toda sencillez.

Hubo un silencio, que la joven rompió con su tacto ordinario, volviendo a encauzar la conversación sobre los ensayos químicos.

Era más de media noche cuando Cyprien Méré se decidió a volver a su casa, donde le esperaba un paquete de cartas de Francia, cuidadosamente arregladas por miss Watkins sobre su mesa de trabajo.

Como ocurre siempre después de una larga ausencia, apenas se atrevía a abrir aquellas cartas. ¡Si fueran a comunicarle alguna desgracia!...

¡Su padre, su madre, su hermanita Juana!... ¡Habían podido ocurrir tantas cosas en tres meses!...

Luego de haberse asegurado, por una rápida lectura, de que no le anunciaban más que noticias de satisfacción y de alegría, el joven ingeniero dio un profundo suspiro de placer. Todos los suyos se encontraban buenos; del ministerio le dirigían los elogios más calurosos con motivo de su soberbia teoría sobre las formaciones diamantinas. Podía prolongar un semestre su estancia en Griqualandia, si lo creía conveniente, y Cyprien se durmió aquella noche con el corazón más tranquilo que lo había hecho después de mucho tiempo.

La mañana siguiente se pasó en visitar a los amigos, especialmente a Thomas Steel, que había efectivamente tenido excelentes hallazgos en el claim común. El bravo minero no por eso acogió a su asociado con menos cordialidad. Cyprien convino con él que Bardik y Li volverían a emprender sus trabajos como antes. Él se reservaba, si eran afortunados en sus pesquisas asegurarles una parte, con el fin de constituirles bien pronto un pequeño capital.

En cuanto a nuestro ingeniero, estaba decidido a no tentar más la fortuna en la mina, pues siempre le había sido desfavorable, y siguiendo el voto de Alice, resolvió volver a emprender sus investigaciones químicas.

Su conversación con la joven no había hecho sino confirmar sus propias reflexiones. Se había dicho, hacía ya mucho tiempo, que el verdadero camino para él no estaba en un trabajo de maniobra, ni de expediciones de aventurero. Demasiado leal y demasiado fiel a su palabra para pensar ni un solo momento en abusar de la confianza del jefe Tonaia, en aprovecharse del conocimiento que tenía de una inmensa caverna llena de formaciones cristalinas, encontró en esta certidumbre experimental una confirmación sobrado preciosa de su teoría sobre las gemas, para no entregarse con nuevo ardor a sus experimentos.

Cyprien volvió, pues, a empezar su vida de laboratorio, pero no quiso abandonar el sistema que ya una vez le había dado tan buen resultado y se

decidió a volver sobre sus primeras tentativas.

Para esto tenía una razón, y una razón de las más serias, como puede juzgarse.

En efecto, luego que el diamante artificial debía ser considerado como irremisiblemente perdido, míster Watkins, que había tenido la idea de consentir en el matrimonio de Cyprien y Alice, no volvió a hablar más de ello. Era, pues, probable que, si el joven ingeniero lograba obtener otra gema de un valor extraordinario de muchos millones, el granjero podría muy bien volver a sus ideas de otro tiempo.

De aquí la resolución de ponerse a la obra sin tardanza, y Cyprien no se escondió a los mineros del Vandergaart Kopje.

Después de haberse procurado un nuevo tubo de gran resistencia, volvió a emprender sus trabajos con las mismas condiciones.

—Y sin embargo, lo que me falta para obtener el carbono cristalizado, es decir, el diamante —explicaba a Alice—, es un disolvente apropiado, que, por la evaporación o el enfriamiento, deje cristalizar el carbono. Se ha hallado este disolvente para el aluminio en el sulfuro de carbono. Luego se trata de hallarle, por analogía, para el carbono o para los cuerpos similares los más importantes como el boro y la sílice.

A pesar de no hallarse aún en posesión de este disolvente, Cyprien Méré proseguía activamente su obra. A falta de Matakít, que por prudencia no se había presentado todavía en el campo, Bardik quedó encargado de mantener el fuego de día y noche, llenando su cometido con tanto celo como su predecesor.

Entretanto, y previniendo que luego de la prórroga de su estancia en el Griqualandia se vería tal vez obligado a volver a Europa, Cyprien Méré quiso ejecutar un trabajo mencionado en su programa y que aún no había efectuado: determinar la orientación exacta de cierta depresión de terreno situada al Nordeste de la llanura, una depresión que sospechaba había servido de absorbedora de las aguas en la época lejana en que se habían elaborado las formaciones diamantíferas del distrito.

Seis días después de su vuelta a Transvaal, se ocupaba en esta determinación con la precisión que empleaba en todos sus actos. Hada ya una hora que colocaba jalones y determinaba puntos de referencia, sobre un plano detallado que se había procurado en Kimberley y, cosa singular, siempre hallaba en sus cálculos una causa de error o por lo menos de desacuerdo en aquel plano. Por fin, no le fue ya posible negarse a la evidencia: el plano estaba equivocadamente orientado; las longitudes y latitudes eran falsas.

Cyprien acababa de servirse, al medio día en punto de un excelente cronómetro arreglado en el Observatorio de París, para determinar la longitud de su brújula y de su compás de declinación, no podía vacilar en asegurar que la carta en que registraba sus resultados era totalmente errónea, a causa de una importante falta de orientación.

En efecto, el Norte de esta carta, indicado, según el plan británico, por una flecha en aspa, se hallaba al Norte-Nordeste, o le faltaba muy poco. Por consecuencia, todas las indicaciones de la carta estaban necesariamente afectadas a un error proporcional.

—¡Ya veo lo que es! —exclamó repentinamente el joven ingeniero—. Los imbéciles que han levantado esta obra maestra, no han tenido en cuenta la variación magnética de la aguja, que en este punto no baja de veintinueve grados Oeste... De esto resulta que todas sus indicaciones de latitud y longitud, para ser exactas, deberían describir un ángulo de veintinueve grados del Oeste al Este, alrededor del centro de la carta... Preciso es confesar que, para hacer estos trabajos, Inglaterra no ha enviado a sus más hábiles geómetras.

Y se reía para sí de esta equivocación.

—¡Bueno! —agregó—. Errare humanum est. Que arroje la primera piedra a estos bravos agrimensores quien no se haya equivocado en su vida, aunque sólo haya sido una vez.

Como Cyprien no tenía ninguna razón para guardar el secreto de esta rectificación que había tenido ocasión de hacer para la orientación de los terrenos diamantíferos del distrito, trató de ello con Jacobus Vandergaart, a quien encontró al volver a la granja.

—Es bastante curioso —comentó luego que hubo explicado lo que había descubierto—, que un error geométrico de tal importancia, que afecta a todos los planos del distrito, no se haya descubierto todavía. Representa una corrección de las más importantes que hay que hacer en todas las cartas del país.

El viejo lapidario contemplaba a Cyprien con aire singular.

—¿Es cierto lo que decís? —exclamó lleno de excitación.

—¡Ya lo creo!

—¿Y estaríais dispuesto a atestiguar el hecho ante un tribunal de justicia?

—¡Ante diez tribunales, si fuese preciso!

—¿Y no sería posible rebatir vuestra afirmación?

—Desde luego que no, pues me bastará explicar la causa del error.

¡Es tan palpable! La omisión de la declinación magnética en estos cálculos.

Jacobus Vandergaart se retiró sin agregar más, y Cyprien olvidó bien pronto con qué singular atención había acogido el hecho de que un error geodésico afectaba a todos los planos del distrito.

Pero al cabo de dos o tres días, cuando Cyprien Méré fue a hacer una visita al viejo lapidario, encontró la puerta cerrada.

En la pizarra calzada del picaporte, se leían estas palabras recientemente trazadas con tiza: «Ausente por negocios».

XXI.

Justicia veneciana

En los días que siguieron, Cyprien se ocupó activamente en seguir las diferentes fases de su nuevo experimento. A causa de ciertas modificaciones introducidas en la construcción del horno de reverbero, merced a un tiro mejor dispuesto, la fabricación del diamante, debía efectuarse en un plazo infinitamente más corto que el invertido en la vez anterior. Por lo menos así lo esperaba.

No hay que decir que miss Watkins se interesaba extraordinariamente en esta segunda tentativa, de la que hay que reconocer era en parte la inspiradora. Así es que acompañaba con frecuencia al joven ingeniero hasta, el horno, que visitaba muchas veces al día, y allí, por los atabes abiertos en la fábrica de ladrillos, gustaba observar la intensidad del fuego que mugía en el interior.

John Watkins, aunque por otros motivos, no se interesaba menos que su hija en esta fabricación. Tenía prisa en verse de nuevo poseedor de una piedra cuyo precio se elevase a muchos millones. Todo su temor era que el experimento no diese resultado por segunda vez, y que la casualidad hubiese tomado parte preponderante en el éxito de la primera.

Pero si el granjero y miss Watkins animaban al experimentador a seguir y perfeccionar la fabricación del diamante, no sucedía lo mismo con los mineros de Griqualandia. Aunque Annibal Pantalacci, James Hilton y Herr Friedel no estaban presentes, habían dejado a sus compañeros, que, bajo este punto de visto, pensaban absolutamente como ellos. El judío Nathan, por medio de sordas maniobras, no cesaba de excitar a los propietarios del claims contra el joven ingeniero.

Si la fabricación artificial llegaba al terreno de la práctica, había concluido el comercio de diamantes naturales y otras piedras preciosas. Ya se habían

fabricado zafiros blancos y corindones, amatistas, topacios y aun esmeraldas: todas estas gemas no eran más que cristales de aluminio diversamente coloreados por unos ácidos metálicos. Esto era ya muy inquietante para el valor mercantil de estas piedras, que tendía a disminuir. Luego si el diamante concluía por llegar a ser de una fabricación corriente, este hecho sería la ruina de las explotaciones diamantíferas del Cabo y otros lugares de producción.

Todo esto se había dicho ya desde el primer experimento del joven ingeniero, y volvió a repetirse esta vez, pero con más acrimonia, con más violencia todavía.

Los mineros celebraban conciliábulos que no presagiaban nada bueno para los trabajos de Cyprien.

Éste se preocupaba muy poco por ello, y estaba decidido a continuar su experimento hasta el fin, a pesar de lo que pudiesen decir o hacer. No; no retrocedería ante la opinión pública, y no ocultaría nada de su descubrimiento, puesto que debía aprovechar a todos.

Pero si continuaba su labor sin indecisión, sin temor, miss Watkins al corriente de todo cuanto pasaba, comenzó a temblar por él. Se reprochó por haberle empeñado en este camino. Contar con la policía del Griqualandia para protegerle, era contar con una protección poco eficaz. Un mal golpe se da pronto, y antes de que pudiese intervenir, Cyprien habría pagado con su vida el perjuicio que sus trabajos amenazaban causar a los mineros del África austral.

Alice estaba, pues, muy inquieta, y no podía disimular su inquietud al joven ingeniero. Éste la tranquilizaba lo mejor que podía, dándole gracias por el móvil que la impulsaba. En este interés que la joven se tomaba por él, veía la prueba de un sentimiento más tierno, que por otra parte ya no era un secreto para los dos. Mére sólo por eso se felicitaba que su tentativa provocase, por parte de miss Watkins, una expansión más íntima... y continuaba su trabajo.

—Lo que yo hago, miss Alice, es por los dos —le repetía.

Miss Watkins, observando lo que se decía en los claims, vivía en angustia constante.

¡Y no sin razón! Se alzaba contra Cyprien un tollé, que no parecía deber limitarse a recriminaciones, sino a proceder a varias de hecho.

En efecto, una noche, al volver a su visita al horno, Cyprien encontró destruido su emplazamiento.

Durante una ausencia de Bardik, un grupo de hombres, aprovechando la oscuridad, había destrozado en algunos minutos la obra de muchos días.

La construcción había sido demolida, los hornos partidos, extinguidos los fuegos, los utensilios rotos y dispersos. Nada quedaba del material que había

costado tantos cuidados y penas al joven ingeniero. Había que volver a empezar, si era hombre de proceder ante la fuerza, o abandonar la partida.

—¡No! —exclamó—. No he de ceder, y mañana me quejaré contra los miserables que han destruido mi propiedad. Veremos si hay justicia en el Griqualandia.

Había una; pero no con la que contaba el joven ingeniero.

Sin decir nada a nadie, sin poner en conocimiento de miss Watkins lo ocurrido, por el temor de causarle un nuevo espanto, Cyprien se dirigió a su cabaña y se acostó, decidido a elevar una queja al día siguiente, aun cuando tuviese que recurrir al gobernador del Cabo.

Podría haber dormido unas dos horas, cuando el ruido de la puerta que se abría le despertó sobresaltado.

Cinco hombres enmascarados, armados con revólveres y con fusiles penetraban en su habitación. Iban provistos de esa especie de linternas de cristal convexo que se llama en inglés Bull's eyes (ojo de buey), y vinieron a colocarse silenciosamente alrededor del lecho.

Cyprien Méré no pensó ni por un momento en tomar en serio esta manifestación más o menos trágica. Creyó fuera alguna burla, y se echó a reír, aunque a decir verdad, no tenía gran gana de ello y encontraba la broma del peor gusto.

Pero una mano brutal cayó sobre su espalda, y uno de los enmascarados, abriendo un papel que tenía en la mano, procedió, con una voz que nada tenía de agradable, a la lectura siguiente:

«Cyprien Méré:

«Esto se hace para significaros que el tribunal secreto de Vandergaart, en número de veintidós miembros, obrando en nombre de la salud pública y en este día, a la hora de las doce y veinticinco minutos de la noche, os condena por unanimidad a la pena de muerte.

»Estáis convicto y confeso de amenazar, por un descubrimiento intempestivo y desleal, sus intereses, su vida y la de sus familias, a todos los hombres que, bien en el Griqualandia, bien en cualquiera otra parte, tienen por industria la busca, talla y venta de diamantes.

»El tribunal, en su sabiduría, ha juzgado que tal descubrimiento debía ser aniquilado, y que la muerte de uno solo debía preferirse a la de muchos millones de criaturas humanas.

»Ha decretado que dispondréis de diez minutos para prepararos a morir, que se os concediese la elección del género de muerte, que todos vuestros

papeles sean quemados, a excepción de cualquiera comunicación abierta que os convenga dirigir a sus parientes, y que vuestra habitación sea arrasada al nivel del suelo.

»¡Así sea hecho con todos los traidores!«.

Cyprien al oírse condenar así, comenzó a perder su primitiva confianza; se preguntó si esta siniestra comedia, dadas las costumbres salvajes del país, no era más seria de lo que había creído.

El hombre que le tenía sujeto se encargó de disipar sus últimas dudas en este punto.

—¡Levantaos al instante! —le dijo brutalmente—. No tenemos tiempo que perder.

—Esto es un asesinato —declaró Cyprien Méré, que saltó resueltamente de su lecho para ponerse algunos vestidos.

Estaba más indignado que conmovido, y concentraba todo el poder de su reflexión sobre lo que sucedía, con la sangre fría con la que hubiera empleado en estudiar un problema de matemáticas.

¿Quiénes eran aquellos hombres? No podía adivinarlo ni aun en el timbre de sus voces. Sin duda, los que conocía en persona, si se encontraban entre ellos, guardaban el más profundo silencio.

—¿Habéis hecho vuestra elección acerca de cómo queréis ser muerto? —preguntó el hombre enmascarado.

—No tengo elección que hacer, y sólo puedo protestar contra el odioso crimen de que vais a haceros culpables —manifestó Cyprien con voz firme.

—Protestad, pero no por eso dejaremos de colgaros. ¿Tenéis que escribir alguna disposición?

—Nada que pueda confiar a unos asesinos.

—En marcha, pues —dispuso el jefe.

Dos hombres se colocaron a los lados del joven ingeniero, y el cortejo se formó para dirigirse a la puerta.

Pero en aquel instante se produjo un incidente inesperado. En medio de aquellos justicieros del Vandergaart Kopje, un hombre acababa de precipitarse de un salto.

Era Matakít. El joven cafre, que rondaba durante la noche por los alrededores del campo, se había sentido inclinado por instinto a seguir a esas gentes enmascaradas, en el momento que se dirigían hacia la choza del ingeniero para forzar la puerta. Allí había oído cuanto se había dicho,

comprendiendo el peligro que amenazaba a su amo. Finalmente, sin titubear, y sin tener en cuenta lo que pudiera acontecerle, separó a los mineros y se arrojó a los pies de Cyprien.

—¿Por qué quieren matarte estos hombres, padrecito? —exclamó agarrándose a su amo, a despecho de los esfuerzos que los enmascarados hacían por separarle.

—Porque hice un diamante artificial —contestó Cyprien estrechando con emoción las manos de Matakít, que no quería desprenderse de él.

—¡Oh, padrecito! ¡Cuán desgraciado soy, y cuán apenado estoy de lo que he hecho! —exclamó entonces llorando desgarradamente el joven cafre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cyprien.

—¡Sí, todo lo confesaré, ya que quieren condenarte a muerte! —manifestó Matakít—. ¡Sí, yo soy el que debe morir, puesto que he sido quien puso en el horno el diamante!

—¡Apartad a este charlatán! —ordenó el jefe de la banda.

—Os repito que yo soy el que he puesto el diamante en el aparato —insistió Matakít forcejeando—. Sí; yo soy quien ha engañado al padrecito. Yo soy quien le ha querido hacer creer que su experimento había tenido buen éxito.

Empleaba en sus protestas una energía tan feroz, que concluyeron por prestarle atención.

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó Cyprien, a la vez sorprendido y desalentado por lo que oía.

Todos le escuchaban con sumo interés, pues lo que iba a decir había de cambiar el rumbo de los acontecimientos.

—¡Sí!... ¡Cien veces sí! Digo la verdad.

—El día del gran hundimiento —refirió el negro—, cuando quedé enterrado bajo los escombros, acababa de encontrar el grueso diamante. Le tenía en la mano y pensaba en el medio de ocultarle, cuando la muralla cayó sobre mí para castigarme de aquel pensamiento criminal. Cuando recobré el conocimiento, encontré aquella piedra en el lecho a que me había hecho transportar el padrecito. Quise entregársela entonces, pero tuve vergüenza de confesar que era ladrón, y aguardé una ocasión favorable. Precisamente, poco tiempo después, el padrecito intentó fabricar un diamante y me encargó mantener el fuego del horno. Pero al segundo día, hallándome solo en el laboratorio, el aparato estalló con un ruido horrible, y poco faltó para que me hiriesen los pedazos. Entonces, pensando en la pena que tendría el padrecito al

ver el mal éxito de su experiencia, colocó en el cañón, que se había rajado, el grueso diamante, perfectamente envuelto en un puñado de tierra, y me apresuré a repasar el horno por encima para que el padrecito no lo note. Después aguardé sin decir palabra, gozando con la alegría del padrecito cuando encontró el diamante.

Una gran carcajada, que no pudieron contener los cinco enmascarados, acogió las últimas palabras de Matakít.

Cyprien Méré, en vez de reír, se mordía los labios, lleno de despecho. Imposible engañarse en vista del tono del joven cafre. Su historia era evidentemente cierta. En vano buscaba Cyprien en sus recuerdos o en su imaginación motivos para ponerla en duda y contradecirla mentalmente. En vano decía que un diamante natural, expuesto a una temperatura como la del horno, se hubiera volatilizado.

El buen sentido le replicaba que, protegido por una cubierta capa de arcilla, la gema había podido muy bien escapar a la acción del calor, o sufrirlo solamente en una manera parcial. Tal vez a esta misma torrefacción debía su tinte negro. Tal vez se había volatilizado y vuelto a cristalizar dentro de su concha.

Todos estos pensamientos se acumulaban en el cerebro del joven ingeniero, y se asociaban con una rapidez extraordinaria. ¡Estaba estupefacto!

—Recuerdo muy bien haber visto el pedazo de tierra en la mano del cafre el día del hundimiento —dijo entonces uno de los enmascarados, cuando se calmó un poco la hilaridad—. Y hasta tengo presente que la apretaba tanto con sus crispados dedos, que fue preciso renunciar a quitársela.

—¡No hay la menor duda! —agregó otro—. ¿Acaso es posible fabricar el diamante? En verdad, hemos sido unos necios en creerlo... ¡Tanto valdría intentar fabricar una estrella!

Y todos se echaron a reír.

Cyprien sufría seguramente con su alegría, más de lo que había sufrido con su rudeza.

Por fin, después que los cinco hombres se consultaron en voz baja, su jefe tomó la palabra.

—Somos de opinión —declaró— que ha lugar a sobreseer en la ejecución de la sentencia pronunciada contra vos, Cyprien Méré. Vais a quedar libre. Pero acordaos de que esta sentencia pesa siempre sobre vos. Una palabra, un signo para informar a la policía, y sois hombre muerto... Al buen entendedor...

Y acto seguido se fue con sus compañeros.

La habitación quedó sumergida en la oscuridad más profunda; Cyprien hubiera podido preguntarse si no acababa de ser el juguete de una pesadilla. Pero los sollozos de Matakít, que se había echado por el suelo y lloraba ruidosamente, con la cabeza entre las manos, no le permitían dudar de la realidad de lo ocurrido.

¡Luego era verdad! ¡Acababa de escapar de la muerte, pero al precio de la más sangrienta humillación! ¡El ingeniero de minas, discípulo de la Escuela politécnica, químico distinguido, geólogo ya célebre, se había dejado engañar por la grosera astucia de un miserable cafre! ¡O más bien, a su propia vanidad, a su ridícula presunción era deudor de este yerro sin nombre!

Había llevado su ceguedad hasta el extremo de encontrar una teoría para su formación cristalina... ¿Había nada más ridículo? ¿Acaso no está reservado solo a la Naturaleza, con el concurso de los siglos, el poder llevar a cabo obras semejantes? ¡Él esperaba el éxito; había preparado todo para alcanzarlo, y lógicamente debía creer que lo había obtenido!

¿Las excepcionales dimensiones del diamante mismo, no parecían hechas a propósito para mantener la ilusión?...

¡Un Despretz la hubiera compartido! Semejantes equivocaciones, ¿no ocurren todos los días?... ¿No se ve a los más experimentados numismáticos aceptar monedas falsas por verdaderas?

Cyprien procuraba fortalecerse de este modo; pero un pensamiento repentino le dejó helado.

—¡Y mi memoria de la Academia!... ¡Con tal que esos bandidos no se hayan apoderado de ella!

Encendió una bujía. ¡No; felizmente su Memoria estaba allí! ¡Nadie la había visto!... No respiró hasta que la hubo convertido en cenizas.

Entretanto, el sentimiento de Matakít era tan desgarrador, que hubo que decidirse a mitigarlo. No fue difícil. A las primeras palabras benévolas del padrecito, el pobre negro pareció renacer a la vida. Pero si Cyprien le aseguró que no le guardaba rencor alguno, y que le perdonaba de todo corazón, fue con la condición de que no volviera a reincidir.

Matakít lo prometió en nombre de lo más sagrado, y habiéndose ido su amo a acostar, él hizo lo mismo.

Así terminó esta escena, que estuvo a punto de tener un trágico desenlace.

Pero si concluyó de esta manera para el joven ingeniero, no debía ocurrir lo mismo para Matakít.

En efecto, a la mañana siguiente, cuando se conoció que La estrella del Sur

era un verdadero diamante natural; que este diamante había sido encontrado por el joven cafre, quien conocía perfectamente su valor, todas las sospechas volvieron a despertarse con más fuerza.

John Watkins gritaba:

—¡Sólo Matakít puede haber sido el ladrón de tan inestimable piedra! Después de haber pensado una vez en apropiársela, ¿no lo había él mismo confesado? Evidentemente la robó después en la sala del banquete.

Cyprien Méré protestó, saliendo garante de la probidad del negro; pero nadie quiso escucharle lo que prueba con cuánta cordura obró Matakít, que seguía jurando de su perfecta inocencia, al huir desde el primer momento, y lo cual que le hizo al decidirse a volver al Griqualandia.

Pero después el ingeniero, que no quería darse por vencido, hizo valer un argumento que nadie se esperaba, y que, en concepto suyo, debía salvar a Matakít.

—Creo en su inocencia —manifestó a John Watkins—; pero, por otra parte, aunque fuese culpable, sólo a mi interesa su conducta. Natural o artificial, el diamante me pertenecía antes de habérselo regalado a la señorita Alice...

—¡Ah! ¿Os pertenecía?... —repitió m^íster Watkins con tono socarrón.

—Sin duda —replicó Cyprien—. ¿No ha sido encontrado en mi claim por Matakít que estaba a mi servicio?

—Nada más cierto —admitió el granjero—; mas por eso es mío de acuerdo a los términos de nuestro contrato, ya que los tres primeros diamantes encontrados en vuestra concesión deben entregárseme en entera propiedad.

Cyprien, aturdido por esta inesperada conclusión, no supo qué responder.

—¿Mi reclamación es justa? —indicó m^íster Watkins.

—Absolutamente justa —convino el ingeniero.

Entonces os agradeceré que reconozcáis por escrito mi derecho, para el caso de que podamos recuperar de ese bribón el diamante que tan impudentemente ha robado.

Cyprien tomó una hoja de papel blanco y escribió:

Reconozco que el diamante encontrado en mi claim por un cafre a mi servicio es, según los términos de mi contrato de concesión, de la propiedad de m^íster John Stapleton Watkins.

Cyprien Méré.

Esta circunstancia desvanecía todos los sueños del joven ingeniero.

En efecto; si el diamante reaparecía alguna vez, pertenecía, no a título de regalo, sino en verdadera propiedad, a John Watkins, y un nuevo abismo, que tantos millones debían llenar, se abría entre Alice y Cyprien.

Si la reclamación del granjero era perjudicial a los intereses de los dos jóvenes, lo resultaba aún mucho más para el cafre Matakít. A John Watkins era ahora a quien había perjudicado... A John Watkins a quien había robado... Y John Watkins no era hombre capaz de abandonar una persecución cuando creía asegurada la captura del ladrón.

Así es que el pobre diablo fue detenido, y apenas transcurrieron doce horas que fue juzgado y condenado a la horca, a pesar de cuanto Cyprien pudo decir para convencerle a que restituyera La Estrella del Sur. Y como en verdad no podía restituirla, puesto que no la había cogido, el resultado estaba previsto y Cyprien no sabía ya qué hacer para salvar al pobre negro, al que se empeñaba en no creer culpable.

XXII.

Nuevo género de mina

La joven Watkins se enteró como todo el mundo de lo que había pasado, tanto de la escena de los hombres enmascarados como de la desagradable y dura decepción sufrida por el joven ingeniero.

—Y bien, monsieur Cyprien —dijo, cuando estuvo al corriente de todo—, ¿no vale vuestra vida más que todos los diamantes del mundo?

—Querida Alice...

—No pensemos más en ello, y renunciad desde ahora a esa clase de experimentos.

—¿Me lo ordenáis? —preguntó el joven.

—¡Sí, sí! —respondió la joven—. Os ordeno cesar como os ordené emprender... puesto que os allanáis a recibir órdenes mías.

—¡Y con cuánto placer las ejecuto! —declaró Cyprien, tomando la mano que le tendía la joven.

Pero cuando el ingeniero la enteró de la sentencia que condenaba a Matakít, quedó aterrada y especialmente cuando supo la parte que en ella había tomado su padre.

Alice también dudaba de la culpabilidad del cafre. Estaba en este punto de acuerdo con Cyprien, y quiso intentado todo por salvar al desgraciado negro.

Pero ¿cómo valerse, y, sobre todo, cómo interesarle a John Watkins, convertido en intratable acusador de este infeliz a quien él mismo había abrumado con las más injustas apreciaciones?

Hay que añadir que el granjero no había podido obtener ningún a confesión de Matakít, ni aun enseñándole la horca levantada para él, ni aun ofreciéndole el perdón si hablaba. Obligado, pues, a renunciar a toda esperanza de volver a encontrar La Estrella del Sur, se había vuelto de un humor terrible. No se le podía abordar; sin embargo, su hija quiso intentar un último esfuerzo.

A la mañana siguiente del juicio que condenaba a Matakít, míster Watkins, molesto por su gota un poco menos que de ordinario, se había aprovechado de esta tregua para poner en orden sus papeles. Sentado en un buró cilíndrico de madera de ébano, incrustado de marquetería amarilla, hermoso resto de la dominación holandesa, llegada después de muchas vicisitudes a este rincón perdido del Griqualandia, pasaba revista a sus diferentes títulos de propiedad, sus contratos y sus correspondencias.

Detrás de él, Alice, inclinada sobre su bastidor, bordaba sin ocuparse de su avestruz Dada, que iba y venía por la sala con su gravedad habitual, tan pronto observaba por la ventana, tan pronto considerando con sus grandes ojos, casi humanos, los movimientos de míster Watkins y de su hija.

De repente, una exclamación del granjero hizo levantar a miss Watkins vivamente la cabeza.

—¡Este animal es insoportable! ¡Acaba de cogerme un pergamino!... ¡Dada! ... ¡Aquí!... ¡Suelta eso al instante!

Aun no habían sido articuladas estas palabras cuando las siguió un torrente de injurias.

—¡Maldición! ¡Se lo ha tragado!... ¡Un documento de gran importancia! ... ¡La minuta del decreto que autoriza la explotación de mi kopje!... ¡Esto es insoportable!... Pero yo haré que la devuelvas, aunque tenga que estrangularte.

John Watkins, rojo de cólera, fuera de sí, se había levantado bruscamente. Corría tras del avestruz, que había acabado, tras dar dos o tres vueltas por la sala, por arrojarse por la ventana, que estaba casi a nivel del suelo.

—¡Padre mío! —decía ahora Alice, desolada por este nuevo atentado de su favorita—. Calmaos, os lo suplico. ¡Escuchadme! ¡Vais a poner os enfermo!...

Pero el furor de John Watkins había llegado a su colmo. La fuga del avestruz había acabado de exasperarle.

—¡No! —exclamó con voz sofocada—. ¡Esto es demasiado!... ¡Es preciso concluir de una vez!... ¡No puedo renunciar así al más importante de mis títulos de propiedad!... ¡Una bala en la cabeza haría entrar en razón a esa ladrona!... ¡Yo rescataré el pergamino, te lo juro!

Alice le siguió llorando.

—¡Os lo suplico, padre mío; perdonad a este pobre animal! —balbuceó—. ¿Es acaso tan importante ese papel? ¿No puede obtenerse un duplicado? ¿Queréis darme el disgusto de matar, delante de mí, a mi pobre Dada, por una falta tan ligera?...

Pero John Watkins no quería oír nada y miraba por todas partes buscando a su víctima.

Por fin la descubrió en el momento que se refugiaba en la cabaña ocupada por Cyprien Méré.

Inmediatamente, el granjero apuntó con su fusil; pero Dada, como si hubiese adivinado los negros proyectos tramados contra ella, apenas vio este movimiento, se apresuró a ponerse al abrigo, ocultándose detrás de la casa.

—¡Aguarda!... ¡Aguarda!... ¡Que yo te alcanzaré, maldito animal! —bramó John Watkins, dirigiéndose hacia ella.

Y Alice, cada vez más espantada, corrió tras él para intentar un último esfuerzo.

Ambos llegaron así ante la casa del joven ingeniero, dando una vuelta a su alrededor, pero sin encontrar al avestruz. ¡Dada se había vuelto invisible! Sin embargo, era posible que hubiera ya bajado el montecillo, porque la hubiera distinguido en las cercanías de la granja. Había, pues, debido buscar un refugio dentro de la casa, introduciéndose por una de las puertas o ventanas que se abría por la parte posterior.

Así lo comprendió John Watkins apresurándose a volver atrás para llamar por la puerta principal.

El mismo Cyprien salió a abrir.

—¡Mister Watkins!... ¡Miss Alice!... ¡Qué placer veras en mi casa! —exclamó sorprendido ante tan inesperada visita.

El granjero, aún jadeante y con gran furor, le explicó el asunto en pocas palabras.

—Bueno, vamos a buscar a la culpable —decidió Cyprien Méré, haciendo entrar en su habitación a John Watkins y a su hija.

—Yo os respondo que arreglaré bien pronto el asunto —manifestó el

granjero blandiendo su fusil cual si fuera un hacha.

En el mismo instante, una mirada suplicante de la joven dijo a Cyprien todo el horror que la causaba la proyectada ejecución. Así es que tomó bien pronto su partido, que fue muy sencillo: no encontraría al avestruz.

—¡Li! —ordenó en francés al chino, que acababa de entrar—. Sospecho que el avestruz debe estar en tu habitación; sujétale y procura diestramente su evasión, mientras que yo vaya pasear a míster Watkins por el lado opuesto...

Desgraciadamente, este bello plan falseaba por su base.

El avestruz se había refugiado precisamente en la primera pieza en que comenzaron las pesquisas.

Estaba allí, encogiéndose todo lo posible, con la cabeza oculta debajo de una silla, pero tan visible como el sol en pleno día.

Mister Watkins se arrojó sobre ella.

—¡Ah, bribona! ¡Vaya arreglarte la cuenta! —dijo.

Sin embargo, a pesar de su arrebató, se detuvo por un momento ante la enormidad de disparar su fusil a quemarropa, en una casa que, provisionalmente por lo menos, no era la suya.

Alice se volvió de espaldas para no ver nada de aquello.

Su profundo dolor sugirió al joven ingeniero una idea verdaderamente luminosa.

—Mister Watkins —dijo de pronto—, sólo deseáis recobrar vuestro papel, ¿no es eso? Pues bien, es perfectamente inútil matar a Dada para recobrado. Basta con abrirle el estómago, donde aún no puede haber pasado el documento. ¿Me permitís que practique la operación? He seguido un curso de Zoología en el Museo, y creo que saldré bastante bien de esta operación quirúrgica.

Sea que esta perspectiva de vivisección halagase los instintos de venganza del viejo granjero, sea que su cólera empezase a apaciguarse, o que, a pesar suyo, le conmoviese la verdadera pena de su hija, se dejó convencer y consintió en aceptar este último medio.

Pero declaró que había que encontrar el documento; si no se hallaba en el estómago, habría que buscarlo en otra parte. Lo necesitaré a cualquier precio.

La operación no era tan fácil como pudiera creerse a primera vista, considerando la resignada actitud de la pobre Dada. Un avestruz, aun de pequeña talla, está dotado de un organismo cuya fuerza es verdaderamente temible. Apenas fuese tocado por el acero del improvisado cirujano, estaba

seguro de que la paciente iba a rebelarse, a enfurecerse, a resistirse con rabia. Así es que Li y Bardik fueron llamados para asistir a Cyprien en calidad de ayudantes.

Desde luego se convino en atar previamente al avestruz. Para esto se prepararon las cuerdas, de que Li tenía siempre una abundante provisión.

Después liaron los pies y el pico de la desgraciada Dada con un sistema de lazadas y nudos que la pusieron en la imposibilidad de intentar la más ligera resistencia.

Cyprien se detuvo aquí; con el objeto de no excitar la sensibilidad de miss Watkins, quiso evitar todo sufrimiento a su avestruz, envolviéndole la cabeza con una compresa mojada en cloroformo.

Hecho esto, se dispuso luego a practicar la operación, no sin alguna inquietud por sus consecuencias.

Alice, conmovida por estos preliminares, pálida como una muerta, se había ido a otra habitación.

Cyprien comenzó a pasear su mano por la base del cuello del animal, para reconocer bien la posición del buche, cosa nada difícil, porque éste formaba en la parte superior de la región torácica una masa considerable, dura, resistente, que los dedos sentían muy bien, en medio de las partes blandas que le rodeaban.

Con la ayuda de un cortaplumas desgarró con precaución la piel del cuello; ésta era floja y extensible como la de un pavo y cubierta de un plumón gris de hierro que dio a sujetar a Bardik. Después abrió un tejido blanco, nacarado, que cerraba una vasta cavidad por encima de las clavículas, y bien pronto descubrió el buche del avestruz.

Imagínese el de un pollo, pero de un volumen centuplicado en espesor, en peso, y se tendrá una idea bastante exacta de lo que era este depósito.

El buche de Dada se presentaba bajo el aspecto de una bolsa oscura, fuertemente distendida por los alimentos y cuerpos extraños que el voraz animal se había tragado en aquel día, y aun tal vez en épocas anteriores. Bastaba ver este órgano carnosos, potente, sano, para comprender que no había ningún peligro en atacarle resueltamente.

Armado de su cuchillo de caza, que Li había puesto en sus manos después de haberlo afilado previamente, el ingeniero operó en esta masa una profunda incisión.

Hecho esto, era fácil introducir la mano hasta el fondo de aquel saco.

Inmediatamente fue reconocido y retirado el documento tan codiciado por

Watkins. Estaba hecho una pelota, un poco arrugado, pero perfectamente intacto.

—Aún hay aquí algo —declaró Cyprien; que había vuelto a introducir la mano en la cavidad, de donde retiró esta vez una bola—. ¡La bola de repasar de miss Watkins! exclamó—. ¡Y pensar que hace seis meses que Dada se la ha tragado!...

Después de entregarle la bola a Bardik, continuó sus pesquisas, como lo hubiera hecho un arqueólogo sobre los restos de un campo romano.

—¡Una palmatoria de cobre! —dijo, estupefacto, extrayendo casi al mismo tiempo uno de estos modestos utensilios, machacado, aplastado, oxidado, pero muy fácil de reconocer.

Las risas de Bardik y de Li fueron tan estrepitosas, que Alice misma, que acababa de entrar en la habitación, no pudo menos de reírse también.

—¡Monedas!... ¡Una llave!... ¡Un peine de cuerno!... —continuaba Cyprien.

De pronto palideció. Sus dedos acababan de hallar un objeto de forma excepcional. ¡No!... No era posible dudar de lo que era. Y sin embargo, ¡quién se hubiera atrevido a creer en semejante casualidad!

Al fin retiró su mano de la cavidad, y levantando el objeto que acababa de coger...

¡Qué grito escapó de la boca de John Watkins!...

—¡La Estrella del Sur!

—Sí, el famoso diamante se había encontrado intacto; nada había perdido su brillo; resplandecía a la luz que entraba por la ventana, como una constelación.

Únicamente, ¡cosa singular!, que chocó a todos los testigos de la escena: había cambiado de color.

De negro que era antes, La Estrella del Sur se había convertido en rosa, de un rosa precioso, que aumentaba, si esto era posible, su limpidez y su esplendor.

—¿No pensáis que esto disminuye su precio? —preguntó vivamente míster Watkins, en cuanto pudo hablar, porque la sorpresa y la alegría le habían hasta cortado la respiración.

—¡De ninguna manera! —contestó Cyprien—. Por el contrario, es una curiosidad más, que clasifica esta piedra en la familia rara de los diamantes camaleones. Decididamente, parece que no hace frío en el buche de Dada, ya

que ordinariamente los cambios de matiz de los diamantes coloreados observados con mucha frecuencia en las sociedades sabias, sólo se deben a una súbita variación de la temperatura.

—¡Ah! ¡Gracias al cielo que te he vuelto a encontrar, bella mía! —exclamaba míster Watkins, apretando el diamante entre sus manos, como para asegurarse bien de que no soñaba—. Me has causado tanta pena por tu fuga, ingrata Estrella, para que vuelva a dejarte nunca escapar.

Y la elevaba ante sus ojos, la acariciaba con la mirada, y a ejemplo de Dada, parecía dispuesto a tragársela.

Entretanto, Cyprien, con una aguja enhebrada a un fuerte hilo, que le había traído Bardik, cosía cuidadosamente el buche del avestruz; después de haber cerrado por medio de una sutura la incisión del cuello, la desembarazó de los lazos que la tenían reducida a la impotencia.

Dada, muy abatida, bajaba la cabeza y no parecía muy dispuesta a emprender la fuga.

—¿Creéis que se recobrará, monsieur Cyprien? —preguntó Alice, más conmovida por los sufrimientos de su favorita que por la reaparición del diamante.

—¿Cómo, miss Watkins, que si creo que se recobrará? —exclamó el aludido—. ¿Pensáis que si no hubiera estado seguro habría intentado la operación? ¡No! Dentro de tres días estará como si nada la hubiera pasado, y no tardará tres horas en volver a procurar llenar el bolsillo que hemos vaciado.

Tranquilizada por esta promesa, Alice dirigió al joven una mirada de reconocimiento, que le pagó de todos sus trabajos.

En aquel momento, míster Watkins, convencido ya de que se hallaba en su sano juicio y de que había encontrado su maravillosa Estrella, abandonó la ventana.

—Monsieur Méré —dijo con tono majestuoso y solemne—, me habéis prestado un gran servicio, y dudo si podré pagároslo nunca.

El corazón de Cyprien se puso a latir violentamente. ¡Pagarle!... Un medio bien sencillo tenía míster Watkins.

¿Tan difícil era cumplir su promesa de dar su hija a quien le devolviese La Estrella del Sur? Y en realidad, ¿no era lo mismo que si la hubiese rescatado y traído desde el fondo del Transvaal?

Esto es lo que el ingeniero se contestaba; pero era demasiado orgulloso para expresar en alta voz su pensamiento, y casi estaba seguro de que se le ocurriría al granjero sin necesidad de que se lo recordasen...

Pero John Watkins, no dijo nada, y después de hacer un signo a su hija para que le siguiese, abandonó la cabaña y regresó a su propia morada.

No hay que decir que poco rato después Matakít recobraba su libertad. Ciertamente, había faltado poco para que el pobre negro pagase con su vida las glotonerías de Dada.

XXIII.

Jacobus Vandergaart

Tras haber dado una comilona para celebrar el nacimiento de La Estrella del Sur, John Watkins —ahora el más rico granjero del Griqualandia—, no podía menos que ofrecer una segunda a fin de festejar su resurrección. Sólo que esta vez podía asegurarse que tomó todas las precauciones imaginables para que no volviese a desaparecer. Dada no fue invitada a la fiesta.

El festín se hallaba en todo su esplendor en la tarde del siguiente día a los hechos que hemos narrado en el capítulo anterior.

Desde la mañana, John Watkins había convocado a sus acostumbrados comensales, pedido en las tiendas de los carniceros del distrito carne suficiente para alimentar una compañía de infantería; amontonando en su despensa todas las vituallas, todas las cajas de conserva, todas las botellas de licores y vinos extranjeros que las cantinas de los alrededores habían podido proporcionar.

Desde las cuatro, la mesa estaba dispuesta en el gran salón, las botellas colocadas en buen orden en el aparador, y los cuartos de buey o de carnero dando vueltas en el asador.

A las seis, los convidados llegaban luciendo sus mejores galas. A las siete, el diapasón de las conversaciones había alcanzado ya un tono tan elevado, que hubiera sido difícil a un clarín dominar el estrépito que reinaba.

Allí se veía a Mathys Pretorius, vuelto a su habitual tranquilidad desde que no tenía que temer las malas partidas de Annibal Pantalacci; Thomas Steel, radiante de fuerza y de salud, el corredor Nathan, los granjeros, mineros, mercaderes y oficiales de policía.

Cyprien, por deseo de Alice, no había podido rehusar a asistir a este festín, puesto que ella misma se veía forzada a comparecer. Pero ambos estaban tristes, porque esto era evidente, el cincuenta veces millonario Watkins no pensaría en dar a su hija a un pobre ingeniero que no sabía ni aún fabricar diamantes. Sí, el egoísta Watkins trataba así al joven sabio, a quien en realidad debía su nueva fortuna.

La comida proseguía pues, en medio del entusiasmo poco contenido de los convidados.

Delante del afortunado granjero y no tras de él, esta vez La Estrella del Sur, depositada sobre un pequeño cojín de terciopelo azul, bajo el doble abrigo de una caía con barras de metal y de un globo de cristal, brillaba al fuego de las bujías.

Ya se había brindado diez veces a su belleza, a su limpidez incomparable, a su esplendor sin igual.

Reinaba un calor sofocante.

Aislada y como replegada en sí misma, en medio del tumulto, miss Watkins parecía no escuchar nada. Miraba a Cyprien tan abatido como ella, y sus lágrimas estaban prontas a escaparse de sus hermosos ojos.

Tres golpes fuertemente dados a la puerta del salón vinieron pronto a suspender el ruido de las discusiones y el choque de los vasos.

—¡Entrad! —ordenó míster Watkins con su ronca voz—. Quienquiera que seáis, llegáis en buena ocasión, si tenéis sed.

La puerta se abrió.

La larga y descarnada silueta de Jacobus Vandergaart apareció en el dintel.

Todos los convidados se miraron sorprendidos por esta inesperada visita. Sabían tan bien en todo el país los motivos de enemistad que separaban a los dos vecinos, John Watkins y Jacobus Vandergaart, que un sordo estremecimiento corrió alrededor de la masa. Todos esperaban algo grave.

Hízose un gran silencio. Todos los ojos se habían vuelto hacia el viejo lapidario de blancos cabellos.

Éste, de pie, con los brazos cruzados, el sombrero sobre la cabeza, vestido con su larga levita negra de los días de fiesta, parecía el espectro mismo de la revancha.

Mister Watkins se sintió acometido por vago terror y un estremecimiento secreto. Palideció, volviéndose terrosa la clara tez que sus antiguas costumbres de alcoholismo habían coloreado.

Sin embargo, procuró reaccionar contra aquel sentimiento inexplicable de que no podía darse cuenta.

—Largo tiempo hace, vecino Vandergaart —dijo dirigiéndose el primero a Jacobus—, que no me habéis dado el gusto de veros en mi casa. ¿Qué buen viento os trae por ella esta noche?

—El viento de la justicia, vecino Watkins —contestó fríamente el anciano

—. Vengo a deciros que por fin va a triunfar el derecho y a manifestarse después de un eclipse de siete años. Vengo a anunciaros que la hora de la reparación ha sonado; que voy a entrar en posesión de lo que es mío, y que el kopje que siempre ha llevado mi nombre es desde ahora legalmente mío, como no ha dejado de serlo nunca ante la equidad... ¡John Watkins, me habéis desposeído de lo que me pertenecía!... ¡Hoy es la ley la que os desposee y os condena a devolverme lo que habíais tomado!...

El viejo John Watkins, que se había sentido helado desde el primer momento por la aparición repentina de Jacobus Vandergaart y por el vago peligro que su presencia parecía anunciar, recobró su ordinaria serenidad, y su naturaleza sanguínea y violenta se preparó a abordar de frente un peligro directo y definido; recostándose sobre el respaldo de su sillón, se echó a reír de la manera más desdeñosa.

—El pobre hombre está loco —afirmó dirigiéndose a sus convidados—. Siempre creí que tenía el cráneo cascado. Pero, según veo, ahora la abertura se ha ensanchado.

Todos los convidados rieron tal grosería, pero Jacobus no pestañeó siquiera.

—¡Veremos quién ríe al final! —replicó con toda gravedad, al tiempo que sacaba un papel de su bolsillo—. John Watkins, sabéis que un juicio contradictorio y definitivo, confirmado en apelación, y que la misma Reina no podría revocar, os ha atribuido en este distrito los terrenos situados al Occidente del vigésimo quinto grado de longitud Este de Greenwich, y me ha asignado los que se encuentran al Oriente de este meridiano.

—¡Precisamente, mi señor viejo chocho! —respondió John Watkins.

—Por lo mismo, haríais mucho mejor en iros a acostar si estáis enfermo, que venir a perturbar a gentes honradas que están comiendo y que no deben nada a nadie.

Jacobus Vandergaart había desplegado su papel.

—He aquí una declaración —continuó con voz dulce—. Es del comité catastral, refrendada por el gobernador y registrada en Victoria con la fecha de anteayer, que consigna un error material introducido hasta ese día en todos los planos del Griqualandia. Este error, cometido por geómetras encargados, hace diez años, de la medición del distrito, que no han tenido en cuenta la declinación magnética en la determinación del Norte verdadero; este error, insisto, falsea todas las cartas y planos basados sobre sus cálculos. Por consecuencia, de la rectificación que acaba de hacerse, el vigésimo quinto grado de longitud particularmente se encuentra situado, sobre nuestro paralelo, a más de tres millas hacia el Occidente. Esta rectificación, ahora oficial, me

pone de nuevo en la posesión del kopje que se os había adjudicado, porque, según la opinión de todos los jurisconsultos y del mismo presidente en persona, el veredicto del jurado no puede perder nada de fuerza. ¡He aquí, John Watkins, lo que vengo a deciros!

Sea que el granjero no hubiese comprendido sino imperfectamente sea que prefiriese resistirse sistemáticamente a comprender, contestó al viejo lapidario solamente con una despreciativa carcajada.

Pero esta vez la risa sonaba a hueco, y no tuvo eco alrededor de la mesa.

Todos los testigos de esta escena, estupefactos, tenían sus ojos fijos en Jacobus, y parecían vivamente impresionados, por su gravedad, la seguridad de sus palabras y la inquebrantable certidumbre que respiraba toda su persona. El corredor Nathan fue el primero que se hizo intérprete del sentimiento general.

—Lo que dice míster Vandergaart no tiene a primera vista, nada de absurdo —advirtió dirigiéndose a John Watkins—. Este error de longitud ha podido muy bien cometerse, y tal vez antes de pronunciarse, convendría aguardar noticias más completas.

—¡Aguardar noticias! —saltó John Watkins dando un furioso puñetazo sobre la mesa. ¿Qué tengo que ver con las noticias? ¿Estoy en mi casa, sí o no? ¿He sido mantenido en la posesión del kopje por un juicio definitivo, y del qué este mismo viejo cocodrilo reconoce la validez?... Pues, ¿qué me importa lo demás? Si se quiere inquietarme en la pacífica posesión de mis bienes, haré lo que otras veces he hecho: acudiré ante los tribunales y veremos quién lleva el gato al agua.

—Los tribunales han agotado ya su acción —manifestó Jacobus Vandergaart con su calma inexorable—. Todo se reduce ahora a una cuestión de hecho: el vigésimo quinto grado de longitud, ¿pasa o no pasa sobre la línea que le está asignada en los planos catastrales? Oficialmente está reconocido el error que existía sobre este punto, y como conclusión inevitable, el kopje ha vuelto a ser de mi propiedad.

Diciendo esto, Jacobus Vandergaart enseñaba la comprobación oficial que tenía en la mano y que estaba provista de los sellos y timbres correspondientes.

El malestar de John Watkins aumentaba visiblemente. Se agitaba sobre su asiento, intentaba burlarse y no lo lograba: sus ojos se fijaron por casualidad, en ese momento, en La Estrella del Sur. Su vista pareció devolverle la confianza que comenzaba a dejarle.

—Y aun cuando eso sea así —dijo—, aun cuando tenga que renunciar,

contra toda justicia, a esta propiedad que se me ha asignado legalmente y de la que gozo en paz hace siete años, ¿qué me importa, después de todo? ¿No tengo con qué consolarme, aunque sólo fuese con esa joya que puedo llevar en el bolsillo de mi chaleco y poner al abrigo de toda sorpresa?

—Otro error, John Watkins —replicó Jacobus Vandergaart con breve entonación—. La Estrella del Sur es desde ahora de mi propiedad, por el mismo título que todos los productos del kopje que se encuentren en vuestras manos, que el mobiliario de esta casa, que el vino de esas botellas, que los manjares que contienen esos platos... Todo es mío aquí, puesto que todo proviene del fraude que se me ha hecho... Y no temáis, he tomado bien mis precauciones.

Jacobus Vandergaart dio una palmada con sus descarnadas manos. Al momento aparecieron en la puerta los constables vestidos con sus negros uniformes, seguidos inmediatamente de un oficial del sheriff que entró vivamente y puso la mano sobre una silla.

—En nombre de la ley —declaró—, hago embargo preventivo de todos los objetos, mobiliarios y valores, cualesquiera que sean, que se hallen en esta casa.

Todo el mundo se levantó, excepto John Watkins. El granjero, anonadado, desplomado sobre su ancho sillón de madera, parecía herido por el rayo.

Alice se había arrojado a su cuello y procuraba fortalecerle con sus dulces palabras.

Jacobus Vandergaart no le quitaba la vista de encima. Le consideraba con más piedad que odio, al ver que no apartaba los ojos de La Estrella del Sur, que brillaba con más esplendor que nunca en medio de este desastre.

—¡Arruinado!... ¡Arruinado!...

Estas únicas palabras pudieron escaparse de los labios temblorosos de mister Watkins. En este momento, Cyprien Méré se puso en pie y dijo gravemente:

—Mister Watkins, puesto que vuestra prosperidad está amenazada por una catástrofe irreparable, permitidme no ver en este acontecimiento sino una probabilidad de acercarme a vuestra hija... Tengo el honor de pedir la mano de miss Atice Watkins.

XXIV.

Una estrella que desaparece

La inesperada petición del joven ingeniero resultó verdaderamente teatral. Por pequeña que fuese la sensibilidad de su naturaleza semisalvaje, todos los asistentes, invitados del granjero, no pudieron por menos de aplaudir furiosamente. Aquel desinterés había logrado conmoverlos.

Alice, con los ojos bajos, el corazón palpitante, la única tal vez que no se mostró sorprendida por la demanda del joven, se mantenía en silencio cerca de su padre.

El degradado granjero, anonadado aún por el golpe que acababa de recibir, había levantado la cabeza.

Y, en efecto, conocía lo bastante a Cyprien para estar cierto de que, dándole a su hija, aseguraba a la vez el porvenir y la felicidad de Alice; pero aun no quería, mediante un gesto, indicar que no veía objeción alguna para este casamiento.

Cyprien, confundido ante la pública manifestación a que le había conducido el ardor de su ternura; sentía también la singularidad de suposición, y se reprochaba no haber podido ser más dueño de sí mismo.

En medio de este general embarazo, tan fácil de comprender, Jacobus Vandergaart dio un paso hacia el granjero...

—John Watkins —manifestó—, no quisiera abusar de mi victoria, y no soy de los que pisan con sus pies al enemigo vencido. Si yo he reivindicado mi derecho, es porque un hombre tiene siempre la obligación de hacerla. Pero sé por experiencia lo que repetía mi abogado, que el derecho riguroso confina, a veces, con la injusticia, y no querría que recayese sobre inocentes el peso de faltas que no han cometido... Además, me encuentro solo en el mundo y ya muy cerca a la tumba. ¿Para qué me servirían tantas riquezas, si no me fuese permitido compartidas?... ¡John Watkins, si consentís en la unión de estos dos jóvenes, yo les ruego que acepten como dote esa Estrella del Sur, que para mí no tiene ninguna aplicación!... Me comprometo además a nombrarlos mis herederos y reparar así, en lo posible, el daño involuntario que causo a vuestra hija.

Al oír estas palabras, hubo entre los espectadores lo que suele decirse «un vivo movimiento de interés y de simpatía». Todas las miradas se dirigieron a John Watkins. Sus ojos se habían mojado súbitamente, y los cubría con temblorosa mano.

—¡Jacobus Vandergaart!... —exclamó finalmente, incapaz de contener los tumultuosos sentimientos que le agitaban—. ¡Accedo!... ¡Sois un hombre honrado, y os vengáis noblemente del mal que os he hecho, haciendo la felicidad de esos dos jóvenes!

Ni Alice ni Cyprien podían responder, en voz alta por lo menos; pero sus miradas contestaban por ellos.

El anciano tendió la mano a su adversario, y John Watkins la estrechó con ardor.

Los ojos de todos los asistentes estaban húmedos; incluso los de un viejo constable de cabello gris, que parecía tan seco como un bizcocho del Almirantazgo...

En cuanto a John Watkins, estaba realmente transfigurado. Su fisonomía resultaba tan benévola y dulce, como poco antes era dura y malvada. En cuanto a Jacobus Vandergaart, su faz austera había vuelto a tomar la expresión que le era habitual: la de la más serena bondad.

—Olvidemos todo —exclamó— y bebamos por la felicidad de nuestros hijos, si el señor oficial del sheriff quiere permitirnoslo, con el vino que ha embargado.

—Un oficial del sheriff tiene a veces deber de oponerse a la venta de bebidas excitantes —dijo el funcionario sonriendo—, pero jamás se opone a su consumo.

Después de estas palabras, pronunciadas con buen humor, circularon las botellas y la más franca cordialidad reapareció en el comedor.

Jacobus Vandergaart, sentado a la derecha de John Watkins, formaba con él planes para el porvenir.

—Venderemos todo, y seguiremos a Europa a nuestros hijos —dijo—. Nos estableceremos cerca de ellos, en el campo, y gozaremos aún de hermosos días.

Alice y Cyprien, sentados el uno junto al otro, se entregaban a una conversación en voz baja en francés, conversación que no parecía menos interesante, a juzgar por la animación de los interlocutores.

Reinaba en aquellos momentos más calor que nunca. Un calor pesado y sofocante que secaba los labios al borde de los vasos, y transformaba todos los convidados en otras tantas máquinas eléctricas, dispuestas a lanzar chispas.

En vano se habían dejado abiertas las puertas y las ventanas. Ni el menor sople de viento agitaba las bujías.

Cada cual sentía que no había sido una solución posible a tal presión atmosférica: una de esas tormentas, acompañadas de truenos y lluvias torrenciales que se parecen en el África austral a una conjuración de todos los elementos de la Naturaleza. Se aguardaba esta tempestad; se la esperaba como un consuelo.

Bruscamente, un relámpago vino a teñir con un matiz verde los rostros de aquellos comensales, y casi al mismo tiempo el estampido del trueno, retumbando por encima de la llanura, anunció que el concierto iba a empezar.

En este momento una repentina ráfaga, haciendo irrupción en el salón, extinguió todas las luces. Luego, sin transición, se abrieron las cataratas del cielo y comenzó el diluvio.

—¿Habéis oído un pequeño ruido, seco y cascado, inmediatamente después del trueno? —preguntó Thomas Steel, mientras que cerraban precipitadamente las ventanas y se las volvían a encender las bujías—. Hubiérase dicho que era el estallido de un globo de cristal.

Inmediatamente todas las miradas se dirigieron instintivamente a La Estrella del Sur.

El diamante había desaparecido.

Sin embargo, ni la caja de hierro ni el globo de cristal que lo cubría habían cambiado de lugar, y era manifiestamente imposible que nadie la hubiese tocado.

El fenómeno tenía algo de prodigio.

Cyprien, que se había vivamente inclinado hacia delante, acababa de reconocer sobre el cojín de terciopelo azul, en el sitio que antes ocupaba el diamante, la presencia de una especie de polvillo gris. No pudo contener un grito de estupor, y con una palabra explicó lo que acababa de suceder.

—¡La Estrella del Sur ha estallado! —dijo.

Todo el mundo sabe en el Griqualandia que esto es una enfermedad particular de los diamantes del país. No se hablaba de aquello, porque esta circunstancia hace depreciar considerablemente su valor; pero el hecho es que, por consecuencia de una acción molecular aun no explicada, las más preciosas de estas piedras estallan a veces como simples petardos. En este caso, no queda de ellas más que una especie de polvillo, bueno, todo lo más, para usos industriales.

El joven ingeniero estaba evidentemente mucho más preocupado por la explicación científica del accidente, que por la pérdida enorme que resultaba para él.

—Lo que es singular —manifestó en medio del estupor general, no es que la piedra haya estallado en estas condiciones, sino que se haya esperado hasta este día para hacerla. Ordinariamente los diamantes estallan más pronto, todo lo más a los diez días que siguen a su talla. ¿No es cierto, míster Vandergaart?

—Absolutamente exacto, y ésta es la primera vez en mi vida en que veo

estallar un diamante luego de tres meses de haber sido tallado —declaró el anciano, con un suspiro—. ¡Vamos! ¡Estaba escrito que La Estrella del Sur no pertenecería a nadie! ¡Cuando pienso que hubiera bastado para impedir este desastre el cubrir la piedra con una pequeña capa de grasa!...

—¿De veras? —saltó Cyprien, con la satisfacción de un hombre que ha encontrado por fin la palabra de un enigma—. ¡En este caso, todo se explica! La frágil Estrella había sin duda tomado del buche de Dada esa capa protectora, y ella es la que la ha salvado hasta este día. Ciertamente hubiera hecho mejor en estallar hace cuatro meses, y habernos evitado todo el camino que hemos tenido que recorrer a través del Transvaal.

En este momento se apercibieron que John Watkins parecía no encontrarse bien y se agitaba violentamente derrumbado sobre su asiento.

—¿Cómo podéis tratar así semejante siniestro? —exclamó por fin, rojo de indignación—. Estáis ahí discutiendo sobre cincuenta millones convertidos en humo, como si se tratase de un simple cigarrillo.

—Lo que demuestra que somos filósofos —manifestó Cyprien—. Hay que ser sensato cuando la sensatez es necesaria.

—Todo lo filósofos que queráis —replicó el viejo granjero—, pero cincuenta millones son cincuenta millones, y no se encuentran así como se quiera... ¡Ah! Por cierto, Jacobus, que hoy me habéis hecho un señalado servicio, sin pensarlo. Estad seguro, que si La Estrella del Sur hubiera sido mía aún, hubiera estallado yo como una castaña.

—¿Qué queréis? —declaró el joven ingeniero, mirando tiernamente el animado rostro de miss Watkins, colocada junto a él—. He conquistado esta misma noche un diamante tan precioso, que la pérdida del otro no es bastante para disgustarme.

Así concluyó, por un golpe de teatro, digno de su historia, tan corta y tan agitada, la carrera del más grueso diamante que el mundo ha visto jamás.

Semejante fin no contribuyó poco, como puede pensarse, a confirmar las opiniones supersticiosas que, por su cuenta, habían corrido en el Griqualandia. Más que nunca los cafres y los mineros tuvieron por seguro que tan gruesas piedras no podían menos de llevar consigo la desgracia.

Jacobus Vandergaart, que estaba orgulloso de haberla tallado, y Cyprien, que pensaba ofrecerla al museo de la Escuela de Minas, sentían, en el fondo, más despecho del que querían demostrar por aquel inesperado desenlace. Pero en suma, el mundo no siguió menos recto su camino, y no se puede decir que se perdió gran cosa en el asunto.

Sin embargo, todos estos acontecimientos —acumulados, estas emociones

dolorosas, la pérdida de su fortuna, seguida de la pérdida de La Estrella del Sur, minaron gravemente la salud de John Watkins. Siguió languideciendo, y por último se extinguió. Ni los cariñosos cuidados de su hija, ni los de Cyprien Méré, ni las varoniles exhortaciones de Jacobus Vandergaart, que se había establecido a la cabecera de su lecho y pasaba el tiempo en procurar devolverle el valor, pudieron atenuar este golpe terrible. En vano este hombre excelente le entretenía con sus planes para el porvenir, le hablaba del kopje como de su propiedad común, le preguntaba su opinión sobre las medidas que habían de tomarse, y le asociaba siempre a sus proyectos. El viejo granjero estaba herido en su orgullo, en su monotonía de propietario, en su egoísmo, en todas sus costumbres, se sentía perdido.

Una noche llamó a Alice y al joven ingeniero, puso la mano del uno sobre la del otro, y, sin pronunciar una palabra, exhaló el último suspiro. No había sobrevivido quince días a su querida Estrella.

Y en realidad parecía que existiese una estrecha conexión entre la fortuna de este hombre y la suerte de aquella extraña piedra. Por lo menos, las coincidencias eran tales, que en cierto modo explicaban la causa justificada a la razón, las ideas supersticiosas que corrían sobre este punto en el Griqualandia. La Estrella del Sur había llevado desgracia a su poseedor, desde el punto de vista de que la aparición de la incomparable piedra había marcado el descenso de la prosperidad del viejo granjero.

Pero lo que no comprendían los habladores del campo, es que el verdadero origen de esta desgracia estaba en las mismas faltas de John Watkins, faltas que llevaban en germen las mortificaciones y la ruina. Muchos infortunados en este mundo se creen víctimas de su mala suerte o de una influencia misteriosa, y no tienen por base única sus desgracias, si se desciende al fondo de las cosas, más que los actos mismos de los que las sufren.

Que hay desgracias inmerecidas, es cierto, pero hay un número, infinitamente mayor, rigurosamente lógicas, y que se deducen, como la conclusión de un silogismo, de las premisas planteadas por el sujeto. Si John Watkins hubiera tenido menos afición al lucro, si no hubiese dado una importancia exagerada, casi criminal, a esos pequeños cristales de carbono que se llaman diamantes, el descubrimiento y desaparición de La Estrella del Sur le hubieran dejado frío —como habían dejado a Cyprien Méré—, y su salud física y moral, no hubiera estado a merced de un accidente de este género. Pero había puesto todo su corazón en los diamantes, y por los diamantes debía perecer.

Unas cuantas semanas después se celebró con gran sencillez y con general alegría el casamiento de Cyprien Méré y de Alice Watkins. ¿Qué más podían desear?

Además, el joven ingeniero resultó ser más rico de lo que Alice suponía y de lo que creía él mismo.

En efecto, a consecuencia del descubrimiento de La Estrella del Sur, su claim, sin que él lo pensase, adquirió un valor considerable. Durante su viaje al Transvaal, Thomas Steel había proseguido su explotación, y ésta había sido de las más fructuosas: afluyeron las ofertas para comprar su parte, vendiéndola finalmente en más de cien mil francos al contado, antes de su partida para Europa.

Alice y Cyprien no tardaron en abandonar el Griqualandia para— volver a Francia; pero no lo hicieron sin haber antes asegurado la surte de Li, de Bardik y de Matakít, buena obra a que quiso asociarse Jacobus Vandergaart.

El viejo lapidario acababa, en efecto, de vender su kopje a una compañía que dirigía el excorredor Nathan Luego de haber dado término con toda felicidad a esta liquidación, marchó a reunirse en Francia con sus hijos de adopción, los cuales, gracias al trabajo de Cyprien, a su reconocido mérito, a la acogida que el mundo de los sabios le hizo a su regreso, han asegurado su fortuna, luego de haberse asegurado previamente su felicidad.

En cuanto a Thomas Steel, vuelto a Lancashire con más de veinte mil libras esterlinas, se casó, dedicándose a la caza del zorro como un gentleman y bebiendo todas las noches una botella de Oporto.

El Vandergaart Kopje no está agotado todavía, y continúa ofreciendo anualmente, por término medio, la quinta parte de los diamantes exportados del Cabo. Sin embargo, ningún minero ha vuelto a tener la buena o mala fortuna de encontrar una nueva Estrella del Sur.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es